



**CIUDAD AL
CENTRO**

MEMORIAS

2017



MEMORIAS

2017



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

John Jairo Arboleda Céspedes

Rector

Pedro Amariles Muñoz

Vicerrector de Extensión

Oscar Roldán Alzate

Jefe Departamento de Extensión Cultural

Gisela Sofía Posada Mejía

Líder Programa Cultura Centro

Coordinación editorial

Gisela Sofía Posada Mejía y Andrés Felipe Gallego Patiño, Programa Cultura Centro

Edición periodística

Amparo Restrepo Restrepo

Revisión

Jineth Escobar Moná

Concepto y diseño de portada

Alejandro Posada Legarda, NISHMAN creativos

Fotografías

Extensión Cultural

Transcripción de textos

Programa Cultura Centro

Digramación, impresión y terminación

Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia en 2018 / Printed and made in Colombia in 2018

Oficina Programa Cultura Centro

Edificio de San Ignacio, Paraninfo de la Universidad de Antioquia oficina 303

Teléfonos: (574) 219 98 14 y 219 98 15

Correo electrónico: cultura.centro@udea.edu.co

Las conversaciones se llevan a cabo en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia. Durante el 2017, la iniciativa contó con el apoyo de la Alcaldía de Medellín-Gerencia del Centro. La programación continúa su saga y es promovida por el Programa Cultura Centro de la Universidad de Antioquia; una apuesta de la Alma Máter para reafirmar la vocación cultural de un recinto histórico como el aula máxima, Paraninfo de la Universidad de Antioquia.

En el año 2017, merece un especial reconocimiento el aporte del periodista Pedro León Correa en la concepción y puesta en marcha de esta iniciativa y las líneas estratégicas que el Programa adelanta.

Contenido

La ciudad pensada.....	7
Introducción.....	9
El centro de todos y de nadie	
<i>Pilar Velilla, Juan Diego Restrepo</i>	11
Código de Policía, libertades públicas vs deberes ciudadanos	
<i>Raúl Vera Moreno, William Fredy Pérez Toro</i>	27
Venezolanos en Medellín	
<i>Luis Bernardo Vélez, Eufrasio Guzmán</i>	62
El centro y sus miedos	
<i>Luz Amparo Sánchez, Juan Fernando Ospina</i>	84
¿Quién vive aquí?	
<i>Françoise Coupé, Sergio Restrepo</i>	105
El poder de la cultura	
<i>Cristóbal Peláez, María del Rosario Escobar</i>	132
Cine para leer el centro y la ciudad	
<i>Juan David Orozco, Oswaldo Osorio</i>	152

Ciudadanía en crisis

Bernardita Pérez, Max Yuri Gil 183

La inseguridad y otros demonios

Pablo Emilio Angarita, Luis Fernando Quijano 212

La ciudad pensada

Los espacios de reflexión en la ciudad son escasos y, en caso de existir, la mayoría de ellos ponen en vilo su permanencia o mueren por falta de presupuesto y voluntad.

Como si se tratara de ayudar a suplir una carencia, desde un formato para algunos anacrónico (por aquello del poder omnipresente de las redes sociales), personas en un primer plano diciendo “la verdad” o sus “verdades”, surge Ciudad al Centro, una propuesta de la universidad como espacio para la escucha, el encuentro y el entendimiento que inicia en el año 2016, por fuera del formato de las aulas, y continúa hasta el presente.

Hoy entrega, para constancia, sus memorias con la compilación de nueve temas cuyo enunciado marcó la discusión: “El centro de todos y de nadie”, “¿Quién vive aquí?” “El nuevo código de policía”, “El centro y sus miedos”, “La inseguridad y otros demonios”, “El poder de la cultura”, “Cine para leer el centro”, “Ciudadanía en crisis” y “Venezolanos en Medellín”; y capítulo aparte merecen la calidad de los invitados.

Su nombre connota las relaciones del ciudadano, la ciudad y el territorio en juego de la esfera pública. Propone un lugar en el que los sujetos interpelan y asumen una ciudadanía reflexiva. Para ello, desde un espacio emblemático como el Paraninfo, garantía de tradición y academia, se ha ido construyendo cierta singularidad en una propuesta de libre acceso: invitados con posturas claras y argumentadas, primacía del análisis, visiones con elaboración y sustento, con voces reconocidas en el ámbito público.

Ciudad al Centro para pensar y pensarnos, ha permitido el encuentro sin cortapisas, la convergencia de ideas desde la pluralidad, el debate argumentado como fundamento para mostrar que la diferencia no es la negación del otro. Este espacio hace pausa ante el afán, demuestra lo inadecuado de escucharnos solo a nosotros mismos o de conocer temas a veces indigerible desde los mensajes en masa.

Sentarnos de nuevo, juntos, como si estuviéramos alrededor del fuego, para advertir en qué forma nos pueden quemar sus chispazos o mirar con claridad la realidad que nos entrega otras lecturas, otras miradas. Volver al diálogo sincero en asuntos cotidianos y fundamentales del acontecer social, para comprender los efectos que las decisiones tienen para la vida en común, así como advertir sobre los desmanes en que suele incurrir el poder cuando una opinión pública no le marca límites desde el ejercicio inalienable de su libertad.

Gisela Posada Mejía

Líder Programa Cultura Centro

Universidad de Antioquia

Introducción

Ciudad al Centro es un espacio de conversación académico, de análisis y debate, sobre las dinámicas y coyunturas urbanas, que en su primer año estuvo dedicado a analizar diferentes problemáticas que aquejan el Centro de la ciudad, en un intento por desentrañar las causas de su deterioro, así como las posibles alternativas de recuperación de un espacio que es el sitio fundacional de la ciudad, además de ser el eje de convergencia de las distintas culturas que habitan la ciudad.

En coherencia con el propósito universitario de aportar desde su misión académica, investigativa y de extensión a las transformaciones de los territorios y a las problemáticas relacionadas con las dinámicas sociales que incumben a la ciudad, la Alma Mater le apuesta a este espacio que en cada sesión plantea una conversación profunda sobre temas coyunturales que comprometen las formas de interacción ciudadana, la apropiación de los espacios públicos, la cualificación cultural y ciudadana, la planeación urbana, las políticas públicas y la sostenibilidad territorial.

Con esta propuesta se busca consolidar un espacio mensual de reflexión y discusión sobre temas relacionados con las dinámicas urbanas y coyunturas de carácter social y cultural, en el que tengan especial participación los investigadores, las voces de opinión, la comunidad universitaria y la ciudadanía en general.

La materialización de Ciudad al Centro como espacio propicio para abordar problemáticas asociadas a las dinámicas del Centro de Medellín es un programa promovido por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia, el cual dialoga con los propósitos de los

planes del gobierno local, toda vez que el evento en mención es realizado con el apoyo de la Gerencia del Centro, dependencia de la Alcaldía de Medellín.

En ese sentido, como espacio de conversación que convoca a la ciudadanía y que, afincado en la misión de Universidad pública de brindar reflexión y análisis sobre los temas y problemáticas que como sociedad nos competen, Ciudad al Centro se ratifica como una actividad propia de la extensión universitaria.

Esta actividad que se desarrolla el último jueves de cada mes, de 6:30 a 8:00 *p. m.*, se plantea bajo el formato de charla y cuenta con dos invitados y un moderador, los cuales, a partir del tema propuesto, presentan diversas miradas, análisis, datos y propuestas. A esta iniciativa que se lleva a cabo en el Paraninfo del Edificio San Ignacio, se vincula la Corporación Interuniversitaria de Servicios como aliada de este escenario, desde la Librería Universitaria, ubicada en el primer piso del mismo recinto.

El centro de todos y de nadie

Pilar Velilla
Juan Diego Restrepo

30 de marzo de 2017

Para conversar acerca del centro de la ciudad como un espacio en el que interactúan múltiples intereses, estuvieron participando en Ciudad al Centro Pilar Velilla como gerente del centro y representante de la Alcaldía en los proyectos que se llevan a cabo para recuperar el centro, así como el periodista Juan Diego Restrepo, director de Verdad Abierta y columnista de Semana.com. En este acercamiento con la comunidad Pilar Velilla recordó este lugar como un espacio amable que disfrutó en la niñez, pero que por el cambio de su dinámica se ha convertido en un reto para la Administración Municipal porque alberga actualmente varios flagelos como: habitantes de calle, prostitución y drogadicción. En ese sentido, Juan Diego Restrepo hizo un llamado a la institucionalidad para recuperar un espacio que ha sido tomado por pequeñas mafias que lo han ido privatizando, lo cual no permite habitarlo y disfrutarlo con la confianza y la certidumbre que merece todo ciudadano.

Ciudad al Centro es un espacio de conversación académica, análisis y debate sobre las dinámicas y coyunturas urbanas que se realiza en el Aula Máxima del edificio de San Ignacio el último jueves de cada mes. En coherencia con el propósito universitario de aportar desde la misión académica, investigativa y de extensión a las transformaciones de los

territorios y a las problemáticas relacionadas con las dinámicas sociales que incumben a la ciudad, la Alma Máter mediante su programa Cultura Centro le apuesta a este espacio que en cada sesión planteará una conversación profunda sobre temas coyunturales que comprometen las formas de interacción ciudadana, la apropiación de los espacios públicos, la cualificación cultural y ciudadana, así como la planeación urbana, las políticas públicas y la sostenibilidad territorial.

El programa Cultura Centro es una apuesta de la Alma Máter que busca implementar acciones culturales encaminadas a reconquistar la relevancia y el liderazgo cultural de la Universidad de Antioquia en el epicentro de la actividad urbana, social y política de Medellín. Dicho proyecto también tiene como objetivo gestionar y dinamizar alianzas con actores estratégicos del centro, para articular una agenda con visión académica que incorpore contenidos de formación y cualificación de la opinión pública y ciudadana.

Por esta razón, el tema propuesto como punto de partida de Ciudad al Centro es *El centro de todos y de nadie*, una conversación que abordará las dinámicas de pertenencia en un territorio en crisis, atravesado simultáneamente por los afectos, dolencias, prejuicios y esperanzas de los ciudadanos.

En la conversación participa como invitado el periodista Juan Diego Restrepo, actual director de Verdadabierta.com y quien fue columnista de Semana.com, tribuna desde la cual reflexionó sobre diversas problemáticas urbanas de Medellín. Lo acompaña en la discusión Pilar Velilla Moreno, actual gerente del centro y destacada gestora cultural de la ciudad, que hoy, desde su labor pública, tiene a cargo las acciones municipales en pro de la mejoría del centro. La conversación cuenta con la moderación crítica y participativa del escritor Juan Diego Mejía, quien hasta hace poco ejerció como director de la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín.

Juan Diego Mejía (moderador): Desde que yo trabajaba con mi papá en Guayaquil soy habitante del centro; además, en la juventud, mis

amigos y yo elegimos una banca de granito que estaba ubicada en La Playa al frente del edificio Gualanday para pasar las tristezas, las alegrías y acompañarnos y ese entonces era el centro, un espacio que era de nosotros. Sin embargo, después de vivir unos años por fuera y volver al centro tiempo después lo encuentro distinto, emocionalmente es diferente. Por esta razón quisiera que esta conversación derivara en una explicación al siguiente cuestionamiento: ¿qué es lo que ha pasado en el centro y cuál es la esperanza que tiene? Esto debido a que tanto Juan Diego Restrepo como Pilar Velilla y yo hacemos parte de esas personas que nos resistimos a que el centro muera, a que la sociedad siga creciendo sin esperanza, por ello la importancia de que durante este tiempo de conversación nos dediquemos a indagar sobre la esperanza y lo que pasa en el centro.

Pilar, te doy la palabra para que nos digas cuál es tu sentimiento frente al centro.

Pilar Velilla: Juan Diego, gracias por tus palabras, siempre tan generoso conmigo. Mi relación con el centro es de biografía porque yo nací y viví en muchas épocas de mi vida en el centro; inclusive hace muy poco el *Centro Cultural*, que ahora se llama *La Casa*, me invitó a hablar de la calle Maracaibo y yo misma no me había dado cuenta, no había recordado, que había vivido cinco veces en mi vida en Maracaibo. Así que ahora que estoy en esta conversación me posiciono primero como ciudadana, que es lo que soy permanentemente, y segundo como gerente del centro, rol que desempeño temporalmente y que me ha permitido pasar de la queja y del “yo haría” a materializar emocionadamente el hacer en el centro. Esta doble posición me permite entonces tener esa nostalgia de la que habla Juan Diego que parte de las múltiples historias y recuerdos que me evoca el centro y de la diferencia entre el centro de mi adolescencia y el que tenemos hoy, pues si bien el del presente sigue conservando muchas cosas buenas y facetas fascinantes tiene también otras aristas muy dolorosas.

Por eso desde mi gerencia estoy trabajando sinceramente por un centro, así suene romántico, en donde las bancas de La Playa volvieran

a tener las enredaderas y los jóvenes, como Juan Diego y sus amigos en aquella época, tuvieran su oficina en una de estas bancas. Ese es el centro que me estoy soñando y sé, como el alcalde, que no es un asunto de la noche a la mañana, que no somos los primeros que estamos trabajando por este espacio pues en él se han hecho los mayores desarrollos de los últimos años tales como el metro, el tranvía o Plaza Mayor, y que hay algunos aspectos en los que tenemos un centro muy degradado, claridades que nos han permitido recoger y reconocer lo que otros han hecho, no inventar una nueva ciudad y trabajar en este corto tiempo y con los recursos disponibles para lograr transformaciones profundas en este lugar no solo a nivel físico sino también a nivel cultural, de modo que se penetre en el corazón de los medellinenses y se entienda que el centro es un reto para todos nosotros y que no es un asunto exclusivo de la Alcaldía.

Juan Diego Mejía: Volvamos a esa pregunta que dejé planteada al principio: ¿Tenemos esperanza en el centro? ¿Qué habría que hacer para tener esperanza? Yo siento en Pilar esa voluntad que ha demostrado en el Jardín Botánico, en el Museo de Antioquia y en todas las actividades que ha liderado, pero es tan grande el problema que tiene el centro que no creo que se le deba cargar en los hombros a una sola persona. ¿Cuál es tu visión del centro, Juan Diego?

Juan Diego Restrepo: Buenas noches Pilar, Juan Diego, buenas noches a todos. Esto para mí es bastante emocionante porque, aunque no soy habitante del centro, mi vida juvenil sí transcurrió allí, pues viví el centro en toda su intensidad en el comercio de telas y en otros comercios en la calle Colombia, en San Benito, en Palacé entre Ayacucho y Colombia, y entre Junín y Sucre.

Difiero un poco en algunas apreciaciones que ustedes dos han dicho. Yo creo que el centro ha cambiado en algunos aspectos como la infraestructura, pero en algunos espíritus que tiene este cuerpo urbano tan vital sigue siendo igual. Cuando yo trabajaba con paños, telas y zapatos en una feria del centro, este era dinámico de día y hostil de noche y eso es algo que no ha cambiado, este espíritu se sigue manteniendo. Además, estoy hablando de la década de los 80 y comienzos de los 90, el centro era un

espacio contaminado, contaminación que padecíamos cuando estábamos en la calle atrayendo los clientes y pasaban numerosos buses echando humo, un espacio de rivalidades comerciales entre formales e informales y un espacio de confrontación de expresiones culturales, confrontación aún vigente por la extensa y variada expresión cultural de todas las subculturas existentes que se han venido posicionando en medio del enfrentamiento y la exclusión.

Adicionalmente, el centro era un espacio de generación de riqueza, legal e ilegal, característica que infundía miedo por flagelos como la extorsión, un espacio de concertación que, según mi experiencia, ha sido una concertación entre pocos y por eso espero que esta nueva alianza sea más incluyente, y un espacio donde el Estado declinó la autoridad y la delegó en otros que ahora la regulan, lo que es la causa principal de los padecimientos que experimentamos los que lo vivimos y habitamos.

En todas estas características el centro sigue siendo el mismo. ¿Por qué no ha evolucionado en esos aspectos? ¿Qué es lo que ha pasado? Ahora decíamos, antes de llegar acá, que ha habido muchos programas e intervenciones, pero a mí me da la sensación de que la mayoría de ellas se han quedado en la conversación o han impactado únicamente el espacio físico. Ahora nos anuncian que hay una inversión de 270.000 millones de pesos; sin embargo, uno mira algunas de las cifras dadas por el alcalde y estas consisten en 137.782 m² de parques públicos, 15.000 especies vegetales y 119.000 m² de sombra, lo que causa preocupación.

Con esto entonces quiero responder a tu pregunta y es que las intervenciones realizadas en el centro son de cemento, ahora le adicionan los vegetales, pero son intervenciones en las que no hay una visión de una política pública integral para atender a la gente menos favorecida que habita en el centro. Yo recuerdo que cuando trabajaba en *El Colombiano* se estaba construyendo la Plaza Botero y la pregunta era “¿qué vamos a hacer con las putas?” Y yo como periodista decía “pues atenderlas” y lo que ellos querían era correrlas, pero no pudieron porque el fenómeno de la prostitución ha sido muy fuerte. El meollo entonces es embellecer el centro, pero ¿cómo embellecemos a la gente? Esa es la pregunta que me preocupa.

Juan Diego Mejía: Bueno Juan, yo sé que Pilar está que se habla, la vi que se movió cuando dijiste que la extorsión era desde siempre en el centro y, sin embargo, en mi época de niñez no se hablaba de eso. Quisiera Pilar que nos ilustres sobre ¿cuál es la política pública para el centro? ¿Cómo la ves? Porque Juan ha dicho que es una política pública de cemento.

Pilar Velilla: Tengo que decir que no estoy de acuerdo contigo, pues ni en los años 50, en los que yo nací, ni en los años 60, ni en los años 70 se hablaba de extorsión en el centro. En lo que sí estoy de acuerdo con Juan Diego Restrepo es en que el Estado perdió la autoridad, la entregó, la cedió, no sé si por fuerza o por voluntad propia, pero realmente la Alcaldía en el centro si perdió su autoridad. Me quedo aterrada por la reacción de la gente cuando uno se refiere a esta zona, lo que se debe y refleja la depresión del centro en muchos aspectos; así que ese centro del que hablamos nosotros por generación, no es el mismo que tú estás pintando, era muy distinto.

Por otro lado, me niego a dejar de lado la estética, la belleza, en cualquier actividad que se haga. Yo creo que esos parques y espacios de los que tú hablas que pareciera que no tuvieran al ser humano incluido, sí lo tienen. La intervención del centro tiene en primer lugar al ser humano, pues aspiramos a que sea humanizada y pensamos primero en ¿cuál es el escenario de ese ser humano que está ahí?

Tampoco estoy de acuerdo con la afirmación de que no se tuvieron en cuenta a las prostitutas en la construcción de la Plaza Botero, ya que lo primero que hicimos cuando llegamos al pequeño Museo de antes fue llamarlas, pues aunque este haya llegado primero que ellas teníamos que compartir el mismo espacio y por eso la propuesta del Museo fue la búsqueda de estrategias para compartir este lugar, de lo cual se consolidó una relación tan estrecha que incluso algunas de estas mujeres terminaron trabajando en el Museo. En la antigua sala Botero se les hacían los exámenes médicos a las prostitutas de la Veracruz y a lo largo del proceso se les abrieron las puertas para que manifestaran sus intereses relacionados con la vivienda, la maternidad y la salud.

Yo creo que el Museo de Antioquia ahora tiene una plácida y tranquila relación con los habitantes del sector, porque lo primero que se hizo fue

mirar el entorno, ¿quiénes eran nuestros vecinos inmediatos?, y luego ¿cuál era la ciudad que rodea al centro, a la región, al país, e incluso, a la región latinoamericana? El Museo entendió a cabalidad su condición de museo de provincia, puesto que en este momento no tenía ínfulas de gran museo de la capital y en vez de esperar a que lo miraran, miró a la comunidad primero, buscó saber para quién trabajaba y cuál era su papel en una ciudad como Medellín.

Ahora, ¿cuál es la política realmente? Repito: mientras yo esté la estética será muy importante porque me parece que es el escenario del ser humano. Yo creo con seguridad que si nosotros, por ejemplo, logramos bajarle la presión al centro en un aspecto tan simple como las fachadas que son altamente contaminadas —no es necesario decir de tantas maneras que *aquí vendemos licuadoras* para que nos compren licuadoras—, vamos a bajar esa presión de contaminación visual. Lo mismo ocurre con la contaminación auditiva que también es bastante agresiva; de hecho nosotros tenemos en Antioquia altos índices de locura, en lo cual seguramente esta contaminación influye. En consecuencia, tenemos una ciudad bastante contaminada visual y auditivamente que genera mucha presión.

Dicho esto, esperamos ejecutar una intervención cuya prioridad sea el ser humano, el ciudadano, la señora, el señor, la niña, el joven, etc., y que sea construida entre todos, debido a que está demostrado que las intervenciones urbanísticas, como el caso de La Alpujarra, realizadas a espaldas y sin pensar en los seres humanos, lo que provoca es la expansión de las problemáticas que estaban concentradas en un mismo espacio, generando un daño en vez de un bien, y la caída o el estancamiento de dicho proyecto, por ello la necesidad de incluir y trabajar con los ciudadanos en aras de alcanzar verdaderos cambios. Esta es entonces la política, el deseo del alcalde, la cual probablemente no hemos sido lo suficientemente elocuentes para comunicar, pero esa es la idea.

Juan Diego Mejía: ¿Qué se necesita para hablar de política pública? ¿Qué es? Es decir, por política pública se entiende un conjunto de leyes que van más allá de la coyuntura de un gobierno, que tienen una

permanencia en el tiempo y que son propiedad de la sociedad, o sea públicas. ¿Cuál sería el orden en el que abordarías, Juan Diego, o qué le pedirías al Estado para que le pusiera cuidado en esa confección de la política pública para el centro?

Juan Diego Restrepo: Yo creo que uno de los problemas que uno vive o vivió en el centro y que ustedes hablan desde su nostalgia, es un poco el nivel de certidumbre y de incertidumbre. Uno se podía sentar en La Playa con un alto nivel de certidumbre de que no le iba a pasar nada, porque la situación de seguridad y tranquilidad se lo permitía; no obstante, el nivel de certidumbre de la ciudad se degradó como consecuencia de unos cambios sociales, políticos, económicos y culturales. En este sentido, creo que primero hay que rescatar ese nivel de certidumbre que nos permita sentir que no nos va a pasar nada en el centro ni de día ni de noche.

Para esto se necesita una política clara de seguridad integral para atender aquellos fenómenos que generan incertidumbre, lo cual no consiste en la presencia de la policía sino en cómo vamos a atender el tema de la población en situación de calle, el problema de las mujeres y los hombres en situación de prostitución, el tema de los robos, el asunto de la inseguridad urbana, la cuestión de la venta de estupefacientes y las mafias ilegales que la sustentan, entre otros. Estas situaciones pululan y debemos pensar entonces en cómo elevamos los niveles perdidos de certidumbre atacando dichos problemas que son sustanciales.

Y ahora que ustedes hablaban de las bancas recuerden que la alcaldía de Luis Pérez en el periodo de 2001-2003 decidió quitar las bancas de los parques para erradicar a la población en situación de calle, entonces como las sillas eran unos vivideros, en vez de atacar el problema de quienes viven en esas sillas decidió quitar las sillas, ante lo que surge la pregunta ¿por qué no atacó mejor el problema social en vez del problema estético? Hay que atacar esos fenómenos sociales primero o paralelamente a las demás intervenciones, por eso yo sí quisiera ver al alcalde Federico Gutiérrez más entronizado en lo social, no solo en la política de cemento, sino también en una política social dura, fuerte, constante, que supere incluso su periodo de alcalde y la deje planteada como política pública para que a

la par que se intervenga estructuralmente y en infraestructura el centro se atiendan los problemas sociales.

Juan Diego Mejía: Una última intervención antes de que se vaya Pilar. ¿Cómo hacer alguna anotación a eso que plantea Juan, a esa sensación, a esa certidumbre de seguridad? ¿Cómo la asumiría la Alcaldía? Es decir, ¿cuáles son los factores, variables, que entrarían a configurar esa sensación de seguridad, de certidumbre?

Pilar Velilla: Sí, es una meta y me parece que en eso estoy totalmente de acuerdo contigo. Yo, por ejemplo, asisto al Consejo de Gobierno y les puedo decir, también como anécdota, que con todos los años que tengo, realmente no había visto un alcalde que dijera unas frases que no había oído en boca de otros, que me gustan y que me parece que reflejan un compromiso real de este alcalde especialmente por la parte social, es una insistencia permanente y, si ustedes miran el Plan de Desarrollo, tiene un gran énfasis en esto. Sin embargo, esto es algo que no se puede simplemente declarar, sino que se tiene que demostrar con hechos y obras y por eso espero que seamos capaces de demostrarlo.

Juan Diego Mejía: Aparte de las variables que señala Juan, ¿cuáles otras? Yo le hice una pregunta a Juan de si cuando hablaba de certidumbre y seguridad se refería a la policía y él me dice que no y entonces aparecen unos factores como los habitantes de calle, los habitantes en situación de prostitución, las plazas de vicio, que él cree que se deberían tener en cuenta, para los que se debería legislar. ¿Hay algunos otros?, o sobre ellos ¿quisieras aportar algo?

Pilar Velilla: En eso estoy totalmente de acuerdo contigo. En realidad, y más en el centro, somos conscientes de que nuestro país —y es algo bien aterrador— está tomado por la delincuencia, porque lo vemos en los altos niveles del país, en la dirigencia pública en donde vemos verdaderos bandidos. Es decir, las noticias de los últimos tiempos son apabullantes, nos están manejando una pila de ladrones, de corruptos. Yo a veces pienso en qué dirá un muchacho de una comuna popular de Medellín viendo las noticias que reflejan cómo están robando al país y cómo nadie está haciendo nada, pensará “me voy a robar al vecino, pues eso es lo normal”.

En ese sentido, así como el centro es sede de los bancos y de las empresas más importantes, las cuales tienen una oficina en él, los pillos también la tienen. Me parece que el centro está tomado por la delincuencia y esto no es un tema nuevo. Nosotros tenemos un secretario de seguridad que es el que maneja este tema y, por ejemplo, el centro es la única comuna que tiene dos mesas de seguridad: la mesa de toda la ciudad llamada Comité Operativo de Ciudad y la Mesa del Centro. En estas mesas se analiza todo lo que está pasando en relación con la seguridad y la delincuencia, que realmente es preocupante y abrumador, y se trazan unos planes y operativos, cargados de investigación e inteligencia, para atender todas las situaciones de inseguridad.

A modo de ejemplo, detrás de los pobres carretilleros hay una verdadera mafia y son los dueños de las carretillas los que realmente se ganan la plata. Esto para decir que, a mi juicio, lo que hay en el centro es una explotación de personas pobres que salen para su casa con quince mil pesos, mientras los dueños se ganan varios millones al día, dependiendo del número de carretillas que tengan. A todo lo subyace una mafia: detrás del gas que utilizan los que fríen papitas hay una mafia que los explota y los engaña. Esto es algo abrumador, yo no soy experta en el tema de seguridad, pero a veces me pregunto: ¿qué hacer con esta situación tan compleja? Lo que les puedo decir, si sirve de tranquilidad, es que admiro el trabajo intenso que se hace día a día para combatir estas situaciones.

Con relación al tema del habitante de calle he aprendido lecciones que desconocía. Primero que hay personas que quieren vivir en la calle por su propia voluntad, lo cual le queda a uno muy difícil de asimilar, pues no puedo entender la decisión de una persona de dormir en un andén porque le da la gana. Segundo que, en general, hay tres razones por las cuales una persona llega a la calle: la injusticia, un hogar desecho y la falta de oportunidades. Razones que parten de un Estado como el nuestro, de un país abandonado a su suerte por sus dirigentes tanto públicos como privados.

Entre los habitantes de calle se encuentra el grupo de los que salen a los cuatro, cinco o quince años desesperados de su casa a la calle y llegan

generalmente a las drogas, este es un grupo que causa mucho dolor porque está allí porque la vida los mandó a estar allí. Junto con este grupo está entonces el de la persona adicta que se vuelve un problema tan grande para su familia que esta se le esconde y el individuo termina viviendo en la calle. Por último, está el grupo que no me cabe en la cabeza que es el que decide por su propia voluntad vivir en la calle porque le gusta.

En todo esto hay un problema que no es solo nuestro, sino que es de todo el país, incluso del mundo. Es un problema dramático, doloroso y difícilísimo de afrontar. Yo no tenía ni idea de que el Estado con los impuestos que nosotros pagamos invirtiera tanto dinero en el tema de habitante de calle; Medellín es muy generosa con el habitante de calle, no solamente el ciudadano común, sino el mismo Estado que le da cuando quiere comida caliente, cama, ropa, atención médica y psicológica, y si está enfermo, lo hospitaliza. Además, la gente le da reciclaje y con esto tiene resuelto su problema, pues consigue los pesos que necesita para garantizar el consumo y la comida. En síntesis, el tema del habitante de calle es un tema muy difícil.

Hay otro tema que es la explotación infantil. Me gusta mucho lo que dice el alcalde y es cero tolerancia con el tema de niños. Yo soy mamá y abuela y no resisto la explotación infantil de ningún tipo, me parece la situación más cruel y dolorosa; la persona mayor entiende, el que está en la calle finalmente sabe cómo es el mundo, pero un niño no tiene idea, no entiende qué es lo que le está pasando. Este es un problema muy grande y hay un gran equipo trabajando en él con una gran devoción y dedicación, y a veces con muy pocos resultados.

Juan Diego Restrepo: Hay que hacer una precisión sobre la corrupción y es un dato que ustedes lo deben saber. Recuerden que en la asignación del contrato para la construcción del metro de Medellín, hubo una coima de 25 millones de dólares que nunca se investigó; por lo tanto, la corrupción no es un asunto de ahora, es un asunto histórico y nosotros tenemos ese gran pecado de mostrar una gran obra de infraestructura sustentada o cimentada en una corrupción absoluta; sólo era una aclaración.

Juan Diego Mejía: Yo quisiera aprovechar a Juan para que abordáramos un tema, algo que a mí me preocupa. Lo siento muy pragmático, muy claro en sus cifras y a veces uno pierde la esperanza; entonces digo ¿crees que la cultura tiene algún papel en esta nueva sociedad que reclamamos para el centro?

Juan Diego Restrepo: Sin duda, creo que lo que hay que hacer es apropiarnos de la calle, que todos los movimientos culturales se apropien del espacio. El referente de apropiación urbana callejera más claro que tiene esta ciudad es el del teatro Pablo Tobón Uribe, su glorieta se apropió efectivamente mediante la cultura y supongo que a largo plazo los cambios seguirán siendo efectivos. Siguiendo este ejemplo, yo siempre discutía: ¿por qué no se traslada esa expresión al Parque del Periodista? ¿o por los lados del Parque Bolívar? ¿o se lleva eso al Parque Berrío? ¿o se baja por allá a Tejelo donde hay un parque obrero un poco escondido, la plazuela de Zea? ¿por qué no se hacen esas tomas del espacio público, concertadas con las comunidades que están ahí alrededor, y se comienza a reproducir el fenómeno Pablo Tobón Uribe? Yo creo que la expresión cultural no hay que encerrarla, o sea, nosotros tenemos muy buenos teatros, muy buenas salas de cine, pero entonces saquemos las cosas a la calle; uno puede hacer, por ejemplo, ciclos de cine callejero y congregar al uno y al otro.

Es tratar entonces de que las expresiones culturales además de ser públicas y callejeras, sean incluyentes, porque mucha gente no tiene oportunidad de entrar a algunos espacios, aunque muchas salas concertadas no cobren o cobren lo que uno pretenda dar, y tampoco está vestida para la ocasión, por lo que un indigente no puede entrar a teatro. No obstante, si hay teatro o arte en la calle cualquiera lo puede disfrutar y quizás todas estas expresiones lo puedan ir motivando a cambiar, incluso de vida. Yo he dicho en repetidas ocasiones que hay que sacar la cultura a la calle y le recomendaba a alguien de la administración Fajardo que fuera a la calle y se tomara los barrios, pues solo se le gana la partida a la ilegalidad tomándose el espacio en el que esta existe.

A mí me sorprende que el centro se defina como el barrio de todos, pero que sigamos posicionando un concepto excluyente. ¿De qué centro

estamos hablando? Hay un centro que ya está desarrollado culturalmente que es la zona de influencia del Pablo Tobón, sin embargo, no pensamos culturalmente El Hueco o los alrededores de Tejelo. Entonces el barrio de todos es... ¿cuál es la territorialidad a la que nos referimos y quiénes están en esa territorialidad?, porque efectivamente el centro es diverso y hay que pensar esa diversidad y acoger, traer, llegar a toda la gente. Si hay voluntad política, esto no debe ser tan complejo.

Más allá de lo que decía Pilar, de hacer una ciudad estéticamente agradable, lo que realmente me preocupa es que se privatice el espacio público y que no haya un goce efectivo del mismo por ciertos pobladores. Por ejemplo, el parque que está al lado de EPM es altamente vigilado, ahí no se admiten ni vendedores ambulantes, y la zona verde que hay encima del deprimido nuevo está ocupada por cuarenta hombres de seguridad, pero el Parque de los Deseos ha sido apropiado también por los ciudadanos y eso se lo ganaron a punta de ir, de ir y de ir. Surge entonces el cuestionamiento: ¿quién goza del espacio público como un goce efectivo de derechos?, pues al que le vean buena pinta, el que no huela maluco, el que no tenga un cajoncito para vender o el que no empuje un carrito de cartones, y es ahí donde se corre el riesgo de que se privatice el espacio público.

Juan Diego Mejía: O sea, Juan, que ¿la esencia de lo que estás diciendo es que la exclusión social es lo que genera la cultura de la ilegalidad?

Juan Diego Restrepo: Digamos que, en parte, porque si yo no tengo empleo y a mí alguien me dice “si usted se para en esta esquina y me dice cuándo viene un policía, yo le doy cincuenta mil pesos diarios”, pues yo acepto pararme ahí y campanear, así resuelvo mi problema, aunque no sea el mejor empleo. Entonces bien sea por exclusión social, falta de empleo, falta de estudio, marginación, auto marginación o por múltiples razones, la gente sale y se mete en la ilegalidad en búsqueda de ingresos para sostenerse. Esta ilegalidad está antecedida por la informalidad y si esta no resulta efectiva se da el paso hacia lo ilegal y ahí es donde se generan esos niveles de violencia en la pugna por permanecer.

Juan Diego Mejía: Voy a hacer una última pregunta y les pido que si tienen preguntas aprovechemos. La pregunta es: ¿la solución para una

situación como la de nuestra ciudad, en particular del centro, es exclusiva responsabilidad del Estado o puede haber una solución al margen de este?

Juan Diego Restrepo: Yo creo que el primer responsable es el Estado, porque es el agente constitucional, regulador y concertador; sin embargo, pienso que tiene que rodearse de actores sociales, culturales, políticos y económicos. Tampoco creo que todo haya que entregárselo a la empresa privada, porque el espacio es de todos, es público y lo público es justamente de nosotros, entonces si le entregamos, por ejemplo, La Playa a la empresa privada, esta va a buscar la forma de sacarle la mayor cantidad de plata y los ciudadanos vamos a tener que pagar para pasar por ahí.

Al ser entonces el Estado el primer responsable, es el llamado a concertar y debe haber figuras creativas para convocar aquí a Fenalco, a los del Hueco, a todo el sector económico que confluye en el centro, de modo que se creen unos niveles de concertación altos en asuntos como los que decía Pilar: manejo de la publicidad callejera, lo estacionario, la contaminación sonora y visual. Es el Estado el llamado a ejercer la autoridad y por eso el problema empezó cuando el algún momento dijo “en esa parte del centro yo me tranquilizo, allá hay unos que me la organizan” y se desentendió de ciertas zonas que se han ido degradando.

Cabe anotar que aquí hay cosas que funcionan no porque el Estado esté, sino porque los otros son muy efectivos, aplican y regulan con unas leyes mucho más efectivas que las que hay en la Constitución o en el Código de Policía, y entonces yo me quedo callado o tranquilo porque allá las cosas me están funcionando, no hay robos, no hay muertos, y se asocia esa falta de homicidios con tranquilidad. En consecuencia, el Estado se desentiende y se olvida de otros fenómenos mucho más complejos que también son expresiones de violencia como el control que ejercen pequeñas mafias, la coerción brutal a través de los impuestos forzosos o voluntarios y el pago a agentes privados para que controle el espacio público. Dicho esto, el problema para mí, volviendo al punto, es que el Estado es el primer y único responsable, si no concierta, si no actúa, si no opera, pues hay que decírselo.

Juan Diego Mejía: Ahora escuchemos las intervenciones del público.

Intervención 1: Buenas noches, recuerdo que hace siete años, más o menos, en el Ateneo Porfirio Barba Jacob se realizó un seminario sobre marketing de ciudad, debido a que Medellín ese momento hacía parte de un proyecto que se llamaba *Citis* en el que estaban inmersas ocho ciudades del mundo, y se ponía el ejemplo de la ciudad de Bilbao con la que los paisas teníamos una similitud por tener esa tendencia a ser un poco agresivos y a poner la cultura por debajo de nuestras capacidades de ser verracos, o sea, la cultura del habitante vasco era muy cercana a nosotros. Entonces se abordó la forma de cómo lograr una similitud con Medellín, pero partiendo desde el mismo museo, el Museo Guggenheim, que salió a la calle y eso lo empezó a hacer el Museo de Antioquia.

Con esto quiero acercarme a lo que dice Juan Diego acerca de por qué la gente no habita los espacios como el Parque Bolívar u otros parques debido a la falta de certidumbre, pero también a la falta de lugares dentro de esos parques que sean como oasis dentro de la ciudad. Medellín tiene ciertos oasis dentro de la ciudad como el Pablo Tobón, las Torres de Bomboná, el Claustro del Paraninfo, pero mientras usted esté afuera no está en un oasis, empezando por la misma construcción de cemento, tema que ya se abordó, porque se eliminaron demasiados árboles en la misma estructura de la ciudad; miren, por ejemplo, el parque de San Antonio que no tiene ni un solo árbol, es una plazoleta encima de un parqueadero, o mejor, un parqueadero con un parque encima.

Entonces Medellín entra a este proyecto que se llama *Citis* con otras ciudades y si usted lo aborda desde infraestructura empieza a construir cosas como el metro, parques biblioteca y una serie de asuntos que supuestamente van a mejorar la calidad de un conglomerado de personas que va a habitar esa ciudad. Pero el problema es que esta ciudad también tiene una gran cantidad de asentamientos, generada por personas desplazadas y por la violencia, entonces mientras no se aborde esa parte en su totalidad, la ciudad puede tener la infraestructura que se quiera instaurar, pero no tendrá el concepto de certidumbre.

Hay algo que me preocupa mucho en El Palo o la 45. Analicen la cantidad de moteles y hoteles que hay ahí; si estuviera aquí la Gerente del Centro miraría que eso acabó con la estética de una gran cantidad de casas en el sector y, si se detalla, casi que ni entra gente. Son infraestructuras que uno ve que funcionan como raro, que ni siquiera facturan, uno cuando entra a un motel no presenta factura.

Intervención 2: Buenas noches, yo soy líder de Prado Centro, varios años viví ahí y en este momento la intervención que nos plantean con respecto al centro me preocupa mucho. Esta mañana pude mirar la ampliación que tiene La Playa, por ejemplo, en los andenes, que se ven divinos pero ¿qué va a pasar con eso?, ¿vamos a volver con el control al espacio público?, ¿vamos a dejar que los venteros se instauren ahí?, ¿qué va a pasar con el habitante de calle?

En el centro nos plantean un panorama hermoso, por ejemplo, los pilares del corredor del metro muy lindos, con enredaderas, soñados, al igual que la intervención en los andenes, pero lo que es el Proyecto Centro Parrilla tiene muchas falencias. Además, no me he podido explicar cómo hacen las guías para la población invidente, ya que estoy de acuerdo con que los invidentes puedan caminar el centro, pero entonces ¿qué pasa en el centro?, ¿está toda la guía para la persona invidente?, yo no sé si haya una solución para esto, pues se debe buscar otro diseño de ciudad. Por último, cerca al colegio María Auxiliadora hicieron una intervención, ¿qué pasó ahí? unas bancas divinas ¿para qué? para que la población indigente se acueste a dormir ahí o para que los consumidores del centro se sienten a terminar de consumir ahí.

Intervención 3: Buenas noches, soy coordinadora del adulto mayor del sector Bomboná 1. Con relación a la problemática del centro, yo me atrevería a decir que le estamos poniendo a la ciudad una máscara de cultura, pero volviendo a la parte humana estamos rodeados de una serie de situaciones y flagelos que hay que contrarrestar.

Código de Policía, libertades públicas vs deberes ciudadanos

Raúl Vera Moreno
William Fredy Pérez Toro

27 de abril de 2017

A raíz de la implementación del nuevo Código de Policía, que entró en vigencia el 30 de enero de 2017, el programa Ciudad al Centro convocó a dos invitados conocedores del tema para debatir los aportes y deficiencias de esta nueva reglamentación. Por parte de la policía estuvo presente el coronel y abogado Raúl Vera Moreno, quien resaltó la importancia de este Código en el fomento de la convivencia ciudadana, como eje fundamental para reconstruir el tejido social y recuperar la función social de la policía como mediadora en la resolución de conflictos cotidianos. Y como representante de la academia estuvo como invitado William Pérez Toro, profesor e investigador de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia y candidato a doctor en Derecho Público, quien planteó como principal reto para la policía recuperar la legitimidad y la confianza ciudadana para poder hacer cumplir a cabalidad las nuevas propuestas de dicho Código.

Gisela Posada (Líder del programa Cultura Centro): Queremos compartir el mensaje enviado por el Mayor General Jorge Enrique Rodríguez Peralta, director de Seguridad Ciudadana, que hasta el día de hoy tenía en su agenda acompañarnos en este debate propuesto por la universidad

en el centro de Medellín, pero que por dificultades que voy a compartir a partir de la misiva que nos remite, disculpa su inasistencia, pero en su lugar envía a una persona muy competente que ha estado en la entraña también de lo que ha sido la construcción del Código de Policía; sabemos que es un excelente interlocutor en este espacio que hoy estamos generando desde la Universidad:

Doctor Mauricio Alviar Ramírez, rector Universidad de Antioquia.

He recibido con especial agrado la invitación que tuvo a bien hacerme, con motivo del programa Cultura Centro en el debate sobre el Código de Policía, por lo que es muy grato expresarle un cordial saludo de inmenso agradecimiento por esta especial deferencia y, por supuesto, quiero felicitar esta iniciativa extensiva a toda la comunidad universitaria, como parte de este evento. Por motivos institucionales y por delegación nacional en una actividad importante en nuestro país en el día de hoy, que hizo perentoria mi presencia, no podré asistir a tan importante acto académico; sin embargo, delego al señor coronel Raúl Vera Moreno, quien ha sido el implementador del Código Nacional de Policía y Convivencia, que estoy seguro cumplirá un papel muy importante en esta noche de reflexión. Le deseo muchos éxitos y que se prodigue de buena ventura la labor universitaria que desempeñan a diario en beneficio de la formación. Con sentimientos de especial gratitud, consideración y aprecio,

Mayor General Jorge Enrique Rodríguez Peralta
Director de Seguridad Ciudadana
Policía Nacional

Agradecemos este mensaje que sin duda disculpa la presencia del Mayor General, pero que sigue teniendo la presencia de la policía en este evento, como un objetivo clave de nuestro programa de reflexión y cualificación de opinión pública.

El tema de esta noche, *Código de Policía, libertades públicas vs deberes ciudadanos*, se definió a partir del 30 de enero de 2017, cuando la Policía Nacional terminó el período de multas pedagógicas y pasó

a ejecutar con vigor las sanciones económicas, o hasta de cárcel, que dispone el nuevo Código de Policía, texto que no había sido renovado desde hace 45 años. Dicha institución presenta esta actualización como: “la primera herramienta con la que cuentan todos los habitantes del territorio y las autoridades para resolver los conflictos que afectan la convivencia y con la cual se puede evitar que las conductas y sus consecuencias trasciendan a un problema de carácter judicial e inclusive de carácter penal”. Con esta convocatoria queremos entonces afianzar varios aspectos fundamentales: el programa *Ciudad al Centro*, que aporta al debate, a la cualificación de la opinión pública y a la reflexión, se une al propósito de la Alianza Cultural por el Centro, en la que más de 37 instituciones estamos unidas intentando configurar una agenda que participe también de ese debate público, y por eso ofrecemos este tema tan valioso para toda la ciudadanía.

Juan Diego Mejía (moderador): Muy buenas noches queridos amigos, me place mucho estar acá, este es el segundo encuentro que tenemos en este programa Ciudad al Centro. Doy la bienvenida al coronel y al profesor, me parece que vamos a aprender mucho hoy. Un evento como este da cuenta del estado de desarrollo que está alcanzando nuestra sociedad, en tanto las autoridades y los expertos vienen a la universidad, se sientan frente al público y nos cuentan de qué se trata todo esto.

Coronel, yo tengo una pregunta inicial que fue la que me asaltó cuando empecé a leer el Código, ¿cuál es el espíritu del Código?, me gustaría oírlo de la voz oficial, de una persona con la investidura que usted tiene y que participó en todas las discusiones y la formulación de este Código.

Coronel Raúl Vera: Muy buenas noches a todos. Deseo agradecer este espacio que nos brindan a nosotros como institución, ya que poder compartir en espacios académicos es fundamental para construir convivencia en el país. Yo quisiera abordar su pregunta citando una frase de Mahatma Gandhi, porque me parece que es muy pertinente para la pregunta que nos hace: “todo derecho que no lleva consigo un deber, no merece que se luche por defenderlo”. Nosotros hablamos de un Código de Policía Nacional y de Convivencia en el que la palabra policía tiene

una significación asociada a su etimología policía=ciudad, orden en la ciudad; no es un código para la policía uniformada, es un código para la convivencia en la ciudad y por eso el espíritu es establecer unos comportamientos mínimos que cualquier sociedad civilizada en el mundo ha determinado, pues entre mayor grado de civilización, mayor reglamentación y mucha más autoridad al momento de quebrantarla, esto es lo que vemos y esa es la orientación mundial.

La norma se hizo en un proceso de ocho años, con un equipo redactor que tuvo la oportunidad de liderar, utilizamos un método científico para aplicar unos instrumentos de recolección de información por todo el país, y consultamos diferentes fuentes de información que nos permitieron identificar algunos motivos o comportamientos que debían tener un tipo de regulación, puesto que afectaban la convivencia del país. Llegamos a identificar aproximadamente 371 comportamientos que perjudican al colombiano y que afectan a todo el que esté en el territorio nacional; en razón a ello, se construyó un sistema en la norma que nos permite actuar inmediatamente para corregir, pero en esencia para prevenir, a través de lo que hemos denominado la prevención policial, que es el control de ciertos comportamientos que, de no ejercerse, el conflicto llegaría a desencadenar situaciones mucho más complejas. Realmente creo que esa es la esencia, ese es el espíritu, es lo que nosotros queremos compartir con la comunidad, ya que no es un código para la policía, sino que es un código para tener una mejor convivencia en el país.

Juan Diego Mejía: Están muy claras las palabras, pero antes de darle el turno al profesor, tengo una pregunta que me inquieta: ¿cómo se define la convivencia? Porque lo que uno ve en el Código es que hay unas categorías sobre las cuales se asienta ese concepto de convivencia, entonces ¿qué es la convivencia?, ¿cómo la concibe el Código?

Coronel Raúl Vera: Convivencia es vivir con: con el ambiente, con el prójimo, con los animales. Es a partir de entender que tenemos diferencias, que el respeto es un principio esencial y fundamental y que, en esa medida, tengo derechos, pero también deberes, los cuales son tan

importantes como los derechos, que se configura el mensaje central de lo que es convivencia para esta norma.

Juan Diego Mejía: Profesor William, en esta indagación sobre el espíritu que tiene el Código ¿está de acuerdo en que está todo dirigido a la convivencia y cree que esa es la forma como se logra la convivencia, identificando unas acciones que van en contra de la convivencia y ocupándose de ellas en detalle? ¿Es satisfactorio, desde el punto de vista de la academia, que un Código de Policía ejerza ese método, que es el que expone el coronel, de identificar unos puntos y abordarlos?

William Pérez: Sí, ese me parece incluso el orden natural de las intervenciones en materia social, sea en intervenciones mediante una escuela, por medio de un médico, a través de una regla preventiva o mediante una disposición sancionatoria: una identificación de problemas, un diagnóstico, un diseño de una intervención y, eso sí, una explicación de cuál es el mecanismo que data del problema con el factor que se quiere intervenir, es decir, si detectamos un factor crítico en un problema determinado, pues habríamos de explicar por qué removiendo ese factor en particular, el problema desaparecería; no me parece exótico el procedimiento, de hecho creo que ese código policial contiene un buen diagnóstico de muchos de los líos de interacción en la ciudad que tenemos, no logro imaginar cuál otro, pero seguramente lo hay, conté 365 reglas de comportamiento o situaciones en las cuales se interviene con una medida correctiva o con las medidas que dispone el Código.

Considero que el diagnóstico es bastante ajustado: el mal gasto de agua, el volumen alto del equipo de sonido o ciertos consumos en la calle, son problemas en los que no estoy seguro de que esa sea la manera de intervenirlos, pero sin duda se convierte en un buen diagnóstico; digo que no estoy seguro porque ese es un asunto que tendremos que estudiar en adelante, cuando empecemos a ver los resultados, pero no los resultados medidos en infracciones, porque uno de los líos que tenemos es que cuando imaginamos un problema que amerita una intervención institucional, que contenga medidas correctivas o sancionatorias, empezamos a medir el éxito de la intervención por el número de capturas o

por el número de infracciones, cuando probablemente la primera medición que deberíamos hacer es el impacto que produce la transmisión de un comportamiento correcto o incorrecto.

Además, pienso que ese Código de Policía, inclusive, debería estudiarse de atrás para adelante, como las constituciones, en la medida en que lo más importante de los órdenes constitucionales es saber quién hace qué, cómo y cuándo, y después uno va aprendiendo el tema de derechos. En el Código de Policía me parecen muy importantes las últimas disposiciones referidas, sobre todo, a los mecanismos alternativos de solución de conflictos que se incorporan, y también porque en los últimos textos de este Código está, por ejemplo, el énfasis hacia las campañas pedagógicas sobre el tema que se deben llevar a cabo, es decir, asuntos que se refieren a lo que está mal y está bien, a la transmisión, a la explicación, y al intento por persuadir a las personas de que no está bien que tiren la basura en el pasillo.

Después viene ya el listado del tipo de sanciones, que el Código no llama sanciones y eso tiene implicaciones importantes, por ejemplo, en el orden jurídico, pues usted puede acumular una medida correctiva con una sanción, por eso es que hay reiteración de normas penales y en el Código de Policía uno puede encontrar un porte ilegal de armas o diversas actividades que estando en el Código Penal, son reiteradas en el Código de Policía; lo que quiero decir es que producen un efecto muy curioso, porque incluso estas normas se mantienen sin perjuicio de las disposiciones penales. Esa es una norma que a mí me parece muy ambigua, sobre todo, porque configura una doble punición. En esa medida, lo que pasa es que se alegraría que no se configura porque no es una sanción, sino que es una medida correctiva, pero va a ser muy difícil persuadir a alguien de que una multa no es una sanción.

En relación con el Código, habrá que empezar a estudiar esos aspectos en muy diversos niveles, uno es el nivel que está ahora estudiando la Corte Constitucional que es la pura confrontación normativa, en la que la Corte empezará a estudiar los contenidos de sus textos, de la ley que contiene el Código de Policía o que codifica las reglas de policía frente a los textos constitucionales, lo que es puro examen intrasistemático.

Después tenemos que entrar a pensar qué efecto o impacto puede producir el Código de Policía en relación con la institución o, mejor, con los funcionarios encargados de aplicar ese código y de expedir esas reglas; es decir, con los encargados de la función y actividad policial en relación con el entorno. Por último, tenemos que empezar a ocuparnos del propio entorno, que es un asunto que tiene preocupadas a muchas personas a partir de las tensiones que genera la aplicación del Código de Policía en un contexto como el nuestro; es decir, las dificultades que existen para mantener, recuperar o incrementar la confianza a partir de la aplicación de funciones correctivas.

Coronel Raúl Vera: Lo que dice el profesor es muy importante, hay dos reflexiones relevantes que me gustaría hacer. La primera, la prevención policial que aplica el Código es una de las maneras de corregir o intervenir problemas que afectan la convivencia y habitualmente la gente tiende a confundir los tipos de prevención que existen. Hay una prevención social que hace referencia a la educación, la salud; hay una prevención situacional que involucra estructuras, calles, iluminación, carreteras, vías, colegios; por último, hay una prevención policial que no tiene otro significado diferente al de controlar comportamientos. Es bien importante hacer énfasis en esto, porque algunos cuestionan el Código porque esa no es la solución y la solución es educar, por supuesto, la prevención social es muy importante, pero desde la sociología entendemos que tiene que haber alguna posibilidad de corregir.

Ahora, el profesor, que tiene un discurso muy jurista y conoce bien la norma, habla de doble punibilidad; hace un mes reiterábamos en EAFIT a profesores y juristas que el Código no es sancionatorio y no se da a partir de esa punibilidad del Estado. Esto lo explicábamos con este ejemplo sencillo: yo puedo llegar a un barrio o sector x y encontrar una controversia, una riña entre dos personas, las controlo, las desarmo, las calmo, las tranquilizo y utilizo un medio que no es ni siquiera un medio alternativo de resolución de conflictos que se denomina mediación policial, es un medio de policía, como lo es la fuerza, como lo es la orden, como lo es el registro, y después de que logro controlar la situación, les

pregunto “¿por qué están peleando?”, entonces una parte me dice, “es que el señor me debe tres meses de arriendo, no me ha pagado y yo dependo de ese arriendo para darle de comer a mi mujer y a mis hijos”; “bueno ¿y usted por qué no le ha pagado?”, “porque llevo seis meses sin trabajo, estoy aguantando hambre y mis hijos también están aguantando hambre, y ahora el señor quiere que yo me vaya y yo no puedo dormir en la calle con mis hijos”. ¿Tendríamos que entrar dentro del concepto de la punibilidad, documentar un procedimiento, y señalar una posible multa que pueda ser impuesta por una riña? No, la norma tiene una lógica y una estructura de construcción para poder apagar las causas del problema por medio de la prevención policial y el control de ciertos comportamientos.

En este sentido, es bien importante plantear que esto no va a reemplazar la política pública y que hay otros tipos de prevención, pero que sí va a ayudar. No estamos entrando en esa lógica sancionatoria y punitiva porque una actuación policial puede terminar no necesariamente en la imposición de una medida correctiva, algo que les choca mucho a los penalistas y que para los juristas es difícil de comprender. Hoy, por ejemplo, me contaron que antes del 30 de enero las intervenciones en dos o tres establecimientos de comercio en los que habitualmente había desarrollo de economías ilegales como venta de celulares robados, armas y estupefacientes, se hacían ingresando al lugar, capturando y dejando esa realidad punitiva, exclusiva del derecho penal, a disposición de la Fiscalía, pero a las tres horas el establecimiento estaba nuevamente abierto con otra persona ejecutando la ilegalidad, porque es muy rentable y entonces la gente cuestionaba esta situación, se quejaba y nos lo reprochaba. Uno de esos establecimientos ha sido reincidente en dos ocasiones, pero ahora con nuestro modo de intervenir hemos capturado al responsable y cerrado o suspendido temporalmente el lugar, lo que evidencia una acción estatal mucho más robusta que contrarresta el delito desde la órbita penal, pero también desde la órbita policial mediante la suspensión de la actividad ilegal que le muestra a la ciudadanía un Estado mucho más contundente y estructurado a la hora de intervenir problemas graves como la economía ilegal.

William Pérez: Yo no sostendría tampoco que es un código punitivo, lo que pasa es que cuando uno habla de doble punición es porque técnicamente se denomina así, pero en realidad lo que quiere decir es que la prohibición no es sancionar a una persona dos veces por el mismo hecho; por ejemplo, cuando aparecía el reclamo de los profesores de EAFIT, al infractor lo pueden amonestar en público, lo pueden amonestar a través de un curso pedagógico y le pueden aplicar una multa, es decir, pueden acumular esas sanciones pero digamos que eso no es un gran problema.

Ahora el ejemplo que usted pone respecto a la conciliación es muy bueno, pero ahí hay dos inconvenientes: 1) usted sabe que el Código excluye prácticamente la posibilidad de conciliar en un montón de comportamientos y 2) es una oportunidad muy buena para ratificar lo que digo: el Código es bueno leerlo de atrás para adelante, porque atrás es donde aparecen descritos ese tipo de intervenciones y la manera específica en que cada medio puede ser usado.

Cabe anotar que ese Código apenas lo estamos estudiando, es un texto inmenso y sobre el cual acaba de salir un decreto de correcciones sobre por lo menos cuarenta enunciados, decreto que estamos concordando pues hizo las remisiones acertadas. Por otra parte, es muy difícil captar de una vez los niveles de las multas o sanciones y la forma como van a proceder sobre determinadas cuestiones, pero lo que sí puede uno inferir desde los principios y finalidades, es que la mediación deberá regir el Código y rescato que sea uno de los principios que lo atraviesa de manera muy robusta.

Ahora bien, el problema radica en el comportamiento policial ante las situaciones problemáticas, porque ahora hemos convertido a los agentes de policía, lo cual no es reprochable y está bien, en aplicadores de la regla inmediata. Sin embargo, nos tenemos que preocupar por el entrenamiento que tenga el aplicador de esa regla: qué hechos capta y qué palabras de la ley logra interpretar para subsumir una cosa en la ley, de lo que se esperaría, por ejemplo, que entre un policía y un hombre que está orinando en el Parque Bolívar suceda un encuentro amable.

Lo que quiero decir es que soñamos con un policía que antes de ver una infracción o, por supuesto, un delito, hablando dentro del contexto de las reglas básicas para la convivencia, pueda tener la capacidad de ver y analizar la situación problemática y luego recurrir a la regla.

Lo anterior partiendo del hecho de que la sociología también reconoce que la oportunidad sancionatoria es también una oportunidad pedagógica, actitud educativa que aplica también el profesor cuando pilla a un estudiante haciendo trampa y no lo termina sancionando sino reconviniendo, y los guardas de tránsito cuando logran que los taxistas no se vuelvan a parquear en el lugar que está prohibido, porque ya sienten pena o vergüenza.

Juan Diego Mejía: Ustedes están hablando en un lenguaje muy técnico y da la impresión de que están de acuerdo en absolutamente todo.

William Pérez: Entonces dimos una mala impresión, porque hasta ahora sólo hemos estado de acuerdo en una sola cosa.

Juan Diego Mejía: Hace algún tiempo me tocó mirar algunos reglamentos de los metros de Latinoamérica y Europa y casi todos tenían ese lenguaje prohibitivo y sancionatorio: “no haga esto, no haga aquello”, pero me encontré con el reglamento del metro de París y leí algo fantástico, pues en uno de los cuatro o cinco capítulos se hablaba de la decencia e invitaban a la gente a comportarse decentemente, dando ejemplos y consejos, sin ver en ninguna parte alguna frase que dijera “no haga esto, no haga aquello”, sino que por el contrario la mayoría decían “haga esto, trate de lucir así”, lo que es consecuencia de un Estado más avanzado o civilizado que el nuestro o de la ingenuidad.

Dicho esto, quiero preguntarles: ¿este Código es realista o es punitivo? Porque yo quisiera que hubiera unos capítulos en donde se invitara a la decencia o a la convivencia, pero no simplemente resaltando los puntos en los que ciertos actos son contrarios a estas y diciendo las multas o sanciones que traen consigo.

Coronel Raúl Vera: No nos vamos a poner tan técnicos pero el Código nace de la Teoría General de la Ciencia de Policía y el Derecho de Policía, escrita por Miguel Lleras Pizarro. Esta ciencia tiene unos

principios científicos que deben permear todo lo policial y uno de ellos es el principio de flexibilidad y adaptabilidad. El Código en su artículo 8.º posibilita a la autoridad discrecional que cuando el señor se esté orinando en la estatua, le diga “no está bien que haga eso, por favor reflexione y retírese de acá”, y es posible que vuelva y encuentre a la misma persona haciendo lo mismo y por vergüenza la persona ni siquiera cuestione la medida correctiva que ahora le van a imponer, lo que refleja unas lógicas reales de las que está hecha la norma.

Por otro lado, abordando la pregunta del profesor, con sociólogos de la Universidad Nacional de Colombia en algún momento tuvimos un título completo de comportamientos deseables, que eran aproximadamente 45 artículos al respecto y se presentó una ruptura entre los principios de la ciencia del derecho puro y de la conceptualización sociológica que decían que en una ley uno no puede decirles a las personas cómo desearía que se comportaran. El asunto entonces de comportamientos deseables es un asunto de la pedagogía de la educación. De hecho, aquí en Colombia hay un avance frente a ese planteamiento en el Código Distrital de la policía de Bogotá, pues rompe con los principios del ámbito jurídico frente al control. Sin embargo, cuando yo no tengo un verbo observable, sino un comportamiento deseable, la operacionalización en la calle se hace muy compleja y va en contravía de la realidad jurídica tradicional del verbo que se prohíbe con claridad para decirle a los habitantes que no deben hacer eso. Así que nos encontramos frente a varios preceptos de la ciencia de policía, principios de las ciencias jurídicas y la sociología que planteaban una oposición a decirle a la gente como comportarse, preceptos que acogimos para construir el texto que finalmente se consolidó y que es el que ustedes conocen en la actualidad.

Juan Diego Mejía: Profesor William, una observación sobre eso.

William Pérez: En ese régimen europeo que usted vio, también hay una avanzada de policización en el mejor sentido del término. Policía no es sólo el gobierno de las reglas elementales de la conducta diaria, postura que era la del profesor Lleras, ya que incluso en algún momento de la historia entre un policía y el gobierno no había ninguna diferencia.

No obstante, la transformación económica y social de los estados, en el largo plazo, terminan liberando la función de policía y localizándola en un ámbito específico.

De hecho, los tiempos neoliberales propician mucho la reducción nuevamente del gobierno a las cuestiones de la policía y, en este sentido, no es raro ver alcaldes dedicados exclusivamente a este tipo de temas en regímenes de incivilidades. También han crecido teorías que recorrieron el mundo hace tres décadas y que no hemos podido superar en muchos lugares del mundo como son la historia de la tolerancia cero o la teoría de la ventana rota, en las que se hace un trabajo muy serio sobre el hecho de que una pequeña infracción puede repetirse o derivarse en toda una crisis de la autoridad, ya que, por ejemplo, si usted va por la calle y ve una ventana rota, inmediatamente tiene la sensación de que allí nadie está poniendo cuidado y entonces rompe otra ventana, pasa otro y no sólo rompe una ventana más, sino que daña el basurero, otro rompe un carro, etc.

De este modo la descripción de esta situación fue lo que se llamó la teoría de las ventanas rotas y otra persona propuso que el remedio para esta teoría era la tolerancia cero. Mockus, por cierto, copió bastante la idea y la combinó con cultura. Además, ustedes recuerdan las campañas contra el sapo en el colegio que porque copiar un examen puede derivar en un gran crimen, pues eso es improbable, no tiene evidencia y la tendencia en países como el nuestro es que la gran criminalidad termina inspirando las pequeñas infracciones, porque crea técnicas de neutralización y procesos de justificación.

En la cotidianidad nosotros tratamos de superar las pequeñas trampas para evitar las grandes criminalidades, por lo que, por ejemplo, en la conversación de dos muchachos aparece uno incitando a tirar piedras a los semáforos, ante lo cual el otro responde diciendo que está mal hecho, pero el primero lo justifica con lo siguiente: “¿mal hecho? Mal hecho los que roban o ejecutan masacres”. Alberto Aguirre lo decía de una manera muy escueta: “En sociedades repletas de armas a veces parece inconveniente ponerse a decomisar bananos”. En París hay entonces

otra gente, porque aquí todavía aún somos muy burdos para tratarnos y en esta ciudad, sobre todo, en lo último que pensamos es en el vecino cuando, por ejemplo, vamos a poner el volumen alto de nuestro equipo.

En el Código encuentro todo bien descrito en relación con lo que genera problemas de convivencia; sin embargo, reiterando lo anterior, el gran trabajo que tiene el coronel y en general la policía es lograr que los aplicadores de reglas tengan la suficiente razonabilidad y capacidad para contemplar el medio necesario y adecuado que les permita estar seguros en que no hay otro medio para hacerlo, que no hay más caminos, que esa medida en la más razonable, puesto que una cosa es ver un hecho y otra es ver una situación.

Por ejemplo, en la Universidad de Antioquia un estudiante ve pasar un encapuchado y se sigue tomando el tinto, pero ese mismo estudiante ve pasar un encapuchado por su barrio y se muere de miedo, o en la misma universidad un profesor ve un encapuchado y se preocupa un poco, pero un directivo ve un encapuchado y se preocupa mucho más, es decir, el contexto hace una situación distinta aunque sea un hecho similar y el problema radica en suponer que no hay situaciones distintas. Por eso cuando un vigilante privado de la Universidad anota como novedad un graffiti del Che Guevara, es porque está desconociendo el contexto, el lugar, pues al fin y al cabo el hecho no genera ningún problema, pero si el mismo hecho acontece, por ejemplo, en el Centro Comercial El Tesoro si sería una novedad porque refleja un problema de orden público.

Todo esto para decir que la preocupación es por el trabajo tan tenaz que tienen para formar a las personas que ahora van a aplicar directamente los comparendos, preocupación que no es descalificadora, sino un poco proactiva, sobre todo, en una ciudad como ésta.

Coronel Raúl Vera: Es un reto, más que una preocupación. Llevo 25 años como policía, casi todo mi tiempo profesional lo patrullé en la calle y nosotros los policías tenemos un proceso diferente de realidad y de contexto y partimos del principio de adaptabilidad que nos ha hecho ver que cuando no nos adaptamos sufrimos los embates y los pagamos caro; los compañeros que llevamos más tiempo en la policía sabemos que

cuando nos metemos en un contexto que no debíamos, se nos complica la vida, y por eso para nosotros, inclusive, entre más viejo es mejor policía: porque lee mejor los contextos, es más práctico, es más simple para solucionar, al contrario del policía más joven que tiende normalmente a ser más autoritario o impetuoso. De allí que la posibilidad de mediación policial para nosotros va a ser fundamental y esencial.

Sobre esto recuerdo un gran debate que tuvimos en el Congreso en el que se quería que nosotros no tuviéramos ningún tipo de discrecionalidad y entonces pusimos el ejemplo de una vía principal bloqueada por señoras de 60 años en adelante que tenían cirugías recientes y andaban con tanques de oxígeno protestando porque una EPS no las atendía adecuadamente, así que ¿usted se imagina nosotros utilizar la fuerza contra estas señoras y proceder a judicializarlas y capturarlas porque bloquearon el sistema de transporte de la ciudad? Es un costo muy alto y es absurdo, lo que hicimos fue llegar a abrazarlas, llevarlas a la sinvergüenza de la EPS que no las quería atender para que lo hiciera y acompañarlas en su marcha. Esto es un asunto que hemos conocido en la práctica y en nuestra experiencia. Hay que resaltar también, por ejemplo, que en momentos de violencia en diferentes ciudades son los mismos señores de la Defensoría del Pueblo los que nos dicen: “procedan que esto ya se salió de contexto”, porque ellos conocen su realidad y su contexto.

No nos preocupa entonces la aplicación de la norma y la formación policial, pues en ello estamos trabajando, nos preocupa más la autorregulación de la comunidad. El éxito de este Código realmente se va a dar en la medida en que todos entendamos que hay unos mínimos de convivencia que tenemos que respetar como sociedad civilizada, y que nos comprometamos a no incurrir en esos comportamientos y a hacer control social, asuntos que son fundamentales. Así, por ejemplo, cuando yo veo a alguien que está haciendo lo incorrecto, de manera respetuosa, sin ser violento ni agresivo, yo lo llevo a la reflexión, si esa persona no me atiende, yo debo acudir a la autoridad policial y supervisar al policía para que desarrolle bien su actuación y su protocolo y corrija el comportamiento inadecuado. Esto es lo que esperaríamos que hiciera

la ciudadanía, que fluyera hacia la autorregulación, el control social y la supervisión de nuestras autoridades para garantizar la eficiencia. Este es el verdadero reto, lo que realmente nos preocupa.

Juan Diego Mejía: Cada vez que usted habla con temas y ejemplos concretos veo muy clara la forma como se aplica la ley a la vida cotidiana, y me gustaría que más adelante piensen en cuáles son las virtudes que el coronel le ve al Código y cuáles son los problemas que le veía William.

Hay una pregunta que me inquieta: el anterior Código tenía 45 años de vigencia en los cuales el país ha cambiado demasiado; sin embargo, este nuevo Código lleva ocho años reflexionándose para poder llegar a lo que es hoy y en estos últimos años el país ha cambiado mucho también pasando a una nueva etapa caracterizada por la paz, entonces ¿este Código interpreta nuestra sociedad actual?, ¿o de pronto nos cogió por sorpresa y la paz llegó cuando se estaba discutiendo sobre un código para una etapa de un país todavía en guerra?

William Pérez: Ese no es un dato menor, porque, así como uno piensa contextos locales, también piensa contextos políticos nacionales. En un largo conflicto armado que ni siquiera necesitó perversidad de algunos agentes para que terminaran por la fuerza de los hechos estando en el lugar donde no deberían estar, la policía nacional tuvo una naturaleza civil, no era un cuerpo naturalmente de choque, dedicado a la comunidad ciudadana o a la convivencia, sino que por la fuerza de los hechos nacionales la policía terminó dedicándose a perseguir enemigos muy poderosos que incluso hacían parte de la institucionalidad y no a ciudadanos infractores, lo que terminó trastocando sus funciones y por eso veíamos al ejército nacional requisándonos, buscando drogas, sancionándonos porque rompíamos una vitrina en una marcha o interviniendo en un barrio, lo que ocasionó que a largo plazo se minimizara la confianza en la policía y hubo, por ejemplo, en algunos barrios de Medellín donde se decía sin ningún matiz que ese era “un ejército invasor”.

Esto lo sabe muy bien la institución policial que ha diagnosticado y diseñado programas para incrementar el factor de legitimación y confianza ciudadana, que es un factor determinante. Por lo que

recomponer esa confianza es una tarea que yo creo que la policía ha venido haciendo desde hace un buen tiempo, mediante el rediseño de los modelos policiales, los programas de cuadrantes, la policía comunitaria, etc., que le han permitido acercarse a la ciudadanía. Mi temor entonces es que de pronto el Código no les haya dado la herramienta oportuna o adecuada para que podamos resolver ese problema y trabajar en esa tarea, pero que seguro en el largo plazo si lo hará.

Cabe resaltar que este es otro país desde el día del plebiscito, así haya perdido la paz, y a ese plebiscito van a volver cientos de veces, ciudadanos progresistas y no progresistas, porque marcó un hito, el comienzo del posconflicto, por lo menos en buena parte del país, y el deterioro de una guerra que hizo daño hasta para la recolección de basuras. En Medellín la mezcla de actores violentos y ese ese fenómeno que digo del trastocamiento de funciones hizo mucho daño, pues ¿sobre qué iba a proceder la policía acá? Procedió sobre una guerra y se vio mucha plata involucrada en indemnizaciones a causa de cientos de problemas, de modo que cada muchacho muerto y cada policía condenado fue un grado menos de legitimidad institucional, sobre el que tiene que comprometerse.

Ahora bien, en este escenario la policía tiene la oportunidad de reconstruir el tejido y la relación, lo que siempre resumo en la tranquilidad que uno siente cuando un policía lo saluda bien a uno, esas cosquillitas que le dan a uno en el estómago, que no es miedo, sino que es un proceso de legitimación y reconocimiento.

Coronel Raúl Vera: Yo pienso que una de las ventajas del Código de Policía y Convivencia es que nos permite recobrar nuestra naturaleza policial y nos amplió el foco. Nosotros estábamos trabajando sobre la seguridad, temas de criminalidad, conflicto, y eso no fue malo, estructuramos una policía muy sólida y fuerte para contrarrestar estructuras criminales, y no nos va a pasar lo que le está ocurriendo a los amigos mexicanos que tienen una policía totalmente desarticulada con un aparato militar armado, de lo que entendimos por qué no hay que mezclar lo militar con lo policial, que es un tema muy grave para una sociedad.

Entonces hoy tenemos una policía muy fuerte y estructurada, capaz de hacerle frente a cualquier estructura criminal, pero recobrando su naturaleza policial. No obstante, estábamos concentrados en el 20% de los problemas de seguridad y se nos había olvidado el otro 80%, que representa los problemas de ambiente, salud, ruido, tranquilidad, sanidad, también reclamados por los ciudadanos pero que no estábamos resolviendo por estar desenfocados, pues la realidad nos había desbordado y por eso perdimos legitimidad, provocando que la gente empiece a pensar que sólo servimos para molestar en el retén o para nada.

En este sentido, este Código nos está invitando a recuperar eso, es el proceso que estamos iniciando ahora; por ejemplo, el artículo 27 nos habla de unos comportamientos que se reprochan porque afectan la vida de las personas como son la amenaza o la riña, que son problemas muy de vecindad que rompen el tejido social y llegan a volverse situaciones muy complejas y la norma obliga al policía a llegar al sitio y, antes de generar cualquier acción, procurar mediar como agente de policía que tiene un contexto y una realidad, por lo que no se puede aplicar a todo y a todos. Ahí empezamos a encontrar los cambios, pues los policías están acostumbrados a recibir la llamada por la amenaza y remitir a los ciudadanos a una estación de policía o a la Fiscalía General de la Nación para realizar la respectiva denuncia; ahora es un asunto de realidad y de contexto y nos obligan a llegar al sitio, mediar y atender los problemas de convivencia, lo que nos devuelve nuestra naturaleza y nos avanza en el camino hacia la confianza y la legitimidad, que es fundamental y esencial en el ejercicio policial interesado en la reconstrucción del tejido.

Ahora, ¿esta norma sirve para el posconflicto? No. En la construcción de la norma nosotros siempre fuimos tajantes frente a no cazar un problema de realidad de conflicto con esta norma y les voy a dar cifras: en el año 2010 se presentaron 1.300 homicidios en Colombia aproximadamente, según el observatorio de Medicina Legal, tiempo en el que lograron ponerse de acuerdo en que los muertos no podían esconderse, y en el año 2014 los homicidios en Colombia descendieron de manera

importante, y les pregunto: ¿cuántos homicidios por riñas creen ustedes que se ocasionaron en el año 2014? ¿Y cuántos en el 2015 sin código, y en el 2016 también sin código?, pues estábamos en el orden de 4.300 homicidios ocasionados por riñas, lo cual es muy grave para una sociedad.

De modo que el conflicto armado estaba bajando, pero el conflicto relacionado con la convivencia y la vecindad se cuadruplicó, por lo que con o sin conflicto tenemos siempre problemas de comportamiento que tenemos que atender de otra manera. Además, nosotros creemos que la desactivación de ciertos aparatos y estructuras militares o criminales va a mutar hacia realidades urbanas que van a requerir una estructura de policía diferente, entonces estamos en un buen camino.

En esta vía, propendemos por una policía bien fuerte que sea capaz de contrarrestar el problema de la gente que estaba acostumbrada a hacer la guerra y viene al escenario urbano a buscar otra manera de lucrarse a través de estructuras criminales, pero también una policía que en su modelo de vigilancia comunitaria modifique su naturaleza para recobrar la confianza y la legitimidad, asuntos muy importantes para nosotros.

Juan Diego Mejía: Coronel, hábleme de algunos casos concretos del Código, algunos artículos en los que uno diga que hay algún un avance, para que los ciudadanos estén tranquilos y vean que este es un Código que le ayuda a la sociedad actual. Ahora con el profesor estábamos hablando, por ejemplo, del tema de la prostitución y de la manera como lo aborda el Código, pues parece que tiene mayor sentido de realidad y es un poco más avanzado a lo que nosotros estábamos acostumbrados a leer en las leyes. ¿Usted cree que podemos señalar el tema de la prostitución y cuál otro como un avance positivo en este Código?

Coronel Raúl Vera: Complementando la pregunta anterior, el Código nos permite entonces intervenir en ciertos comportamientos que son muy de vecindad, como la amenaza, la riña, el porte de ciertos elementos corto punzantes, el consumo de bebidas alcohólicas y de sustancias psicoactivas en la calle, entre otros, durante los primeros 30 días de vigencia del Código; controlando este tipo de comportamientos tuvimos una reducción del 27% en homicidio en Colombia, es una cifra muy significativa, y del 67%

en lesiones personales, lo que significa 6.400 lesionados menos por riñas o problemas de intolerancia y aproximadamente 5.000 millones de pesos ahorrados al sistema de salud. Todo esto se debe a una manera diferente de capturar y proceder después de la reacción y al control temprano de comportamientos que repercute en un mejor contexto.

Por otro lado, el tema asociado con la distribución de estupefacientes en los parques donde están nuestros niños, a los que contaminan, refleja un sujeto en función del consumo y de la posibilidad de consumo que disfrazo su accionar de actividad económica, se apodera del dinero de la venta de estupefacientes y termina comprando balas, armas, que generan secuestros y extorsiones. Hoy debemos tener controles para no permitir el consumo de estas sustancias en espacios públicos como los parques, lo que es ya un paso hacia la prevención para apagar los interruptores de la criminalidad.

Antes de referirme a la prostitución quiero plantear una reflexión relacionada con la manifestación pública. Cuando salió el Código, mucha gente salió, movida por intereses, creo yo, más caudillistas, a decir que este afectó sustancialmente el derecho a la protesta, denominada manifestación pública por la Constitución Política. Nosotros sorprendidos no entendíamos el por qué, pues el Código contiene cinco artículos en los que plantea que, si usted quiere protestar en este momento, sale a la calle, se reúne, marcha y no tiene que avisarle a nadie y la policía no puede intervenir así no se haya dado ningún aviso; por el contrario, antes del 30 de enero se tenía que dar aviso a la Alcaldía, ya que, si no se hacía, la institucionalidad podía disolver la manifestación. El aviso a la Alcaldía significa, para la gente que tiene cierto bagaje en cuanto a manifestación pública, que esta disponga unas estructuras y unos acompañamientos, pues, si me sucede algo, puedo demandar por la carencia de garantías relacionadas con la movilidad.

Adicional a quitar la obligatoriedad del aviso, el Código estipula que el alcalde no puede modificar rutas y recorridos de las manifestaciones ni negar o modificar fechas, a no ser que haya caso fortuito o fuerza mayor, como una inundación, una catástrofe, un atentado terrorista o

una situación muy grave, lo que incomodó incluso a algunos alcaldes. También determina que las autoridades no pueden lanzar injurias o descalificaciones a las personas que participan de la manifestación pública, so pena de incurrir en una falta disciplinaria, que los militares no pueden intervenir en el control de la protesta social y que antes de una intervención usando la fuerza, se debe utilizar la figura del gestor de convivencia, figura creada en algunas ciudades en donde hay unos interlocutores no uniformados que buscan mediar con las personas causantes de algún desorden para invitar a la moderación, planteamientos que aún nos sorprenden.

Todo esto para decir que estos pequeños artículos presentes en el Código empezaban a darle otro contexto a la manifestación pública; sin embargo, ahora hay un pronunciamiento de la Corte que dice que son inexecutable, es decir, contrarios a la Constitución Nacional. Se tienen entonces dos años para que se haga una ley estatutaria, que es un tecnicismo más procesal de no darle 4 sino 8 debates, y ojalá haya un ejercicio realmente serio, como en un momento se quiso hacer, pero no se pudo porque se mitificó el asunto, pero ya estamos empezando a evolucionar en asuntos como entender que la manifestación no hay que reprimirla sino acompañarla y protegerla.

Juan Diego Mejía: Perdón la interrupción pero quiero preguntarle respecto al tema del consumo de bebidas alcohólicas y de las manifestaciones en lugares públicos. Hay un caso en Medellín, que es el caso del Parque del Poblado, donde los muchachos asisten bajo el nombre de un “concervezatorio”, es decir, conversar con una cerveza. ¿Cuál es la actitud que asume la policía? ¿Es obligatorio reprimir un “concervezatorio” o es discrecional de la policía decir “¡hombre esto no tiene ningún problema, lo pueden hacer!” o el Código les ordena que tienen que disolverlo?

Coronel Raúl Vera: El consumo de bebidas alcohólicas en las calles no va de la mano con la protesta social, de hecho, es un comportamiento que se reprocha, puesto que la manifestación pública es un ejercicio serio que requiere otras connotaciones o condiciones. Lo que se quiso hacer acá en Medellín fue reprochar una acción de control policial a

un comportamiento que nosotros entendemos que debemos controlar como lo es el consumo de bebidas alcohólicas, que es el más controlado en la calle, junto con el consumo de sustancias psicoactivas y riñas, y que gracias a esto se han disminuido las cifras de homicidios y lesiones personales, mencionadas anteriormente, y hemos tenido un impacto importante en la sociedad.

Todo esto porque nosotros leyendo el contexto sabemos que hay sectores en las ciudades donde las personas que consumen en la calle pueden convertirse en víctimas o victimarios, como es el caso del Parque Lleras en el que hay problemas relacionados con el hurto, la prostitución, las riñas, el control territorial en la distribución de estupefacientes, el consumo de estupefacientes, entre otros, pero hay otras zonas rurales o pueblos en los que uno sabe que no hay ningún problema. Así que la ley le da la potestad a la autoridad para que determine los espacios en los que se puede permitir el consumo tanto de bebidas alcohólicas como de sustancias psicoactivas, teniendo en cuenta las demás problemáticas que se derivan de estos comportamientos.

Razón por la cual, entendemos que la zona del El Poblado presenta factores de comportamientos complejos que requieren un acompañamiento y disposición especial, como ya se ha hecho en otros lugares del país, para simplemente salvaguardar y prevenir ciertas situaciones. Entonces yo creo que el ejercicio de la manifestación pública es un ejercicio serio de reclamo de derechos, pero no podemos ir en contravía del control de ciertos comportamientos, cuyo trasfondo es el interés por salvar vidas y prevenir riesgos inminentes.

William Pérez: El primer apunte que quiero resaltar es que habría que ver más de cerca la correlación entre la expedición del Código de Policía y la reducción de homicidios, porque son muchas las variables; aunque creo que sí es razonable suponer que la reducción de riñas impacta la reducción de homicidios, porque ya son muy visibles las muertes violentas características de un homicidio producido en riñas, pero no sé, por ejemplo, cuál es el impacto del consumo de alcohol, pese a que está asociado a la existencia de riñas. Entonces para intervenir

sobre una cerveza de un muchacho en un parque tendría que ver estudios detallados que lo justifiquen.

Cabe anotar que la intervención sobre los factores que producen riña en un vecindario, sin duda impacta la convivencia y probablemente previene lesiones, homicidios, etc., pero ¿cuál es la reacción de un vecino cuando en vez del portero del edificio le llega la policía? Recuerdo que para los campesinos en un pueblo no había nada más ofensivo que un citatorio en la Inspección; así que hay que tener cuidado también pues como la intervención policial puede desplazar o disminuir un tipo de comportamiento también puede en condiciones exactas activar otros, es decir, en un mundo ideal el policía toca la puerta del vecino, le comenta que se han quejado, el vecino cierra la puerta, apaga el equipo de sonido y ahí termina el inconveniente, pero en la realidad la policía tiene que recurrir a quitarle la energía al vecino porque este no atendió el llamado y ¿qué pasa cuando el vecino infractor y el vecino que denuncia se encuentran?

Otro asunto por mencionar es el tecnicismo procesal de la ley estatutaria o del trámite de la ley. Las formas son importantes en el derecho, no hay que ser ritualistas, Kelsen nos enseñó a distinguir entre derecho y moral, lo que no quiere decir que estén separados, y a ver cómo las formas tienen implicaciones en las sustancias y los procesos. No es lo mismo aprobar una regla en una discusión de una hora, que aprobarla en varios debates y someterla a la decisión, no de la mitad de los presentes, sino a la mitad de los que prometieron venir. Entonces hay normas en ese Código de Policía que requirieron ser discutidas durante más tiempo y tenían que ser aprobadas por un número mayor de congresistas; además debían tener otro tipo de control previo para no estar en eso de que algo es inexecutable, pero dentro de dos años, o sea que mientras tanto sigamos con esas normas que están en la Constitución. En síntesis, lo esencial que quería enunciar en que esos tecnicismos son muy importantes y creo que le van a ayudar mucho a la Policía a tener la suficiente legitimidad en el aparato que opera, para decir que acá no vamos a producir normas como cualquier norma ordinaria, sino que

son normas discutidas suficientemente, deliberadas y aprobadas por una mayoría muy calificada.

Coronel Raúl Vera: Nosotros poníamos el ejemplo porque llevamos ocho años acompañando procesos legislativos en debates muy fuertes. Desde el ámbito institucional no tenemos ningún interés, porque pensamos que la manifestación pública no tiene por qué tener una regulación, ya que en la práctica en la calle la realidad superó a la ficción. Cuando a nosotros se nos concentran 500 o 5000 personas a protestar, no tenemos por qué utilizar la fuerza si la mayoría de las protestas son legítimas, sino que las vamos a acompañar en un ejercicio serio y si hay desborde entramos a intervenir como corresponde. Entonces ocho debates podrían depurar y darle un mayor ejercicio de raciocinio a un tema, pero yo creo que los temas que se debaten en comunidad pueden tener mayor garantía. Entonces la reflexión que quiero hacer es que yo creo que la ley estatutaria es un ejercicio mucho más complejo, sí puede hacer un poco más restrictivo el asunto y espero que empiece a generar realmente resultados.

Cuando uno habla con gente que ha marchado por muchos años en ejercicios muy serios de protesta social, ellos entienden que eso requiere cierta logística, ciertas condiciones, ciertas garantías, cierta predeterminación de múltiples factores y tienen mayor rigor a la hora de reglamentar y organizar, entonces seguramente nunca van a pasar muchas de las cosas que se plantearon en esa norma. Uno de los asuntos que más nos sorprendió es que terminaron sacando un capítulo que tenía que ver son temas que realmente interesaban era a la empresa privada, porque ¿qué tiene que ver manifestación pública con ir a un concierto de Vicente Fernández o Justin Bieber? Que allí hay un empresario que se gana miles de millones de pesos y si le ponen 1.000 o 2.000 policías mejor, porque son 1.000 personas de logística menos que paga y la policía le sale gratis; así que esa es una reflexión que quiero dejar a la opinión pública.

También es una reflexión importante el hecho de que demandan cinco artículos, que son los cinco que estoy mencionando, y excluyen otros veinte que tienen que ver con el tema que directamente impactaba

a la empresa privada, lo que hay que contárselo a la comunidad porque queremos ver una mejor presencia policial y atención de casos, pero cuando en un partido de fútbol me sacan 3000 o 2000 para el estadio, eso tiene un impacto directo sobre la seguridad de mi casa, de mi sector y de mi barrio, entonces ¿en función de quién está el beneficio? Del empresario privado que se enriquece y que tiene otro contexto. Por ello, con relación a esa ley estatutaria, si la impulsan, porque si no lo hacemos nosotros, ya que el asunto se vuelve un poco regulatorio y la gente empieza a salirse del debate, sobre todo cuando comiencen a tocarse asuntos relacionados con intereses privados y económicos, hay que decirle a la población todos esos aspectos, para que estemos pendientes y veamos dónde nos están tocando, qué estamos perdiendo o dónde nos están metiendo la mano bajo la mitificación de algunas cosas que sabemos que en la práctica no son así.

Juan Diego Mejía: ¿Les parece si oímos unas preguntas?

William Pérez: Déjeme hacer un apunte otra vez, pues la norma de la vigilancia de los espectáculos debió haber sido muy discutida, sobre todo porque también favorece mucho a las empresas de vigilancia, configurando un mercado extraordinario, entonces ¿cómo iba a quedar?, porque esa es una de las que sale por la falta de ley estatutaria.

Coronel Raúl Vera: En el Congreso el *lobby* fue tan fuerte que lograron incorporar las empresas logísticas para prestar ciertos servicios de organización y seguridad en los espectáculos, en contravía un poco con los temas de vigilancia privada. Un vigilante privado me vale 100.000 pesos y un logístico me vale 25.000 pesos, cierto es que el vigilante tiene mayor cualificación y maneja ciertas circunstancias que el otro no, pero no me importa. Entonces se logra ingeniar una ley que me permite contratar logística; sin embargo, el problema radica, no tanto en la presencia de la policía pues ella siempre está porque sabe que en algunos eventos son fijos los problemas, sino en que el legislador le dijo al empresario que los problemas de seguridad que ocurran en ese espectáculo son su responsabilidad y ahora la demanda no va solo para el Estado, la cual termina en una indemnización que pagamos todos los colombianos,

sino que también va para el privado, y por eso le recomienda comprar pólizas de seguros buenos para salvaguardarse en caso de alguna persona lesionada o alguna situación compleja en el espectáculo que organizó, por la cual podrá ser demandado. Esto fue lo que les preocupó.

William Pérez: De hecho la Federación de Fútbol estaba muy preocupada y la Federación, ya sabemos, es un negocio de esos centros de producción de derecho que no controla nadie, es prácticamente un solo Estado. ¿Quién produce las reglas de la FIFA? Si vamos a interponer una acción de tutela contra un futbolista nos amenazan y nos sacan del mundial, pues bien, ni más ni menos eso iba a ocurrir, hubo mucho lobby para eso y estaban más o menos emproblemados.

Estos asuntos son morales y políticos y fíjense en los factores que había que equilibrar: por un lado, unos empresarios que se iban a tener que meter la mano al dril, porque a la policía la íbamos a ocupar para proteger otro tipo de asuntos y no estos espectáculos privados como un partido de fútbol y, por otro, las compañías de vigilancia estaban haciendo fuerza para que sí fueran ellas las que vigilaran, las que atendieran el negocio; entonces uno tiene que balancear estos factores y tomar una decisión.

Intervención 1: Buenas noches coronel Raúl, yo tengo dos preguntas para usted. La primera tiene que ver con lo que decía respecto a que la Policía recobra su naturaleza policial, pero esta naturaleza no se recobra sola, sino que la Policía viene con un poder que ejerce en la sociedad, entonces la pregunta es ¿cómo se regula también la Policía? porque ustedes dicen que hay que regular la sociedad, hay que regular mejor el tema de la convivencia, pero entonces ¿quién regula a los que ejercen el poder?

La segunda pregunta tiene que ver con que a nosotros muchas veces nos gusta aprovecharnos de las áreas del conocimiento y yo veía que usted hablaba de la sociología, entonces hablando precisamente del conversatorio que se hizo en el Parque del Poblado ¿cómo entender que hay espacios que se han construido socialmente a través de unas prácticas específicas? ¿Cómo entender esa dimensión sociológica de que las personas que están ahí han construido unas prácticas?

Finalmente, una pregunta para el profesor William, usted hablaba del asunto de la legitimidad que da pie para una discusión de toda la vida, pero ¿cómo entender también esa legitimidad en territorios y en lugares en donde el Estado no tiene legitimidad? ¿Cómo entender ahora con la aplicación del Código de Policía esa dimensión también?

Coronel Raúl Vera: ¿Quién controla la Policía? Nosotros insistimos en que parte del éxito de estas normas es que la comunidad las conozca; cuando la ciudadanía conozca la norma y sepa cuál es el protocolo de actuación del policía, esa va a ser nuestra mejor supervisión, más allá del aparato disciplinario. Cabe aclarar que nosotros tenemos una legislación disciplinaria especial, creo que es la más fuerte para servidores públicos en Colombia, además, yo no conozco otro cuerpo de policía en el mundo que tenga una ley disciplinaria exclusiva para el cuerpo de policía.

No obstante, el problema nuestro está en función de que a veces esa veeduría y ese impulso no logra llegar a nuestros ciudadanos y entonces, aunque estos vean a un policía abusivo, no tienen el interés por poner la queja, lo que nos deja un sinsabor. Por lo tanto, hemos generado otras acciones de control como mayor supervisión al trabajo policial, pero ese sinsabor persiste pensando en que en cualquier familia, contexto o ambiente siempre hay algún policía que no se adapta o no se porta bien y uno, al ser el tema policial tan sensible, quisiera saber esos casos para tomar las medidas al respecto. Entonces el llamado y la reflexión es que nuestra principal fuente de control va a ser siempre la supervisión de la ciudadanía, por lo que hay que enseñarle a la comunidad cuál es el protocolo de actuación del policía para facilitar su ejercicio supervisor, lograr la existencia de exigencias porque se conoce la finalidad policial y complementar y respaldar el aparato disciplinario existente.

Frente a la segunda pregunta, lo que usted dice es viable y cierto; la ley lo permite y lo recuerda e incluso, más allá de este Código, está el Plan de Ordenamiento Territorial —POT— en el que los concejales elegidos por votación popular predeterminan el uso del suelo y exponen en el artículo 140, numeral 6, la prohibición del consumo de bebidas alcohólicas y sustancias psicoactivas en lugares en donde se contraríe

la normatividad. Es decir, la ley nos está recordando que sí puede haber espacios y lugares de construcción social en donde haya consumo de alcohol y de sustancias, pero eso también requiere de cierto orden, ciertos parámetros, inclusive de respeto y de contextos.

Así que la norma o la autoridad policial no tiene nada en contra de estas prácticas, pues son realidades respetables que, sin embargo, deben estar dentro de unos límites y parámetros claros para que su ejercicio no afecte los derechos de los demás, porque cuando yo pretendo desafiar ciertas normas mínimas a través de ciertos ejercicios que no están bien, me desvío del camino. Por ejemplo, algunos afirmaban que el Código iba a acabar con el carnaval de Barranquilla y nosotros dijimos que sería absurdo prohibir el consumo de bebidas alcohólicas en medio del carnaval, por lo que se cerraron las calles y hubo rumba con licor, pero en ciertos sectores de la ciudad, con ciertos controles y disposición que ayudaron a la disminución de las riñas y a la existencia de un mejor comportamiento. Entonces usted tiene razón, pero todo tiene formas, como lo planteaba el profesor hace un momento, que nacen y se construyen desde la experiencia de construcción de sociedad también, que no hay que perder para tener contextos muchos más adecuados y pertinentes.

William Pérez: Yo quisiera agregar que de todas maneras entre los textos legales y los ámbitos de aplicación hay un gran espacio de contingencia, y así como uno teme que puedan pasar cosas malas, porque hay normas que parecen dar mucha discrecionalidad a los agentes de policía, etc., también puede temer que pasen cosas buenas, es decir, la manera como los alcaldes o las agencias policiales priorizan temas. Por ejemplo, en Holanda el expendio de droga está prohibido, debido a que la policía holandesa decidió que ese no era un tema prioritario y lo argumentaba mostrando tranquilamente balances o estadísticas que arrojan que uno de los problemas serios es la violencia intrafamiliar, entonces se dedican a aquellos temas prioritarios y los demás los ubican en un renglón al que nunca llegan; de modo que, en un ámbito de convivencia donde nunca pasa nada, en donde no tienes al gran traqueteo, ni a las grandes bandas controlando, y lo único que ves

es gente estudiando, leyendo y fumándose un porro, probablemente se podrá prescindir del control policial.

Por lo tanto, los agentes políticos priorizan, los alcaldes tranquilamente determinan el énfasis de la política criminal colombiana, y los delitos de impacto en una ciudad finalmente no se ponen ante el Ministerio de Justicia, sino que son determinados por la policía local. Uno se extraña de que, por ejemplo, el pollo que intoxica a los niños en los colegios nunca aparezca en los delitos de impacto sobre los alimentos adulterados; sin embargo, por ahí hay una norma sobre esto en el Código de Policía que ojalá sea preventiva y piense en cosas como la multa.

Con relación a la pregunta elaborada, la policía tiene un problema muy serio en relación con su operación y sus funciones que ha tratado de resolver minando su legitimidad, como un perro que se muerde su propia cola, mediante, por ejemplo, el mantenimiento de estados de excepción durante sesenta años, lo que también minó finalmente la legitimidad del Estado. La primera presencia de la fuerza, que es lo que caracteriza al tipo de poder que ejerce el Estado, es el agente de policía. Este tiene que ir a un sitio en donde no hay legitimidad del Estado a tratar de resolver la legitimidad suya y la del Estado, lo cual, como dice usted, es un reto.

Por lo tanto, el trabajo que tiene la policía por delante es bastante, pero como ya lo dije, es contingente y se necesita de inteligencia para hacerlo, ya que históricamente nos hemos dedicado a sancionar, reformar el Código Penal, subir penas, adicionar verbos, etc., y nos acostumbramos a preguntar ¿por qué delinque la gente?, es vez de ¿por qué no delinque la gente?, pues en medio de nuestro contexto caracterizado por la desigualdad y la guerra existen personas que se controlan y que construyen ámbitos de convivencia, en los que no existe la violencia, que no se fijan para nada en la ley. Esta realidad la pudieran observar los patrulleros que están cerca de la zona, siempre y cuando la gente hable con ellos, para lo cual se necesita incrementar la confianza. En síntesis, el problema de la ilegitimidad es un lío, con un Estado tan precario y con una fuerza policial que tiene que resolver sus propios problemas de legitimidad y confianza, más los del Estado.

Intervención 2: Buenas noches, esto que está sucediendo me parece que es importantísimo para la policía, porque considero que, como dice el profesor, debe ser prioritario cambiar la cara de la policía; total respeto y apoyo para dicha institución, pero no puede ser que unos cuantos estén dañando una institución tan valiosa. Esto es un reto grandísimo porque muchas veces cuando llega la policía, uno concluye que es mejor que no hubiera llegado, entonces si bien se necesita el orden, la policía, el derecho, la sociología, ¿cuál es la razón de que todo esto esté en un caos tan tremendo? Hay un Estado ilegítimo y, en ese sentido, ¿a quién defiende la policía?, ¿a quién defiende el ejército?

Por otro lado, pregúntense ustedes señores de la policía ¿cuántas personas hay con una problemática tan grande que uno no sabe cómo proceder? ¿Cuántos de cuello blanco son los grandes delincuentes de este país? Aquí se necesita un cambio magistral, estoy de acuerdo con los profesores y felicito al coronel porque es un hombre de un gran conocimiento y cultura, que se hizo para lo que está y ojalá que transmita esa cultura, porque hay veces que uno está en la calle y le da temor mirar al policía. Muchas gracias.

Intervención 3: Buenas noches, yo entiendo el argumento del coronel para no ajustar el Código de Policía al contexto histórico en el que nos encontramos, el del postacuerdo, y toda esa dinámica de ajustarlo a ámbitos más amplios en términos de convivencia, pero me parece problemático cuando uno es consciente de que hay una doctrina de orden militar que se explayó a la práctica policial y que incluso hace parte de la estructura social, representada en la conjugación del enemigo interno en el país, donde el estudiante, el campesino o los pequeños mineros que salen a protestar son relacionados con grupos insurgentes, grupos guerrilleros y que, en cierta manera, se les invisibiliza o se les anula inmediatamente como interlocutores políticos y reclamantes de derechos.

En este sentido, me parece problemática la afirmación que sostenían frente a desligar el Código de Policía de la nueva situación histórica que nosotros tenemos y me gustaría que ustedes hicieran comentarios al respecto, porque hoy en día vemos a los movimientos sociales y a la

misma guerrilla, reconocida por el Estado mismo como un actor político, denunciando nuevamente el ataque sistemático contra la vida de las organizaciones de base y de los líderes sociales, denuncias que al parecer son al aire pues ni el Estado ni la policía, que también es la encargada de garantizar el derecho a la protesta y a la manifestación, les están prestando atención. Por eso yo quisiera, en este espacio constructivo en el que nos encontramos, hacerle un llamado a la Policía Nacional para que dentro de sus medidas y posibilidades haga lo posible para atender este asunto, porque no es nada extraño que entremos en un contexto de genocidio político, como ocurrió en los años 80 con la Unión Patriótica. Muchas gracias.

Coronel Raúl Vera: Nosotros tenemos un compromiso muy importante de protección con estas personas que se están desmovilizando y se ha dispuesto gran parte de nuestro recurso, porque entendemos que la durabilidad y estabilidad del país y de la paz dependen de la protección que seamos capaces de brindar a estos líderes, en eso estamos, y aunque la demanda es bárbara y no tenemos la suficiente capacidad, estamos dando todo lo que se puede para lograr y garantizar esto que es tan importante.

Sin embargo, yo quisiera ir más allá y cuestionar las prácticas para manifestarnos, las cuales han cambiado sustancialmente y deben evolucionar. Si yo no estoy de acuerdo con un sistema de transporte ¿por qué romperlo? No se suba, no le ingrese dinero a ese sistema y lo quiebra, afectando realmente los intereses de los grandes empresarios y dueños del monopolio, sin necesidad de salir a romper buses y bloquear vías, perjudicando el derecho a la movilidad de otros que van a trabajar. Entonces debemos reflexionar sobre las acciones que se van a legitimar y yo creo que, así como nosotros nos legitimamos como autoridad a través del mejoramiento en los procedimientos y actuaciones para incrementar la confianza, el derecho a la protesta se debe legitimar también como una manifestación pública que evolucione y que deje atrás las prácticas violentas o cualquier comportamiento que pueda generar reproche.

William Pérez: El último bus contra el cual se atentó en la Universidad de Antioquia fue en 2002 y lo que se denomina tropel en la cultura

universitaria, ha tenido una curva descendente importante, quizás correlativa al ascenso de la curva política de los estudiantes y a la diversidad de las formas de protesta que ha relegitimado el movimiento estudiantil; hubo entonces un momento en el que el movimiento estudiantil analizó los tiempos y visualizó los costos del ejercicio de la violencia, sobre todo cuando implicaba, por ejemplo, el atropello contra un profesor o la salida súbita de niños que estuvieran en la universidad. Yo tengo la impresión de que en general en el país la curva ha descendido extraordinariamente, y eso también sería un asunto que hay que cuidar.

Coronel Raúl Vera: Donde no desciende es donde hay injerencia criminal, esa es una afirmación que hacemos con conocimiento de causa y taxatividad, ya que cuando en el trasfondo el impulso lo mueve el interés criminal, se mantiene la violencia.

William Pérez: Hicimos una investigación en la Universidad de Antioquia sobre seguridad, en la que examinamos más o menos tres décadas, y la conclusión básica a la que llegamos es que la Universidad es un sitio extraordinariamente seguro. Pongo este ejemplo porque también hay que tener mucho cuidado con la palabra seguridad, ya que es mágica y describe cualquier cosa y todo al mismo tiempo, por ejemplo, alguien dice que un lugar es inseguro para referirse al hecho de que hurtan, específicamente, muchos televisores; entonces todo lo que se abrevia cuando uno dice la palabra inseguridad es más lo que oculta y lo que puede terminar justificando, por lo que cada vez debe ser mayor la precisión. En lo anterior nos ha ayudado mucho la revista de la policía, llamada *Criminalidad*, que cada vez trata con mayor precisión esos temas. Esta revista se ha ido posicionando, pues al principio era más bien malita, y ha ido afinando sus análisis y estadísticas sobre criminalidad.

De modo que las afirmaciones que exponen a la Universidad de Antioquia como un atracadero de gente, un violadero de mujeres o un quemadero de buses, son falsas, y claro que hay problemas, pero los universitarios tenemos una autorregulación reforzada por el ámbito de la autonomía y ahora tendremos la del Código de Policía también que nos permiten intervenir sobre los problemas que hemos identificado.

No obstante, hay que tener mucho cuidado porque ha habido una relación muy problemática entre los estudiantes y los policías, relación que hay que cuidar porque en algún momento se dispara y se agudiza, ya que, por ejemplo, una incursión policial innecesaria en un campus o un exceso de estudiantes dentro o fuera del campus dañando bienes, nos asegura por lo menos otros dos años de relación problemática, relación que en estos últimos años ha estado estable.

Intervención 4: En términos generales quiero aterrizar todo lo que ustedes están diciendo y hablar de la manera concreta en que se aplica el Código al tema comercial. Con respecto a este tema, en la Ley 1801 hay 40 conductas sometidas a medidas correctivas que corresponden al cierre del establecimiento o a la imposición de multas.

En mi caso específico, dentro de la discrecionalidad policial, llegaron al establecimiento con un contratista de la alcaldía, mandaron a unos policías a apagar el equipo de sonido, a los 15 minutos aparecieron los inspectores y el comandante del CAI, comenzaron a hacer la medición técnica de sonido, de manera irregular además porque los equipos no eran los adecuados técnico-científicamente, y, finalmente, se procedió a cerrar el establecimiento. Obviamente por la labor que representa nuestra organización, nos sentamos a hablar con el general Óscar Gómez, un hombre muy amable, asequible y dispuesto al diálogo abierto, para contarle lo que acababa de pasar y que los operativos se hicieron de esta y otra manera; entonces apelamos y efectivamente ganamos en segunda instancia, revocaron las medidas y tenemos trece demandas para reparación económica directa por una serie de irregularidades en la manera como se están ejerciendo dichas medidas correctivas.

Adicionalmente, y a propósito del inicio de la intervención del centro, sería interesante saber cómo conversan los 270 millones de pesos con los que cuenta dicha intervención con las realidades sociales presentes en este lugar, porque, por ejemplo, solo en el cuadrante del Hotel Nutibara en Palacé hasta La Paz y hasta Cúcuta se conjugan los problemas de microtráfico, habitante de calle, prostitución de hombres y mujeres, explotación sexual de niños y niñas, entre otros; además de ubicarse unos inquilinatos

donde habitan hasta 15 personas en un solo cuarto o de ser un sector donde los fines de semana se disparan las riñas entre los farmacodependientes, los carretilleros que inundan toda la Plaza Botero y los alcohólicos. Pese a lo anterior, a esta zona le dicen el sector comercial y la policía le adjudica la responsabilidad a los locales de expendio de licor, cuando resulta que el problema radica en la ausencia del Estado, en la falta de control por parte de la institucionalidad y en la pobreza de la intervención sobre esas realidades sociales que están sobre diagnosticadas.

Lo que quiero decir es que, frente a esa discrecionalidad de la policía, la realidad en el sector comercial es absolutamente dura; sabemos que la policía está haciendo esfuerzos preparando a su gente debidamente, pero la realidad que hoy se está viviendo en los sectores comerciales es bastante dura y hablo de todos, no sólo de los sitios de divertimento nocturno, sino en general. A esta complejidad se le suma otro problema y es que, por ejemplo, ocurre una riña y uno llama a la policía y esta no tiene más espacio en las estaciones del Área Metropolitana, pues estas albergan alrededor de 1.100 presos que permanecen allí hasta siete u ocho meses. Nosotros desde la Mesa de Derechos Humanos del Valle de Aburrá, la cual coordino, estuvimos haciendo unas visitas y vimos unas situaciones infrahumanas en esas estaciones policiales. Entonces ¿qué se gana uno con tener un aparato legal como estos, cuando la realidad desborda? ¿Qué hacer frente a las realidades sociales y el tema de la ley?

Coronel Raúl Vera: Si hay una mala actuación policial, lo que hay que hacer es utilizar los conductos legales para accionar y reclamar el derecho que a mí me afecta. Yo difiero mucho de lo que usted plantea, ya que en mi experiencia profesional, acontecida muchos años en la calle del epicentro de la rumba de la comunidad LGBTI en Bogotá en la localidad de Chapinero, que era, por tanto, el epicentro también del consumo de bebidas embriagantes, el comercio ilegal y el ejercicio de actividades sexuales irregulares que generaron grandes impactos en barrios que antes eran totalmente residenciales y cuyos habitantes se tuvieron que ir por dichos problemas, he evidenciado que la actividad económica no es el problema, pero sí genera problemas como el

habitante de calle, la prostitución, el consumo de bebidas alcohólicas y sustancias psicoactivas, que deben resolverse con la prevención social.

Entonces yo creo que el llamado para nosotros, los policías, es a perfeccionarnos en el manejo de una herramienta que estamos aprendiendo a manejar, no dejando de lado que si nos equivocamos debemos pagar por eso. Pero la reflexión también es para nuestros comerciantes, pues en la medida en que cumplan requisitos o parámetros, no tienen que preocuparse por la existencia de una legislación o aparato policial que por lo general trata de trabajar con ellos.

A modo de ejemplo, hace dos años en la zona rosa de Bogotá nosotros, mediados por el Código Distrital de Policía, aplicábamos un operativo en aquellos establecimientos que superaban los niveles de ruido permitidos, en conjunto con contratistas del Ministerio de Medio Ambiente que traían unos aparatos que indicaban el incumplimiento con los parámetros del sonido. Por supuesto empezamos a evidenciar, lo que usted plantea, la debilidad de un aparato contratista técnico e ingeniero, pero teníamos que trabajar con ese a falta de otro. Sin embargo, logramos entrar en una interacción con comerciantes serios y en vez de entrar en conflictos y choques, los comerciantes trajeron otra empresa privada de medición de ingeniería de sonido que hizo unos estándares, evidenció las mediciones inadecuadas, pues nosotros como todos podíamos cometer un error, y volcó un aparato de control hacia otros establecimientos que eran los que realmente incumplían, afectando a los cumplidores.

Así que la vía debe ser la articulación entre aquellos comerciantes serios y el cuerpo policial para generar procesos sobre quien deban generarse y corregir aquellos que no debían hacerse; lo anterior se logra cuando la autoridad policial es seria, pero también cuando el comercio es legítimo y cumplidor.

William Pérez: Estoy plenamente de acuerdo con usted en la magnitud y el carácter avasallante que tienen esos problemas en Medellín, y lo cruel es que agencias como las policiales terminan sólo limpiando los estertores de estos modelos. Una intervención es algo extremadamente difícil entre gente que padece carencias y vulnerabilidades tan enormes, y es el agente

de policía el que tiene que ir a remediar una situación que viene siendo remota en relación con las causas o los factores que uno puede asociar en una ciudad como esta, que está comprometida con la competitividad y la venta en el exterior y se gana un premio de movilidad o de medio ambiente mientras uno va en el trancón más horrible. Medellín entonces, con todo el marketing que se vende afuera, es una ciudad que yo escogería para venir a pasear ocho días, porque para vivir va reflejando múltiples dificultades y problemas de los que hay que ocuparse.

Por lo tanto, no basta con dedicarse a reflexionar teóricamente, sino que hay que ir metiendo la mano en los problemas que afronta la policía y en el carácter, entrenamiento, aprendizajes y reformas que ha tenido esta institución, observando, por ejemplo, la manera como un agente de policía ayuda a resolver una situación, lo que permite reconocer la legitimidad en cada uno de sus procedimientos.

Adicionalmente, los políticos deberían tener un poquito más de conciencia y los gobernantes un poco más de responsabilidad con la policía, no sólo con apoyos logísticos, sino también en procurar embriagarse un poco menos en las fiestas para causar menos estragos, pues los políticos son felices creando incendios que después se ufanan en apagar. Esto porque yo quisiera ver a la gente popular y prestigiosa de este país como sacerdotes, expresidentes o políticos bajando el volumen del equipo de sonido porque les incomoda a sus vecinos, ya que eso les importa un rábano.

Juan Diego Mejía: Necesitamos este tipo de debates para abordar el día a día y ser cada vez más conscientes. Les agradezco mucho lo que nos han enseñado.

Venezolanos en Medellín

Luis Bernardo Vélez
Eufrasio Guzmán

25 de mayo de 2017

Debido al éxodo de venezolanos que está llegando a la ciudad y al país, por la difícil situación social, política y económica que atraviesa el vecino país, el programa Ciudad al Centro, convocó a un conversatorio con Luis Bernardo Vélez, secretario de Inclusión Social de la Alcaldía de Medellín, y Eufrasio Guzmán, profesor de filosofía de la Universidad de Antioquia, para analizar esta situación coyuntural. Vélez hizo énfasis en la necesidad prioritaria de identificar esta población y caracterizarla, para poder así ayudarla en temas de salud, educación y trabajo, pero siempre desde las directrices del gobierno nacional. Guzmán, por su parte, recalcó la importancia de atenderlos como hermanos, tanto desde una perspectiva humanitaria como de reciprocidad, al recordar que, si bien son ellos los que ahora llegan al país, en otras décadas eran los colombianos los que emigraban a Venezuela en busca de un futuro mejor.

Juan Diego Mejía (moderador): Muy buenas noches a todos. Quiero empezar aclarando que siento una responsabilidad muy grande con esta conversación, porque me parece estar en una reunión familiar hablando sobre un hermano y quisiera que miráramos este tema así, pues vamos a hablar de un hermano muy querido, de lo que ese hermano está haciendo y de lo que nosotros debemos hacer con él.

El asunto está muy claro: hay una migración inusitada de venezolanos en estos momentos acentuada por diferentes factores que van a ser brevemente explicados y contextualizados por nuestros invitados. La presencia de venezolanos ya se reconoce, escuchamos su acento en diferentes lugares de la ciudad, lo que no es extraño pues todos tenemos, de alguna manera, vínculos con Venezuela; mi familia, por ejemplo, vivió mucho tiempo en el vecino país, porque mi papá migró a Caracas, montó una empresa y murió allá en medio de un carnaval, fue muy tortuoso traer su cadáver, por lo que desde hace tiempo siento que Venezuela es parte de mi patria y que soy parte de ella también.

Entonces, ahora que tenemos esta oportunidad, ¿qué es lo que pensamos sobre nuestro hermano? Cabe aclarar que el pensamiento se puede transmitir de la sociedad hacia los gobernantes y también de los gobernantes a la sociedad; en este caso ¿qué piensan quienes están al mando de la ciudad? ¿Cómo visualiza la Administración Municipal el asunto de la presencia de los venezolanos? ¿Lo considera un problema? ¿Cuáles son los aspectos que debemos observar? ¿Qué debe hacer la ciudad frente al tema? Preguntas que quiero hacerle a Luis Bernardo.

Luis Bernardo Vélez: Feliz noche a todos y a todas, agradezco la invitación a este conversatorio y me uno a lo que dice Juan Diego, en el sentido de que estamos hablando de un hermano, un hermano que indiscutiblemente se encuentra en una situación de crisis humanitaria, producto de problemas que posiblemente hace veinte o treinta años no tenía.

Voy a hablar entonces desde el área que me corresponde que es la Secretaría de Inclusión Social, Familia y Derechos Humanos. Nosotros lo que empezamos a hacer fue identificar la situación que está ocurriendo con los venezolanos en Medellín, ya que, por ejemplo, hemos escuchado casos de niñas en ejercicio de explotación sexual, de personas abandonadas e, inclusive, nos han solicitado trasladar a una persona en condición extrema de precariedad y vulnerabilidad a un albergue que tenemos para víctimas del conflicto, sin ser esta persona una víctima; digo todo esto porque la primera tarea que nos proponemos es ir organizando y reflexionando sobre lo que realmente está ocurriendo.

Con relación a esta tarea, ¿qué competencia tenemos los municipios frente a esta situación?, y ¿qué competencia va a asumir el Estado? Además, hay que entender que la llegada de venezolanos no es una situación exclusiva de Medellín, en tanto trasciende el Área Metropolitana y el departamento, por lo que la mirada debe trascender también de la ciudad y de la región. Otro asunto que me parece importante es: ¿cómo nosotros, como estado municipal, vamos a articular acciones con otras organizaciones para empezar a identificar la situación en cuestión? Sobre esto, hace pocos días se organizó una mesa de trabajo, liderada por ACNUR —Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados—, con los municipios del Área Metropolitana, la Pastoral Social de la iglesia católica, la Fiscalía, la Personería, el ICBF y otras organizaciones para iniciar con la identificación de lo que está pasando.

Cabe aclarar que tenemos mucho desconocimiento de esta situación y voy a dar una sola cifra: encontramos, mediante el SIMAD, que en el año 2017 se identificaron 743 niños, niñas y adolescentes en las siguientes circunstancias: menores de edad nacidos en Venezuela con un padre de nacionalidad colombiana, menores de edad nacidos en Colombia e hijos de padres de nacionalidad venezolana, y menores de edad nacidos en Venezuela con padres del mismo país. Así que, es un reto identificar esta población y estos datos nos tienen que servir para iniciar un diagnóstico y una caracterización diferenciada, que implica saber quién se fue hace años de Colombia y ahora regresa o quién, siendo venezolano, nunca había venido a Colombia y llega por primera vez, y en qué circunstancias se encuentran ambos casos en el país.

Con respecto a la cifra de migración, 19.457 personas han llegado a la ciudad; no obstante, esa cifra no es solamente de venezolanos que se vinieron a vivir a Medellín, sino que también contempla al venezolano que viaja, que se devuelve a su país, que tiene un problema de cualquier índole o que viene a hacer negocios a Colombia. Entonces no podemos decir que aproximadamente 19.000 personas en esta ciudad son producto de la violencia y del escenario político del país vecino, porque hay gente, según las bases de datos de migración, que regresa a Venezuela.

Por lo tanto, como lo mencioné, el primer reto que debe asumir el estado municipal es sistematizar, organizar y diferenciar.

Lo otro que quiero mencionar es lo relacionado con el requerimiento de asistencia social o ayuda humanitaria, pues ya hay información a través del 123 social y de la demanda que hay en el sistema de salud; sin embargo, reconozco que es desorganizada, no cuenta con la mayor claridad y no hay un sistema que organice toda la información, asuntos que intentamos mejorar desde ACNUR y otras instancias.

Considero Juan que aquí hay mucho terror, porque se han ido generando unas circunstancias que no siempre obedecen a la realidad y que se van convirtiendo en ruido, en mito. Yo me preguntaba cuántos colombianos no se fueron para Venezuela en la década de los 70, 80 e inclusive desde el 2000; esa cifra es más de un millón y nosotros estamos sorprendidos y aterrorizados por la supuesta llegada masiva de venezolanos a Colombia. Entonces tenemos que ir aterrizando el mito en la realidad de lo que está ocurriendo en Medellín.

Juan Diego Mejía: Ya que Luis Bernardo, en nombre de la Administración Municipal, nos dice que la tarea que están haciendo es ese diagnóstico e identificación del problema, esa labor minuciosa de sacar las cifras y hacerlas métricas, lo que configura un trabajo técnico que seguramente está orientado por una concepción política y filosófica que refleja lo que quiere hacer el Estado y la sociedad con esta situación, me parece importante que Eufrasio, escritor, filósofo y representante de la academia, nos cuente, desde su punto de vista, ¿cuál es la filosofía que debe orientar esta operación que está haciendo la Administración Municipal?

Seguramente a todos los ciudadanos nos va a tocar tomar conciencia o decisiones, por ejemplo, al momento de emplear un venezolano y decidir si brindarle las mismas condiciones laborales que a un colombiano o ponerlo a hacer realmente lo que sabe o no. Por tanto, ¿qué filosofía nos recomienda? ¿Qué debemos hacer?

Eufrasio Guzmán: Gracias a Gisela Posada por la invitación a este programa. Pienso que ningún problema debe afrontarse sin una visión histórica, por lo que debemos recurrir a la historia que contempla una

fraternidad de más de dos siglos para explicar el contexto general de lo que está pasando; esto siguiendo, por ejemplo, a Marx que no emprendía ningún esclarecimiento de algo sin antes mirar el problema histórico. Así que, en el contexto de esa fraternidad, profundizaría la metáfora del hermano que propusiste, pues no es solamente un hermano, sino que es toda una familia venezolana la que está en un problema, el cual hay que empezar a caracterizar desde un asunto que es inherente a la familia, como son las escisiones, tanto en el sentido estricto como en el ampliado, que es el conflicto.

El conflicto es algo inherente a la vida humana y considero que la historia de los últimos años de Venezuela está caracterizada por la acentuación de un conflicto, que se generó cuando una visión de la sociedad venezolana llegó al poder e impuso una política de segregación y de profundización de las diferencias entre los venezolanos, manifestada, por ejemplo, en los discursos del gobernante. Por lo tanto, lo que estamos viviendo en este momento es la secuela de esa política de disuasión, agudización, contradicción y estigmatización de la oposición.

La Venezuela que yo conocí cuando emigré en los años 60 era una Venezuela que sí tenía diferencias sociales como el rico, el trabajador, el pobre, pero se respiraba una atmósfera ciudadana de fraternidad. Así que pienso que esa atmósfera se transformó con el discurso radical que introdujo Hugo Chávez y que dividió a la familia venezolana, razón por la cual lo que vemos hoy es la consecuencia de la retaliación que inició como un reclamo histórico, precisamente hacia aquellos que habían expoliado y usufructuado la riqueza a través de la política, y ahora la situación es de una gravedad enorme.

Entonces, por un lado, el primer diagnóstico que uno puede hacer es desde la historia, rastreando la existencia de una fraternidad que hay que mantener como forma de organización. Por otro lado, hay que tener una actitud cognitiva interesada en convocar, invocar y reclamar que permita diferenciar las aristas de la situación, actitud que es la adecuada y la que estoy escuchando por parte de la autoridad municipal en Medellín; esto en vez de una actitud virulenta, que es la que ha tenido

el alcalde de otra ciudad, en la que se señaló a los venezolanos de toda clase de situaciones inadecuadas, incómodas y explosivas.

Cabe mencionar que las políticas de Hugo Chávez trajeron, por ejemplo, el deterioro de la industria petrolera venezolana. Para nadie es un secreto que PDVSA —Petróleos de Venezuela S.A.— llegó a tener una productividad muy alta, de 10 unidades, y en este momento esa productividad alcanzó las 3, debido a que, a través de mecanismos políticos, muchísimos de los ingenieros de petróleo y técnicos fueron excluidos, expatriados de una manera indirecta, y algunos de ellos vinieron y con sus conocimientos fortalecieron la industria petrolera colombiana.

Otra de las características más lamentables que tuvo la actitud del gobernante líder de ese proceso de “revolución”, fue execrar y sindicarse a los sectores intelectuales e instruidos de una cantidad de faltas, adjudicándoles apelativos muy duros como “¡vende patrias!”. Esta escisión llevó a que Venezuela, que había tenido uno de los proyectos más interesantes de capacitación de Latinoamérica, a través del programa Gran Mariscal de Ayacucho, perdiera poco a poco a muchos de sus académicos, que estudiaron en los años 70 y 80 en Europa y se reconocían como becarios con condiciones excepcionales. Incluso la productividad intelectual venezolana hizo que, hasta hace no mucho, Venezuela superara a Colombia en cantidad de artículos científicos, productividad que actualmente ha venido en declive.

A Colombia ha venido muchísimo de ese recurso humano, por lo que es muy importante lo que el Municipio está haciendo en función de la caracterización y la diferenciación, y que la nación debe hacer también, pues la situación que estamos viviendo lleva a que los profesionales venezolanos, altamente capacitados, se encuentren lavando carros o adelantando labores informales aquí en la ciudad y en los alrededores, por lo que, sin despreciar, por supuesto, el trabajo manual, se deben reconocer e incorporar de alguna manera en aquellos trabajos que obedezcan a sus facultades.

Entonces, para no alargarme y facilitar el diálogo, yo diría que la actitud cognitiva que observo en las autoridades del municipio es la que

corresponde y, desde el punto de vista filosófico, hay que lograr invitar a la comunidad de venezolanos, que ya se están incorporando, a que se organicen y formen primero clubes, grupos, cooperativas, para que así el elemento de nacionalidad se convierta en un factor de aglutinación y organización, que permita la coordinación de esfuerzos y facilite la acción de los gobernantes.

Hay que resaltar que Venezuela se distinguió por tener, al igual que Argentina, una política muy generosa de recepción de individuos de muchas nacionalidades como españoles, italianos, portugueses, los cuales llegaron y se organizaron; podría uno decir que incluso en el boom de la construcción de las grandes ciudades estos extranjeros tuvieron una gran importancia en Venezuela, pues con sus tecnologías y habilidades europeas facilitaron la ejecución de, por ejemplo, proyectos viales que todavía siguen siendo llamativos y enriquecieron no solamente la vida nacional, sino también, genéticamente, el bello fenotipo de la mujer venezolana.

De manera que se debe diagnosticar, evaluar, observar e invitar a la aglutinación apelando al sentido histórico de la fraternidad, porque nos corresponde la hospitalidad por reciprocidad, por ser naciones hermanas, y esa reciprocidad debe manifestarse de manera inteligente, sin vulnerar la tradición que ha tenido esta ciudad que fue construida con aportes de la gente de Rionegro, Marinilla, Santa Fe de Antioquia, y que, desde que se fundó, ha sido receptiva con nacionales de Europa y demás continentes.

Además, esta universidad como casa de estudio se ha distinguido siempre por ser el epicentro de la fraternidad, pues cuando no existían universidades fuertes en la Costa, los jóvenes se venían a estudiar acá; entonces, como principio filosófico fundamental, yo diría que se debe mantener la fraternidad, agregándole el elemento cognitivo que aporta a la investigación y al reconocimiento de las peculiaridades, ya que si se logra detectar las diferentes formas que está asumiendo la comunidad, se le podrá atender y canalizar.

Juan Diego Mejía: Luis Bernardo nos planteó a groso modo la visión que tienen como secretaría y la decisión de hacer un diagnóstico y

una identificación más minuciosa del problema. Por su parte, Eufrasio nos invita a que no desconozcamos la historia, ya que todas las decisiones de una sociedad deben ser miradas a través de la historia y esta nos dice que estamos hablando de un hermano. Ahora entonces, podrías contarnos, Luis, ¿qué voluntad tiene la Administración? ¿Cuál es la orientación filosófica de la Alcaldía frente a los migrantes venezolanos? ¿Qué debemos esperar?

Luis Bernardo Vélez: Lo primero que reconocemos como administración municipal es que esta circunstancia nos coge de alguna manera de imprevisto, pues no la tenemos organizada y no existe un protocolo o catálogo de lo que se va a hacer. Sin embargo, lo que sí está claro es que aquí hay un asunto humanitario que hay que atender y que inclusive está circunscrito a convenios internacionales de derechos humanos.

Reitero entonces la necesidad de identificar la problemática, ya que, en materia de asuntos sociales, para uno poder intervenir, primero tiene que caracterizar, saber quiénes son niños, profesionales, venezolanos, colombianos que vuelven al país, etc. Adicional a esto, hay que exigirle al gobierno nacional claridad frente a esta situación, porque nosotros no podemos asumir como municipio una situación en la que el gobierno nacional tiene mucho que decir y mucho que hacer, y necesitamos saber la circunstancia clara de los que llegan, si son aislados, refugiados, si se les puede otorgar visa temporal o si no podemos regularizarlos.

Lo anterior serviría mucho para evitar que llegue a haber abuso de muchas personas, como Juan lo anotaba ahora, por la condición de ilegalidad, la cual propicia que, por ejemplo, un comerciante o empresario abuse de un venezolano pagándole cualquier salario, porque está en el país de forma ilegal y debe esconderse. Así que necesitamos que Migración nos organice la situación jurídica de los venezolanos que están ingresando al país, pues si se organiza, nosotros ya podríamos avanzar muchísimo más, no solamente con una ayuda humanitaria, sino que aportamos a un tema legal y estructural.

Otro punto que hay que reconocer es que Medellín ya cuenta con unas dificultades inmensas de presupuesto, ya que tenemos casi

600.000 víctimas del conflicto, cuyo desplazamiento nos implica unos gastos inmensos como administración; teniendo en cuenta además que Medellín ha destinado a lo largo de varias administraciones un presupuesto para mantener y atender la Unidad de Víctimas.

También es muy importante que Medellín avance en la organización del sistema de salud para estas personas, tema sobre el cual hay muchísimas preocupaciones, teniendo inclusive como base un sistema de salud bien enredado y precario como el nuestro. Por su parte, el Ministerio de Educación dio las directrices para la matrícula de menores de edad extranjeros en instituciones educativas, encaminadas a garantizar la educación preescolar, básica y primaria a la población migrante. De modo que aún falta mucho por organizar, pero se va avanzando en algunos asuntos que nos ayudan a prepararnos para recibir a los hermanos venezolanos de forma más organizada.

Cabe anotar que muchos alcaldes del país, no solamente de las ciudades capitales, sino también de municipios fronterizos como Maicao o Cúcuta, que son los que están recibiendo una mayor cantidad de venezolanos, están de acuerdo en que Migración tiene que ser la que brinde las directrices sobre la forma de proceder con la situación actual, puesto que los municipios no pueden, ni tienen los recursos para asumir esta problemática y en temas relacionados con la economía, la salud, la educación y el empleo necesitan muchísimo apoyo; por eso venimos insistiendo desde la mesa de ACNUR con otras organizaciones para generar una mayor interlocución e incluso lograr que el Ministerio Público asuma también una competencia y exija a secretarías de despacho y demás entidades su cumplimiento y compromiso con la situación.

Juan Diego Mejía: Luis, pero hay que hacer una precisión y es que yo creo que hay medidas de fondo que son a largo plazo, pero también hay medidas urgentes como, por ejemplo, nace un bebé de una pareja venezolana ¿lo atienden o no en el sistema de salud? ¿A qué tienen derecho?, ya que independientemente de la necesidad de los convenios y la decisión de las autoridades de Migración con relación al proceso a seguir, ¿la Alcaldía qué recomendaciones hace?

Luis Bernardo Vélez: Los casos que yo conozco que han ocurrido como por ejemplo, violencia hacia alguna persona que se identifique como venezolana, se han atendido; incluso yo digo de que independientemente de que haya vacíos o no en la ley, tenemos que brindar atención en nuestros albergues, sin desconocer, claro está, que necesitamos más claridad de Migración, porque esto tiene que trascender los asuntos de solidaridad, hermandad e historia común, debido a que aquí hay unos derechos que deben ser respaldados por ser ciudadanos del mundo que sobrepasan los tratados internacionales.

Por lo tanto, sería inconcebible que una ciudad como Medellín deje de atender a un niño en una circunstancia de emergencia porque no está clara su información o por el hecho de no ser colombiano, y en general creo que una persona que se encuentre en cualquier problema de salud debe ser atendida sin ninguna discusión, por eso nosotros los estamos atendiendo y estamos asumiendo la situación; sin embargo, reitero la importancia de que el Estado colombiano y Migración aclaren la situación en términos legales para que no queden al libre albedrío.

Eufrasio Guzmán: Yo quisiera plantear aquí las cuestiones que me suscita el tema en este punto concreto. Colombia ha sido un país de emigrantes, pero no de inmigrantes, y ahora se me ocurre, con un poco de ignorancia, que Colombia tiene una política de migración cuidadosamente establecida. Los países que han tenido política de migración no contemplan las mismas reglas, por decirlo así, para personas que tienen un alto grado de capacitación, que para quienes no tienen ningún grado de formación. El éxito que tiene Argentina en la industria alimenticia y automovilística, para mencionar solo dos casos en ese país, se debió a una política selectiva en la que se recibían a las personas que tuvieran un alto nivel de capacitación.

En Venezuela, recuerdo, que no era lo mismo pedir visa no teniendo un título universitario que teniéndolo y, señalo esto, porque uno de los grandes capitales sociales de una sociedad es la formación del recurso humano. La formación de un profesional a nivel de pregrado le puede costar a una familia, por decirlo aquí en Colombia, 300 millones de

pesos e incluso más; entonces ingenieros y personas con alto grado de capacitación que hayan sido excrados de su país de origen, no pueden representar un problema, sino que, al contrario, son una gran oportunidad. Tal vez entonces habría que reclamarle al Estado que desempolve esas políticas migratorias, porque siendo un país de tantas normas, deben existir esas predeterminaciones, esas maneras de atender, porque efectivamente hay grandes diferencias en la población.

En este sentido, quisiera subrayar que todo ese recurso humano que está llegando al país y a la ciudad, no se puede englobar, porque hay personas de esas que están llegando con capital a formar su negocio, su pequeña empresa, y logran incorporarse. En el sector de salud, por ejemplo, han llegado muchísimos que son médicos, y aquí tengo conocidos que tienen clínicas, ante lo cual el Ministerio de Salud ha tenido una política rápida de convalidar títulos. Cabe resaltar que hay unos acuerdos, el convenio Andrés Bello, por ejemplo, hace compatibles los estudios entre Colombia, Venezuela y España y debe estar vigente; esto porque a lo mejor muchos de esos ciudadanos que están llegando no conocen las oportunidades que tienen para convalidar sus títulos, incorporarse a convocatorias y enriquecer los frentes de la acción a esos niveles, de manera que yo creo que sí valdría la pena preguntarnos y estudiar un poco las políticas pre-existentes, teniendo en cuenta que en este país hay normas para todo.

Juan Diego Mejía: Yo quiero, antes de que el público intervenga con sus preguntas, que hiciéramos un ejercicio para que veamos un poco las virtudes de la inmigración. ¿Te parece Eufrasio si empezamos contigo? Ahora que estuviste hablando de como Argentina y la misma Venezuela se nutrieron de los italianos, ¿cuáles son las virtudes de la inmigración? Nosotros hemos tenido inmigración de los pueblos y la hemos sentido y saboreado en la mesa, cuando las señoras que vienen de otras partes nos cocinan el pescado u otras comidas, y aunque no lo sepamos, estamos aceptando ese sincretismo. Entonces si tenemos una mentalidad amplia como sociedad y logramos resolver los problemas de nuestros compañeros, que son problemas serios y seguramente se van a resolver siempre y cuando haya voluntad gubernamental, podríamos obtener

grandes beneficios, así que pongámonos optimistas y cuéntenos Eufrasio, desde tu punto de vista, ¿cuáles serían las virtudes de esa migración, concretamente de Venezuela hacia acá?

Eufrasio Guzmán: Yo me referiría a eso como la oportunidad de dejar de comer arepa pelada y enriquecer la bandeja paisa, por ejemplo, con el pabellón criollo. Cabe destacar que, en realidad, la cultura culinaria de Venezuela es muy rica, precisamente por la apertura que tuvieron y por eso, aunque la arepa es autóctona de ambas poblaciones indígenas, allá la enriquecieron con una diversidad enorme de productos. Entonces en ese signo gastronómico, que me parece valiosísimo porque las cosas empiezan desde la mesa, se encuentra la tradición venezolana, pero también una fuerte marca de lo caribeño y por eso creo que ha habido una mayor receptividad y facilidad de inserción en toda la costa. De modo que debemos mirar esta situación como una oportunidad de enriquecimiento cultural, pues es un camino que ya no podemos eludir, así que vale la pena hasta para que nos enseñen a bailar un poco.

Luis Bernardo Vélez: Coincido con el profesor y me parece importante esta reflexión, porque tenemos que mirar esta circunstancia como una oportunidad y no como una amenaza. Esta situación se ha convertido en un estigma, en una preocupación, y por eso, vuelvo e insisto, necesitamos entender qué es lo que está ocurriendo para dejar la imaginación y la especulación. En nuestra línea 123 social, a la que cualquier persona puede llamar para expresar una preocupación, denuncia o queja frente a temas sociales, hemos atendido en este año a cuarenta personas procedentes de Venezuela y no quiero minimizar el problema, sino decir que no hay circunstancias que ameriten afirmar que tenemos problemas con todas las personas que están llegando del vecino país. Entonces creo que hay muchos estigmas, historias, que indiscutiblemente politizan la situación, situación que al contrario nos debería alegrar, por ejemplo, por el negocio de las arepas venezolanas que puede ser una gran oportunidad.

Cabe señalar que durante muchas décadas la balanza en materia de migración e inmigración fue muy alta en Colombia, sobre todo la balanza económica que alcanzó 1.500 millones de dólares producto de las

exportaciones de acá a Venezuela, que eran principalmente desde Antioquia y Medellín. Entonces ¿cuál es la preocupación actual?, reconociendo que veo algunas actitudes posiblemente de insolidaridad y mezquindad. El reto entonces es que Medellín tiene que entender lo que está ocurriendo y mejorar su sistema de información y caracterización para brindar una adecuada y oportuna respuesta a la presente problemática.

Juan Diego Mejía: Aprovechemos entonces unos minutos para las preguntas que tengan los asistentes.

Intervención 1: Yo no quiero preguntar nada, lo que quiero es manifestar cierto malestar en cuanto a la situación que se está presentando, sin ser de naturaleza discriminatoria o mezquina. Está muy bien lo de la fraternidad, dado que hay una crisis humanitaria y nosotros no nos podemos sustraer de la problemática que está viviendo la población venezolana, pero no creo que podamos concebir de primeras esta problemática y adoptarla como un estado paternalista en el que les vamos a resolver todos los problemas que tengan, porque hay una gran desinformación y vicios de realidad, así que muy bien la caracterización que narra el señor Guzmán de sus conocidos médicos, pero ¿ya caracterizaron la gran explosión de venezolanos que hay en los inquilinatos de la comuna 10? Sobre esto también se tienen que tomar medidas.

Por lo tanto, desde un punto de vista literario, hay que ser muy realista y consecuente, pues no se trata de decirles que se vengán y que aquí van a tener un preescolar asegurado para sus niños. Pienso entonces, sin ser intransigente, que la solución no es ser un estado paternalista, porque tenemos más de 600.000 víctimas del conflicto para atender también, y me preocupa que pretendan traer los niños aquí, que tengamos una población equivalente a Girardota de venezolanos; así que, ustedes me disculpan, pero primero lo primero y cuando caractericen pónganle coto a la situación, porque yo también siento mis derechos vulnerados y es legítimo manifestarlo. Gracias.

Juan Diego Mejía: Yo creo que son válidas todas las posiciones y no faltaba más que uno no pudiera decir lo que piensa y menos aquí, me parece muy bien.

Intervención 2: Buenas noches, soy médico ginecólogo egresado de esta gran universidad. Me parecería muy aventurado responsabilizar al movimiento Bolivariano y al comandante Chávez, ya fallecido, de generar esta situación, pues si le dieran profundidad política al análisis, verían que otras fuerzas están terciando como el peso de la ultraderecha imperialista española y colombiana, que han contribuido también a la formación del caos en el vecino país.

Dicho esto, me preocupa que la Universidad, que debe brillar siempre por la neutralidad, a través de su emisora, venda la idea a la opinión pública medellinense de que el problema es Maduro y fue Chávez, desconociendo que el problema es profundo y complejo y que es la sociedad venezolana la que lo tiene que resolver; por el momento, bienvenidos a nuestro país y todos somos hermanos, declarado incluso por el expresidente norteamericano que apeló a la nacionalidad americana que nos une.

Lamentablemente uno ve pacientes en las comunas que llegan llorando, venezolanas que van de puerta a puerta suplicando que se les atienda y uno pelea con los directores de las unidades de Metrosalud para que revisen la Constitución Política y se den cuenta que esta no establece preferencias por los nacidos aquí o allí; por lo tanto, las fronteras son creaciones humanas y hay que recordar que antes éramos la Nueva Granada y puede que algún día lo volvamos a ser.

Reitero entonces la importancia de estos foros para sensibilizar urgentemente al secretario de salud municipal y al director de Metrosalud, porque es una actitud miserable e injusta la que se está teniendo con estas señoras embarazadas, teniendo en cuenta que las leyes y los derechos obligan a que se les brinde atención, independiente de que nos paguen mañana con petróleo, arepas o lo que sea; así que usted, Luis, que hace parte de la administración lléveles el mensaje, pues es una situación de todos los días en todo Medellín y se está violando la ley.

Juan Diego Mejía: Al final de todas las intervenciones ellos contestarán las inquietudes, pero traten de hacer preguntas para que nos rinda mucho más el tiempo.

Intervención 3: Muy buenas noches. En nombre de todos los venezolanos que estamos aquí, les agradecemos enormemente esta oportunidad. La situación actual no es fácil, yo, por ejemplo, tengo 40 años y en un lapso de 20 años vi como todo se derrumbó y nos tocó salir repentinamente a vender arepas o alguno que desempolvó el inglés y le sirvió para conseguir un trabajo, pero nos ha tocado hacer de todo aquí y ha sido muy duro. Sin embargo, quiero aclarar que los que estamos viviendo aquí somos personas emprendedoras que estamos inmensamente agradecidos con tanta hospitalidad.

Mi pregunta va dirigida al señor secretario: ¿cuándo vamos a organizar los censos? El censo ayuda a saber quiénes somos, qué grado de profesionalización tenemos, cuáles son nuestros planes, dónde estamos ubicados, y facilita nuestra ubicación laboral, porque la mayoría de nosotros no tenemos un trabajo.

Con relación al asunto de Migración, ha sido muy difícil conseguir respuesta y por eso agradeceríamos mucho su apoyo como Alcaldía, porque ahora es una oportunidad, pero más adelante se puede agudizar tanto para ustedes como país receptor como para nosotros, que andamos como corriendo a ciegas sin saber para dónde vamos. El derecho consuetudinario dice que nosotros aquí tenemos un refugio, al igual que ustedes lo tendrían allá, pero no sabemos qué puede pasar en los próximos 50 o 100 años, pero de eso se trata, de derechos humanos, somos hermanos del mundo. Gracias.

Intervención 4: Buenas noches, yo soy nacido en Colombia y criado en Venezuela, de verdad los felicito mucho porque el que da el primer paso es el que da el segundo y es muy bueno saber que los colombianos se están preocupando por nuestros problemas y necesidades.

Con relación a los temas que se han tocado, la salud me parece uno de los más importantes y se debe puntualizar cuanto antes, porque es común que algunos médicos se nieguen a atendernos por ser ciudadanos de otro país y no tener los papeles en regla, así que se deben dar unos lineamientos a los hospitales y centros de asistencia para que en casos de urgencia extrema nos atiendan. Por otro lado, opino que Migración está

atendiendo a los venezolanos como si fueran de otros países, ignorando que Venezuela está pasando ahora por un problema social que nos obliga a migrar, por lo que nuestro trato debe ser diferente.

Soy ingeniero químico y estoy vendiendo postres en la calle, con mucha honra, y uno de los problemas que evidencio es que uno viene de otro país con títulos, pero no se los apostillan o convalidan en el país de origen, lo que trunca nuestros deseos de querer ayudar a Colombia o a cualquier país latinoamericano, porque todos los inmigrantes cuando vamos a otro país queremos hacerlo crecer.

Dicho esto, propongo crear un correo o línea directa para que todos los que estamos aquí empecemos a organizarnos, porque lo que estamos haciendo hoy es sumamente importante y no se puede dejar pasar. Con los compatriotas venezolanos mi más profunda solidaridad y agradezco a los empresarios y dueños de negocios que les están dando trabajo a los venezolanos; no obstante, hay que advertir que los están explotando y que eso necesita de algún control. Muchas gracias.

Intervención 5: Buenas noches, soy estudiante de la Universidad de Antioquia y si bien quedé muy alegre y complacido con la postura tanto académica como política de Eufrasio y de Juan Diego, porque me parece que se debe girar hacia la tolerancia, la inclusión y la fraternidad y ver esta situación como una oportunidad, mi pregunta es: ¿cómo podemos formar o educar para la tolerancia a la gente del común? Ya que en la cotidianidad es frecuente encontrar expresiones de exclusión y rechazo hacia los recién llegados pues se ven amenazados los puestos de trabajo y las oportunidades.

Intervención 6: Buenas noches, yo soy uno de los tantos que le ha tocado huir del país producto de la xenofobia y quiero mencionar dos asuntos puntuales. El primero hace referencia a que muchos de nosotros tenemos que huir sin papeles, porque el mismo gobierno niega la posibilidad de obtenerlos, lo que genera que muchísima gente se vea en la necesidad de cruzar la frontera de forma ilegal, situación que los ciudadanos venezolanos debemos reconocer y que de por sí ya se convierte en un problema para la sociedad colombiana, así que ¿cómo podemos

hacer los que estamos cruzando sin documentos para obtener algo que nos proteja como personas? Ya que lo que nosotros queremos es trabajar bien y colaborar con la sociedad colombiana como se lo merece en agradecimiento por su labor de brazos abiertos, para lo cual necesitamos obtener la documentación requerida.

El segundo tiene que ver con que para nosotros, como ya lo comentaron, es imposible legalizar los documentos en Venezuela. Yo aparezco al lado de los xenofóbicos opositores y mi título está archivado, no hay manera de recuperarlo, lo que me complica enormemente acá en Colombia, y así como estoy yo hay muchos venezolanos. Entonces quiero quitar la idea de que nosotros venimos a quitar los puestos de trabajo, pues la idea es que este país crezca con los pocos o muchos conocimientos que podamos aportar.

Intervención 7: Buenas noches. Llevo trece años viviendo en Medellín y cada vez que regresaba a Venezuela ya sabía el éxodo que se veía venir, por lo que desde hace cuatro años vengo convocando a la organización y estamos en el proceso de creación de una corporación de venezolanos aquí en Medellín. Yo pienso que no hay que recargarle mucho trabajo al Estado, nosotros mismos, los venezolanos tenemos que comenzar a hacer nuestro trabajo de facilitar el proceso haciendo nuestro censo, dando nuestra información; esto además porque el venezolano desconfía mucho de las acciones estatales porque cree que lo van a reportar, entonces la idea es hacerlo entre nosotros. También estoy creando clubes de softball y de fútbol, pues hay que hacernos a la idea de iniciar una vida estable aquí, contando que la situación en Venezuela dure entre diez o quince años. Cabe aclarar que las ciudades en donde los venezolanos viven de una manera fuerte son Cúcuta y Barranquilla, y la mejor es Medellín por el clima, la facilidad del transporte y la seguridad; aunque parezca loco, este territorio es muy seguro para el venezolano.

Sé que hay un gran problema de todos los entes con Migración, porque esta no brinda ninguna solución, así que mi pregunta va dirigida al secretario y es la siguiente: ¿qué podemos hacer, si se organizaran los entes municipales, departamentales y nosotros como población

venezolana, para que Migración acelerara ese proceso? Porque cada vez somos más y considero que no hay mucho tiempo, además hay mucha gente desesperada que no quiere regresar a Venezuela y la opción de otro país es casi imposible. Muchas gracias.

Juan Diego Mejía: Entonces hay temas que son del resorte de la administración municipal, que van específicamente dirigidas a Luis Bernardo, y otras que están orientadas a Eufrasio. Primero Luis Bernardo.

Luis Bernardo Vélez: Voy a intentar recoger algunas inquietudes. Lo primero, es que creo que parte del avance de esta discusión sobre la población venezolana es visibilizar la situación, ya que lo peor en este tipo de circunstancias es ocultarlas, guardarlas, ponerlas allá en un rincón, inclusive, en el marco de la legalidad. Por eso, reitero, tenemos que organizar desde la Cancillería, dado que es un asunto nacional y de Migración, pues de lo contrario avanzaremos en ilegalidad, explotación laboral y demás abusos. Así que la conclusión de este conversatorio debe ser la exigencia a Migración y la Cancillería para que den claridad y lleven la situación de los venezolanos al Congreso de la República.

Lo segundo, es que también creo que organizados las cosas rinden más, porque entonces ya hay vocerías, ya hay quien hable, quien organice; por lo tanto, los invito a que se organicen como lo hace cualquier población frente al suceso de cualquier contingencia.

Lo tercero es lo referente al tema de salud y nos comprometemos a hacer mañana un comunicado a la Secretaría de Salud y Metrosalud, para que cumpla no sólo con un asunto de buena voluntad, sino también con los derechos contemplados en nuestra Constitución y en los tratados internacionales.

Con relación al censo y la caracterización, vamos a tener en las mesas de ACNUR toda la articulación para que se haga la identificación de la población, pues es un reto de gran importancia conocer la circunstancia de cada ciudadano venezolano y nosotros tenemos toda la voluntad. Siento que tenemos que ser solidarios con el tema de los venezolanos, por ello haremos todo lo necesario para obtener la mayor claridad posible y, sobre todo, quiero que nos comprometamos desde

la institucionalidad para evitar y denunciar cualquier clase de abuso, esclavitud o explotación que ocurra, para lo cual necesitamos de la ayuda de la ciudadanía que se puede comunicar con Ricardo Toro, funcionario de Derechos Humanos, al 385 54 05.

Ricardo, ¿tienes algo para anotar desde la mesa de ACNUR?

Ricardo Toro: Gracias secretario. Tengo varias anotaciones que considero pertinentes. Lo primero es hacer una claridad sobre la posición de la administración, la cual está clara y se sustenta en la lógica de que hay una situación humanitaria que se debe atender, sin detenernos en la problemática ideológica de quién es o no chavista.

Ahora, frente al tema del paternalismo, cabe aclarar que el Estado colombiano adquirió y ratificó compromisos y convenios internacionales, por lo cual jurídicamente se encuentra obligado a colaborar.

Respecto al tema de salud, un funcionario de la Secretaría de Salud mencionaba, justamente en la mesa, que llegan venezolanos que no están identificados con alguna emergencia y se les atiende, pero que el problema radica en que han venido personas con problemas causados por enfermedades preexistentes que requieren alguna cirugía o tratamiento continuado que el sistema no puede asumir por asuntos normativos, recalcando que frente a las mujeres embarazadas sí debe existir un factor diferencial y preferencial, lo que también hay que comprender.

Frente al tema del censo, hay que entender que, si bien estamos asumiendo nuestra función como institución, hay también otras entidades que la deben asumir como Planeación. Se me ocurre, además, que se haga una especie de jornada en un lugar adecuado, para que como primera medida se haga un censo y, en segundo lugar, si es posible, invitemos a Migración Colombia para que también haga una jornada de atención.

En este sentido, quiero aclarar que el asunto de migración es muy complejo y que hay que entender que hay procesos y procedimientos; por ejemplo, ayer alguien me pedía una asesoría sobre la visa para el trabajo y yo le decía que esa visa tiene unos costos que el ciudadano debe asumir, pues la Administración no cuenta con los recursos económicos para hacerlo.

Adicionalmente, se debe reconocer que la realidad que sucede en la frontera y que ha migrado al interior del país ha sobrepasado la acción institucional, sin embargo, ya es un avance que se trate como un asunto de nuestros hermanos venezolanos, que no se vea como un problema sino como una oportunidad y que se esté asumiendo con una actitud proactiva. Se me ocurre entonces, además de la jornada, para impulsar el emprendimiento y facilitar empleo, que en cada barrio haya una casa de arepas venezolanas.

Por el lado de la educación, hay una circular del Ministerio de Educación que ordena a los secretarios de educación departamental y municipal que los niños y las niñas deben tener garantizado el derecho a la educación, al margen de que tengan o no la documentación regularizada; también plantea que, para el ingreso a la escuela, los niños no deben hacer un examen de admisión, sino que una vez estando en la escuela, se les hará un examen para saber el nivel en el que se encuentran. Sobre la homologación expone que los estudiantes venezolanos pueden homologar grados de primaria y secundaria.

En síntesis, estamos adelantando varias acciones, a pesar de que los procesos sean lentos, y es muy importante, lo que ustedes decían, que se organicen como una comunidad que es sujeta de derechos, pero para eso también deben entender que esta sociedad tiene unos comportamientos reglados en el Código de Policía que deben respetar e incorporar como nuevos habitantes de la ciudad.

Juan Diego Mejía: Eufrasio por favor, para que cierres.

Eufrasio Guzmán: De una manera muy sintética quiero atender dos puntos: el comentario del estudiante de mi universidad y también el comentario que hizo muy respetuosamente el ginecólogo.

Primero, frente a toda forma de irracionalidad, a mí como académico, como profesor de filosofía, me corresponde hacer una invitación al conocimiento frente a los mitos. El populismo es una forma muy grave y peligrosa de la identificación con ideales turbios, que afecta no solamente a Latinoamérica, sino también a todo el planeta. El populismo se combate con conocimiento, con razonabilidad, y, en ese sentido, es

parte de la actitud cognitiva del ser humano organizarse. Entonces la invitación a los venezolanos de la ciudad es a organizarse utilizando las estrategias que tienen a su disposición, por ejemplo, los mecanismos de contacto que ofrecen las redes sociales.

Lo otro es insistir en la caracterización de lo que está pasando en Venezuela y sus actuales consecuencias en el país, lo que ameritaría no solamente un panel o conversatorio como este, sino un evento académico mucho más serio. Yo personalmente creo, como ya lo dije, que Venezuela es una sociedad con escisiones y con injusticias y le digo al ginecólogo que le atribuyo indudablemente al comandante Hugo Chávez una política agresiva. Tengo en mi pensamiento doscientos adjetivos que utilizó Chávez a lo largo de 17 años, todos insultantes y duros, y Maduro ha utilizado otros tantos, lo que ha llevado al cuerpo social de Venezuela a una escisión de la cual son víctimas muchos de los que están aquí. Invito entonces a todos para que reconozcan la historia de Venezuela y la historia de Colombia y tengan en cuenta la actitud cognitiva que es la que nos puede permitir entender situaciones como las que estamos viviendo.

Para no alargarme, voy a mencionar un solo caso: la concesión del arco minero 112.000 km, más del 10% del territorio venezolano, la zona más rica, donde están los yacimientos de hierro, de aluminio, del subsuelo venezolano, entregado en concesión no propiamente al pueblo venezolano ni para beneficio de este, sino a concesiones rusas y chinas, capitalistas disfrazados que van a terminar usufructuando eso. Y al respecto invito, sin caer ahora en discusiones porque serían prolongadísimas, a reconocer los estudiosos en el tema energético, petrolero, que se encuentran en un portal que se llama www.soberania.org, en el que hay personas que llevan 40 años estudiando la situación petrolera, y ahí pueden encontrar todo lo que está pasando con el petróleo venezolano, cuál ha sido, es y será el destino de esa riqueza.

En fin, la invitación es, por un lado, a la organización y a buscar mecanismos de concertación para que haya interlocutores y, por otro, a estudiar, a investigar la situación para que podamos tener una

visión no mítica con alguna propiedad, pues, como lo escuché en alguna intervención, lo peor que nos puede suceder es mantenernos en posiciones míticas, que son realmente el obstáculo más grande para el desarrollo de la razonabilidad y del conocimiento objetivo y, en ese sentido, el deber de la objetividad es una tarea de cada ser humano. Muchas gracias.

El centro y sus miedos

Luz Amparo Sánchez
Juan Fernando Ospina

27 de junio de 2017

El centro de la ciudad es un referente histórico porque allí están los orígenes de Medellín, pero también es el lugar que despierta más temor en los ciudadanos por los múltiples flagelos que lo aquejan. Con el ánimo de conocer el origen del miedo que genera este espacio, el programa Ciudad al Centro invitó a debatir sobre esta problemática a la antropóloga Luz Amparo Sánchez, investigadora de la Corporación Región, y al fotógrafo Juan Fernando Ospina, director del periódico Universo Centro. Para la antropóloga, el miedo es algo constitutivo del ser humano que opera como una alerta de protección, sin embargo, aclara, que hay otros miedos que son una construcción social que muchas veces encierran fines ideológicos y políticos. Para Ospina, por su parte, el miedo es una forma de estigmatizar un lugar, por los prejuicios que existen sobre lo diferente, como son todas las manifestaciones de multiculturalidad que se expresan en el centro.

Gisela Posada (Líder del programa Cultura Centro): Buenas noches, quiero introducir esta charla con algunas inquietudes de la ciudadanía, como la queja constante por la ineficacia de la policía sobre los atracos, por ejemplo, y la pregunta de para qué existen los CAI en el centro si no reaccionan para proteger a la ciudadanía. Alguien relataba lo siguiente: “apenas me bajé del bus, caminé hasta Villanueva para comprar recortes

de hostias, en el almacén había una señora comprando un santo, le sonó el celular y al contestar, lo único que dijo fue: ‘Hablamos luego querida, porque estoy en el centro y aquí ya no se puede contestar’”.

Realidad, miedo, percepciones, esta es la invitación para que hablen sobre estos temas los que han leído el centro con los ojos abiertos, los que han caminado sus calles, los que han hablado con la gente, los que también han trazado diagnósticos serios, rigurosos, sobre su realidad más cercana, los que igualmente han hecho seguimiento sobre sus confines y aquellos que tienen una percepción y unos datos de ese organismo vivo llamado Centro, que sigue la batalla contra sus miedos y las miradas de horror frente al espejo de una realidad violenta, inocultable a las estadísticas.

Juan Diego Mejía (moderador): Muchas gracias y muy buenas noches a todos, a Luz Amparo y a Juan Fernando, dos muy buenos amigos desde hace mucho tiempo, con los que he compartido muchas experiencias en la cotidianidad de esta ciudad.

Cada vez que venimos a estos encuentros, los últimos jueves de cada mes, aprovecho para contarles a los asistentes que yo soy del centro y que me interesa mucho este lugar. En encuentros anteriores hemos abordado algunas generalidades de esta zona de la ciudad, pero el tema de los miedos me llama mucho la atención porque tengo muchas preguntas y pocas respuestas. No aspiro que los compañeros que me acompañan hoy tengan todas las respuestas, sino más bien que me ayuden a pensar y reflexionar en voz alta. Entonces sugiero que nos acerquemos a este tema de manera desprevenida, sin conceptos preconcebidos, sin miedos.

Para abrir la conversación, quisiera que Luz Amparo nos hablara un poco sobre ¿cuáles cree que son los orígenes del miedo? ¿De dónde sale el miedo? No solamente el miedo al centro, sino en general, los miedos.

Luz Amparo Sánchez: Muy buenas noches y muchísimas gracias a Gisela, a Juan Diego, a Juan Fernando. Voy a tratar de abordar este tema, cuya novedad radica en que es más lo que se ha sentido que lo que se ha conversado, compartiendo algunas de las reflexiones que hemos realizado en un grupo de la Corporación Región, interesado en investigar el miedo entre varias ciudades.

Esta es una pregunta mayúscula y muy importante y en el transcurso de nuestra investigación hemos tenido una gran sorpresa, porque cuando uno habla de miedo, normalmente lo asocia a algo malo, y con toda razón, ya que el miedo te puede separar de algo, de una experiencia, pero para decir cuál es su origen, se debe entender que el miedo es constitutivo de la humanidad y que sentimos miedo como forma de protección; de modo que si no tuviéramos miedo haríamos infinidad de cosas como, por ejemplo, atravesar la calle cuando viene un carro a toda velocidad o lanzarnos a las llamas, es decir, en principio, es constitutivo de la humanidad y, como tal, el miedo actúa como protector.

Juan Diego Mejía: ¿Es una especie de instinto?

Luz Amparo Sánchez: Claro, es un sentimiento que se experimenta además individualmente. Se dice que hay tres maneras diferentes de sentirlo: unos se paralizan, otros salen huyendo sin ninguna precaución y otros pueden pensar y reflexionar un poco. Por su parte, a nivel fisiológico hay varias reacciones como dilatación de la pupila, agitación, sudoración, entre otras, lo que refleja algo muy hermoso que es la manera en que el cuerpo se prepara para afrontar alguna situación que no se encontraba dentro de la cotidianidad o de lo familiar, dado que, ciertamente, cuando aparece el miedo, es porque existe la percepción de una amenaza de la cual trata de protegerse y, por el contrario, si el cuerpo no percibe peligros no tendrá miedo.

Entonces realmente el miedo es la conciencia de un peligro que incluso no siempre es objetivo, pues puede ser real o imaginario, y por eso a veces tenemos miedo, por ejemplo, a un lugar del centro sin que nos haya pasado algo; de allí que el miedo sea constitutivo de la humanidad, un protector que siempre está. El problema viene cuando el miedo es exacerbado, por ser consecutivo, llega hasta una dimensión colectiva, se desborda y ocasiona la angustia, que es distinta y peor que el miedo. Es fundamental tener en cuenta que el miedo puede tener varias caras, razón por la cual la invitación aquí no es tanto a verlo como protección, sino a reconocerlo cuando en ocasiones nos impide llevar a cabo muchas experiencias que podríamos hacer normalmente.

Con relación al origen, es difícil saber exactamente cuándo se da, porque siempre ha estado. El miedo hace parte de nuestra experiencia vital y, como se dijo, el problema radica cuando su experimentación genera limitaciones, restringe relaciones o prohíbe la estadía en algún lugar, llegando incluso a provocar huida o parálisis, según sea el tipo de miedo y la forma de reacción del sujeto. Recuerdo algunos mitos indígenas en los que se narraba la forma de ir a una laguna sagrada y se aconsejaba no acercarse, acercarse en silencio, mirarla de lejos o mirarla entre las ramas, pues si uno se acercaba mucho corría el peligro de convertirse en un monstruo, indicaciones que, en últimas, buscaban proteger a la población de la laguna mediante el miedo, de lo que se destaca la función pedagógica que pueden llegar a tener los miedos.

Así que el problema se genera cuando nos transmiten un miedo, por ejemplo, por el viejito del costal y vamos construyendo figuras a las cuales temer, porque los miedos se aprenden, no son automáticos, sino que se forman socialmente. Cabe aclarar que hay unos miedos que son de la naturaleza, ya que, por ejemplo, en la antigüedad, el mar y el océano eran lo más temible y albergaban una cantidad de animales rarísimos para el hombre, y así se ha generado miedo también por las pestes, las enfermedades o los terremotos. Sin embargo, hay otros miedos, como el miedo al otro, que son culturales y enseñados y por eso en la pregunta “¿a quién le tenemos miedo?” se refleja una construcción social, entonces ¿cómo es que socialmente nos enseñan a temer?

Juan Diego Mejía: Aprovecho para preguntarle a Juan. El primer recuerdo que tengo de Juan es cuando tenía un estudio en Laureles, y no sé si alguna vez viviste en el centro, pero sé que actualmente eres una especie de adalid del centro y desde un periódico has logrado aglutinar muchos pensamientos y voluntades, al cual el centro y la ciudad le deben mucho. La pregunta es: ¿a qué se le tiene miedo en el centro?, desde tu óptica, ¿hay razones para temerle al centro?

Juan Fernando Ospina: Sí hay razones para tenerle miedo al centro, como uno le debe tener miedo a muchas cosas en una ciudad o su entorno, pero el miedo no siempre es a cosas tangibles, sino que también

a lo intangible, como por ejemplo a que nos espanten una noche en una finca.

Hablando particularmente del centro, me pregunto hasta qué punto el tema del miedo a este lugar es a veces una sensación de asco, debido a que hay que reconocer que nos molesta la diferencia, el tumulto, el untarnos de las cosas.

Ahora compartí una anécdota con Luz Amparo sobre un mito que conocemos los dos en versiones distintas, que ella escuchó hace poco y yo vengo conociendo desde niño. ¿Nos cuentas, por favor, tu versión?

Luz Amparo Sánchez: Precisamente cuando estábamos preparando esta conversación, tuve la oportunidad de hablar con una colega que está haciendo una investigación sobre el miedo de las mujeres, y encuentra un mito, decimos un mito urbano porque es aquello que circula, pero que no cuenta con un autor y no se puede encontrar a la persona que realmente le pasó. El mito narra que una mujer es abusada sexualmente por un personaje de la calle y fallece debido a una infección. En el aparece el miedo y todo lo que se genera alrededor de lo sucio, y sobresale el poder que tiene en el imaginario el peligro generado por la contaminación representada en ese personaje de la calle.

De modo que, el rumor se vuelve muy fuerte y es la misma sociedad la que lo hace circular, y circula porque vivimos en una atmósfera llena de miedos en donde hay quien los cuente y quien los reciba, generando un miedo incluso irreal e imaginario que se acepta y se hace real en la mentalidad social.

Juan Fernando Ospina: Cuando era niño escuché una versión de una tía que llegó preocupada a decirle a mi mamá que tuviera cuidado que porque a una amiga en un semáforo del centro, un loco se le había acercado a pedirle plata y al ella no darle, el tipo le escupió en la cara, provocándole una sífilis que le hizo perder el ojo. Esta narración creó el mito de que si no le das una moneda al que te la pide te va a escupir, generando un lazo entre el miedo y el asco.

El centro es un lugar de tumultos, sucio, caótico y la gente no quiere untarse. Cuando hago mi trabajo fotográfico, voy a ciertos lugares, me

meto con cierta gente, y luego uno sale a lavarse las manos porque, a pesar de que uno está curtido con tanta calle encima, siempre va a tener el temor a una bacteria o a que algo te dé. Igualmente, uno ve que muchas personas llaman a las comidas que venden en la calle “porquerías” y tienen un susto provocado por el chorro de sudor del señor que vende mangos y la incertidumbre de cuánto sudor tiene el limón que les echa. Por lo que es un temor a lo desconocido que se asocia al fastidio.

En mi caso particular, he traducido ese temor en una fascinación por vivir mundos distintos y desconocidos que me parecen muy atractivos, pero hay lugares en los que uno necesariamente tiene miedo, como el cruce entre Bomboná y San Juan, ya que todos sabemos que hay que ser cuidadosos en un lugar como el parque San Antonio.

Juan Diego Mejía: ¿Bomboná y la Oriental?

Juan Fernando Ospina: Entre San Juan y Bomboná, en el trayecto de la avenida Oriental, no sé si a ustedes les han robado allá o a alguien que conocen le han robado el celular, pero uno se monta en un taxi y el taxista siempre le dice: “mucho cuidado, cierre las ventanillas que le pueden quitar el celular” y efectivamente.

Juan Diego Mejía: ¿Es posible que no sea sólo una construcción cultural, sino que hay un motivo real para sentir miedo?

Juan Fernando Ospina: Claro.

Luz Amparo Sánchez: Yo quisiera agregar algo sobre ese asunto. El miedo está, pero el problema es dónde lo deposita, siendo lo mejor depositarlo en algo o alguien específico para no correr el riesgo de tenerle miedo a todo. De modo que, si el miedo se deposita en algo, me puedo separar de ello y es una forma de organizar la vida y las relaciones, pero si le tengo miedo a todo, persiste en mí una angustia que me hace temerle al día, la noche, los hombres, las mujeres, los niños, los ancianos.

Entonces al elegir donde depositarlo, hay una construcción social y, por ejemplo, en el caso que traemos, el miedo se deposita en el loco, en el sucio, en el de la calle, por lo que no es miedo al centro, sino miedo a ciertos personajes que frecuentan el centro. Así, si uno va al Coltejer, no le tiene miedo a la secretaria, pero ¿por qué sí al loco sucio de la calle? En

esa medida, el miedo es selectivo, se pone en ciertos personajes, y cabe preguntarse: ¿qué características tienen esos personajes para depositar allí el miedo?

Ahora, ¿por qué se construye y se deposita ahí? Uno de los planteamientos que hay es que el miedo se deposita en el siguiente orden: primero a lo desconocido, por eso si algo pasa en Medellín se culpa a los desconocidos, segundo a lo menos conocido, y tercero a lo totalmente distinto a nosotros, en lo que se ubica al loco, al que no tiene norma, al que contamina. En este sentido, no es entonces a todo el centro al que se le tiene miedo, sino a ciertos personajes con ciertas características, y aunque se experimente individualmente, se construye socialmente. En diversos estudios, por ejemplo, el asunto que aparece es el miedo a la figura social del atracador o del joven pobre con ciertas características, lo que refleja la selectividad de la sociedad en cuanto al lugar de construcción del miedo y los sujetos u objetos en los que lo deposita.

Juan Fernando Ospina: Luz Amparo, entonces en esa lógica que planteas, el centro es el sitio para tener miedo, porque es donde encuentras diversidad de personajes producto de la multiculturalidad que lo caracteriza. Además, y a modo de ejemplo, ahora que se está creando un miedo horrible a las personas de otro color, el centro es el lugar donde han llegado las personas de Belén de Bajirá que han despertado en la población expresiones horribles como “les damos Belén de Bajirá, pero que nos devuelvan el parque de San Antonio”, opiniones que realmente si deberían generar miedo y manifiestan el enfrentamiento que se está produciendo en este parque, al cual se le está volviendo a coger miedo, no por ser un lugar peligroso, sino por albergar a estos personajes de otro color de piel, que vienen de otra zona, son distintos y amenazan la tenencia de un lugar que es “nuestro”.

Así que, volviendo a la línea de conversación, el centro es el sitio del travesti, del loco, del anónimo, del pobre, del vendedor, del sucio, del raro, y, por lo tanto, es el lugar por excelencia para sentir miedo.

Juan Diego Mejía: Hubo una época en que el centro era el lugar donde vivían las clases acomodadas, porque Medellín era esto y El Poblado, luego

se creó Otrabanda; pero esa clase acomodada decidió en algún momento irse para Laureles y El Poblado. Tú que has hecho esa etnografía a través de Universo Centro haznos esa semblanza: ¿quiénes son los que habitan el centro hoy?, ¿son los estudiantes, los jóvenes, los transeúntes?

Juan Fernando Ospina: El centro tiene todo tipo de habitantes. Hay una población flotante, que son aquellos que vienen a hacer vueltas al centro o que simplemente están de paso, ya que, por la posición geográfica en toda la mitad del valle, el centro es un lugar de cruce obligado para desplazarse en la ciudad; el número de esta población es aproximadamente de 1.300.000 personas.

También, hay otra población que vive todavía en los edificios del centro, principalmente mayores de edad que le temen al sector y reconocen la evolución que ha tenido, estableciendo las diferencias entre el desconocido centro de ahora y el de otra época, en la que andar por Junín era como andar por París.

El centro, además, es un lugar especial para la gente que vive sola y para los estudiantes que comparten apartamentos con otros compañeros, y se ha convertido en el sitio de la diversidad sexual, pues las pajaras del mismo sexo lo prefieren para vivir en comparación con otras zonas de la ciudad, porque allí encuentran más respeto y protección, lo que me parece una gran ganancia.

Juan Diego Mejía: Luz Amparo, ¿por qué no nos hablas un poco sobre ese comparativo que hicieron en las tres ciudades sobre el rostro del miedo?, ¿cuáles fueron esas ciudades que estudiaron?

Luz Amparo Sánchez: Las tres ciudades fueron Medellín, Guadalajara y San Juan de Puerto Rico.

Juan Diego Mejía: ¿Qué similitudes hay? Por ejemplo, Guadalajara es una ciudad que se parece mucho a Medellín, a pesar de ser tan extendida, no tener casi edificios altos y contar con unas distancias enormes producto de un terreno ilimitado, a diferencia del nuestro aprisionado por las montañas; sin embargo, hay mucha afinidad entre la forma de vida de las personas en Guadalajara y Medellín. ¿Qué encontraron de similitudes en cuanto al miedo y por qué esas tres ciudades fueron escogidas?

Luz Amparo Sánchez: Esta es una investigación realizada en el año 2002, en la cual encontramos similitudes y diferencias. Una de las diferencias tiene que ver con que en ese momento en Colombia y en Medellín teníamos nuevas figuras donde se depositaba el miedo y entonces cuando hicimos una estadística para ver a qué le tenían miedo las personas en esas tres ciudades, en Medellín sobresalía el miedo a la guerrilla, que antes se había visto como un fenómeno lejano, y ahora, con la urbanización de la guerra, se veía cercano con los milicianos y la fuerza del narcotráfico, contexto que no sucedía ni en Guadalajara ni San Juan.

Por lo tanto, el miedo en Medellín era ocasionado, en primer lugar, por la guerrilla, luego por el narcotraficante y el atracador, contrario a lo que pasaba en las otras dos ciudades que investigamos, en las que la figura de la guerrilla era inexistente. Entonces en nuestra ciudad la figura más amenazante para el estrato 6 era la guerrilla, pero para los estratos 1 y 2 era el atracador, similar a lo que sucedía en Guadalajara y San Juan, en las que la figura del atracador era bastante común y también se asemejaba a un sujeto injusto que le robaba al pobre, sobre todo, de estratos 1 y 2.

La novedad de la investigación radicó en que en las tres ciudades se depositaba el miedo en jóvenes, vistos como portadores del mal, con las siguientes características: en Guadalajara eran pobres y tenían fenotipo indígena, en Medellín venían de la zona nororiental en moto, y en San Juan poseían una figura muy amenazante. Cabe aclarar que podían no ser jóvenes, pues para generar miedo bastaba con tener alguna de dichas características.

Además, el miedo hace que el temeroso se vuelva agresor y victimario, sin ser supuestamente el portador del mal, ya que está tan prevenido que si se encuentra a un joven en cierto lugar lo ataca pensando que este lo va a atacar primero, entonces teníamos historias de quienes se volvieron victimarios defendiéndose de esa supuesta imagen.

Cuando estábamos investigando por qué se construyen esas imágenes, nos dimos cuenta de que ahí contaba mucho la mediación de

la televisión al mostrar las características de las bandas y las pandillas, lo que termina imponiendo el prototipo de sujeto al que se le debe temer. De allí que otro asunto común en las tres ciudades era que, en últimas, el miedo era hacia el pobre, no hacia el rico o el bien vestido, lo que se sustenta en la idea que nos han socializado y que hemos aceptado de la pobreza asociada a la delincuencia. Por eso en Medellín, por ejemplo, el mito ha sido que si uno se porta mal se lo lleva el viejito del costal, que es un adulto mayor, desconocido, pobre, que pasaba con un costal lleno de diversos artículos.

En síntesis, la investigación está atravesada por la premisa de que los miedos se construyen socialmente y se depositan en figuras particulares, como es en el fenotipo de joven pobre que se ha venido explicando, lo que fue un elemento común en los tres casos y un hallazgo que nos habló de la forma de construcción del miedo en nuestras sociedades latinoamericanas.

Juan Diego Mejía: Juan, yo quisiera ahora hablar de las razones para no tenerle miedo al centro. Se me ocurre, porque ustedes crean un colectivo periodístico muy admirado, que es Universo Centro, y en ese proceso de construcción se proponen desmitificar la mirada que tiene la ciudadanía sobre el centro, entonces ¿tienen una intención manifiesta sobre eso?

Juan Fernando Ospina: Cuando nació Universo Centro era un momento en que, otra vez, como ahora, se estaba generando una discusión sobre el centro perdido, el centro que hay que recuperar, y nosotros nos conocimos intercambiando ideas mientras nos tomábamos unos tragos en un bar del Parque del Periodista que a mucha gente le genera miedo. Entonces allí estábamos los amigos que luego fundamos Universo Centro y había una gran discusión, porque el Círculo de Periodistas de Antioquia estaba pidiéndole a la Alcaldía que quitara el busto de Manuel del Socorro Rodríguez, el personaje que le da el nombre al Parque del Periodista, y solicitaba que se lo llevaran para la Plaza de la Libertad, que estaban construyendo por esos días, por considerar que este Parque no era un lugar digno para dicha obra; y

básicamente veíamos que la situación no era solamente del Parque del Periodista, sino que la sensación de asco o pereza se extendía en general a todo el centro de la ciudad.

De modo que, sin tener muy planeado hacia dónde íbamos en ese momento, lo que queríamos era decir que todavía había personas como nosotros, que disfrutábamos el centro, que nos gustaba un sector, como ese parque, por más miedo que generara en los otros, y eso era como reivindicar el derecho de personas como nosotros a estar en un lugar que no es tan limpio para la mayoría, que a muchos les fastidia. Además, la directora del Círculo de Periodistas de Antioquia señalaba a la gente que visitaba el Parque del Periodista como ineptos, desadaptados y como un grupo de gente que no puede producir nada bueno para la sociedad, y por eso el primer número de *Universo Centro* era casi para decirle a esta señora: “mire a su grupo de periodistas, desadaptados, drogadictos, juntándonos y produciendo algo, al menos con la neurona que todavía nos queda, desde un bar del centro de Medellín”.

Esto nos llevaba al recuerdo de aquellos personajes raros y desadaptados que en los años 60 habían generado también miedo y malestar en la sociedad, llamados los Nadaístas; incluso creo que, si en la época se hubiera hecho un estudio de los miedos, muchas personas de la sociedad y los católicos del momento habrían metido entre su lista a los Nadaístas, los peludos y los marihuaneros.

Ahora, con relación a las razones para no tenerle miedo al centro, considero que el centro es como Disneylandia, es un lugar maravilloso que muchas personas disfrutamos. Yo ahora les decía que no soy el investigador, simplemente soy una persona que disfruta el centro; inclusive mi trabajo fotográfico y el trabajo que hago posteriormente con *Universo Centro* es un trabajo que nace de la pasión que siento por este sector de la ciudad, que para nosotros es un ejemplo de diversidad, de cruce, de inclusión, donde caben todos y todas, lo cual lo hace, reitero, maravilloso.

Todo esto se ve reflejado en el Parque del Periodista que para nosotros es un lugar de respeto donde convergen personas de todo tipo

como el punkero, el rapero, el metalero, el intelectual, el de estrato 6, y, aunque el lugar se ha vuelto un poco más denso y complicado, de cierta forma todavía guarda un poco su esencia que permite aprender y socializar desde la diferencia.

Juan Diego Mejía: A propósito del Parque del Periodista, creo que el Festival Internacional de Poesía nace ahí, en unas lecturas que hacen públicamente en 1991, el año de más violencia en nuestra ciudad, lo que me hace pensar que este es un lugar de resistencia. El miedo que se sentía en el 91 era un miedo a las bombas, a los tiroteos, a la violencia del narcotráfico, ahora se sienten otros miedos y vuelve a aparecer el Parque del Periodista.

Luz Amparo, que es una transeúnte del centro y me la encuentro estudiando en los cafés o escribiendo en todas partes, ¿cuáles son los sitios que señalarías como lugares de resistencia frente a ese miedo que siente el resto de la ciudad al centro?

Luz Amparo Sánchez: Juan Diego, pero antes de responder eso, no me puedo quedar callada frente a lo siguiente, y es que cuando hablamos de miedos, también hablamos de respuestas, y en ese sentido, puede ser que si le tenemos miedo a una figura nos separemos de ella, caso en el que el miedo separa y hace que tengamos menos sociabilidad; pero también existe un antídoto y es que cuando tenemos miedo, casi que lo que nos salva es juntarnos, por eso cuando hay un gran incendio, una bomba, lo que hacemos es reunirnos buscando ayuda.

Entonces en esa lógica de las respuestas a los miedos, yo pienso que este periódico es una respuesta muy interesante al miedo manifestado hacia el centro de la ciudad, una resistencia que expresa: “nosotros no nos vamos a ir del centro, porque encontramos una posibilidad poética y social en él”. Lo que también sucedió, de manera paradójica, en el caso del Festival de Poesía, ya que en una ciudad con tanto miedo y tendiente a la separación, se crea un evento que invita a la reunión.

Es cierto que yo me la paso en el centro y cuando visito Versalles, les pregunto a los del café que cómo era este lugar antes de la incursión y la explosión de las marcas de la violencia destructiva que generó el

narcotráfico y me responden: “antes este lugar estaba abierto hasta las once de la noche, hasta esa hora el centro era un lugar de paso, de encuentro”, pues luego de esa época violenta nunca lo volvieron a abrir hasta las once. Entonces hay unas marcas que aún persisten y generan miedos que restringen la sociabilidad, pero en ello no todo es negativo pues precisamente es el miedo el que provoca respuestas como las de Universo Centro o el Festival de Poesía que nos ayudan a estar juntos e inventar posibilidades para la reunión en el centro y la ciudad. Y no hay que irse muy lejos para apreciar esas respuestas, pues en caso de cualquier catástrofe, por ejemplo la bomba que hubo en el Parque Lleras, se genera una suerte de comunidad que empieza a hablar de un “nosotros”, de un “nosotros víctima y vulnerable”, y se resiste a la separación desde una mirada empática de lo sucedido, pues si le pasó a mi vecino, a mí también me podría haber pasado, entonces hay una juntura, un encuentro que se asocia a un lugar.

De modo que, en los lugares de la ciudad donde se dan esas resistencias, como ha sido el caso de Versalles, se construyen unos mecanismos culturales para escapar de la separación. Por ejemplo, me llama mucho la atención lo que sucede en la iglesia del Parque Bolívar, pues en la procesión del día del corazón de Jesús llegan personas de varias iglesias que no habían vuelto al centro en mucho tiempo, se reúnen a la misma hora en una celebración y pueden disfrutar de la empanada o del jugo de Versalles que hacía tiempo no disfrutaban, utilizando la reunión como mecanismo de protección.

Además hay un detalle, y es que cuando sentimos miedo y el otro no es conocido mío, le hago un pequeño gesto de vinculación, que de alguna manera me entiende, para hacer como que vamos juntos, porque juntos nos sentimos más fuertes, y se emplean estrategias como llevar la cartera de determinada manera para despistar o entrar a un almacén para sacar o guardar el dinero. Estos mecanismos y muchos otros que se han creado se pueden aglomerar en una especie de manual de supervivencia urbana para resistir, para no dejar de ir a los lugares, pero con precaución, con ciertas medidas, para no dejarnos paralizar, para vencer el miedo, para sortear diversas situaciones, dentro del cual el

mecanismo más importante es estar juntos, dar señales de vinculación, que es empleado, por ejemplo, por las personas que vivían en Prado y amaban Versalles y que de vez en cuando se pegan su escapada para venir juntos en señal de protección a disfrutar el lugar.

Juan Diego Mejía: Me llama mucho la atención, ahora que estamos hablando de cómo superar ese miedo, que ninguno de los dos me haya dicho que necesitamos más policía o más seguridad, sino que han hablado desde la sociedad civil y no desde la autoridad municipal. ¿Cuáles serían los aportes para superar este trance del miedo en el centro?

Juan Fernando Ospina: A mí, por ejemplo, quien menos me ofrece esa sensación de seguridad es la policía, aunque pase tanto tiempo en el Parque del Periodista y esté cercano a tantas dinámicas que generan miedo, pues por mucho que ame ese lugar, debo reconocer que es una plaza, que tiene un combo que lo maneja y que en cualquier momento puede pasar algo allí. En una conversación anterior decía que el centro es simplemente la respuesta a lo que sucede en la ciudad, pues en general Medellín es ilegal.

Ahora bien, considero que el miedo tiene que dirigirse a otra zona, pues aunque el centro tiene muchos problemas, estos reflejan lo que sucede en toda la ciudad. Por ejemplo, el rebusque está en el centro porque hay más gente, hoy en día es un lugar de cruce obligado para todos, nos guste o no, bien sea para trabajar o hacer vueltas, y para la gente es más fácil vender sus productos acá, contrario a si la venta se realiza en un barrio donde escasamente pasa una persona que otra en tanto tiempo, entonces ¿por qué no tenerle más miedo a la pobreza que se vive en toda la ciudad, que obliga al rebusque en el centro para sobrevivir, en vez de a la cantidad de vendedores que lo frecuentan?

Hasta ahora no sé de ningún combo de delincuencia grande que tenga su oficina en el centro, todos los combos están situados en otras zonas de ciudad, lo que resulta curioso porque el centro es el sitio ideal para hacer negocios porque hay mucha gente y demanda; así que le achacamos al centro muchos problemas que realmente son de la ciudad y del país en general.

Volviendo al tema de la policía, para mí es claro que esta no representa ninguna seguridad y uno se pregunta, por ejemplo, ¿por qué un combo como el maneja la plaza del Periodista persiste y pone reglas? Ahora con el nuevo Código de Policía los pillos del sector iban de bar en bar diciendo que iba a ser más difícil transar con la policía, porque había más reglas y más presión, entonces que iban a aumentar las vacunas y yo los he visto haciéndolo. Otro caso es el cierre hace poco tiempo de un lugar en el Parque del Periodista por vender licor adulterado, sitio que a los tres días estaba abierto, después de ser sellado. Entonces ¿por qué lo abrieron pese a la orden policial? Porque es un sitio que pertenece a un grupo de personas entre las que está un político liberal, dueño de una universidad, no voy a decir el nombre, pero está en la cárcel por una masacre en un pueblo.

En este punto cabe aclarar que el centro de Medellín tiene dos dueños: de la Oriental para abajo pertenece a los herederos de Argemiro Salazar y de la Oriental para arriba a los herederos de este señor dueño de aquel bar y de alguna universidad. Tanto es el poder de estos dueños que, en el caso en mención, el sitio estaba abierto nuevamente por la influencia de este personaje y porque su familia entró a adueñarse de toda una parte del Parque, en asocio con los pillos que lo manejan. Entonces los pillos no sólo manejan la plaza, sino que están manejando negocios alrededor del Parque. De modo que aquí hay delitos muy graves, tanto por parte de la familia que abre un lugar que vende licor adulterado moviendo influencias, como de los combos que se han apoderado del lugar.

Recuerdo incluso que cuando sucedió la reunión de Banco Interamericano de Desarrollo, que trajo muchos invitados a Medellín, uno de los jíbaros me decía: “nosotros acordamos con la policía que estos días iban a ser más suaves y nos iban a avisar cuando fueran a venir” y en otra ocasión declaraba: “a mí no me consta que generales, pero sí le puedo decir que de coroneles para abajo a todos les hemos pagado”. Entonces son cosas que he visto día a día y que todos sabemos, como esos secretos a voces con los cuales uno no se puede sentir seguro, porque uno sabe que, ante cualquier inconveniente, ellos van a estar más al lado de los pillos que de la gente que frecuenta el parque.

Juan Diego Mejía: Si no es la policía, ¿cuál es la alternativa?

Juan Fernando Ospina: La alternativa es la que dice Luz, juntarnos; yo creo que eso es lo que hay que hacer, ya que un lugar mucho más habitado es un lugar donde uno se siente mucho más seguro.

Juan Diego Mejía: ¿Juntarnos en torno a qué? Con motivo de la Fiesta del Libro, me decían: “¿por qué no hacemos la Fiesta en un lugar más cerrado como Plaza Mayor?”, y yo en todos los escenarios les decía: “Es que esta ciudad tuvo miedo y lo venció cuando se juntó” y les pongo el símil de cuando las personas van a las iglesias, cualquiera que sea el credo, llenas de miedo por el infierno, pensando que se van a condenar, pero cuando se juntan en ese espacio salen fortalecidos. Eso mismo pasó en esta ciudad cuando decidió juntarse en torno a temas como la Fiesta del Libro o el Festival de Poesía. Por ello, quiero ver si esa es la salida y si nosotros como sociedad civil deberíamos trabajar más en los temas culturales, pero no en solitario, sino trabajarlos unidos, entonces no sé si tienes, Luz Amparo, alguna recomendación para hacernos, antes de abrir el micrófono para que los asistentes pregunten.

Luz Amparo Sánchez: Antes de eso, quería decir que ciertamente en este nomadismo incurable, porque yo también soy como una nómada y me encanta estar en el centro de un lugar a otro, me he fijado en que cuando uno va caminando por La Playa o por la Oriental hay demasiada gente y uno termina danzando, a causa de la imposibilidad de irse derecho, con unos cuerpos que uno no conoce, pero que son cómplices en ese ir por el centro. En este sentido, el anonimato es una característica maravillosa del centro, nadie me pregunta por qué estoy en el centro; incluso deberíamos pensar que es un lugar de la democracia, esta se espacializa, se cuida, y por eso, aunque me sienta preocupado en el centro, me siento aquí como haciendo una denuncia.

La bandera del actual alcalde es “vamos a mejorar el centro” y a mí me parece muy bien y adecuado que lo intervengan, porque es el lugar de todos, del anonimato, de la democracia, y ha estado en un abandono tenaz. Sin embargo, lo que me preocupa y sí me genera miedo es que no veo un interés del alcalde por motivar la reunión o procurar que estemos

bien juntos, lo que puede ocasionar que se vaya perdiendo el uso del centro por parte de los anónimos y termine siendo un sector privatizado.

Entonces quiero llamar la atención sobre este descuido, este no hacer que el centro sea mejor para todos, pues en el fondo esa estrategia de que no importe el lugar de todos, de los anónimos, lo que ocasiona es que se venga al suelo, se deteriore y entre en una lógica distinta de lo que sería la recuperación, la cual consistiría en tumbar todo y construir otras cosas, que van a valer mucho dinero y que van a tener otro uso, ya no a disposición de todos, sino a favor de unos privados, y digo esto porque el miedo se manipula e instrumentaliza, generando un enemigo y un salvador que, cuando el centro se deteriore tanto que haya mucho más miedo, resaltarán con una propuesta de renovación que privilegiará ciertos intereses, lo que ha sucedido en muchas ciudades recientemente.

Dicho esto, y para responder a tu pregunta, no creo tanto que la solución sea la policía, sino que hay una responsabilidad de la municipalidad por hacer que este lugar, que es de todos, de los anónimos, de la democracia, sea mejor, evitando en el deterioro, en el que creo que está, ya que por ejemplo en la Plazuela Nutibara en vez de fuente, hay un agua estancada terrible que huele mal y expulsa a las personas que tienen su vida allá, transitan o trabajan. Así que lo importante no es la presencia policial, sino que por lo menos haya una responsabilidad municipal con este sector tan importante para todos. Además de resaltar, por supuesto, que el hecho de que estemos juntos y tengamos proyectos hace que esta ciudad tenga una vitalidad y no se deje atezar por el miedo.

Juan Diego Mejía: Lejos de pretender que esta conversación vaya a tener las soluciones, lo que buscamos es que pensemos lo que está pasando en el centro, y ahora continuamos la conversación con ustedes, para que el público tome la palabra.

Intervención 1: Buenas noches, mi pregunta es: ¿cuáles son los intereses políticos y económicos que soportan la construcción social del miedo? y ¿cómo, detrás de esa construcción, se van construyendo nuevos espacios? Esto lo digo porque ya Luz Amparo advirtió que se van construyendo nuevos espacios y nuevas estéticas en Medellín, debido a

que se sataniza lo público, se deja en el olvido el espacio y se producen así nuevos espacios que son la salvación y que empiezan a fragmentar la ciudad, como por ejemplo los centros comerciales. Entonces, ¿por qué detrás del miedo hay intereses económicos y políticos? Tuve la oportunidad de acercarme a esa investigación realizada en el 2002 y recuerdo, además, como el miedo sirvió de trampolín político para que llegara al poder la seguridad democrática. Así que me gustaría que habláramos de la industrialización del miedo, cómo se industrializa y cómo los intereses políticos y económicos se benefician de esa producción social del miedo. Muchas gracias.

Intervención 2: Buenas noches. Me parece muy importante la última parte de la conversación de Luz Amparo, pues no solamente el factor del anonimato, sino que el centro tiene consigo participantes cotidianos, entonces quiero enlazar esto con el verdadero cambio que debe tener este lugar, en el sentido de si debe transformarse formalmente o conservar esa cotidianidad que es tan rica, heterogénea y enlazada. Dicho esto, mi pregunta es: ¿cómo lo material puede cambiar el aspecto del centro e invisibilizar la sazón que tiene, que son esos personajes que allí habitan?

Intervención 3: La primera pregunta es sobre el orden en el centro, porque a algunos nos gusta esta estética del centro, su movimiento, su desorden, su caos, entonces ¿debemos ordenar el centro? ¿qué nos quedará luego? La segunda pregunta es sobre la promesa incumplida de esta Alcaldía, ¿institucionalmente se trata de una promesa incumplida, de ineficiencia, o es para otros planes que se plantean aquí?

Intervención 4: Buenas noches, lo primero que quiero comentar es sobre la importancia de hacer esa observación sobre los miedos con lentes particulares como el lente de género, el lente de estrato, el lente de las generaciones y de las edades. A mí me parece profundamente triste que los jóvenes sigan siendo una población tan estigmatizada, que todavía los estemos percibiendo como sujetos amenazantes, y por eso pregunto ¿vamos a seguir depositando el miedo en ellos? ¿Qué está pasando con los jóvenes del centro? ¿Cuáles son los miedos que tienen estos jóvenes? ¿Cuáles son los sujetos en los que ellos depositan también

sus temores? En muchos casos esos sujetos hacen parte de la policía, entonces ¿qué hacer con eso? ¿Cómo desplazar esos imaginarios y esos estereotipos, en este caso de los jóvenes, y ponerle la mirada al centro para ellos?

Lo segundo tiene que ver con los parques y las plazas, particularmente con el parque de San Antonio, el Parque Berrío, la Plaza de las Esculturas, la Plazuela Nutibara y el Parque del Periodista, que se supone que nacen y existen para el encuentro o el entretenimiento, pero que siguen siendo espacios donde nos sentimos vulnerables y nos generan miedo, a pesar de estar habitados e iluminados y de tener muchas veces seguridad, entonces ¿por qué siguen siendo espacios a los que les seguimos temiendo?

Juan Fernando Ospina: Uno de los primeros sitios que fue referente de miedo en Medellín fue esta zona, pues cuando se funda Medellín en el sector de lo que hoy es el Parque Berrío, antes de erigirse como ciudad, allí ya había un asentamiento de mestizos, indios, cruces de razas y pobladores, y cuando llegaron los españoles a fundar la ciudad, los desplazaron —es el primer caso de desplazamiento urbano—, les dieron terrenos en el Camellón de Guanteros, y se formó el primer barrio popular de la ciudad. Por eso durante mucho tiempo, antes de que existiera la división que enmarcara un lugar llamado centro de la ciudad, el miedo estaba desplazado hacia ese lugar, porque era un sector de casas humildes, con una quebrada que se llamaba La Palencia, que a cada rato se crecía, inundaba las calles, tumbaba las casas y lo hacía ver sucio y empantanado, y como no había alcantarillado, todos los contenidos de las bacinillas los tiraban a las calles. Este sector en algún momento fue descrito por Tomás Carrasquilla en su texto *Camellones*, como un lugar donde habitaba el demonio. Entonces se podrían nombrar acá varios ejemplos de los primeros miedos que tuvieron los habitantes de la ciudad, siendo el barrio Camellón de Guanteros el primero y más temible.

Luz Amparo Sánchez: Cuando el señor pregunta por la parte histórica y las medidas que se han tomado, yo recuerdo, por ejemplo, que la hermosa iglesia de Barrio Triste, que fue construida con mármol de

siete colores, se ubicó precisamente allí porque esta era la zona del pecado y la inmoralidad, entonces era necesario hacer un plan de moralización y salvación con la idea de recuperar el lugar como respuesta a la situación que se vivía.

Sin embargo, ¿desde cuándo existe el miedo en las ciudades? En la Edad Media las ciudades eran amuralladas y resultaban ser muy amables y seguras, pues en ellas se estaban concentrando todos los servicios; luego hacia 1635, cuando ocurre la iluminación de París, la noche en las ciudades se hace mucho más larga y se extienden sus servicios. Hoy, por el contrario, las ciudades son en cierta forma inviables en el sentido de comprenderse sin el campo, atraviesan por múltiples crisis ambientales y se encuentran en caos, lo que hace que todos los días tengamos incertidumbres y que la experiencia del miedo se haya generalizado en las ciudades en los últimos 50 o 100 años, pese a que al principio eran una ventaja frente a las realidades que se vivían en el campo.

Dicho esto, la experiencia actual de las ciudades es tan diferente que incluso un autor declara que los individuos se van a aglomerar tanto que estas no van a poder responder a la explosión de sus demandas, situación compleja que da miedo. Entonces ya hay varios elementos preocupantes para comparar el antes de las ciudades con su época actual y futura, destacando que, sin futuro para el campo, garantizado mediante regulaciones y protección ambiental, no hay futuro en las ciudades, pues la situación se volvería insostenible. Así que teniendo en cuenta que actualmente estamos percibiendo de manera escindida la ciudad y el campo, todo esto resulta preocupante y amerita una conversación con historiadores y otros profesionales que nos ayuden a responder todas las preguntas que acompañan esta preocupación.

Con respecto a la instrumentalización del miedo, hay que aclarar que quien controla el miedo controla el poder y hay como un círculo vicioso, ya que, si generalizo el miedo en una sociedad que está tan “asada” por el miedo, esta pide seguridad, y hay tranquilidad al inicio, pero luego ese sistema de control se desborda y genera nuevos temores y miedos. Todo esto sustentado en el deseo de no perder el poder que hace de la

necesidad una estrategia, como pasa con la guerra que puede ser muy funcional para que haya miedo, pero que posteriormente se levanta como salvadora y se vuelve hasta necesaria. Esa instrumentalización del miedo en la dimensión política es muy importante y tiene que ver con soluciones propuestas para aminorar el miedo, como lo fue la seguridad democrática, o con el cambio de un miedo por otro para ofrecer seguridad, en medio de lo cual hay expulsión de la población y se dan unas reterritorializaciones. Entonces allí hay otros temas que sobrepasan la experiencia individual del miedo y la construcción social, asociados a la dimensión política y la instrumentalización del miedo.

Por último, con relación a si queremos o no ordenar el centro, yo realmente no pienso que sea tanto ordenarlo, porque la característica del centro es que no se puede ordenar, pero sí que haya una responsabilidad. Por ejemplo, la población con discapacidad nos está advirtiendo que esta ciudad no es incluyente, porque hay un montón de barreras físicas impresionantes que hacen que a los parques o a las bibliotecas difícilmente se pueda ir en sillas de ruedas; entonces cuando hablo de promesa incumplida es que si la ciudad es de todos, pues la deberíamos pensar entre todos y procurar que sea más accesible e incluyente con todos los colores y matices, más que ordenada, ante lo cual creo que hay una negación a la espacialidad de la democracia.

Juan Diego Mejía: Yo creo que hemos dado un paso muy interesante por este territorio del miedo, que está muy en nosotros, y, parafraseándolos un poco para terminar, el miedo es una defensa, algo que nos protege, aunque muchas veces lo depositemos en el lugar equivocado, en la persona que no es, debido a una construcción social y cultural. Conocer al otro y caminar juntos nos irá mostrando el rumbo, y habría que decir que el centro es maravilloso y, como dice Juan Fernando, es una especie de Disneylandia.

¿Quién vive aquí?

Françoise Coupé

Sergio Restrepo

27 de julio de 2017

El centro por ser el sitio fundacional de la ciudad encierra un valor histórico innegable, sin embargo, con el tiempo ha sido dejado a su suerte y por eso en la actualidad la disputa por lo económico lo ha convertido en un lugar donde habitan las poblaciones más vulnerables. En esta oportunidad, Françoise Coupé, profesora de la Universidad Nacional y presidenta de la Sociedad de Mejoras Públicas, compartió un estudio sobre los inquilinatos en esta zona, sitios con deficiencias habitacionales que reciben a desplazados y a personas que carecen de un entorno familiar estable, y recurren al rebusque diario. De igual manera, Sergio Restrepo, director del Claustro San Ignacio, Comfama, alertó sobre la desidia de las administraciones locales para poner coto al poder de particulares que están decidiendo sobre el suelo y su uso, así como el abandono de políticas culturales que han servido como hilos cohesionadores de un tejido social.

Gisela Posada (Líder del programa Cultura Centro): Ciudad al Centro en esta oportunidad hará un análisis sobre quién vive en el centro. Según estudios recientes, en el centro de Medellín el flujo transitorio prevalece y ello lamentablemente hace que el centro carezca de un profundo sentido de pertenencia y sea un sector de todos y de nadie. Adicionalmente, el informe citado plantea que, con relación a las otras comunas de Medellín, el centro representa la tasa de participación laboral

más alta y la segunda tasa de desempleo más baja, sin embargo, tiene 35.000 personas subempleadas, según datos de la Cámara de Comercio de Medellín. Este sector emplaza el 27% del total de las empresas de la ciudad, generalmente micro y pequeñas empresas y, en ese sentido, una de las conclusiones del estudio es que la alta densidad empresarial y participación laboral en el centro se ven minadas por la informalidad del 50% y el limitado valor agregado de sus actividades.

También expone que el centro, además de sus habitantes transitorios y de los que viven en él, es el lugar al que preferentemente recurren poblaciones vulnerables. Según el diagnóstico de la ciudad de Medellín, La Candelaria alberga muchas poblaciones vulnerables, incluyendo 66% de los habitantes de la calle y 22% de los trabajadores sexuales; sin embargo, estas cifras no suman más del 3% de la población nocturna y son menos del 1% de la población diurna.

Así que con ese escenario de múltiples agrupaciones, conviene hacerse preguntas que son precisamente las que trataremos de abordar hoy: ¿quiénes son entonces los encargados de cuidar el centro?, ¿quiénes deben ejercer el papel de veedores ciudadanos para que las propuestas de rehabilitación, recuperación y cualificación lleguen a buen término?, ¿a quiénes beneficiaría un centro más ordenado, que se presenta de verdad como un articulador de ciudad?, ¿cómo generar un sentido de pertenencia de barrio, no sólo en los que actúan como propietarios o residentes, sino también en los que día a día se usufructúan de sus dinámicas comerciales y de empleo?

En este encuentro nos acompaña Françoise Coupé, filósofa y magíster en Planeación Urbana, profesora de la Universidad Nacional y presidenta de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, y también Sergio Restrepo, actual director del Claustro de Comfama, quien como exdirector del Teatro Pablo Tobón Uribe tiene un gran conocimiento de las dinámicas del centro. En la moderación nos acompaña, como siempre, Juan Diego Mejía. Sin más preámbulos, bienvenidos a la conversación.

Juan Diego Mejía (moderador): Buenas noches a todos los que nos acompañan, me alegro mucho cuando vengo acá y veo que siempre hay

unas caras ávidas de lo que vamos a conversar, y eso me da la certeza de que existe un interés real. Estamos ya en el quinto encuentro que hacemos del programa Ciudad al Centro, el cual me parece que va calando en la ciudad y se va haciendo cada vez más importante. Recuerdo en este momento que en la primera sesión de este programa hablábamos sobre el centro de todos y de nadie. El encuentro de hoy tiene una pregunta que alude directamente a ese encuentro, y es ¿sí es de nadie?, ¿sí es de todos?, ¿de quién es el centro? Vamos a ver quiénes son los que viven acá.

Ahora, quiero saludar a Françoise Coupé y a Sergio Restrepo, nuestros invitados esta noche. Considero pertinente la intervención de Françoise para hacer un mapa de la ciudad de Medellín, del centro específicamente, del que ella tiene un conocimiento muy detallado frente a una faceta que muchas veces queremos ignorar; entonces empecemos por ahí, pues, aunque sea un poco dolorosa toda la visión de esa especie de inframundo, tenemos que oírla para entender qué es lo que pasa en nuestra ciudad. Hablemos de los inquilinatos. Françoise, cuéntanos un poco cuál es la visión que tienes, basada en esa investigación que has llevado a cabo sobre ellos.

Françoise Coupé: Buenas noches a todos y a todas. Realmente acepté esta invitación sin saber muy bien en que me metía, porque tengo un compromiso, que ya se convirtió en un proyecto de vida, con aquellos que habitan los inquilinatos. Aquí tengo, además de la camiseta de la Universidad y de la Sociedad de Mejoras Públicas, la camiseta de un proceso que estoy terminando en el Instituto de Vivienda de Medellín, ISVIMED, sobre los inquilinatos, y debo reconocer que en este momento se busca convertir el tema en una política pública que contribuya, por un lado, a mejorar la calidad de vida de la población que habita los inquilinatos y, por otro, a tener espacios de vivienda y de entorno mucho más amables y dignos que los existentes.

En el tiempo que he venido haciendo trabajos sobre los inquilinatos, desde la Universidad Nacional, me he dado cuenta de que han sido muy estigmatizados, ignorados e invisibilizados por la sociedad. En la historia muy poco se encuentra sobre las intervenciones de hace cien años en

los inquilinatos del barrio Niquitao, porque eran lugares indignos para las personas; desde entonces el tema es un poco medio tabú, porque es mejor saber que eso no existe para no tener que intervenir.

Por lo menos ya hemos roto con la confusión terrible de que un inquilinato era lo mismo que una plaza de vicios, pues si bien a veces hay consumo y venta de vicio en los inquilinatos, estos son fundamentalmente viviendas; este cambio en la terminología es muy importante para evitar las confusiones que refuerzan la estigmatización de esa forma de vida.

Yo estoy completamente convencida de que la transformación de centro pasa por los inquilinatos, ubicados en unas edificaciones muchas veces en estado lamentable, con escasez de aire limpio, luz, baños, duchas, y donde se comparte el espacio con muchas personas. Cabe aclarar que en ellos predominan hombres y mujeres solos, pero hay algunos donde hay niños, niñas y adolescentes que están prácticamente entre la cuadra del inquilinato y la pieza, debido a la dificultad, en una comuna como esta, la 10, para acceder a parques, guarderías o colegios. Se podría decir entonces que los inquilinatos son el lugar donde vive la población más vulnerable de las vulnerables, los que viven al día buscando y recogiendo la plata para pagar la pieza.

Juan Diego Mejía: Seguramente tenemos que volver, porque me quedan muchas preguntas sobre el inquilinato, pero para darle un orden a la conversación, me gustaría que Sergio nos contara, según su óptica, ¿cuáles son las poblaciones que identifica en el centro?

Sergio Restrepo: Cuando yo me hago la pregunta: “¿de quién es el centro y quién vive en el centro?” empiezo a identificar que en el centro están los “tragaderos”, que son lugares de comida rápida, los parqueaderos de alta, mediana y baja altura, sobre todo, de motos, que han transformado muchísimos espacios y se han convertido en una especie de epidemia pública terrible, el contrabando en edificios y en la calle en carretas, que Espacio Público no puede atender y que lamentablemente el que lo vende es el que está siendo explotado por un dueño que tiene otras cien o doscientas carretas que le producen dinero,

y las universidades como la Alma Máter, sobre lo cual hay que advertir que muchas de ellas y demás centros de estudio en general ubicados en el centro se han convertido en un negocio lucrativo en el que a la gente le venden por su patrimonio un sueño que, debo decirlo, porque así lo pienso, es falso, ya que creen que están construyendo su futuro pero muchos de ellos se van a graduar para no trabajar en el oficio que estudiaron y a los dueños de esas universidades no les importa.

También en el centro están los que venden el cuerpo, el cuerpo erótico, el cuerpo amoroso, esa piel que es la frontera con el universo, pero también el cuerpo herido y robado, ya que, aunque no tenga nada en contra de la prostitución cuando se hace con dignidad, hay que aclarar que cuando se explota a un ser humano para prostituirlo hay un delito grave, tal vez el más doloroso, sobre todo cuando se trata de un niño, porque no existe la prostitución infantil, sino que existe la explotación sexual infantil, que es terrible.

Junto con todos estos habitantes del centro, se encuentra el azar, el juego, las mafias de transporte que no se dejan sacar y que afectan la movilidad de la ciudad entera, el punto de llegada de los desplazados que se vuelven combustible para todos estos negocios siendo explotados, y el gran negocio inmobiliario que, combinando todo lo anterior, tiene la capacidad de hacer que suba o baje el precio de una propiedad y se dedica a comprar cuadra por cuadra el centro de Medellín, por lo que sus dueños son también los encargados de las asociaciones de juegos de azar, los dirigentes de los burdeles, los socios de las universidades, los accionistas de los bancos llamados cooperativas que se dedican a financiarle el sueño de estudiar a la gente y los mismos del gota a gota en la calle, configurando una suerte de para-estado que se adueña del centro y decide quien lo ocupa.

A mí me parecía impresionante hace seis años, cuando empecé a trabajar en el Teatro Pablo Tobón, que la señora que llevaba 42 años vendiendo crispetas, las vendiera con un sellito en la bolsa, y yo no podía creer que le cobraran dinero por cada bolsa de crispetas que vendía. Después me di cuenta de que al del parqueadero, al que vendía los mangos, al que

dormía bajo los aleros del jardín infantil Gotas de Leche, también les cobraban y cuando empecé a investigar, me di cuenta que eran los mismos que compraron el Edificio Comfenalco, donde está el mural de Botero, se formaron los maestros y se originaron los proyectos de biblioteca de esta ciudad, un poco bajo la dirección de Gloria Rodríguez y Gabriel Jaime Arango, y entonces me pregunté: ¿qué está pasando aquí? En el centro habita una organización estructurada, mutante y con la capacidad de variar ante las dificultades, pero planeada y muy bien organizada; esa es la realidad, pero también es la trinchera y el refugio de los sueños.

Cabe anotar, además, que cuando el mundo de la diversidad sexual se vio tan atacado, unos héroes urbanos que son los trans, se refugiaron en el centro, en Barbaçoas, y desde ahí han enarbolado la bandera de muchos colores para reclamar sus derechos civiles; también la población negra que hemos desplazado de todos lados, sigue estando en el centro, ya no en las nalgas de la gorda Botero, ya no en el Parque Berrío, sino que están en el Parque de San Antonio, y seguro que si los sacamos de allí en esta administración, con los proyectos de reformas del parque, se van a ubicar en otro lugar como grupo y como cultura. Entonces, de alguna manera, el centro está tomado, pero también en él está la semilla de la resistencia con los actores culturales.

Entonces del centro se han ido todos: las universidades grandes, la Universidad de Antioquia quedó aquí, pero solamente en el Paraninfo y tomó la antigua sede de la Javiera Londoño para recuperar el espíritu de la Antigua Escuela de Derecho, los bancos, los industriales, los clubes, los cines, la Gobernación, la Alcaldía, los jueces, pero los de la cultura no se han ido. No se fueron los teatros y eso generó una actitud de resistencia, pero lastimosamente sí se fueron otros, los que eran negocios; se fueron los cines, pero quedó el Colombo Americano porque Paul Bardwell no consideraba su cinema como una unidad de negocio y entonces se quedó y resistió; y la galería no se fue y ha generado unos ciclos de exposiciones muy interesantes. Entonces creo que aquí hay un panorama muy trágico, pero también muy esperanzador, un panorama doloroso, pero también hermoso.

Juan Diego Mejía: Yo quiero agregar algo a lo que tú dices, porque no puede ser que el centro sólo sea lo que estás diciendo. Hubo una época en la que en el centro vivían las familias de los ricos, los de Prado, que es parte del centro; incluso el fundador de la Sociedad de Mejoras Públicas diseñó ese barrio, Ricardo Olano, y esas casas eran a imagen y semejanza de lo que veían en otros países, porque era una clase que tenía la posibilidad de moverse por el mundo y por eso uno ve casas en forma de buque, castillos almenados o casa-fincas en madera. Sin embargo, la aristocracia antioqueña se fue muy temprano para Laureles y El Poblado y entonces ¿qué pasó con el centro? No todos se fueron, aquí hubo gente que se quedó y eso es lo que quiero que veamos.

Como escuchábamos en una cifra al inicio, hay un millón doscientas mil personas que vienen a visitar el centro en el día y en la noche se van y queda el territorio con los que de verdad viven en él. Entonces están esos que tú dices, pero también hay otros, por lo tanto, la pregunta es: ¿quiénes son los responsables de cuidar el centro? ¿Son esos que tú dices, son los vivientes, son los dolientes o son los que se lucran del centro? Me gustaría que exploráramos un poco sobre eso. Françoise, no sé si tú, con la mirada desde la Sociedad de Mejoras Públicas, podrías respondernos un poco esa pregunta: ¿quiénes cuidan este territorio? Porque parece que cuando se va esa horda de un millón doscientas mil personas, quedan otros refugiados en sus casas que no son capaces de salir ¿esto es verdad?, o ¿hay esa resistencia de la que habla Sergio?

Françoise Coupé: Yo creo que la visión de Sergio es dramática y no lejana de la realidad, sin embargo, el centro también son muchas cosas. Si alguien me invita al Astor o a Versalles me pongo muy contenta, pues estos lugares son referentes de la historia que ha permanecido y siguen siendo puntos de encuentro, lo mismo que la puerta de la Iglesia La Candelaria. En el centro sí hay gente que vive, la semana pasada esbozaron el proyecto del centro en La Playa y vi habitantes de este sector que fueron a Bellas Artes a escuchar algunos aportes sobre dicho proyecto. Entonces en el centro hay habitantes como los de los inquilinatos, pero también hay habitantes estrato 6 que viven en el Parque Bolívar o La Playa.

Y si vamos un poco más lejos, cruzando el río, allí vive gente de clase media que sigue habitando en el centro. Están los de Prado y hay barrios como Boston donde viven personas que realmente habitan en el centro, que van a la tienda de la esquina, que mercan en la Placita de Flórez, y yo creo que esto también hay que reconocerlo. A mí me encanta el centro y lo que más me encanta es ver todo lo diferente, nada es como uno se lo imagina, nadie es como uno espera encontrárselo y por eso se requiere de una gran apertura de espíritu para disfrutarlo, y a pesar de que algunas veces uno coge el bolso con un poco de miedo, yo disfruto el centro.

Juan Diego Mejía: La pregunta a la quería orientar esto es: ustedes crearon el programa Caminá pa'l Centro, ¿y eso a qué alude? A que si no eres del centro, vení y caminá el centro, entonces es una invitación a que la gente venga al centro, y recuerdo una vez que Juan Fernando Ospina, director de Universo Centro, decía: “estoy cansado de invitar a la gente a que venga al centro, que vengan si quieren, pero no les voy a insistir más”, y ahí hay una gran sabiduría, porque no sé si la estrategia es invitar a la gente de Medellín al centro o convocar a los dolientes del centro que yo creo que es el sentido de esta reunión. Así que ¿cuáles son las respuestas, las propuestas de la gente que de verdad vive acá? ¿Qué crees, Sergio?

Sergio Restrepo: Juan, ahí hay una cosa que estás planteando que es muy bella. Esto era una presa muy jugosa, pero estos señores se comieron la carne y se fueron para Laureles que era más jugosa, a esta también se le comieron la carne y se fueron para El Poblado, y ahora se están yendo a comer la carne del Valle de San Nicolás o de Rionegro; entonces nos dejaron el hueso, pero el hueso tiene la sustancia. Además, nosotros no evolucionamos como especie por comer carne, sino que el Homo Habilis, que es el que partió en dos la historia de la evolución, se comió todo lo que podía y cuando ya no encontró más comida, se fue a ver si le quedaba algo al hueso, lo encontró ruñido y se le ocurrió usarlo como herramienta; dándole uso lo rompió y se dio cuenta que adentro estaba el tuétano, la médula y se lo chupó y los antropólogos cuentan que este es el momento en el que nacemos nosotros. Stanley Kubrick en *Odisea al Espacio* muestra de manera muy bella al mono rompiendo

con la piedra, con una música contundente de fondo, que ocasiona una escena impresionante.

De modo que la sustancia, el tuétano, están aquí en el centro y eso es lo más mágico. Yo creo que, desde una mirada apocalíptica, el reino está aquí, pues no es gratuito que el metro cuadrado comercial más caro de todo el país sea en el centro. Aquí hay mucho dinero, mucha riqueza estética y cultural, mucha variedad, y están las resistencias. Incluso cuando convocamos a las organizaciones para Caminá pa' l centro, nos llevamos la grata sorpresa de que los museos y los dos archivos más importantes del país están aquí, lo que es una fuerza vital poderosísima. El centro tiene entonces un capital económico y humano muy grande y por eso la invitación para los de afuera y los de adentro es que no usen este lugar, sino que lo vivan, porque acá viene todo el mundo de afán a realizar diligencias, estudiar o trabajar y no es un punto predilecto para el encuentro.

En este sentido la propuesta es: véngase sin afán y sin destino a caminar el centro, a tomarse una cerveza. En todo esto hay una fuerza muy poderosa y mágica, pues no importa cuántos robos sucedan en el centro, este sigue estando para todos. En él confluyen todas las regiones, y yo creo que esa fuerza de gravedad que tiene el centro se debe a que refleja lo que somos nosotros, nuestra historia, nuestra realidad, ya que acá se fundó la ciudad, la de todos los tiempos; hace cien años Medellín era esto también, lo demás eran mangas, y los que manejan el poder saben que acá está el negocio y lo explotan.

Juan Diego Mejía: Otras ciudades han logrado recuperar los centros o algunos distritos. Quién se iba a imaginar que, en el área de Ciudad del Río, donde estaba la siderúrgica hace unos años, podríamos ir a tomarnos un café, leer un libro, elevar una cometa, como se hace hoy; inclusive en la zona norte, por ejemplo, se hace la Feria del Libro y el Parque de los Deseos es emblema de la ciudad y de cierto sector que es muy combatiente.

Por ejemplo en Miami, el Wildwood, que era una ratonera, se transformó porque los jóvenes pusieron negocitos de shot y galerías

de arte, Baz-arte, mercados tipo San Alejo y hoy uno va allá y se siente en un mundo de fantasía, lo que hizo que la propiedad empezara a subir y quien compró, compró, porque ya el que no lo hizo no tiene con qué, tiene que ser multimillonario, entonces hay alternativas que hay que explorar.

Sin embargo, nosotros tenemos otras cosas que son mucho más poderosas, por ejemplo, Françoise hablaba de Boston y de los barrios de los alrededores, del sabor a barrio, de la tienda, del calor que congrega el hogar; entonces no sé si eso está en vía de extinción o es una llamita que se puede extender, para que el centro tenga ese calor del barrio que nosotros en la infancia vivimos y que perdimos cuando nos fuimos a vivir a urbanizaciones.

Françoise Coupé: Considero que el barrio es absolutamente fundamental y es algo que reivindicamos durante todo el tiempo de discusión del Plan de Ordenamiento Territorial. Acá hemos acabado los barrios y hay sitios barriales que son maravillosos, me acuerdo de que, cuando llegué, íbamos a La América, a la Plaza de Belén, a Manrique, a una cantidad de lugares que generalmente eran en una calle o alrededor de una plaza, donde había encuentros y la gente podía tomarse un aguardiente sobre un bulto de maíz, donde había música guasca o salsa. Yo creo que eso hay que salvarlo y en el centro todavía quedan unos lugares así, que son muy lindos, donde uno de verdad puede tener encuentros ciudadanos muy ricos; eso, por lo tanto, lo tenemos que reivindicar.

Cuando uno está en un barrio lejos, en una ladera alta, uno les pregunta a los habitantes: “¿usted dónde compra?, ¿dónde estudia?” y dicen: “allá en Medellín”, lo que denota que su barrio no es Medellín, es el centro. El centro es el referente, porque allá encuentran muchas cosas, pero en el barrio uno debe tener lo mismo a otra escala: unos lugares de encuentro, unos lugares vitales, pues uno debería poder vivir completamente en su barrio; pero muchos barrios se han dañado terriblemente por el control del territorio, que es una problemática que no afecta solamente al centro, sino a la mayoría de los barrios de la ciudad, con grandes consecuencias como la inseguridad, y donde uno no se siente seguro no intenta quedarse.

En ese sentido, todo el discurso sobre la seguridad es un discurso que ha tenido un efecto perverso en nuestra relación con el territorio, y yo creo que eso hay que intentar recuperarlo, hay que ser atrevidos, hay que arriesgarse como uno ve que se arriesgan hoy en París después de los atentados, o hay que reivindicarse, como lo hicimos después de los toques de queda de Pablo Escobar que rompimos con ese freno que nos habían puesto a la vida y volvimos a salir y a disfrutar de nuestros territorios. Hoy las cosas pueden ser más ocultas o difíciles de comprender, pero tenemos que reivindicar esos territorios para que los barrios sean nuestros de nuevo.

Sergio Restrepo: Juan, yo tenía varias acotaciones, me pliego en muchas de ellas a las que ha hecho Françoise y no las voy a repetir, pero creo que nos metieron una cosa más terrible que un virus o que una bacteria, y es una idea. Eso puede ser para bien o para mal y, en este caso es para mal, pues hace referencia al miedo. Desde la Regeneración hasta hoy, políticamente hablando, desde 1886 con la Constitución hasta hoy, pasando por el Olimpo Radical y demás, lo que hemos recibido es miedo, y ese miedo está vivo, lo hemos alimentado, le hemos metido fuerza y pasó por todo el periodo de violencia política y narcotráfico. Ese miedo está y es el que usufructúan algunos poderes, y no estoy hablando de ilegales; por ejemplo, los constructores, no digo que sean ilegales, pero ellos viven de ese miedo y ese miedo nos está robando la vida y nos roba la ciudad.

A mí lo que más me preocupa cuando me arrancan el celular de las manos y alguien corre —ya me ha pasado dos veces en el centro de Medellín—, es que vayan a matar a ese muchacho, entonces yo nunca grito y, además, actualizo los datos cada vez que puedo, para que se lleve sólo un aparato y no me robe la información. Pero algo que si no me dejo robar es la tranquilidad, es decir, no me importa cuántas veces me roben el celular, voy a seguir sacándolo en la calle, pero la tranquilidad es un derecho que nadie me tiene porque quitar.

Así que con ese miedo nos están robando la vida, pero además se robaron la ciudad. Françoise, el miedo nos robó la ciudad, algo que parece imposible. En Medellín somos muy innovadores, los más

innovadores del mundo, tanto así que nos robamos la ciudad, rompimos con el modelo exitoso de urbanismo que se llamaba el barrio, probado en el mundo, y volvimos suburbios el interior de la ciudad, entonces hicimos barriecitos internos en los que aplicamos modelos del miedo: rejas a doble altura con concertinas, que son esos alambres redondos que inventaron para los campos de concentración y que hoy ponemos donde tenemos a los niños guardados, y vigilantes armados, lo cual me da más pánico porque un arma mata y no quiero un muerto donde yo esté, pero lastimosamente en Antioquia se volvió costumbre que es un valor superior la propiedad privada sobre la vida.

Así, con ese mismo miedo, nos robaron la ciudad, porque la cerraron en pedacitos y lo que queda de esa ciudad cerrada con malla, con concertinas, con alambre de púas, perros, vigilantes, garrotes y setos verdes, es el robo hasta del paisaje y de la calle. Ahora la gente ya no va de un lugar a otro, sino que va a un centro comercial o al almacén de cadena, no a la tienda ni a la zapatería, pues en dicho centro puede encontrar todo, desde la misa hasta la clase de yoga, además que hay que ir en carro.

Sumado al robo del paisaje y la calle, está el robo del aire, porque estamos acabando el aire de la ciudad, y del agua, porque para que esos carros se pudieran mover, le pusimos una cosa que en la ciudad muy decentemente llamamos “coberturas”, que es la forma de robarse las quebradas. A la quebrada de nosotros, Santa Elena, que fue la primera fuente de energía y agua de esta ciudad, le pusimos una calle encima, pero no sólo a esa quebrada, a 496 kilómetros de quebradas en el Valle de Aburrá; entonces por esas unidades, por ese concepto, a nosotros nos robaron el aire y el agua, para construir calles encima y así poder pasar los carros, además de que se estrecharon las aceras y quitaron los árboles.

Por tanto, hay una relación frente al miedo, y lo más terrible es que nosotros somos partícipes de eso, porque prácticamente si la unidad residencial no es cerrada, no nos atrevemos a comprar apartamentos ahí. El problema es que se volvió un concepto mental entre nosotros. Hay modelos que han probado lo contrario como el de las Torres de Bomboná, en el centro de Medellín, llamadas formalmente Torres

Marco Fidel Suárez y diseñadas por Eduardo Gaviria, un profesor de la Universidad Nacional que aún está vivo; en ellas vemos un modelo urbano de altura con un concepto de barrio, porque tienen la planta inferior libre y toda la ciudad las puede atravesar, incluso las personas pueden subir al segundo o tercer piso en los que se prestan servicios estatales y disfrutar del teatro Porfirio Barba Jacob que está en el sótano, como en cualquier otro espacio público. Este modelo fue desarrollado por el Instituto de Crédito Territorial, tiene especificaciones como que las viviendas de 60 metros son para una persona y las de 120 para una familia, y causa un efecto muy positivo en toda la ciudad.

Los invito a que busquen en internet los mapas de calor y la historia de los mapas de calor del centro de Medellín y ahí hay una cosa rara; hay un cuadrante: La Oriental y La Playa, eso divide en 4 el centro de Medellín y estoy hablando del centro de siempre, desde el Río a la 40 y de Echeverri hasta San Juan, y ahí se van a encontrar con un mapa de calor, la plaza de mercado es un mapa de calor, pero ese mapa de La Oriental para abajo está encendido y de la Oriental para arriba está apagado y uno dice: ¿qué es lo que pasa?, sí, de La Oriental para abajo vale 7, 8, 9 y hasta 10 millones de pesos comercial y de La Oriental arriba vale menos, pero allá, hacia abajo, se están matando y robando todo el tiempo.

La Playa divide también: el cuadrante Playa sur al norte oriente, y sur al norte occidente, esos cuatro ejes tienen una realidad, pero en todo ese espacio hay un punto que está limpio: las Torres de Bomboná, allí no hay muchos hurtos, ni asesinatos, entonces ¿qué hizo ese proyecto ahí que generó esa realidad en la vida? Ingresó a familias y no las encerró, y eso muestra que si te tratan como animal, como animal te vas a portar, y ahí hay un fenómeno muy especial Juan, vos preguntabas qué será... creo que hay muchas formas: París, por ejemplo, hizo un modelo, le puso una altura al centro y dijo: “no hay parqueaderos para nadie” y eso fue un modelo, desde el Ordenamiento Territorial. Barcelona hizo otra cosa en la exposición del 29 y dijo: “vamos a ampliar esta ciudad”, tuvo el carácter de tumbar unas murallas, no sé si hizo bien o mal, pero hizo un modelo a una altura con unas avenidas, con una diagonal y con unas

meridionales; le invirtió un dinero grande a un barrio pobre, o sea, al barrio Raval y eso tiene un modelo que, guste o no, tiene una realidad; por tanto, hay otras formas, la gente se ha tomado los barrios como ciudadanos, los actores culturales, etc.

Por consiguiente, considero que sí hay formas de recuperar el centro. Pero yo creo que el centro no hay que recuperarlo, porque el centro está vivo, hay que habitarlo de diversas maneras y el asunto es que no tenemos un centro, sino centros; el centro de noche o de día es una cosa, el centro de la Oriental para arriba o para abajo es otra cosa, el centro en cada uno de sus espacios es distinto. Hoy tenemos un centro en el POT con Prado, pero yo también pienso que tenemos un centro comprado, porque cuando uno mira, casi que cualquier alcalde cuando tenga que tomar una decisión sobre lo que vaya a hacer en el centro, va a tener que hablar con los dueños del centro y esos dueños son ellos.

Juan Diego Mejía: Perdón que te interrumpa, me gusta lo que estás haciendo, un poco de especulación sobre lo que hay que hacer. Démosle a Françoise unos minutos de alcaldesa, para que nos diga qué hacemos y cómo recuperamos ese sentido de pertenencia en el barrio, cómo dotamos o le damos un salvavidas a los habitantes del centro, no al inframundo del que habló Sergio, porque se matarán por selección natural, sino a los ciudadanos, ¿qué proponemos, la ciudad qué debe hacer, el Estado qué debe hacer, los ciudadanos qué debemos hacer?

Françoise Coupé: Diría a los ciudadanos: aprópiense del territorio, aprópiense de esto, porque es de ustedes, creo que hay que recuperar en el imaginario de la gente otra visión de lo que es el centro y de lo que es el espacio donde uno vive, y para eso hay que traspasar muchas fronteras como las unidades cerradas, atreverse a reunirse en esos espacios; es decir, realizar todo aquello posible para volver a dar vida a esos centros barriales que se han apagado, porque creo que el entorno donde uno vive es un asunto muy importante. Uno debería estar feliz de llegar a su barrio después de trabajar todo un día, y no para encerrarse necesariamente en su casa, sino para conversar con los vecinos, aprenderse a conocer, porque cuando uno está en una torre muchas veces la

gente no sabe ni quién vive al lado y no conoce a nadie, eso me parece absolutamente dramático y, como eso existe, no hay ninguna seguridad, donde uno no conoce a nadie uno no está seguro. Es el hecho de estar con los otros, de poder entrar donde los otros, de recibir a otro, hablar e interactuar con el otro en el bus, lo que generaría un esfuerzo y, consecuentemente, una solución muy grande sobre la presente situación.

Si yo fuera alcaldesa, por supuesto, que invertiría mucho dinero para hacer inquilinatos dignos, administrados dignamente a un precio digno, los inquilinatos no se pueden acabar en una ciudad donde hay informalidad, el informal vive al día, el desplazado debe llegar a alguna parte, y fuera de eso, la familia se ha vuelto distinta a la que existía: ya no es una familia paísa de una mamá con marido y muchos hijos, son mujeres solas con los niños, son hombres que cambian de pareja muchas veces, son abuelitos abandonados, situaciones que no existían anteriormente; los que hoy habitan esas viviendas también son los venezolanos. Hoy he visto dos inquilinatos administrados por venezolanos, eso muestra que allá están. Yo haría eso como alcalde, porque dignificando el hogar donde vive la gente, uno les cambia la vida, le cambia la relación con su entorno, con su mundo, con el otro, se acaban los resentimientos, se acaban los odios. Yo creo que eso haría e intentaría cambiar el chip de volver a creer en el otro.

Juan Diego: ¿Y tú Sergio, qué harías como alcalde?

Sergio Restrepo: Yo tal vez me haría echar muy rápido, porque yo creo que probablemente la única solución es tomar medidas muy antipopulares y aguantar el odio un rato, pero esta ciudad lo necesita. Suena terrible lo que voy a decir, yo no soy un académico, soy un entusiasta: yo sacaría los buses del centro, enfrentaría las mafias y le pediría al Gobierno nacional negociar con esas mafias. Eliminaría el carro privado dentro del centro, y la gente me preguntaría ¿cómo llego a la casa, cómo me muevo? a lo que le respondería: generaríamos sistemas de transporte alternativo, como pequeños vehículos eléctricos que se pueden mover en el centro, ya algunas ciudades lo tienen. Para la gente joven, que sean menores de 60 años, se podrían mover en bicicleta, esos

busecitos que vemos en el centro de Coca Cola, son carros de carga, ellos fueron inventados para moverse en el centro de las ciudades con sistemas eléctricos y eso es posible, con circuitos donde no haya que caminar más de 500 metros, pero eso está moviéndose todo el tiempo. Yo lo hice cuando hicimos Días de Playa, les pagué a unos jóvenes de la Universidad Nacional para que me hicieran un trabajo de cuánto se mueve la gente en un centro comercial caminando, y me llevé una sorpresa impresionante, porque dentro de El Tesoro la gente se movía en promedio 4.3 kilómetros caminando. Cuando a mí la gente me dice “no puedo caminar 500 metros para llegar a mi casa, a mí el bus me tiene que dejar en mi casa”, pienso que es gente descarada; perdonenme, pero necesitamos el paradero en el punto y eso es enfrentar unas estructuras muy complejas.

Yo definitivamente volvería a traer la ciudad al centro, y eso la Alcaldía se lo está llevando —y cuando hablo de Alcaldía no es sólo esta, sino genérico—, se llevó el desfile de Silleteros, se llevó el desfile de Mitos y Leyendas, se está llevando cada cosa del centro; ustedes pueden consultar ya mismo, miren *El Colombiano* o cualquier otro medio, y van a ver la programación de la Feria de Flores... ¿dónde queda La Placita de Flórez? La Alcaldía ya montó una Plaza de Flores en Ciudad del Río y otra norte, y me pregunto: ¿por qué la Alcaldía no montó la plaza de Flores en la Placita de Flórez y en el centro?, ¿por qué se llevó el desfile de Silleteros de La Playa?, creo que por un asunto de que hoy en Tuboleta podemos comprar la boleta a 90.000 pesos y no hay forma de que le evitemos ver el desfile a la gente de los balcones, ¿por qué se llevó el desfile de Mitos y Leyendas y la Navidad? La Navidad nació en el centro de Medellín, cuando le pusieron luces a la glorieta del Teatro Pablo Tobón, que nosotros la denominamos Glorieta de la Vida; le pusieron unas luces sumergibles que iban a inaugurarse como toda obra civil en octubre y se demoraron tanto que las inauguraron el 7 de diciembre, y toda la ciudad dijo: ¡Uy, el día de las velitas! y el alcalde dijo: “sí, claro, es el alumbrado de navidad” y al año siguiente colgó unos bombillos de los árboles de La Playa y eso se volvió el alumbrado y por ahí pasaba el desfile de Mitos y Leyendas, todo pasaba por ahí, pero se nos han ido llevando todo.

Alguna administración hizo el mejor intento, Fajardo acondicionó una casa y prometió vivir cuatro años en Prado, pero creo que le duró unos meses: lo demandaron y lo jodieron. No se nos olvide que a esta ciudad la llamamos “Tacita”, yo creo que es un cañón, ni siquiera un valle, pero todo confluye gravedad abajo, o sea, todo vuelve aquí y esa realidad es muy poderosa, nosotros tenemos que hacer una inversión muy fuerte en el centro, yo con cariño se los digo, no quiero decir cosas que no debo decir, pero no necesitamos limosnas ni migajitas, a mi 270 millones de pesos me parece que se les cayó una migajita de la mesa, porque es la ciudad de siempre, el barrio de todos, es el lugar por el que está transitando un capital y un porcentaje de gente. Nosotros necesitamos en el centro de Medellín billones, no sólo de pesos, de voluntades, y no maquillaje, necesitamos inversión dura y, eso Juan, es impopular.

Juan Diego: Ahora escuchemos a la gente.

Asistente 1: Yo partiría inicialmente, al haber trabajado lo del centro, a mirar un poco la visión de Aristóteles cuando definía a partir de la polis, la política, la ciudad como autosuficiente. Entonces, desde ese punto de vista, creo que deberíamos empezar a mirar, ¿qué se puede hacer en el centro, máxime cuando sabemos que al centro llega la gente?

Juan Diego: Recogemos las preguntas y al final respondemos todas.

Asistente 2: Felicitaciones por el espacio y el tema, me uno totalmente a todo lo que hasta el momento han expresado en ponencia los invitados; y agregó que también en este punto se encuentran los moteles, la gran mayoría de centros comerciales y es un punto de encuentro y al mismo tiempo de destino, porque acá es la partida de arranque para otros lugares o direcciones dentro de la misma área metropolitana. Pienso que la mirada de Sergio no es que sea apocalíptica ¿por qué no hablar de la verdad y de la realidad de esa forma, sin maquillarla?, si él en este ejemplo metafórico se queda sin alcaldía, yo ya entiendo porqué no tengo empleo: por esa posición analítica y realista frente a las cosas. También se fueron de aquí del centro de Medellín la Clínica Prado, la Clínica Noel ¿por qué se las están llevando para El Poblado? ¿Cuál es el argumento ahí? ¿Cómo rescatar Medellín? Medellín ya no es de los

paisas, es del turista que viene de lejos y tiene cómo pagar para visitar la ciudad, pero una familia antioqueña normal de la ciudad, compuesta por mamá, papá o mujer sola con dos, cinco hijos o de esas familias de ocho y doce ¿con qué va a ir, por ejemplo, al Jardín Botánico todos juntos? Y el eslogan de las anteriores alcaldías es “Todo por un hogar”, “Todos unidos” palabras más, palabras menos, o sea, cómo hacemos para ir al Parque Norte, a tanta construcción física si todo es ya con boleta o con dinero, entonces ¿de quién es?

Bienvenidos todos, ya sean de otros departamentos, naciones, siempre y cuando cumplan una cierta normatividad, un cierto comportamiento y que nosotros también podamos desplazarnos hacia otros países y lugares con ese mismo respeto y admiración. Pero, ¿qué está pasando con la ciudad? ¿A qué le están apostando los dueños, los monopolios, la burguesía? También este era el punto donde se hacían algunos eventos, ya se acabó también la feria de San Alejo, los primeros sábados de cada mes —perdón, ¿se acabó?— o sea, ya no es con la misma fuerza de antes como Versalles y el Astor. Hay mucha gente que no le gusta venir al centro porque le recuerda, no sé si es su parte oscura, su asco, su fastidio o su mirada de hombros, su repugnancia al habitante de calle. ¿Qué hicieron las pirámides de la oriental... cuál fue su objetivo? Ahuyentar este tipo de personajes, cuando hay una serie de visitantes o de exposiciones ¿por qué no se llevan a la gente por los lados de Fatelares, de La Minorista?, mejor la llevan a exhibirla por Plaza Mayor, porque allí no se muestran la realidad de la ciudad, ¿de qué nos avergonzamos? Esa también es mi inquietud y mi aporte.

Asistente 3: Buenas noches para todos. Quería compartir una reflexión a modo de pregunta para los ponentes: hace unos días estaba conversando con un familiar y él me compartió una reflexión que me pareció muy interesante y confusa, porque no pude sacar conclusiones propias. El me comentaba que para él el barrio El Poblado se está proyectando exponencialmente para ser el centro de la ciudad, y argumentaba que los servicios se estaban trasladando para allá, como ya lo decía Sergio, lo bancario, la salud y la educación está ganando

gran poder en este sector, en lo cultural también vemos un crecimiento enorme; también es uno de los lugares que más habita la juventud y hay múltiples ejemplos de cómo es cierto que el barrio El Poblado está cubriendo muchas de las cosas que el centro antes satisfacía, el comercio, etc. Entonces yo quería preguntar a los dos o sólo a uno, sobre qué piensa de esa reflexión, si efectivamente en un futuro no muy lejano podríamos pensar que El Poblado se va a proyectar como el centro de la ciudad de Medellín ¿o les parece que el centro que tenemos ahora tiene algo único que permitiría que nunca vaya a ocurrir algo así con El Poblado u otro barrio? Gracias.

Asistente 4: Buenas noches, soy estudiante de arquitectura de la UPB. Más que una pregunta yo tengo un comentario. Yo estoy haciendo una investigación de renovación del centro de Medellín con rascacielos, achiquitando la ciudad para atraer otra vez habitantes para la ciudad. Y ahora cuando hablábamos del tema de las inmobiliarias y comentaban todo el tema del poder y manejos indebidos, yo hago una analogía con Detroit, Detroit es una ciudad muerta prácticamente, hoy el centro de Medellín no está muerto, está tomado por otros grupos sociales, pero no está muerto; qué es lo más importante y la inquietud como tal es, ¿al centro es posible recuperarlo?, el tema de los rascacielos es una herramienta, un método de trabajar ahí y es un poco hacia el tema de la gentrificación, no la gentrificación negativa de sacar a los habitantes originales, sino cómo mejorar las condiciones físico-espaciales. Si recordamos lo que pasaba en Soho, New York, que era un barrio horrible hace más o menos 70 años, un sector muy deprimido de la ciudad que fue recuperado con el tema del arte, la cultura y muchas personas jóvenes se fueron a vivir allá. Hoy en este momento el barrio Soho en New York es de los barrios más exclusivos y más costosos que hay para habitar, es uno de los barrios en el que este tema de la gentrificación, no visto desde el sentido de expulsar a los habitantes, sino como una recuperación completa de la ciudad es un éxito, entonces creo que esa es una buena opción y Medellín se debería dar esa oportunidad. Porque como lo decían, Medellín necesita acciones radicales, así sean impopulares, para

lograr resultados. Otro ejemplo es el caso de Frankfurt, Alemania, que después de la guerra, la ciudad quedó totalmente destruida y la ciudad se recuperó a través de los rascacielos y hoy es el centro financiero principal de Europa; yo pienso que a Medellín se le debería dar esa oportunidad.

Asistente 5: Soy presidente del grupo Caminos de Reconciliación, que hacemos caminatas en la ciudad, y arreglamos lo que podemos arreglar, sin esperar a que las autoridades lo hagan, porque todos debemos trabajar por la ciudad. A las mismas autoridades, cuando les da uno una idea para trabajar, a ellos les da temor actuar. A los que nos tocó el manual de urbanidad de Carreño, por ejemplo, sabemos que un uniforme se debe respetar, hoy a la autoridad ni siquiera con uniforme las respetan en los barrios, como nos hemos podido dar cuenta; he tenido muchas ideas para bien de la ciudad, tengo un grupo que no he querido registrar, sino que el que quiere entrar, entra y camina conmigo; entonces las autoridades por no tener uno registro en Cámara de Comercio no le paran a uno bolas. Yo llevo entre 10 y 15 años en esta actividad: vi que las placas de mármol de las edificaciones no se lograban ver, entonces decidí pintar las placas de mármol de la ciudad, me dijeron que tenía que ser con una pintura especial y con unos permisos, me puse a gestionar los permisos y me mandaron de casilla en casilla, entonces yo dije: “vamos matando mientras llega la orden” me puse a pintar las placas, mientras llegaban los permisos. La placa de Pichincha, por ejemplo, la pinté yo con mi escalerita y mi pintura, mi grupo ahí esperándome o yo solo en muchas ocasiones y las autoridades pasan y “qué va a hacer ahí, señor”, entonces yo le explicaba muy bien, y por mi presencia o seguridad al hablar y con mi escarapela de promotor ambiental, convivencia y seguridad ciudadana, me dejaban trabajar.

Las placas de la iglesia San Ignacio adentro, esos mármoles no se veían, por la antigüedad y yo le dije al antiguo sacerdote si me las dejaba pintar y me respondió: “¿y eso para qué?...”, “padre, para que se lean y el mármol cumpla la función para la que fue hecha”; me las dejó pintar y miren ustedes, acá tengo fotos por si las quisieran ver, pero con Sergio me gustaría mucho comentarle esas cosas. Las placas de Boston y Parque San Antonio también las pinté yo, y de todas se ven los nombres.

Las placas de los edificios más bonitos que tiene Medellín son las del Paraninfo de la Universidad de Antioquia, se hacen convocatorias para pintarlas, y yo las pintaría gratis: con que me pongan los andamios, las pintaría en media hora, más o menos, porque soy un paisa tirado para adelante, y si veo una persona mal sentada en las bancas de aquí mismo, me aceptan los comentarios, porque a los de Espacio Público les da temor, por lo de los uniformes, valoremos los uniformes realmente, porque todos debemos hacer algo por la ciudad, hacer las cosas cada uno y no esperar que las mismas autoridades hagan todo.

Asistente 6: Buenas noches, soy estudiante de Mercadeo. De todo lo que se ha expuesto yo tengo una duda, y es que se ha hablado mucho del tema de historia, y mi inquietud es saber si ya tenemos un porqué claro de recuperar el centro, ¿cómo pensarían ustedes motivar a esa gente joven que no tiene voluntad o medios, no tiene marcada la historia en sí, que no sabe lo que pasó aquí, lo que ha sido esto, que no sabe lo que representa y quizás a muchos ni les interese, motivarlos a que vengan al centro? Hay muchas razones que ya se han expuesto, como ese millón doscientas mil personas que transitan y estudiantes que vienen, pero más allá de eso, ¿por qué?... ¿qué motiva a venir hoy día al centro?

Asistente 7: Buenas noches para todos, como habitante que fui del barrio Prado, he estado sumada también al proceso que se ha venido presentando en la transformación del centro; hoy nada menos estuve en una reunión donde la comunidad estaba analizando lo que se estaba proyectando para el barrio Prado. Incluso la gente y los habitantes que en este momento quedan en Prado, siempre sintieron una gran herida con lo que fue la intervención de la Avenida Oriental, que cercenó completamente el barrio Prado con el centro de Medellín. En este momento se está planteando la idea de volver a retomar esa conexión con el Parque de Bolívar y con la zona norte.

En cuanto a lo que comentaba Françoise, el concepto de barrio para mi cambió totalmente desde el momento en que nos segregaron en comunas, entonces resulta que ya resultamos ser o los de arriba o los de abajo. Lo que también comentaba la profesora, yo tengo mucha

gente que vive en El Poblado, por ejemplo, pero yo no quisiera vivir allá, porque lo que usted dice es verdad: acá se tiene la tiendita en la esquina, la bolsita de leche, el paquetico de arepas, en cambio en El Poblado se tiene que sacar el carro para ir a un supermercado o esperar que el domiciliario llegue a la casa.

Asistente 8: Buenas noches. Sergio y la profesora Françoise hablaron bastante acerca de los precios del metro cuadrado acá en el centro y sobre los estratos respectivamente, quería preguntar ¿cómo combatir esa carrera especulativa que hay actualmente, que desplaza a las familias silenciosamente, porque llega un momento en que la propiedad ya está estrato seis para vivienda y los impuestos no los puede pagar cualquier tipo de familia paísa y al momento en que llega a vivienda comercial se elevan los precios?, entonces es una especie de desplazamiento y si el centro sigue creciendo, así como en centros comerciales, en negocios, ¿cómo combatir esa valorización para que las familias que están apropiadas del territorio puedan seguir viviendo en él? Gracias.

Juan Diego Mejía: ¿Quién de ustedes dos quiere empezar?, son varias las preguntas y las reflexiones realizadas por parte de los participantes, sin embargo, sé que tomaron nota de temas que fueron abordados por ustedes. Por ejemplo, hay una pregunta concreta, la referente a si El Poblado será centro; hay algunas preguntas en las que valdría la pena detenerse y otras que se podrían responder en una reflexión general sobre lo que comentaron los presentes.

Sergio Restrepo: Bueno, sobre la ciudad aristotélica autosuficiente, yo creo que no sabemos, pero dijimos lo que creíamos, y creo que hay que apostarle a eso y a la sostenibilidad. Efectivamente los moteles y los centros comerciales están aquí, a mí me gusta mucho que los moteles estén aquí, dado que eso va generando amor y lo vuelve territorio de amor, —amor a veces clandestino que también tiene mucha magia—, pero también hay que pensar que no puede ser ilegal y mucho menos en contra de la dignidad. Y el centro comercial más lindo que existía en Colombia sigue vivo, que es el de Junín, centro comercial a cielo abierto que es maravilloso, deberían haber muchos más así, ojalá en el centro.

El Poblado efectivamente se constituyó en una nueva centralidad, no sólo El Poblado, hay una lectura del área metropolitana de las centralidades norte y sur, ahí pusieron centros comerciales exactamente en los puntos en donde se dijeron que esa iba a ser la centralidad norte y sur, y es Puerta del Norte y Mayorca. El Poblado es una centralidad entre el centro y el sur, El Poblado es definitivamente el lugar en donde se hizo una de las dos fundaciones que tiene Medellín, y efectivamente hoy es un centro; allá está lo que llamamos la milla de oro y está toda la banca y para allá se fueron los clubes, se fue el Club Unión, se fueron Los Leones, pero se fue también Proantioquia, la ANDI, etc.

El arquitecto nos planteó el modelo de los rascacielos o construcción de alta altura y mencionó a Detroit, y yo recuerdo ahí a Gonzalo Arango con *Medellín a solas contigo*, cuando decía a manera de lamento: “Ay, mi pequeña Detroit” y menciona a Ciro Mendía cuando visitó a New York: “Ay, terrible estos ataúdes verticales para enterrar a tanta gente antes de que se muera, a mí para enterrarme me van a tener que matar”. Yo creo que el Soho de New York es un modelo muy novedoso en apariencia y en realidades, pero a mí me gustan más los modelos de mediana altura como París, Barcelona, Bruselas, que considero son más respetuosos, una ciudad debe ser compacta y concentrada, pero no a cualquier costo. Entonces, me parece chévere en altura densificar, pero debemos combinar dos aspectos: la recuperación, fortalecimiento del concepto barrio y la renovación urbana. Yo le tengo un poco de pánico al concepto exclusivo de renovación urbana, ahí tenemos el ejemplo de Naranjal, sobre el que no voy a ahondar, pero es un fraude realmente lo que hicieron ahí, y tiene consecuencias terribles sobre la historia de un pedazo de nuestra ciudad.

En lo referente a las placas de la ciudad, estaré más pendiente de ellas, y eso de no esperar a que el gobierno haga todo, me hace recordar de nuevo a Gonzalo Arango, porque él decía que cada uno de nosotros es un presidente de Colombia en la calle, no espere a que ellos hagan por usted y póngase a hacer, y ahí lo felicito: usted es un presidente de Colombia en la calle, un alcalde de Medellín en la calle, gracias.

En cuanto a motivar para que la gente venga al centro, creo que no es tan difícil motivar a las personas, hay que hablarles mirándole a los ojos y yendo uno con la verdad que, aunque no es la absoluta, es la verdad que uno cree y tiene. Pero para eso hay que leer la calle, las palabras, la historia, los libros, la realidad que tenemos, y pienso que es ahí donde está la clave, si le enseñamos un poco más a la gente a leer —y no sólo como nos enseñaron a través de *Nacho lee*—, sino aprender a leer y a escribir en códigos, y así mismo, a leer los códigos de lo urbano y de las realidades.

El tema del barrio se lo dejo a Françoise, pues considero que ha estudiado mucho más este tema y, a pesar de ser de Bélgica, ha enseñado, pensado y estudiado mucho más a Medellín que la mayoría de los medellinenses.

Y el metro cuadrado del centro es una realidad que tenemos, es una especulación directa con lavado de activos: compran el metro cuadrado y ellos se los recompran y lo vuelven a vender a ellos mismos, eso es una realidad. Desde Nixon tomamos una determinación como humanidad de hacer una guerra frontal contra las drogas, esa guerra hace rato se perdió y estamos pagando el costo de perder esa guerra. El EDU, por ejemplo, como operador urbano tiene la función de intervenir el suelo, pero no ha ejercido esa vocación que le dio la ciudadanía y la administración y está dedicada a otra cosa. El tema de operador urbano era clave, hoy los centros de las manzanas de Barcelona tienen espacio verde en el interior, porque tomaron una decisión fundamental y la aplicaron con los que creyeron en ese momento que eran los sabios; y ahí está el asunto, nosotros tenemos miedo todo el tiempo, los gobernantes también, creo que hay que pensar fuertemente sobre cómo construimos una ilusión colectiva de ciudad.

Françoise Coupé: Bueno, nos llevaría mucho rato hablar sobre todo lo que han dicho hasta el momento. Varios han hecho una referencia hacia los turistas y la historia, entonces quiero referirme a esos dos aspectos. Yo creo que han atraído aquí a una cantidad impresionante de turistas, a diario cuando estoy en Bellas Artes veo pasar grupos que van del Teatro

al Museo de Antioquia, y de allá para Carabobo; si quieren conocer la historia de Medellín, sigan un grupo de estos, es bastante interesante, he caminado algunas veces cerca de ellos escuchando, y unos hacen el tour de las historias trágicas desde Pablo Escobar, desde la Medellín que renace de sus cenizas como el ave fénix; pero hay otros que hacen un tour mucho más histórico y por lo menos logran que esos jóvenes caminen con ellos toda una mañana bajo el sol y conozcan un poco. Pero es verdad que no tenemos exactamente los turistas que esperábamos tener, hay algunos visitantes que vienen detrás de otras cosas, por la imagen que durante mucho tiempo se ha dado en el exterior, y esos de pronto se vinculan al submundo oscuro de la ciudad, y los otros son los arquitectos, los planificadores que a veces salen muy decepcionados de esta ciudad; pero lo cierto es que en Medellín hoy hay intercambios, durante muchos años después de llegar aquí, no oí hablar otro idioma diferente al español, no se podía encontrar otro libro en otro idioma, no existía la posibilidad de intercambiar con alguien, eso era imposible, hoy es posible, así que aprovechemos lo positivo de esos encuentros.

Espero que El Poblado no vaya a ser el centro de Medellín, creo que es imposible, entre otras cosas, porque ni forma de centro tiene, es la milla de oro, es una línea larga con una avenida que la atraviesa, llena de carros, de humo, no es el lugar donde uno iría refugiarse. Me encantó señor lo que está haciendo por nuestra ciudad sin que se lo pregunten, me parece que es una labor muy importante.

Y me hicieron dos preguntas que son más técnicas sobre los estratos y sobre las comunas. Lo que usted dijo de la comuna es muy curioso, porque la comuna es una simple división administrativa, que no tendría por qué afectar nuestra vida, es que una calle es un límite administrativo, pero usted tiene razón, la gente lo ha percibido como otra cosa; yo recuerdo que cuando coordiné el primer Plan de Ordenamiento Territorial de Itagüí, le decía a la gente que el territorio se dividía con el fin de que funcionara mejor y la administración pudiera acercarse a las diferentes poblaciones y entonces me decían: “llámelo como quiera, pero no use esa palabra comuna”, y realmente el término comuna está estigmatizado

por lo que ha pasado en las diferentes comunas de nuestra ciudad, por ejemplo hubo un momento, antes de que realizaran las transformaciones en la comuna 1, en que la gente ni siquiera decía dónde vivía y si usted llegaba a buscar empleo en el Éxito o en la construcción, y daba como dirección la comuna 1 no le daban el empleo, había un estigma tan profundo que hizo que la gente llegara al extremo de desvincularse de su propio territorio, para así poder conseguir empleo, eso es algo que pasa cuando uno se vuelve tan esquemático y asimila la pobreza con la violencia y eso no puede ser.

Y en cuanto a los estratos, se definieron aquí como una forma de distribuir a las personas en el territorio, de cualificar el territorio en el cual uno habita y, al mismo tiempo, con algo que pudo ser de muy buenas intenciones, de repartir las riquezas y los costos de los servicios públicos, por ejemplo; pero eso hoy es un poco un estigma, aquí es muy difícil que un barrio de un estrato alto sea vecino de un estrato mucho más bajo, y creo que es una realidad muy lamentable. No sé si alguna vez se han montado en el bus de Laureles por la mañana, yo lo he hecho para ver qué pasaba, y esos buses están repletos de gente que son trabajadores de la construcción y empleadas del servicio doméstico que viajan, van a El Poblado y para llegar allá pagan dos buses. Ese tipo de segregación tan fuerte en Naranjal ha llegado al punto en que hay gente que compra un apartamento estrato seis y lo devuelve porque está ubicado entre talleres y supermercados, yo creo que se tiene que aprender a vivir con el otro, eso lo quise decir cuando fui “alcaldesa”, uno tiene que convivir, respetar y amar al otro, que es el vecino de nosotros.

Y la última anotación que quiero decir y cabe para varios de los temas, es que Medellín nos ha hecho una pregunta absolutamente fundamental y la peleé durante toda la organización para el Plan de Ordenamiento Territorial. Medellín tiene límites, tiene una sostenibilidad muy escasa con las condiciones sobre las cuales se está desarrollando: cuando uno vive en una cueva, en un cañón, en un valle estrecho, con los vientos que pasan por encima muchos más altos, cuando uno tiene problemas en las laderas con deslizamiento, cuando uno tiene una ciudad con una

densidad tan alta, entonces habría que cuidarse de la sobrepoblación. Medellín es actualmente la tercera ciudad más densa del mundo, cuando usted tiene eso en la mente, usted se pregunta ¿hasta cuándo y hasta dónde vamos a tener agua? Todo lo que necesitamos viene de afuera hoy: la comida, el agua, la luz, la gasolina, los carros, todo. Considero que tenemos que preguntarnos hasta dónde podemos seguir creciendo y cuáles son las densidades que vamos a admitir en esta ciudad. Ya ni los carros ni las motos caben, a diario se reflejan diversos accidentes de tránsito, yo pienso que seriamente nos tenemos que hacer la pregunta y veo con pavor el Plan de Ordenamiento que aprobamos con este valle que vamos a densificar, y con la renovación íntegra de las cuencas de la Iguaná y la Santa Elena. Seamos serios, necesitamos verde, necesitamos espacio para otras cosas que no sea abastecernos de afuera.

Juan Diego Mejía: Muy bien, muchas gracias a ustedes. Me queda una reflexión y es que El Poblado es un barrio o un sector que quiere parecerse a Miami, no puede ser el centro de Medellín, nosotros tenemos este centro lleno de referentes, lleno de historia; El Poblado no tiene ni siquiera una biblioteca, no tiene equipamiento cultural, no tiene nada, porque viven en una burbuja, mientras acá en el centro viven seres multidimensionales que tienen diferentes miradas hacia el mundo y entienden los rituales, entienden las costumbres, entienden la herencia, el futuro, la muerte, la vida, lo entienden de una manera diferente, por eso es a veces sucio, por eso es desordenado, por eso es caótico, porque así somos; como decía un asistente, el centro de Medellín no está muerto, el centro de Medellín está vivo, a diferencia de otros centros, no lo matemos, no vayamos en esa dirección. Ojalá esa investigación que están haciendo no dé como resultado una recomendación de crear más edificios acá, sino, al contrario: sacar carros, vivir más con el sentido de barrio, volver a la tienda, volver a la amistad, volver a ser humanos. Como ven, nos quedan más preguntas que respuestas. Muchas gracias y nos vemos en un mes.

El poder de la cultura

Cristóbal Peláez
María del Rosario Escobar

31 de agosto de 2017

Con el objetivo de debatir sobre el poder de la cultura, el programa Ciudad al Centro convocó a Cristóbal Peláez, fundador del teatro Maticandelas y a María del Rosario Escobar, directora del Museo de Antioquia, para hablar de la importancia de la cultura como herramienta de cohesión social. Para Peláez, la cultura además de ser una propuesta creativa frente a la muerte, al sabernos perecederos, también debe estar presente en la formación humanista desde la niñez, para ayudar a promover mentes reflexivas y críticas frente al mundo. Escobar, por su parte, piensa que la cultura tiene un gran poder cuando interactúa con el entorno; por eso la misión del Museo, además de cuidar su colección como un gran tesoro, debe estar en función de abrir sus puertas para que el público y los habitantes cercanos interactúen y reinterpreten dicho patrimonio.

Gisela Posada (Líder del programa Cultura Centro): Una parte significativa de la población diurna del centro de Medellín la integran los más de 150.000 jóvenes, la mayoría provenientes de los barrios populares y de desplazados de otras regiones. Su sueño es formarse profesionalmente, moverse socialmente. Se apostan en las entradas de puertas pequeñas de los institutos técnicos, tecnológicos y de aprendizaje de oficios y buscan resolver, quién sabe a qué precio, la frustración de no haber ingresado a una universidad pública o privada de tradición y prestigio académico.

Es un espacio al aire abierto, sin nombre, no de centro comercial donde la gente pasa el tiempo libre con seguridad y limpieza a paso de consumo; es, a secas, “el centro”, un lugar donde los diferentes se encuentran y, sin saberlo, hacen parte de una identidad —así sea nominal—. Los ciudadanos se reúnen para compartir esa historia común.

El centro es ese espejo social de un país en disputa por economías voraces y nos da esa nítida radiografía de la carencia de un pacto social racional y una ética civil que guíe la convivencia; no sólo desde el tráfico de estupefacientes y las redes delincuenciales que dominan las microeconomías, que suplantán el Estado hasta en sus funciones fiscales, sino también la apropiación de la tierra por “particulares” de chequera en mano, comprando predios por metro cuadrado —entre uno y veinte millones—, y los llamados habitantes de calle, que se disputan el rebusque con los habitantes de la periferia y otro tanto de miles de desplazados de pueblos, ciudades y hasta de países, para salvar el día a día, mientras quijotesicamente la máquina oficial enciende motores intentando poner orden y echar a andar un Plan de Intervención que busca recuperar el espacio público y la movilidad, enfrentando complejidades mayores en el territorio.

En medio de ese fragor, de ese mundo atractivo y hostil, la cultura actúa como resistencia, como una opción donde la vida encuentra sosiego. Colectivos de artistas viven de sus ansias, casas de teatro, con novedosas estéticas sacan sus carteleras “a puño limpio” al lado de ofertas de “todo a mil”. Entidades, fundaciones e instituciones, jóvenes gestores persistentes de la causa, aliados por la cultura intentan entregar otra realidad, ante ese espejo doloroso e inocultable que es el centro de Medellín. Las preguntas están aún presentes: ¿cómo hacer para que el centro de Medellín devuelva esa noción de ciudadanía ya perdida y el derecho de habitar un territorio con vocación natural para la poesía, la música, el teatro, la palabra, el debate, el café, la gastronomía, la plaza, el parque, la calle? ¿Cómo entender sencillamente que en ese lugar donde la cultura está, muchas veces batallando en soledad, las puertas de muchos lugares con vocación por lo público están abiertas para

ese millón y medio de corazones que lo visita diariamente y para ese montón de gente que se quedó a vivir? También hay que preguntarse por esa agenda que no está mediada por esos grandes eventos que parecen acaparar la atención de todos: Feria de la Flores, conciertos y la fiestas taurinas en La Macarena, Festival Internacional de Poesía, Alumbrados de Navidad o Festival Internacional de Jazz, la mayoría de ellos gratuitos, de gran formato, pero episódicos.

Ciudad al Centro, espacio de reflexión ciudadana, llega hoy a su sexta edición e invita a pensar la cultura y el centro, desde un espacio universitario que por su naturaleza concibe la cultura como parte esencial de sus actividades. Una conversación con Cristóbal Peláez, director del Teatro Matacandelas y María del Rosario Escobar, directora del Museo de Antioquia, permitirá con las palabras y valiosa conducción del escritor Juan Diego Mejía, vislumbrar ese lugar de poder, creación y resistencia desde el arte y la cultura en el centro de Medellín y, reconocer que ahí, como en ninguna otra centralidad, se percibe y materializa un interés comprometido por cultivar el gusto, la estética, el debate y la ética ciudadana, teniendo a la cultura como expresión de dignidad en una geografía difícil, rica y plural, como la que más, con que cuenta Medellín y su entorno.

Juan Diego Mejía (moderador): Buenas noches a todos, a Cristóbal, a María, dos buenos amigos y personas a las que la cultura les debe mucho, y que nos acompañan esta noche. Ahora estábamos hablando, al leer ese panorama de apocalipsis de lo que pasa en el centro, que han habido épocas peores, y Cristóbal decía que el 91 fue una década en la que se batieron todos los récords de asesinato, inseguridad, miedo, pero también fue una época en la cual los grupos de teatro se mantuvieron en sus sedes. Ese mismo año nació el Festival Internacional de Poesía, salieron a la calle a leer poemas, llegaron poetas de todas partes del mundo y leían poemas en su propio idioma, todavía lo hacen, y la gente los aplaude como si entendiera. Hay una necesidad y una predisposición a que nos canten, a que nos hablen, a que nos encanten, y eso es el papel de la cultura en muy buena medida.

Juan Luis Mejía, a quien queremos mucho, el rector de EAFIT, suele definir la cultura con una frase que le oyó a un tío suyo, pero la repite tantas veces que ya es de él, y yo la repito tanto que ya empieza a ser mía. Él dice: “Cultura es todo aquello que embellece lo cotidiano”. Todo lo que parece a veces paisaje, porque lo vemos todos los días y no le vemos sentido, empieza a tenerlo cuando se llena de significado, cuando veo que eso es lo mío, que eso es lo propio, que ahí me reconozco, es decir, cuando nos reconocemos en el universo, entonces el paisaje vuelve a ser nuestro otra vez.

Estos grupos culturales y artísticos se han mantenido en el centro y han cumplido esa labor de volver bello lo cotidiano, pero falta mucho todavía, es decir, es cierto que ha habido épocas peores, pero esta no es una muy buena. Hablemos un poco de eso; me gustaría que empezáramos con dos entidades: una pública, María nos va a explicar el carácter del Museo de Antioquia y otra, eminentemente privada, producto de una construcción de resistencia de unos actores de teatro, unos creadores. Veamos cuál ha sido el papel en estos últimos 15 o 20 años, cómo se ha manifestado la cultura y qué tanto eco ha tenido en esta sociedad. Empecemos por el Museo de Antioquia, María ¿cuál es la naturaleza del Museo y la labor que ha cumplido en el centro?

María del Rosario Escobar: Muy buenas noches a todos, muchas gracias por acompañarnos, estos escenarios de conversación y pensamiento en voz alta nos ayudan a activar nuestros afectos, nuestros pensamientos, las conexiones que tenemos.

El Museo es una entidad entre paradojas, porque tiene 135 años de historia, desde su fecha de constitución e inclusive su colección. Pero si uno mira, por los procesos que ha tenido, el Museo que hoy conocemos es una institución que tiene 19 años, o sea, el Museo que ocupa el Palacio Municipal, con la Plaza Botero y la colección más grande de Fernando Botero, es una institución relativamente joven, que carga con un peso histórico grande. Y otra de las paradojas, es que es una institución de carácter privado, es una corporación, pero cumple una función pública. Tanto es eso, que a veces desde la Alcaldía nos

citan como si fuéramos un ente descentralizado adscrito al Municipio, o inclusive en el decreto de modernización de la administración pasada, se incluyó en forma errónea al Museo de Antioquia dentro del listado de entidades adscritas al Municipio de Medellín, y todo el tiempo tenemos que estar corrigiendo esa situación; también dentro de esa paradoja es que una de sus joyas de colección es el edificio mismo, que es Patrimonio Nacional, pero el edificio no le pertenece al Museo, lo tenemos en comodato, lo utilizamos como propio e inclusive es nuestro logo, pero nosotros ocupamos un edificio público y nuestra colección obviamente es pública, pero no recibimos recursos directamente de la Gobernación ni de la Alcaldía de Medellín.

Juan Diego Mejía: ¿Cuál es la composición de la Junta Directiva?

María del Rosario Escobar: La Junta, para encontrar un equilibrio, entendiendo también que este Museo tan joven tuvo que tener una inyección pública importante, está compuesta por 11 miembros, la mitad de los cuales pertenece al sector público, la otra mitad al sector privado y su presidencia la tienen aquellos benefactores que históricamente han estado unidos a la historia del Museo de Antioquia. Entonces, ya pueden entender ustedes como el museo va desde lo público a lo privado, de lo tradicional a lo nuevo, tanto que es usual que haya una discusión sobre si el Museo debe ser un museo de historia del arte o qué tipo de museo debe ser. Inclusive, en ciertas discusiones nos piden que lo ubiquemos del período prehispánico hasta llegar con cierto respeto a Pedro Nel Gómez. Nosotros lo hemos pensado muy bien, y nos vemos como un museo contemporáneo de arte, claro que tenemos una colección histórica, obedecemos a una tradición, pero estamos instalados en el presente, justamente porque estamos ubicados en el centro de Medellín en la 52 con la 52, en una zona supremamente interesante, compleja y también paradójica. Tenemos más de 35.000 visitantes internacionales, pero estamos en una zona que pasa por algunas de nuestras contradicciones sociales más fuertes, todo el problema de habitantes de calle, ilegalidad, ocupación del espacio público, en fin. Los que estamos aquí también sabemos qué pasa en nuestros alrededores.

Juan Diego Mejía: Bueno, para seguir con eso Cristóbal ¿por qué no nos haces una corta semblanza histórica del Matacandelas?, ¿cómo nació?, ¿cuáles eran las intenciones cuando ustedes se juntaron por primera vez?

Cristóbal Peláez: Nosotros empezamos en el teatro por goma. Éramos un grupo juvenil, vocacional, y la asistencia del grupo se debe en buena parte al hecho de que justo en ese momento se cambió la jornada estudiantil, ya no era la jornada partida en el día, sino una jornada continua, de 7 a 1 de la tarde, eso fue en el año 1979. Entonces las mamás y los papás muy preocupados porque sus hijos estuvieran ociosos por ahí en las tardes, —fieles al dicho antioqueño de que el ocio es el que produce los malos pensamientos, aunque nosotros consideramos lo contrario, que el ocio es el que produce la cultura—, se fue conformando el grupo. En ese momento llegaban muchos chicos que no tenían nada qué hacer por la tarde, por ejemplo del INEM, y claro, una vez que terminaban el bachillerato no iban a hacer teatro, porque plantear que fuera algo de lo que se podía vivir era imposible. A nosotros nos llegó un momento, a los siete años de estar en este empeño, que supimos que habíamos superado una etapa, porque vivíamos para el teatro, pero hay que vivir también del teatro y era muy difícil continuar así. Entonces nos entablamos seriamente en la profesionalización y nos trasladamos para el centro de Medellín, veníamos de Envigado, y todavía seguimos en esa lucha por la profesionalización.

Para explicar un poco cómo vive el Matacandelas —una periodista económica del diario *La República* me preguntaba un día, ¿cómo vive el Matacandelas? —, les voy a sintetizar, porque eso es un milagro, esto es una empresa absolutamente patafísica, no tiene una explicación racional. Nosotros trabajamos dos veces al día, más que cualquier obrero, ganamos la mitad de lo que gana un obrero y vivimos tres o cuatro veces mejor de lo que vive un obrero, ¿por qué?, porque también para vivir hay que saber embellecer la vida con los actos cotidianos. Para vivir también hay que ser creativos, el problema del neocolonialismo en América Latina es un problema de poder y dominio internacional

imperialista, pero también es un problema que nos lleva a ser creativos para vivir, acuérdense de la famosa frase de Arthur Rimbaud: “Hay que volver a inventar el amor”. Hay que volver a inventar y ser creativos en todos los aspectos de la vida, y el teatro es un espacio para ello.

El Matacandelas empezó, y hago un símil con la Nave Argos cuando se desplaza hacia la Cólquide, pues cuando comenzaron la navegación, la nave era una, pero en el camino la fueron pintando, la fueron reformando. La nave que partió era una y la que llegó era otra. Entonces es una transformación continua, sorteando, y la palabra resistencia está muy bien para este tema, resistiendo. Nos hemos acostumbrado siempre a eso, a estar siempre remando río arriba y en la resistencia.

Juan Diego Mejía: María, ya está claro que en el Museo una cosa es el edificio y otra la corporación cultural, entonces, como tal, yo creo que podríamos entender que ha tenido una función importante en el territorio donde ha estado, por lo menos en la nueva etapa. Hablando del edificio del Palacio Municipal, cuéntenos un poco de la evolución que ha tenido, ¿esa Nave Argos se ha transformado?

María del Rosario Escobar: El edificio como nave pudo empezar —voy a decir algo muy difícil—, como un submarino para transformarse en velero, ¿por qué lo digo?, porque el edificio que conocemos, con 83 puertas que lo rodean, heredó la tradición, la idea, la maña o el miedo también, de los museos tradicionales, de ser una caja para guardar lo que hay dentro de ella, y eso le pasa a todos los museos. La colección es lo primero y para guardar esa colección hay que hacer lo que haya que hacer, y nosotros heredamos un Palacio Municipal que cerró todas sus puertas desde 1981, cuando se pasó la Alcaldía y el Concejo de Medellín a La Alpujarra; pasamos a esos años 90 tan duros y detrás de todas esas puertas había una pared de hormigón, que protegía la telefonía del centro de Medellín y de cualquier parte del país, de una amenaza. Entonces, detrás de cada una de esas puertas, había una pared tan gruesa como esta mesa; el museo en esos inicios respondía a la idea de un Museo tradicional, de ser una caja para guardar esa colección y ¿qué pasó con esa actitud?, creo que como ciudad vemos un comportamiento

del Museo hacia Carabobo, que es esa fiesta del espacio público, de las esculturas, esa especie de parque, de plaza, pero pasa algo muy distinto hacia Calibío, hacia Cundinamarca y hacia la avenida De Greiff, donde el Museo se comporta como una caja.

Por eso digo que de submarino, vamos a transformarlo en velero, porque lo que hemos pretendido es abrir cada una de esas puertas y devolverle al edificio su capacidad, su vocación pública de comunicación por cada una de esas puertas con la ciudadanía: si se viene a pie por Cundinamarca desde El Hueco hacia Villanueva, hacia la Paz, es muy difícil entender cuándo se deja la zona de “las residencias” para pasar al Museo, para luego seguir hacia Tejelo, porque el Museo es una pared, la Casa del Encuentro hoy es una pared ciega, cerrada a la calle y también por esa negación mutua pasa lo que sucede en esas otras calles, que son realmente en el mapa de seguridad de Medellín y del centro de la ciudad, una de las calles más problemáticas, porque donde no hay ojos, donde no pasa nada, donde no hay contenidos, pues sí, hay otros contenidos, otras historias que suceden ahí.

Además, lo otro que me parece importante decir es que el Museo es la única institución como tal en esa zona, uno puede decir que es la primera o la última, depende si va de oriente a occidente o de norte a sur, y nosotros no tenemos el tipo de vecindario, por ejemplo, que hay por este lado del centro de Medellín, nosotros trabajamos en una zona en donde no hay con quién, por el momento.

Juan Diego Mejía: No hay residentes.

María del Rosario Escobar: Sí hay residentes que están en los inquilinatos, pero esto es de otro tipo: hay una estrategia muy fuerte de destejer lo que se teje en el día o mientras nosotros estamos tejiendo una relación con la comunidad, de esa misma forma el otro lado del tejido se está desarmando, porque en esa falta de gobernabilidad, de construcción de ciudadanía, es donde emerge todo lo otro, donde se hace tan próspera la ilegalidad.

Juan Diego Mejía: Cristóbal, mira lo que nos cuenta María del Rosario, tiene una misión y es conservar una colección, pero la mayor parte

de la intervención ha sido su relación con el entorno. La misión del Matacandelas ha sido hacer teatro, pero también se ha preocupado por el territorio en el que está. Cuéntenos cómo ha sido la relación de ustedes, del arte, del compromiso que tienen como artistas, y qué tanto compromiso ven con el entorno.

Cristóbal Peláez: Nosotros nos cuidamos mucho al interior del grupo y dentro de nuestro ideario y nuestra temperatura como colectivo, nos cuidamos mucho de ponernos misiones y decir “el teatro es un sacrificio que nosotros hacemos por la gente”, nos cuidamos de eso, como nos cuidamos de las religiones, ahora que es el surgimiento más tenaz de las sectas y de la salvación. Mejor dicho, incluso en las épocas de gran desesperanza, prosperan muy bien tres cosas: las iglesias, los casinos y las academias de teatro. Entonces nosotros, no sé, tenemos esa imagen que pasó con el escritor Jorge Luis Borges, que no sé en qué país del África estuvo cerca, y él preguntó en dónde estaba y le dijeron que estaba al comienzo del Sahara, él se inclinó, ciego, cogió un puñado de arena, lo esparció y dijo: “acabo de modificar al Sahara”. Entonces pensamos que se puede modificar la calle Bomboná, pero esto pasa con varios espacios de Medellín, ¿es una ciudad en un deterioro, una mugre!

Todavía recuerdo cuando Andrés Caicedo estuvo a los 12 años acá y escribía en su novela inédita: “Medellín huele a puro eucalipto y me gusta Medellín porque tiene la calle Junín donde los enamorados son más importantes que los carros”; claro, ahora cuando representamos la obra y decimos “Medellín huele a puro eucalipto” el público se muere de la risa; si usted va a la Plaza de Botero —y qué pena con María— se da cuenta que huele a puro orín, huele a lo que huele el deterioro de la ciudad, al abandono, a la miseria. Si ustedes van por la calle pueden hacer una observación —uno lo hace mucho en teatro porque uno no sabe de leyes, ni de arquitectura, ni de ingeniería, entonces uno lo que realmente estudia son los gestos—, ¿qué ve uno en la gente de Medellín?, la angustia, la desprotección, el abandono, el sufrimiento, a mí la gente de Medellín me conmueve mucho, porque uno ve a ese ciudadano echado a un destino cruel de muchas cosas.

Yo hacía este ejercicio: ayer estuve en el Museo, pasé la Plaza Botero corriendo con dos ladrillos, protegiéndome y entre allá y, cuando entré, fue lo que uno llama un oasis, me sentí como en una película de Fassbinder, donde el personaje sale, va por la calle y de repente ve una puerta garaje, son como las 10 de la mañana, hay sol y cuando él hace un movimiento con la mano entra un rayo de oscuridad, la noche y lo primero que ve es una discoteca con mujeres que trabajan en la prostitución, hombres bonitos, enanos, es decir, toda una fantasía que dice Babilonia y el personaje entra fascinado allá. Y yo ayer entre así al Museo, entré y pensé: cómo saluda la gente de chévere, de entrada me encontré con Lucía González y encontrarse con ella es como encontrarse con Mr. Bean, porque es una mujer muy cómica, echamos muchos chistes, le recordé cómo era ella de directora y después volvimos a salir y le dije a la persona con la que iba: “mirá, otro mundo” y hermano, los que huyen. Y hoy entré aquí, y casi que le decía a María del Rosario que nos volviéramos monjes medievales, esa paz, esa tranquilidad del Paraninfo es única, pero sales y ya el primero te está tratando de manosear. Entonces Medellín es esa cosa variopinta, muy interesante y el Matacandelas es siempre como esa arena de Borges, modificando ese espacio que nosotros hacemos; hay que decir que no existimos para pasar proyectos al gobierno, existimos porque el teatro para nosotros es una Patria, es la patria que no nos ha dado un país. Voy a decir lo siguiente y espero que no suene a panfleto, “nosotros somos delincuentes, nosotros tenemos quinientos años de delincuencia”, se habla de la cultura, que está en total abandono, sí, pero los niños también, la vivienda, la salud, el futuro de la gente, el bienestar.

Fernando González lo expresaba: “Colombia es un país maravilloso para aprender a sufrir”, lo que está ocurriendo con el país y lo que hace también el mismo pueblo, dándole continuidad a toda esa delincuencia, ¿qué representa ahí la cultura? No solamente un embellecimiento del acto cotidiano, sino que representa ya la ética, el valor, lo que puede ser posible para que sea posible; que el ser humano, entre todos nos salvemos porque ya estamos en peligro de extinción, sabemos que el futuro del

ser humano va a desaparecer, fuimos una especie exitosa durante un tiempo y ha sido esa angustia la que nos ha movido a producir cultura, el sabernos breves, perecederos, siempre ese motor del miedo, de la muerte, del amor, lo que nos impulsa a crear y a hacer.

Por tanto, la cultura es una construcción que se hace para que todos hagamos un pacto para que la vida sea posible y eso es maravilloso, eso está en un libro pequeño de Sigmund Freud *El malestar de la cultura*, la cultura nos produce un malestar, pero es el pacto y ahí todos llegamos a un acuerdo, no es perfecto, pero a una fiera terrible como es el ser humano, la más creativa y la más destructora, fíjense qué cosa tan maravillosa, tiene que imponerse la cultura; entonces nosotros casi que decimos en el teatro Matacandelas, a coro con Cesare Pavese: “he escrito poesía, he compartido las penas de los hombres, coño, creo que mi vida está justificada”.

Juan Diego Mejía: Bueno, es que tienes un problema Cristóbal, y es que a pesar de que digas que se cuidan de no convocar a sectas, ni convertirse en sectas, la palabra es tan poderosa en la forma como vas hilando una con otra, que inevitablemente permea el pensamiento del entorno en el que estás. En este mismo auditorio uno siente que hay un efecto mágico de las palabras cuando están dichas coherentemente, que tienen una construcción ladrillo sobre ladrillo y se va construyendo un gran palacio. Yo creo que independiente de la voluntad del artista e independiente de la voluntad del creador, eso se transmite. Realmente existe un poder en la cultura y precisamente ese es el título de esta reunión, el poder de la cultura. Yo quiero que María nos ayude a reflexionar un poco sobre ese poder de la cultura en una forma tan solitaria, tan aislada a veces, y también tan estoica, porque también cuando Cristóbal dice: “es que yo lo hago, no por nadie, sino por mí”, de alguna manera, está sellando un manifiesto de que esa es su forma de vida.

En general todos los creadores tienen una especie de manifiesto de vida, tienen una forma de ver el universo, pero, ¿cómo hacer para que esa forma de ver se transmita más colectivamente a una sociedad?, ¿cómo puede incidir más profundamente en la sociedad y no se vea como un acto aislado o heroico?

María del Rosario Escobar: Esto es muy complejo, no debería ser así, pero sí tiene un poco de heroísmo, porque hay una confianza ciega, casi irracional en un mañana, para instituciones como por ejemplo la del Museo, que debería ser un submarino o un velero en el Pacífico, y a veces se siente en La Presidenta, sus aguas son muy poco profundas y está que encalla, pero hay una confianza, hay algo extraño que nos hace a todos abrir las puertas al otro día y creer en eso.

El poder, por ejemplo, del Museo de Antioquia radica en su posición crítica y lo expreso en el trabajo sobre *Horizontes*, puede ser una de las obras más emblemáticas dentro del Museo, por lo menos para los que somos antioqueños o colombianos. Hay gente que va a visitar a *Horizontes* como quien va a visitar a una tía, cuando viene de viaje, hay gente que reporta ver esta obra una vez al año con una grandísima devoción, pero el Museo ha transformado esa visión de *Horizontes* hacia una visión problemática, ¿en qué sentido?, en el hierro entre las manos, pero estamos hablando de un hacha, de una pared blanca con un niño rubio, señalando hacia un horizonte próspero, pero en medio de un caos de centro de ciudad, lleno de desplazados, se ha visto también a lo largo de la historia, obras que se ponen a conversar con el *Horizontes* de Cano, la de Carlos Uribe, por ejemplo, que lo que está señalando es la forma del glifosato sobre los cultivo de cocaína u otra de un autor, que en este momento se me olvida el nombre, y es sobre una pareja de desplazados en la mitad del centro de Medellín sin horizonte, porque ella no tiene este bebé fácilmente, trata de alimentarlo con lo que sea, y están señalando prácticamente al límite dentro del cuadro, donde no hay nada hacia la izquierda, y cuando presentamos ese horizonte, lo presentamos con la pregunta ¿cuál es el horizonte de una sociedad como la nuestra?

En ese sentido, preferimos la concepción de Museo Contemporáneo de Arte, dado que nos permite mirar problemáticamente nuestra situación, no vamos a mirar desde la nostalgia, o desde el mito o desde el acto heroico a *Horizontes*. No lo vamos a ver de esa manera, no vamos a ver a Pedro Nel, no vamos a ver a nuestros artistas, sino que los vamos a interpretar desde otro punto de vista; nos permitimos inclusive en

el pasado MDE hacer una visita guiada en el Parque Botero, realizada por niñas que habían pasado por contexto de prostitución y ellas reinterpretaban, por ejemplo, la familia colombiana de Botero de otra manera, y ese es el poder; puede que sea un poder que no sea masivo, esto no sale en *Semana*, no pasa por los noticieros, pero nos toca a algunos y nos da la posibilidad de entregarle ese testimonio a otra generación que va a ver ese *Horizontes*, va a percibir ese Botero de otra manera, y vamos a tener una larguísima conversación desde 1913, que fue el momento en el que se pintó la obra de Cano, hasta la de Carlos Uribe ahora, que inclusive pinta a Pablo Escobar como el campesino de *Horizontes*, con toda la problemática que eso representa.

Eso tiene mucho poder y por eso también nos gusta mucho ser un Museo que no pertenece al Estado, porque podemos dar todas esas luchas que, aunque tengan un costo, es ahí donde radica la convicción.

Juan Diego Mejía: Cristóbal, una pregunta que puede ser absurda, pero miremos la importancia de la presencia de un grupo de teatro en el centro; si ustedes hubieran tomado la decisión de irse para otro lugar de la ciudad, ¿has pensado en esa hipotética situación de que de pronto la vida de ustedes hubiera transcurrido en otro lugar de la ciudad y habría sido diferente el desarrollo, habría tenido un público distinto? o ustedes educaron y cultivaron un público que ahora están disfrutando, venga de donde venga, ¿qué crees que incidió en el hecho de que se hubieran quedado en el centro y no se hubieran ido para otra parte?

Cristóbal Peláez: Esto lo cuento casi como infidencia; hubo un momento en que empezamos a andar en el centro y en cada sede en la que estábamos nos sacaban, no era por falta de pago porque nos rompíamos el cuero pagando y cumpliendo muy bien, pero digamos que los dueños eran feroces. Cansados de eso, dijimos: “tenemos que adquirir una sede”, y para resumir muy sucintamente, hubo un momento en que empezamos con esa sede, tratamos de financiarla, pero muchas cosas sucedieron, nos demoramos diez años pagándola, siempre con recursos propios a punta de titiritiar y a veces de no pagarle a los actores, que siempre se han sacrificado ¡ahí, sí hay que decirlo!, ellos entendían la situación, así

como un escritor necesita el papel, nosotros necesitábamos un espacio y hubo un momento en que adquirimos la casa por x cantidad, al año ya habíamos pagado un 30%, pero debíamos el doble de la cantidad inicial, yo me negué a pagar y le dije a la gerente del banco: “no, los recursos que tengo los voy a gastar en la compra de armas, me voy a parar en el caballete y me voy a poner de ruana la calle Bomboná, no hay patria para mí, que no haya patria para nadie”. Oswaldo, el de Confiar, se asustó y me dijo “venga hermano, cálmese, no haga terrorismo”, a lo que le respondí que era una performance, una instalación, que incluía muertos y heridos. Eso fue así, tal como lo cuento, era una situación desesperada, entonces recuerdo que tuvimos contacto con dos municipios de Antioquia, en que un asesor cultural de un alcalde nos llamó y nos dijo: “mire, estaba hablando con el alcalde y existe la posibilidad de que este municipio adopte a Matacandelas, le pongamos una sede acá”. Y alguien me dijo que era una muy buena propuesta, que aquí en Medellín no había espacio para nosotros, estábamos en una situación en la que debíamos toda la plata del mundo, es decir, estábamos de forma literal, en bancarota.

Yo recuerdo, hay que decirlo y abonarlo aquí, al cabo de un tiempo en el que seguíamos pagando toda una secuela de deudas y de intereses moratorios, entró a establecerse una política cultural, dentro de la cual estaba Juan Diego, a quien le planteé muchas veces la problemática, y empezaron a existir esos recursos, justamente de salas abiertas, becas, todo eso. Yo frente a eso, si se me permite unos segundos, he elaborado un pensamiento y una reflexión, ahora le hice una pregunta a María del Rosario, que hubiera querido fuera para mí.

Para mí el punto de quiebre a nivel cultural, empieza en el momento en el que la cultura se separa del factor formativo del ser humano —y hablo por cultura no sólo los grupos de teatro, porque es un reduccionismo frente a un concepto tan amplio de la cultura. La cultura es todo aquello que asume el ser humano para enfrentar su entorno, la naturaleza y sus semejantes. Comer no es un acto cultural, la forma como organizamos los alimentos sí es un acto cultural; digamos que es una labor que han hecho la cultura y la ciencia, el arte y la ciencia,

que en síntesis conforman la cultura—. Así como a nosotros nos han despojado de los máximos derechos que son la seguridad, la salud, la vivienda, el trabajo, una vida digna, etc., también nos han saqueado y nos han robado un poco la cultura, somos unos grandes despojados de la cultura, porque nosotros en eso somos millonarios. Alguna vez yo le comentaba a alguien que se quejaba y le decía: “mire hermano, si hablamos de resistencia y de cultura, uno va a la biblioteca de Comfenalco y le prestan quince libros, es decir, las cosas más ricas de la vida son hasta baratas: pensar, leer, ver teatro, ver cine, actividades cotidianas que se pueden encontrar a un muy bajo costo”. Entonces, ¿cuándo se da el quiebre y dónde está el despojo? En el momento en el que se separa la cultura del factor formativo, del factor de la fundamentación del ser humano, (cuando hablo de fundamentación, me gusta mucho ese término, más que el de formación, porque la fundamentación se les hace a los futbolistas, tira el balón para cualquier lado ¡venga, a este muchachito le falta fundamentación!). Por ejemplo, si nos situamos en Medellín, para no irnos tan lejos, porque nos tocaría escribir libros, la Secretaría de Educación, que está a una pared de la Secretaría de Cultura, no se hablan, ¡eso es problema suyo! En primer lugar no es que esté pensando en esa frase tan horriblemente mezquina de que el niño es el espectador del futuro, eso es peor que aquella frase que dice que detrás de cada buen hombre hay una gran mujer, el niño debe ser lo que es, que por cierto es la única aristocracia que nosotros aceptamos: la niñez.

Entonces al niño se le enseña a leer —dicen por ahí que en los programas de la Alcaldía es un montón de gente que no le gusta leer promoviendo la lectura—, el niño no tiene los accesos adecuados para el deporte, para el desarrollo de su cuerpo, tiene poco acceso a los medios de expresión, a la participación creativa en procesos y siempre se le está metiendo, como si fuera una bolsa, cosas y cosas y siempre el raciocinio y el pensamiento lógico; yo lo digo, porque le contaba a María del Rosario, a mí me da mucho pesar, porque nosotros íbamos a las escuelitas cuando teníamos acceso (ya no tenemos acceso), y para

mí era fundamental el trabajo de Matacandelas, pues sentía que en ese escenario mi trabajo estaba bien.

La sede era entonces el pivote a partir del cual nosotros volábamos, porque no queríamos quedarnos anclados, allá era el lugar en donde ensayábamos, donde nos proyectábamos, pero de ahí podíamos alcanzar mejores proyecciones y acceder a otros sitios. Acá, junto a la sede, hay escuelitas maravillosas, hemos ido a sus patios y los niños además se escapan, los rectores nos decían: “es que esos muchachitos miran por la ventana, mientras ustedes montan sonido y hacen esto, o cuando llegan los mimos y las danzas, y se vuelan y se saltan y se plantan ahí a mirar”, y yo le decía ¡claro! Y para ellos es una forma de estar en el contento. Recuerden lo que decía Estanislao Zuleta: “La educación va a ser distinta, cuando el tiempo de estudio y de recreo sea la misma cosa”. Por tanto, no es pensar en conseguir funcioncitas allá, sino que al lado del niño tienen que estar todos esos factores de un mundo del acceso a la cultura.

Para no extenderme, les cuento una anécdota muy graciosa de un grupo de teatro que hubo en Inglaterra, que fue como la hostia consagrada, se llamaba el Roy Hart y los espectáculos de ellos en los años 70 eran súper novedosos; los actores se habían vuelto diestros en pararse en las pestañas y no hablaban, sino que empezaban a gesticular, y eso era la última tendencia en Europa. Llegaron a España y el caballo de batalla de ellos era: “hay que volver a los orígenes” y en los orígenes no está la palabra, está el gesto. Entonces le preguntaron a un dramaturgo español, Pepe Rubio, a la salida: “¿usted acaba de ver el Roy Hart?”. Y él responde: “sí”. “¿Le gusta?”. y él responde: “no, es que esa bobada de volver a los orígenes no, a mí me preocupa mucho, entonces, la pintura de Botticelli y la de Leonardo y las esculturas de Miguel Ángel y la poesía de Mallarmé y la poesía de Pedro Salina...”; es que definitivamente a los orígenes no se vuelve, propongo más bien que sigamos donde vamos pero hagámoslo mejor.

Es decir, yo no puedo renunciar a las herencias de la cultura, y ese es el despojo que se le está haciendo a los niños, un mundo de sumas, restas y multiplicaciones, pero no ese mundo donde ellos se van a mover, que es un mundo de colores, líneas, como decía el maestro

José Manuel Arango: “la ciudad como texto para leerla”, no, es un ser absolutamente castrado de su capacidad creadora y poética, y solamente le dejaron la capacidad de raciocinio ¿para qué?, para una demanda que hay de las fábricas, de las empresas, porque funciona así, es como surtir un mercado, no para establecer un ser que sea capaz de enfrentar y reflexionar sobre el mundo, porque ya lo hemos dicho, lo más lindo de una persona no son los ojos, sino su capacidad de entender y reflexionar sobre su contexto, esa es la capacidad crítica.

Juan Diego Mejía: Las escuelas eran esos lugares donde sentíamos que hacíamos lo que nos gustaba. Las artes plásticas y todo lo que está en el Museo de Antioquia ¿cómo puede llegarle a la gente que no tiene una formación artística, que no sabe realmente cómo apreciar el arte? ¿Será confiar en la intuición de cómo el ser humano se comporta frente a una obra sin que medie ninguna formación de nada?

María del Rosario Escobar: Hoy lo que más me inspira en el Museo es lo que estamos haciendo, algo titulado “Nosotras por nosotras”, y es la posibilidad de trabajar con nuestras mujeres vecinas; hace poco presentamos, inclusive, una especie de cabaret que se tituló “Nadie sabe quién soy yo” donde doce de ellas, con la compañía y dirección de una artista bogotana, contaban historias de una forma performática sobre su vida en el centro de Medellín, y luego pasábamos a estar juntos en lo que denominamos la esquina del movimiento, que se comportaba como un bar para estar en la noche del viernes todos juntos: las chicas del cabaret, nosotros como espectadores, los invitados, los que se tomaban una cerveza; estaba planteado como un acto performático, pero terminaba siendo la vida. Tenemos también un proyecto que se llama “Residencias Cundinamarca” en la doble acepción: residencia del centro pero también residencias artísticas, y los artistas que ahí quieran participar tienen que trabajar con nuestros vecinos carpinteros, fotógrafos, todos los que consideramos vecinos, inclusive hoy tienen la consentida de estos tres meses que es *La huida* de Rafael Sáenz y de las mujeres que participan en “Nosotras por nosotras”, quienes hicieron una curaduría y ellas mismas escogieron a *La huida*.

Nosotros a estas mujeres las convocamos a trabajar en el programa de residencias, a crear algo juntos, el cabaret, la curaduría, y trabajamos en otro, que es un proyecto colaborativo que se llamó, “Estampas Veracruz”, dentro de la serie “Residencias Cundinamarca”, y en uno de los afiches colocaron que ellas estaban trabajando para la “Musea” de Antioquia, o sea, que este trabajo le cambió el género al Museo, pareciéndose más a una “Musea”. Por tanto, me parece que ahí hay que trabajar para poder convertirlo en una Museo; así mismo, estamos trabajando para abrir un jardín infantil con los niños de la zona; a veces hacemos actividades que nos están alejando del museo tradicional, conscientes de lo que estamos haciendo, pues no nos podemos comportar como el museo tradicional —como el Museo Nacional—, sino que somos un Museo del Movimiento, estamos en la esquina del movimiento, el Museo se mueve y esa es nuestra forma de responder, y hoy eso me inspira para dar esos pasos y descentrar la idea de una institución tradicional.

Juan Diego Mejía: María, tú fuiste recientemente Secretaria de Cultura, seguramente tienes muy claro esto, ¿cómo Museo, para qué necesitas al Estado?

María del Rosario Escobar: Lo necesito para que me dé agua, por decirlo así, para no tener que preocuparme; ocupar un lugar como el Palacio Municipal con sus 18.000 m²: 2.000 en la Casa del Encuentro y 7.500 en el parqueadero, le cuesta al Museo de Antioquia 3.500 millones de pesos anuales y con eso no hemos puesto ni un clavito, sólo es estar sin ser, uno quisiera que el Estado proporcionara todo eso y, yo que estuve en la Secretaría, es muy difícil no sentirse cuestionado, es muy difícil estar en el Estado y seguir en el sector.

Juan Diego Mejía: ¿Y Cristóbal para qué necesitas el Estado?

Cristóbal Peláez: Yo creo que el Estado es una obligación constitucional, que debe ayudar a todos los bienes culturales, el teatro pertenece a esos bienes, un patrimonio y un invento de la humanidad; afortunadamente no lo inventé yo, fue la humanidad la que lo hizo para actualizar, repensar, contarse y hacer memoria. Somos seres humanos que nos movemos en eso, yo utilizaría al Estado para que me acercara un

poco más al pueblo ¿cierto?, que vehiculara esas cosas. Por eso cuando íbamos a las escuelitas, armábamos la fiesta y la anarquía con los niños en el patio del colegio, llegábamos y había una cola para autógrafos y, no lo digo porque nos sintiéramos importantes ahí, no; pero es eso, el Estado puede puentear ese vínculo con la comunidad y no lo está haciendo.

Juan Diego Mejía: ¿Preguntas?

Asistente 1: Cuando las personas vienen con esas dicotomías de manejar una técnica, en la que la gente le saca el cuerpo a la lectura de un libro, ¿qué podemos plantear o esperar entonces frente a lo que ustedes están diciendo como perspectivas, y más cuando estamos con la pelea contra la inteligencia artificial? ¿Qué podemos hacer? Yo considero que el papel de la cultura es importante, porque una máquina no va a poder crear una obra literaria.

María del Rosario Escobar: Bueno, en el caso por ejemplo, de las artes plásticas o visuales, hay un momento muy interesante, porque hay una apropiación, inclusive de esas nuevas tecnologías para presentar justamente esa paradoja de la humanidad, hay algunos artistas que se apropian para mostrar el vacío y a eso tendemos muchas instituciones, para hacer de la tecnología una forma de mostrar la realidad.

Cristóbal Peláez: Al teatro no le interesa sino el mal, el dolor, lo extraordinario, lo que no funciona, los seres absolutamente anormales, lo extraordinario; el teatro se preocupa de eso. En Colombia el teatro no se va a acabar nunca, porque tenemos una materia prima impresionante; alguien me decía un día que el expresionismo lo inventaron los alemanes porque ellos son muy sobrios, pero vos salís aquí a la calle y el expresionismo está ahí en el niño, en la desesperación, en todo eso que hablaba ahora.

Soy absolutamente pesimista, me da mucha pena con ustedes, pero lo que hago es tratando de hacer —como en el lema de Medellín con el Sena— que es “crear, crear y hacer”. Ahora decías que abrir todos los días las puertas del Museo es un acto de fe, y realmente sí, es decir: ¡resiste, resiste! que al fin y al cabo es el tema de esto, tienes que crear,

el mundo no puede ser todo absolutamente horrible, pero tampoco lo vamos a presentar bajo las cámaras de RCN, que funciona todo muy lindo, menos Venezuela.

Hacer teatro, ya uno dice, ¡Dios mío!... le llevamos una obra a los niños, y uno piensa ¡huy estas criaturas, lo que les espera!, y ojalá no, pero a todos por igual, porque en la medida que al hombre le va mal, al resto de la naturaleza también, a las hermanas bestias les está yendo muy mal, al resto de los animales, de todo lo que se conforma uno, olvidando que nosotros somos un compuesto químico de lo mismo, ¿cuál es la única diferencia?, ¡que somos material pensante!

Juan Diego Mejía: Yo creo que Cristóbal trata de mostrarse como un hombre pesimista, pero fíjense que ahora dijo: “todo lo que produce placer, es barato, el teatro es barato, el cine es barato, las cosas buenas son baratas”.

María del Rosario Escobar: Y además hay una fuente inagotable de teatro, de producción, y en fin.

Juan Diego Mejía: Es decir, coincido contigo en que para el arte, la dramaturgia y la literatura los personaje oscuros son mucho más ricos, tienen más profundidad, pero cuando el arte los pasa por su tamiz, se los acerca al ser humano de una manera diferente y logra desentrañar misterios y, de alguna manera, le produce una felicidad. Lamento decirlo, pero tu pesimismo ¡no funciona!

Bueno, mis queridos asistentes, muchas gracias por haber venido. Los esperamos en una próxima reunión.

Cine para leer el centro y la ciudad

Juan David Orozco
Oswaldo Osorio

28 de septiembre de 2017

El cine funciona como una suerte de espejo que nos refleja y nos confronta. Por eso la cátedra Ciudad al Centro convocó para hablar sobre el tema a Juan David Orozco, director de la Comisión Filmica de Medellín y a Oswaldo Osorio, docente y crítico de cine, con la moderación de Juan Diego Mejía. En esta charla se debatieron temas tan significativos como la narración cinematográfica desde la ciudad de Medellín, a veces como escenario de fondo y a veces como protagonista, pues si bien una primera película mostraba la ciudad y el paisaje antioqueño desde el enfoque de una naciente burguesía, luego con Víctor Gaviria y algunos de su generación, se completa el panorama al dar cuenta de la otra parte de la ciudad con el mundo de las comunas pobres y toda su problemática. A estas posibilidades de mirarnos, se ha sumado la contribución de las leyes de cine, relativamente recientes, que han propiciado toda una explosión de producciones locales y nacionales, que han permitido ampliar el espectro de nuestra realidad.

Pedro Correa (programa Cultura Centro): Desde hace varias décadas el cine ha retratado con elocuencia y creatividad a Medellín, así como las complejas formas sociales que la determinan como urbe con los atavíos históricos y culturales que definen a los ciudadanos que la habitan. Los

directores de cine, si se quiere, han sabido tomarle el pulso a una ciudad diversa, problemática e inspiradora. Y esas pulsaciones, proyectadas ya en la pantalla de las salas de cine, han permitido mostrarle al mundo las dolencias y virtudes de las que está hecha esta ciudad de centro y periferias; y ha sido una lectura atractiva no sólo para extranjeros, sino también para esos locales que, frente a la pantalla, se han reencontrado con espacios que les son familiares en su cotidianidad, y también se han resentido con historias y temáticas que son incómodas para ese afecto natural que nos es dado por el sólo hecho de pertenecer a un lugar.

La vendedora de rosas muestra con crudeza el significado de ser marginal en la Medellín de los años noventa. Con ingenio y cuidada sensibilidad, *Eso que llaman amor* expone íntimas frustraciones que habitan en silencio en la Medellín del presente y, en especial, en el Centro de la ciudad. Y en blanco y negro la película *Los nadie* retrata la frágil materia de la que están contruidos los sueños de los jóvenes medellinenses, amenazados por los conflictos urbanos.

“Sentía que tenía una deuda con mi ciudad, quería una película en la que se viera Medellín no de forma paisajística o institucional, sino desde mi perspectiva”, dijo Carlos César Arbeláez, director de *Eso que llaman amor*, en una entrevista para el periódico El Tiempo. Juan Sebastián Mesa, director de *Los nadie*, aseguró para un artículo de la Revista Arcadia, que “Medellín ha institucionalizado una idea de ser la más innovadora, la más educada. No es por demeritar los avances evidentes de la ciudad, pero tampoco pueden desconocerse las problemáticas que persisten. Para el rodaje, por ejemplo, debíamos llegar a ciertos sectores con otro tipo de permiso, porque la seguridad la brindan los grupos al margen de la ley, jamás la policía. Así y todo, en una ocasión tuvimos que enfrentarnos a un tipo de las ‘convivir’ para que nos permitiera pintar una pared para el rodaje... Esa es Medellín, una ciudad fragmentada por muchos factores que no han desaparecido sólo porque hay más gente disfrutando del turismo”.

La vendedora de rosas, *Eso que llaman amor* y *Los nadie* son apenas tres películas, entre todo el material posible, para construir un corpus

cinematográfico que permita leer en perspectiva histórica a Medellín, una ciudad en la que el Centro sigue siendo locación ineludible —o tangencial— para captar con vigor ese cuadro de costumbres que nos caracteriza: tan diverso, tan temerario, tan resiliente. La lista, a mano alzada, tendría que contener, desde luego, producciones como *Rodrigo D: No Futuro* (1990), de Víctor Gaviria; *La virgen de los sicarios* (2000), de Barbet Schroeder; *Sumas y restas* (2004), de Víctor Gaviria; *Rosario Tijeras* (2005), de Emilio Maillé; *Apocalipsur* (2007), de Javier Mejía; *Paraíso Travel* (2008), de Simón Brand; o *La mujer del Animal*, reciente obra de Víctor Gaviria.

El reconocido director alemán Wim Wenders, en una entrevista para la Revista L'Express, dijo: “la ciudad está presente en cada una de mis películas porque es el único contexto que conozco. Moldea al individuo, le imprime carácter, lo configura y lo descompone a su imagen y semejanza. Las gentes son diferentes de una ciudad a otra —alguien de Nueva York, por ejemplo, se puede distinguir inmediatamente—, es algo que tiene que ver con su manera de hablar, de gesticular, con su acento y tal vez su actitud. Sí, usted podría decir que la ciudad es uno de los personajes de mis películas”.

Es en ese sentido que se plantea esta sesión de **Ciudad al Centro**, un espacio para las preguntas: ¿Es posible hacer una lectura de la Medellín del pasado y del presente a través del cine? ¿Cuál o cuáles son esas lecturas? Entendido como personaje o locación, ¿se puede entender el Centro como territorio revelador de esta ciudad y qué caracterizaciones se le pueden conceder? En la conversación estarán Juan David Orozco, director de la Comisión Fílmica de Medellín, y Oswaldo Osorio, docente y crítico de cine. Y en la moderación de este encuentro estará, como es habitual, el escritor Juan Diego Mejía, quien precisamente escribió *El cine era mejor que la vida*, Premio Nacional de Novela del Ministerio de Cultura en 1996.

Juan Diego Mejía (moderador): Buenas noches. Este tema, creo, nos es muy familiar a todos y nos da cierta alegría, porque todos somos de la generación del cine. Los que hemos estado en una sala de cine a

oscuras esperando que se encienda la pantalla, o en otra época que se corriera el telón, entienden lo que se siente, se espera y se disfruta en un espacio como éste. Además, actualmente no hay grandes brechas u obstáculos para acceder a este escenario.

Yo en particular, quiero comenzar a conversar con Juan David y con Oswaldo sobre la transformación del cine nuestro, —antes de llegar al tema de esta reunión, sobre las películas que reflejan a Medellín y al centro— y recordar que uno no veía películas que reflejaran a Medellín ni mucho menos al centro, sino unas calles del Oeste, con una cantina donde entraba el vaquero y las montañas del cañón del Colorado. Era otro territorio, otra imaginación, otra fantasía, otro universo y yo iba a eso: a ver esos personajes, a una actriz que me miraba fijamente a los ojos y quedaba enamorado de ella, a pesar de tener 8 o 9 años, era una realidad diferente y cuando salía a la calle ya era gente corriente. En el cine había unas personas y en la calle otras, pero poco a poco, eso ha ido cambiando, ya hay un cine nacional, un cine nuestro en el que empezamos a vernos; ya uno va al cine y puede ver personas como uno, ver la ciudad, las calles, hasta podría ver a un amigo de uno en la pantalla. Entonces empezamos por la primera pregunta Oswaldo, ¿cuándo empezamos a vernos en la pantalla?, ¿cuándo dejamos de ser los espectadores de un cine ajeno y empezamos a ver nuestra realidad reflejada ahí?

Oswaldo Osorio: Se podrían citar dos momentos... uno que fue el pionero y empezó con el cine mismo en Colombia, en la época del cine silente. Una de las primeras películas que se hizo en Colombia fue “Bajo el cielo antioqueño”, que es una cinta que evidencia justamente un poco la ciudad de Medellín, específicamente, cierto sector de la población, la burguesía.

Es una película donde un gran empresario de la ciudad, Gonzalo Mejía, así como se empeñó en traer un avión, un carro, también dijo: “queremos hacer una película” y para eso contrató a un miembro de los Acevedo, al padre de los Acevedo para que hiciera “Bajo el cielo antioqueño”; los actores eran ellos mismos, él y su esposa. De esa forma, la sociedad antioqueña se celebró y quiso verse reflejada a través de esa

película, y por primera vez se expusieron las calles de Medellín, el centro de nuestra ciudad, e inclusive, la idiosincrasia de ésta, pero sólo en ese sector que es la burguesía.

Para el otro momento hubo que esperar 50 años, para que apareciera necesariamente el gran protagonista, que es Víctor Gaviria. A finales de los años 70 empezó una movida de cine aquí por vía del Súper 8 (un formato cinematográfico que tenía la gente para hacer películas caseras), y comenzó a hacer cortometrajes toda esa generación de Víctor. Con este formato él empezó a hacer las primeras películas que comenzaron a reflejar el centro de la ciudad. Muchas de las películas que se hicieron tenían que ver con el universo rural, pero dos películas de él: una muy temprana que se llama “El vagón rojo”, son unos niños deambulando por la estación del ferrocarril, que es de 1982, y la otra, la que podríamos decir que es la que inaugura esa mirada de la ciudad, del centro, que es “Habitantes de la noche”.

Juan Diego Mejía: Juan David, tú que eres realizador, —ahora hablamos de tus funciones como autoridad en la Comisión Fílmica— pero como realizador, ¿te tocó la época del Súper 8?, porque esa época de la que habla Oswaldo es fantástica; yo recuerdo que presentaban las películas en El Subterráneo en Suramericana y esos festivales siempre se los ganaba Víctor con “Buscando tréboles”, “Los habitantes de la noche”, “El vagón rojo”. Cuéntanos ¿qué hacías en ese entonces?, estamos hablando de los años 80.

Juan David Orozco: Pues en esa época mi contacto con el cine eran los matinales, por medio de unas boletas que entregaban en las instituciones educativas o que nos daban en el colegio y que, por fortuna, además de tener funciones en el Odeón 80 y en el Teatro América, también muchas de esas boletas eran en el centro, en El Cid, en El Lido y tenía la oportunidad de disfrutar el cine desde ahí. Cuando tuve la oportunidad de realizar, de tomar una cámara, ya estábamos más en el mundo digital; yo básicamente como realizador soy del mundo digital, todavía hay una sensación entrañable por el celuloide, el Súper 8, por el 16mm, en los que se ensayaban cosas, pero soy más de lo digital.

Y digamos que el primer contacto con el cine como espectador, que planteabas en la primera pregunta, casualmente fue en esta zona; para mí, en la infancia, el centro de Medellín era San Ignacio, porque tuve el privilegio —cuando se estaba haciendo la restauración del Paraninfo—, de hacer parte de un semillero de literatura que tenía la universidad, entonces venía aquí a recibir las clases y aprendí a venir a los 9 años solo al centro y empecé a visitar la programación de cine que ofrecía Comfama en el edificio. Fue en esos espacios donde precisamente, por medio del cortometraje, en algunas ocasiones se podía ver reflejada la ciudad, comparar lo que se veía en la pantalla con lo que empezaba a encontrarse en las calles.

Realmente, sólo hasta los largometrajes de Víctor, en ese formato largo, se empezó a ver reflejada Medellín, porque todo lo otro estaba a través de los cortometrajes, donde casualmente hoy la producción no es tan frecuente, pero muchas historias se están plasmando en este formato. Entonces yo creo que no hemos cambiado mucho, pese al tiempo, de cuando se veía a esa Medellín a través de los cortos de Víctor y cuando se ven hoy a través de los cortos de un montón de muchachos, que digamos se ven muy bien para lo que estoy haciendo hoy en el trabajo, que no es autoridad, sino propiciar que algunos procesos se aceleren a través de la Comisión Fílmica. Hoy en Medellín se está rodando una película o un largometraje que se llama “Los días de la ballena”, que tiene elementos en el centro y dos cortos que también suceden mucho en el centro, uno se titula “Alma” y el otro “Las zonas grises”.

Juan Diego Mejía: Pero hay una duda que tal vez Oswaldo nos ayude a entender. ¿Cuándo una ciudad está presente en el cine, cuándo es el fondo del escenario o cuándo el alma está en la película?, lo digo porque las películas de Víctor me parece que logran eso que estaban diciendo ustedes dos ahora, y es que se ve la ciudad, se lee la ciudad, se siente la ciudad; pero paralelamente cuando Víctor saca las películas, hay una explosión de cintas que pretenden hacer lo mismo, pero no lo logran, no logran que la ciudad aparezca. ¿Crees que eso hace parte de la cinematografía?, ¿lograr que sea la ciudad la que aparezca, que hable, que no

sean casuales los escenarios, sino que tienen un sentido y un símbolo en cada uno de los cuadros que aparecen?

Oswaldo Osorio: Sí, pero antes hay que dejar claro que esa relación entre el cine y la ciudad se presenta en dos sentidos: la primera, es la ciudad como contenedor de la historia, una historia que puede suceder en Medellín, Bogotá o Nueva York, hay historias que no requieren de ese protagonismo de la ciudad, simplemente un escenario urbano como factor general, y la otra, es justamente cuando la ciudad sí es protagonista, sí determina el contexto, sus personajes y su forma de ser y de pensar e, inclusive, propicia el mismo conflicto.

La película fundacional, para hablar de largometraje es, por supuesto, “Rodrigo D”, no sólo en el cine local, sino en el cine colombiano, y ahí la bola se va al otro lado de la cancha y se utiliza ese símil para dividir la sociedad en dos: ya podemos ver la burguesía, las clases altas, lo que hizo Mejía con “Bajo el cielo antioqueño”, que muestra esa ciudad desde la burguesía, pero también las clases bajas con lo que hizo Víctor Gaviria, con las clases marginales de la comuna nororiental y noroccidental con “Rodrigo D”, porque justamente, más que hablar de estos muchachos, esta película está hablando de la ciudad de Medellín; el gran aporte de Víctor es que da a conocer una ciudad que antes la mayoría de gente no conocía, no sabía que existía, y mucho menos conocía esas dinámicas de esos personajes; inclusive, haciendo bucle de esto, Víctor no simplemente se fue a mostrar barrios pobres y lomas de Medellín, sino que también fue capaz de identificar que ahí había ese espíritu y esa sensación del no futuro, con esa marginalidad y esa falta de oportunidades sociales y económicas que tenían estos personajes. Adicionalmente, identificó que había incluso varias formas de concebir ese “No Futuro” desde los pillos, los pistolocos, como les dice él, que en sus vueltas y en sus andanzas podían encontrar la muerte en cualquier momento, o desde esa visión nihilista, existencialista de un punkero como lo es Rodrigo D.

Juan Diego Mejía: Me gusta mucho ese enfoque, porque Gonzalo Mejía mostró, digamos, lo evidente, que había una clase aristócrata y Víctor muestra algo que parecía que no existía; yo diría más bien que

no se quería reconocer que existía, la sociedad no quería reconocer esa realidad, pero la muestra. Y es una pregunta que te quiero hacer Juan David, ¿a veces te has encontrado en tu oficio —tratando de retratar a los muchachos del “No Futuro”—, con la crítica que le hacen a Víctor de mostrar siempre lo negativo, la parte oscura de la ciudad, y no mostrar lo bonito?

Juan David Orozco: Sí, eso está permanentemente presente, no sólo en el tema que tiene que ver con personajes a los que muchas veces un porcentaje de la sociedad no quiere, sino que también se presenta como crítica, pero se presenta como una dificultad, uno ve a los muchachos hacer la producción de contenidos, básicamente lo relacionado con documental, y sienten que se les busca como si fueran un bicho raro, como si fueran personajes que no están inscritos a los procesos mismos de la ciudad. Entonces ahí ocurre una doble dificultad con este tipo de personajes, cuando se está haciendo o pensando la producción: la primera es la reticencia de algunas personas frente a lo que se está haciendo al producir ese tipo de historias, porque creen que es hacerle daño a la ciudad, que es lastimar a Medellín, desde el punto de vista de la imagen aséptica de lo que se menciona de la ciudad más educada, la ciudad más innovadora, digamos, de la ciudad de mostrar, la cosmética, un poco la ciudad postal, y además hay películas que hablan un poco de ese sentido. Ahí hay una reticencia que se presenta natural al decir que eso no necesitamos contar más y, de hecho, eso ha generado un poco que se presente el fenómeno de pensar el cine colombiano y antioqueño como un género, y no como una posibilidad de contar unas historias que suceden en una localidad específica; entonces la gente cuando va hoy por ejemplo a las salas de cine, se encuentra tres opciones de películas nacionales, las cataloga en una misma bolsa, referente a lo colombiano, donde piensa encontrar casi siempre alusiones al conflicto armado o alusiones al narcotráfico y de las tres películas que en ese momento están en cartelera, ninguna tiene que ver con eso. Entonces sí se ha ido generando un prejuicio frente a las producciones, afortunadamente gran parte del trabajo que he podido desarrollar ha sido ligado al canal

local o regional, entonces digamos que, aunque a veces están marcados por unas posiciones políticas, a las que afortunadamente en los 15 años de trabajo como realizador no he tenido que enfrentarme con una censura política o institucional, sí me he enfrentado mucho a la posición de los televidentes o de las personas que reaccionan con una especie de prevención frente a ese tipo de historias, y un poco con los personajes de esas historias, cuando sienten que uno los pone como en una pecera y reaccionan diciendo, “¡vea yo soy mucho más que un personaje atractivo para mostrar, soy un ser vivo más allá de lo que la pantalla muestra!”.

Víctor tiene un talento gigantesco para poder traducir las historias de esos personajes en películas cargadas de mensajes, cargadas de poesía, de plástica, por decirlo así, también en la puesta en escena; pero igualmente hay que ser sinceros y decir que hay muchos realizadores que se han acercado de manera distinta a la ciudad, y han sido protagonistas de eso que se ha llamado desde los 70’s como la “pornomiseria”, y eso ha generado también dificultades desde el mismo personaje.

Juan Diego Mejía: Oswaldo, vos que has estudiado toda la vida el cine —me decías que te ves diez películas en un fin de semana—, entonces pensando en el caso, por ejemplo de Alemania, ellos siguen pensando en el tema del nazismo y en el Holocausto judío. ¿Cuánto nos falta a nosotros para poder entender lo que nos pasó en la época de la narcoviencia? ¿Nos falta todavía más cine de este corte del que estamos hablando?

Oswaldo Osorio: Claro, falta muchísimo en realidad, si se mira estadísticamente la cantidad de películas que se ha hecho en el nuevo milenio, se han hecho 250-280 películas, una buena cantidad e, inclusive, es el número de películas que se hizo en todo el siglo xx; en estos 15 o 17 años, más o menos, se ha hecho esto.

Juan Diego Mejía: ¿Esa cifra es de todo el mundo?

Oswaldo Osorio: No, esta cifra sólo corresponde al caso colombiano, 250 películas en Colombia del 2000 para acá y más o menos 250 películas desde “María”, que fue la primera película hasta 1999, por utilizar ese corte con el milenio, y si ustedes se ponen a ver esas películas, sólo el

30% tiene que ver con la violencia, con el conflicto, la marginalidad y con narcotráfico un poco menos. De hecho, uno de los grandes problemas que ha tenido este país es que cruzó toda la violencia y el contexto nacional de las últimas décadas, que fue el paramilitarismo en los años 90 y 2000; películas sobre el paramilitarismo hay dos: una se llama “Heridas”, que nadie ha visto porque la censuraron para mostrarla en cualquier parte, y hace poco “Pariente”, la cual se estrenó el año pasado y uno de los cortos de Violencia.

Juan David Orozco: Digamos que se incluye además “Retratos en un mar de mentiras”.

Oswaldo Osorio: En “Retratos” también aparecen paramilitares, pero por allá en una colita de la película. Pero películas que hablen directamente sobre el tema del paramilitarismo, que reflexionen sobre él, que lo muestren específicamente por dentro, eso no existe. Y lo peor es que la situación de ahora es que se nos acabó el conflicto más o menos, y se nos viene el posconflicto y las historias que se van a empezar a contar ahora son las del posconflicto, sin todavía terminar de reflexionar muy bien el tema del conflicto.

Juan Diego Mejía: Pero la literatura se toma más tiempo para escribir sobre los temas pasados, no se escribe tanto sobre lo inmediato, ¿no será que en el cine también va a pasar eso?

Oswaldo Osorio: Yo tengo mis dudas, porque claro, ese supuesto hastío de la gente, más o menos desde mediados del año 2000, se dio porque justamente ya el cine en el 2003, 2004, 2005 y hasta finales de esa década, sí tenía la perspectiva para poder contar y la perspectiva del tiempo prudente para poder hablar sobre las películas con trama de violencia, narcotráfico, sobre la guerrilla misma, que no tenía antes. Yo le hice una entrevista a Jorge Alí Triana como en el año 1999 o 2000, y me contó que él quería hacer una película sobre el narcotráfico y que alguien lo llamó y le dijo: “usted ese tema no lo puede tocar”, pero ya para el año 2000, Pablo Escobar ya hacía mucho había muerto, ya se estaba acabando el paramilitarismo, ya la guerrilla venía en un proceso de caída, podríamos decir, entonces cabría esa perspectiva y cierta

tranquilidad para poder abordar esos temas, y eso coincide con la llegada de la ley del cine, la puesta en vigencia en el 2003 y 2006, y estalla un montón de películas que ya recibieron unos aportes del Fondo de Desarrollo Cinematográfico y entonces ahí es donde empezamos a ver “Sumas y restas”, “Rosario Tijeras”, “María llena eres de gracia”, “Paraíso Travel”, “En coma” y una cantidad de películas que trataban sobre el narcotráfico y justamente coincidió eso: ya había el tiempo suficiente para hablar de esos temas, había una ley de cine con la que se podían hacer muchas películas, el fantasma de la censura había más o menos desaparecido, y entonces ya los cineastas habían tenido el tiempo para contar esas historias. Lo que creo es que ahora muchos se van a abocar a contar las historias del posconflicto y todavía van a quedar pendientes algunos de estos temas.

Juan Diego Mejía: Juan David, ¿esa ley del cine produjo industria nacional cinematográfica?

Juan David Orozco: Sí, sin duda empezó a dar los primeros pasos para que eso sucediera.

Juan Diego: ¿En qué año fue creada?

Juan David Orozco: Es del año 2003, la Ley 814 de 2003. Hasta ahora tenemos dos: una primera ley que es la ley del fomento, que es esa inicial, la cual permitió establecer el Fondo para el Desarrollo Cinematográfico que funciona más o menos como una especie de vaca, en la cual cada vez que nosotros vamos al teatro a ver cualquier película, no es necesario que sea colombiana, un porcentaje del valor de esa boleta se va para una herramienta parafiscal y esa herramienta a final del año consolida el dinero que hay disponible en el Fondo para el Desarrollo Cinematográfico, al final del año la entidad que lo coordina, que es Proimágenes en movimiento, hace cuentas y sabe cómo va a entregar ese dinero, que se hace de manera pública, por convocatorias.

Lo primero que hizo eso, frente al ejercicio que se venía realizando en Colombia, después del fallido proceso de Focine, en donde no hubo ni ley del cine ni Focine, fue que la figura del productor cobra relevancia, o sea, generalmente e históricamente el realizador colombiano escribía

el guion, lo iba a dirigir y tenía que empeñar la casa, vender el carro o hacer cualquier otra maniobra para que la película le funcionara.

Juan Diego Mejía: Digamos que en Antioquia yo entendería eso, pero ¿en Bogotá también pasaba eso?

Juan David Orozco: En general, en el país tocaba hacer eso porque la única ventana de recuperación que existía era la taquilla, entonces, si a la película le iba muy bien en taquilla, el director podría hacer otra, y muchas veces para que a las películas les vaya bien en taquilla, no necesariamente en términos artísticos, tienen que ser unas muy buenas películas; de hecho, el más taquillero en esa época era Gustavo Nieto Rojas.

Juan Diego Mejía: Y ahora es Dago.

Juan David Orozco: Exactamente, en este momento está rodando y está próximo a estrenar el “Coco 2”, que va en su batacazo taquillero en diciembre, que ya es casi fijo. Dago casi no toca el Fondo de Desarrollo Cinematográfico (FDC), recientemente ha empezado a buscar financiación de ahí, pero es una financiación de otro esquema, entonces en el FDC se hace una convocatoria y hace que el productor se prepare muy bien, vaya a festivales, haga talleres de desarrollo, contraste sus obras sobre otras que se estén realizando y sea muy organizado para presentar la carpeta, para que en últimas pueda recibir, por ejemplo en producción, 700 millones de pesos para hacer la película, que es lo que entrega el FDC para la producción de largometraje, y se la entrega básicamente sobre un papel, entonces ese proyecto tiene que estar muy bien sustentado. Así las cosas, el FDC le brinda herramientas al productor para que éste se desempeñe mejor en su oficio y se empezó, a partir de ahí, a ofrecer herramientas para hacer también una producción internacional.

Entonces esas películas que mencionaba ahora Oswaldo, de los inicios de FDC, que fue también una sorpresa, tuvieron la ventaja de tener buenos resultados en taquilla: “Rosario Tijeras”, “Paraíso Travel”, “Perro come perro”, películas que funcionaron muy bien en la taquilla, pero también el público colombiano estaba acostumbrado a ver una o dos películas colombianas al año, entonces ir a ver la película colombiana era un paseo. En ese sentido, “La estrategia del Caracol” fue

un bombazo, o la misma “Vendedora de rosas” también, pero ya cuando se fueron estrenando dos películas al mes, hoy tenemos a veces hasta cuatro semanalmente, entonces se mezclan en taquilla, se montan una encima de la otra y se fue convirtiendo un poco en parte del paisaje, y eso hace que hoy una película colombiana le sea muy difícil quedar en la taquilla, excepto las de Dago, que ya se volvió costumbre. Creo que la última que generó buenos comentarios de la crítica, buena distribución y circulación en festivales y una taquilla que permitió por lo menos recuperar la inversión, fue “Los colores de la montaña”, que fue una película que por lo menos mezcló esos tres elementos; recientemente se estrenó “Armero”, que es una película que está por fuera del circuito de premios de la FDC, con una financiación bastante extraña, hecha por apoyos realizados en la región de Santander, y logró 96.000 espectadores en el primer fin de semana, eso es muy extraño.

Oswaldo Osorio: Muy extraño para ser el tipo de película que es, una película casi de amateur, feíta, con un melodrama horrendo. Yo no sé si la gente por el morbo o por la nostalgia, o por querer ver o expiar ese miedo histórico de la tragedia de Armero, quiso ir a verla. Pero una película como la “Defensa del dragón”, por ejemplo, que es la última gran película que se ha hecho aquí, estuvo varios meses en cartelera y no consiguió ni 5.000 espectadores.

Juan Diego Mejía: Y estas películas que hacía el gordo Benjumea, ¿cómo crecían?

Oswaldo Osorio: Es que el cine es arte de industria, eso es lo que genera que a la “Defensa del dragón” le vaya muy bien en festivales, pero en cine van 5.000 personas; en cambio, “El Coco” es cine de consumo, de la industria y para eso funciona; tiene que existir “El Coco” para que exista la “Defensa del dragón”, sin estas películas taquilleras no podría existir todo el sistema de exhibición y de toda la industria del cine, en la que se van metiendo las películas de cine-arte y se ven beneficiadas de que exista una industria; pero siempre va a ser así, y generalmente uno no reniega mucho de eso, al “Coco” le van a ir 600.000, 800.000 personas y a la última película de Víctor, por ejemplo, le fueron sólo 22.000 personas.

Juan Diego Mejía: Yo tengo la sensación de que estamos en un momento bueno de la industria del cine colombiano, sin embargo, a veces es desalentador cuando, como estás diciendo, eso se vuelve paisaje y la gente la mete toda en un saco, pero quisiera saber si hoy, desde el punto de vista de esa posición de la Comisión Fílmica, la gente puede pensar que como esto es industria, ya puede vivir como viven los de la música, por ejemplo, la música se ha desarrollado mucho y tiene unos circuitos más independientes, viajan a mercados internacionales y tienen un mundo mucho más amplio.

Juan David Orozco: Afortunadamente sí, no todos, pero ya hay un grupo de realizadores, productores, personas del cine, que están viviendo de ese proceso de naciente industria, eso no se da tanto con los realizadores, con los guionistas, con productores, porque de cierta manera, un director para una película tiene que dedicar 2 o 3 años a esa obra, pero sí se da mucho de manera un poco automática con las personas del equipo técnico: directores de fotografía, luminotécnicos, sonidistas —se mantienen ocupados—, de hecho hoy en Medellín es difícil encontrar el Crew (en el cine por los términos en inglés se nombra así al equipo técnico), hoy es difícil en Medellín, con la dinámica de tres rodajes que hay en simultánea y con los que muy seguramente tendremos en octubre —que ya con la información que manejamos, sin contar con unos estímulos que va a ofrecer la ciudad y que va a representar una explosión—, en octubre están planillados 7 rodajes y no hay el suficiente personal técnico e idóneo para responder en todas las áreas; asistentes de producción sí hay suficientes, personas que pueden ofrecer el servicio de comida, los servicios logísticos y audiovisuales sí, pero en Medellín se cuentan con los dedos de la mano los sonidistas profesionales, los gaffers también son muy escasos (especialistas que están pendientes del rodaje), especialmente la iluminación, y en Medellín hay dos o tres; foquistas, que es una función muy específica dentro del cine, porque es un personaje que le ayuda al camarógrafo a enfocar, y eso es algo sumamente importante, pues por más que se filme en digital, la óptica sigue siendo analógica, entonces si a usted se le fue el foco, se le fue la toma.

Al rodar hoy con digital se tiene una ventaja en el aspecto frente al celuloide (material utilizado para la fabricación de películas), porque al rodar en la cinta había que mandarlo a revelar y en Medellín no había laboratorio, en Bogotá tampoco, el revelado más cercano era Buenos Aires o Caracas, entonces se rodaba la escena —usted no sabía cómo había quedado—, se mandaba a revelar, y entre 15 o 20 días —con suerte— volvía, y cuando regresaba el material, usted se daba cuenta que el foquista se había dormido y le había quedado desenfocado; eso era un drama económico gigantesco, hoy digamos que ese drama no está, porque mientras se termina de grabar hay un monitor donde se ve y después de que se ve, se puede revisar, pero por ejemplo, hoy en Medellín tenemos dos foquistas. Entonces sí hay elementos para hablar de una industria —inclusive en Medellín— que permite que haya realizadores que viven de eso; por ejemplo Monociclo, que estrenó “Los Nadie” el año pasado, y que están en este momento con dos proyectos: uno de largometraje en el Festival de San Sebastián haciendo el asunto de mercado, es decir, vendiendo el proyecto sobre el papel antes de poderlo rodar, y están también con un cortometraje que se llama “Tierra mojada”, que estuvieron en Venecia y ahora están en San Sebastián, ya con el cortometraje hecho, buscando quién esté interesado en encontrarle ventanas, pues del cortometraje casi siempre es en festivales, pero cuando es largometraje sí tiene la ventana de la proyección; o sea, ya hay gente que va a los mercados, que va a los festivales, que se mueve en el mercado audiovisual de Bogotá y en el Festival de Cine de Cartagena, que son los dos hitos importantes de lo industrial en Colombia y están presentes en los festivales internacionales. Ahora en San Sebastián se está estrenando “Matar a Jesús”, que es dirigido por Laura Mora, filmado todo aquí en la ciudad de Medellín, que habla de época, un largometraje que está puesto en una cronología de hace 15 años, y que todos esperamos desde el sector audiovisual, que cuando se estrene, vaya mucha gente a verla —por los menos en Medellín—, que era algo que estábamos esperando con “La mujer del animal”, la más reciente película de Gaviria, pero la cual se presentó también con una

prevención y un rechazo a que se hablara sobre esos temas que suceden en Medellín: el maltrato, y eso que es también de época, pues “La mujer del animal” sucede 23 años atrás y todavía parece que nos da miedo —específicamente a los paisas—, ser capaces de mirarnos en el espejo del cine, le queremos poner un poquito de vapor al espejo y verlo con ese matiz y no verlo realmente como el realizador nos lo quiere mostrar, todavía estamos esperando un poco esa película postal, aunque una película postal en términos narrativos, no es tan potente; por decir algo, “Lo azul del cielo” es una película hecha para mostrar una Medellín muy bonita en sus locaciones, pero en la historia no funciona.

Oswaldo Osorio: Pero aun así, “Lo azul del cielo” por más que quiso mostrar una Medellín desde otro lado, le fue imposible no meterse con la Medellín marginal, con la delincuencia, porque empieza con una historia de amor muy bonita y mostrando todas estas imágenes de la Medellín innovadora y los nuevos lugares que tiene la ciudad, empezando por el metro y toda la cosa, pero luego hay violencia, hay traquetos metidos ahí, fue algo como inevitable. Incluso en la película “Apocalipsur”, que la idea era contar casi por primera vez una historia de un grupo de personajes que no pertenecían a la marginalidad, en términos socioeconómicos, sino que era un grupo de amigos de clase socioeconómica alta, estrato 4, 5 y 6, pero ellos también se vieron afectados por la violencia, al ser secuestrado uno de ellos, por ser hijo de una juez y allí se encontró con el traqueto, que también estaba secuestrado.

Juan Diego Mejía: Bueno, hagamos el ensayo, me gusta esto que están contando con momentos de películas. Hablemos de algunas películas que representen a la ciudad o al país. Por ejemplo, a mí me preguntan eso y respondo que me gusta mucho “La estrategia del Caracol”; pero por ejemplo, en el caso tuyo, Oswaldo, ¿qué películas cree que representan a esta sociedad que vivimos ahora?

Oswaldo Osorio: Tenemos a Víctor Gaviria como esa base innegable de la mirada de Medellín, pero hay algo muy significativo y es que todas las películas que se han hecho —estoy hablando de largometrajes sobre Medellín, o sea, de “Rodrigo D” para acá, excepto una que es justo “Los

colores de la montaña”—, todas son urbanas, todas tienen que ver con la ciudad, con la marginalidad y el conflicto, en cierta medida. También, justo las de Carlos César Arbeláez son unas historias que no necesariamente tienen que ver con eso, por ejemplo, la historia de las “Estatuas humanas”, que es más una historia de amor, pero sigue siendo una historia de marginalidad, pero las otras son historias de violencia y prostitución.

Entonces el cine que refleja Medellín es un cine urbano eminentemente, y parece que es condición que hable de esa marginalidad y de esa violencia, y tiene que ver con que los artistas se sientan abocados a hablar del imperativo y de lo que los afecta; en una ciudad con tantas problemáticas y en este contexto, muchos directores dirían que es inmoral contar historias de amor o historias positivas, porque primero hay que mirarse y que el cine reflexione sobre estas cosas, y aquí quiero hacer la relación sobre el cine y la televisión.

La diferencia entre cine y televisión en función de este hastío del que hablamos sobre el narcotráfico y la violencia, es que la televisión, que más o menos desde 2006, 2007 hizo “El Capo”, que es la primera, y de ahí se viene toda esa tanda de lo que llaman ahora narcovelas, es la manera como la televisión trabaja estos conceptos, retomando lo más básico que es la acción, y además la vuelve glamorosa, es un poco tomar los elementos sensacionalistas; en cambio, el cine lo que hace es acercarse, empezando por el cine de Víctor Gaviria, que trata de reflexionar sobre eso. Una película de aquí, que es otra cara de la visión de la ciudad, es “Los Nadie”, una película muy importante y muy significativa en esa mirada que hace de la ciudad, porque no necesariamente está el conflicto latente: sea la delincuencia, la violencia de las películas de Víctor, la de los niños en la calle o la de los pillos en las comunas o la de los traquetos en “Sumas y restas”, pero sí hay una especie de violencia, por vía de la marginalidad, en estos jóvenes que están buscando qué hacer en la ciudad y eso es algo muy importante que hizo “Los Nadie”, que fue contar una ciudad desde el punto de vista de los jóvenes, y no necesariamente tenía que ver con la violencia, aunque esa violencia sí los tocaba.

Juan Diego Mejía: Juan David ¿tienes algunas películas para nombrar?

Juan David Orozco: Sí, dentro de ese proceso, obviamente hay que mencionar —como lo hizo Oswaldo— a Víctor y creo que ha generado un movimiento, por decirlo así, es fácil reconocer el cine hecho en Medellín, porque generalmente es un cine ceñido a la realidad y cuando la gente lo ve, dice: eso es como un documental, porque está construido muy sobre los elementos de la realidad, porque además esas historias suelen ser protagonizadas por personajes que se interpretan a sí mismos o una versión muy cercana de sí mismos, en lo que se ha llamado los “actores naturales o actores no profesionales”; o sea, los realizadores de Víctor hacia acá tienen un poco esa tendencia y es como si fuera una especie de movimiento.

A mí puntualmente en materia de eso, prefiero mucho más las historias que se han contado en los cortometrajes, porque siento que en ellos ha habido mucha más libertad, desde la posibilidad que entrega los presupuestos de no tener que depender de algunos elementos que limitan los procesos de producción; en una película largometraje hay perfectamente 30 o 35 personas en set en simultánea, eso es muy costoso, empezando por la alimentación, mientras que en un cortometraje los equipos suelen ser más pequeños e incluso en el documental.

Entonces hay muchas historias de Medellín, en donde hay otras múltiples miradas, en donde sí, necesariamente, se cumple con algo que decía Oswaldo ahora y es: aunque se quiera mostrar otra ciudad, otros elementos que componen esta Medellín de contrastes, casi siempre hay un elemento de marginalidad o un elemento de crimen, incluso recordando un cortometraje de comedia, “Los gajes del oficio” de Andrés Burgos, que es una parodia de un programa de televisión, de un top show, y finalmente termina en el asesinato del presentador del asunto, es de sicarios; casi todas nuestras historias están atravesadas por eso, eso está marcado necesariamente entre nosotros. Y devolviéndome a una pregunta que hiciste ahora de si hace falta contarnos más, sin duda; yo creo que en el cine nos hemos contado en un 10 o 15 por ciento de las posibilidades que ofrece la ciudad, pero también en las necesidades que

demanda la ciudad de encontrar en el cine las posibilidades de mirarnos en unas realidades en las que, a veces, no somos capaces de mirarnos. Hoy, digamos, que en la posición de responsabilidad que tengo frente a la ciudad, al buscar fortalecer y promocionarla como un sitio para que se hagan rodajes, hay también desde la posición de la administración municipal, un asunto que tendrá que ser motivo de debate, y esta semana lo planteó Pascual Gaviria en una de sus columnas, y es que existan vetos con ciertos temas, en este caso puntualmente, el del narcotráfico, porque ¿qué es lo que sucede con el narcotráfico, que nosotros mismos no somos capaces de hablar con un personaje que necesariamente, para bien o para mal, nos marcó como Pablo Escobar?, pues esa es la visión de lo que nos ha sucedido, pero la cuentan otros realizadores de fuera del país que no entienden nuestro contexto, y que hacen algo, como lo que vamos a encontrar muy pronto, cuando se estrene la película “Escobar”, que fue una cinta que se rodó casi toda acá, en Bogotá, pero estuvo más cerca de Medellín que muchas otras que hacen en Ecuador o México, que no terminan reflejando lo que somos. Simplemente al ver la serie “Narcos”, para cualquier ciudadano de Medellín es difícil conectarse con la historia, por una cosa tan sencilla como el acento: eran brasileros, puertorriqueños, tratando de decir “sisas, parece, todo bien” y eso hace que el que es de aquí no se sienta identificado.

Oswaldo Osorio: Yo quisiera complementar algo en relación con los cortometrajes y con algo que mencionabas antes, y es que claro, todas estas películas hechas en Medellín, que son sobre Medellín, y que en realidad son pocas, —son 12 si mucho—, de “Rodrigo D” para acá, porque para atrás sólo está “El tren de los pioneros” de Leonel Gallego, que es sobre Cisneros, y es como del 85, pero de resto no hay nada y esos son nuestros largometrajes, 12 o 13 largometrajes, el 95 por ciento sobre la ciudad, la violencia y el conflicto; pero en los cortometrajes sí hay esa variedad, uno ve una película como “La serenata” de Carlos César Arbeláez, sobre unos mariachis en su rebusque, y hay la posibilidad de unas historias más optimistas, de historias de amor; un cortometraje como “Salomé” de Laura Mora, es sobre el duelo de una niña que se

le murió el papá hace una año. La película que vamos a presentar en *Buscando Tréboles*, que es un espacio que tenemos de Antioquia Audiovisual en La Pascasia, se llama “Versalles” y es un personaje que deambula en la ciudad, porque la esposa no lo deja ver la hija y él quiere escribir. Son historias tremendamente optimistas o incluso las dos películas de cine al mes, si bien la segunda tiene que ver con prostitución, la primera es una mamá buscando al papá de su hijo por los barrios de Medellín. Entonces el cortometraje sí da la posibilidad de abrir ese gran espectro, que son todas las posibles historias, ambientes y personajes de la ciudad, sin que necesariamente tengan que ver con marginalidad y violencia.

Juan Diego Mejía: Hay algo que acabas de decir Oswaldo, que en La Pascasia van a presentar una película, pienso que el centro está abandonado de cine, o sea, antes en el centro teníamos salas en el Cid, el Odeón, el Metro Avenida, el Opera, el Lido, Radio City y ahora sólo está el Colombo solitario, ¿cierto?

Oswaldo Osorio: Sí, está el Colombo y algunos espacios como La Pascasia, donde cada 15 días presentamos el estreno de algún cortometraje; aquí se presenta de pronto, en Bellas Artes, en la Cámara de Comercio...

Juan David Orozco: Aquí hay una sala de cine muy bonita.

Juan Diego Mejía: Y la vamos a conectar con Comfama.

Oswaldo Osorio: Comfama va a reactivar eso que hicimos durante 20 años, cuando hasta el 2012 yo presentaba películas lunes y sábado, y del 2012 para acá se había acabado, pero ¡cuéntenos esa buena noticia!, ¿viene buena programación para acá, para el claustro?

Juan Diego Mejía: La idea es que, como aquí hay una sala de cine y el claustro por detrás de la iglesia se toca con el Paraninfo, vamos a abrir esa puerta para que, entrando por el claustro, la gente pueda llegar a la sala de cine. Es decir, va a haber una programación permanente cultural en el claustro de San Ignacio y en todo el circuito y distrito cultural San Ignacio. Creo que hay que hacer visible esos programas, potenciarlos y acompañarlos.

Juan David Orozco: El centro sí es un muy buen lugar para ver películas. El Lido, por ejemplo, se ha convertido en la cinemateca, la cual va a tener una programación permanente y también asociada a los festivales. Hablo puntualmente de un festival, que es el festival documental DocsBarcelona Medellín, en donde tuve la oportunidad de ser productor hasta que acepté ser el director de la Comisión Fílmica. A nosotros nos pasó hace dos años que hubo un recorte en el aporte que la Alcaldía, a través de la Secretaría de Cultura Ciudadana, le hacía al festival. Entonces la pregunta fue ¿qué vamos a hacer para seguir haciendo el festival? y la decisión fue quedarnos en un solo lugar, en donde uno caminando, pueda pasar de asistir a una conferencia a ver una película, de ver una película a presenciar actividades del festival. Y decidimos estar en el centro; estar en el centro durante los días del festival se volvieron una fiesta y la respuesta de la gente fue maravillosa. En esa versión se duplicó el número de asistentes a las películas, porque empezó a hacerse también un circuito cultural asociado al audiovisual, entonces alguien veía una película en el teatro Lido, se tomaba un tinto y veía una película en el auditorio de la Cámara de Comercio de Medellín, se comía una empanada e iba al Centro Colombo Americano y al terminar la película allí, con los invitados del festival, se iba a rumbear a La Pascasia o a El Eslabón.

Oswaldo Osorio: Yo hago un festival de videoarte y experimental que se llama Artex. ¡Qué cosa más marginal y más específica que experimentar con el videoarte! Lo hago sólo en el centro y específicamente a públicos en el Colombo. Solamente aquí lo podría hacer, porque si lo hago en otros espacios, la gente no iría a conocer ni a ver videoarte.

Juan Diego Mejía: ¿Preguntas?

Asistente 1: Buenas noches para todos. Quiero preguntarle específicamente a Oswaldo, como crítico de cine que eres y docente, sobre dos asuntos que me interesan mucho y siempre me llevan a una reflexión: uno es el cine basado en novelas y literatura. Por ejemplo, a mí me parece que la película que hicieron de “Rosario Tijeras”, basada en la novela de Jorge Franco, en términos generales me gustó, pero quisiera saber Oswaldo ¿cuál es tu percepción muy personal sobre la

forma cómo se ha plasmado en el cine colombiano las obras literarias o las novelas?; ese es un asunto, y el otro es con relación a los actores naturales, porque ahora que interviniste, nos hablaste de la entrevista que le hiciste a Jorge Alí Triana en el año 99, y recordé que precisamente él siempre ha elogiado mucho el trabajo de los actores naturales. Entonces quiero básicamente preguntar sobre estos dos puntos: ¿cuál es tu reflexión sobre la literatura llevada al cine? y ¿qué piensas del trabajo que realizan los actores naturales? O si, por el contrario, ¿piensas que los actores naturales no hacen buena parte o buena galería en el trabajo de llevar al cine, si sería mejor con actores realmente profesionales?

Oswaldo Osorio: En el primer caso, el problema que tuvo el cine colombiano fue justamente la literatura y la tradición literaria que había en Colombia. Hasta hace muy poco, como eran directores que querían hacer películas y no eran formados en escuela, no había laboratorios de guion, entonces mucho del cine que se hizo en los años 70, 80 y parte de los 90 en el país, tenía mucho esa carga literaria, por lo que vemos que los diálogos de muchas de esas películas es más literatura que cine, y eso ocurría mucho con las adaptaciones; había unas excepciones, una película como justamente “Tiempo de morir” de Jorge Alí Triana es una muy buena adaptación cinematográfica, pero uno ve “Ilona llega con la lluvia”, basada en una obra de Mutis, una película de Sergio Cabrera del 96, más o menos, y es una cinta que no es capaz de superar esa carga literaria.

Lo que estamos viendo ahora es una generación de directores que están formados en escuelas de cine, que están formados audiovisualmente, no desde la literatura y desde el teatro, porque si ustedes miran a todos los directores veteranos, empezando por Víctor Gaviria, Jorge Alí Triana, Lisandro Duque, Sergio Cabrera, todos, no era una generación audiovisual, medio lo eran cinematográficamente, pero era más una generación que conoció los relatos desde la literatura, incluso desde el teatro. En cambio ahora, directores como Oscar Julio Navia, como Rubén Mendoza, como Ciro Guerra, son un generación audiovisual que creció viendo televisión, películas y estudiaron en escuelas de cine y, encima de eso, toda esa posibilidad de tener laboratorios de guion; entonces

ahora uno ve unas adaptaciones mucho más afinadas, que son capaces de hacer esa transposición del texto a la imagen.

Por otro lado, en el caso de los actores naturales, tiene que ver con que cada película y cada acercamiento a un personaje o a una realidad es la que exige qué tipo de actores necesita, o incluso, el oficio del mismo director; un Jorge Alí Triana, que es director de teatro, le funciona trabajar con actores profesionales, pero Víctor Gaviria es incapaz de hacer eso, porque no puede, porque no le interesa ese rango de expresión que dan los actores profesionales y justamente lo que más le interesa es que el actor natural ponga de sí, empezando por su lenguaje, para construir a ese personaje. Todas las veces que trajimos a Vicky Hernández a los Festivales de Santa Fe o de aquí de Medellín, le rogaba y le rogaba a Víctor para que la pusiera a trabajar en una película y él me decía que no era capaz de trabajar con actores profesionales. Entonces, es cada película y el método de cada director y cada historia la que pide si es con actores naturales o con actores profesionales; inclusive hay unos directores tan buenos —para mí el mejor director en estos momentos del país, y el que creo tiene más futuro, porque nos va a mostrar producciones muy buenas, es Franco Lolli— y si ustedes ven una película como “Gente de bien”, él fue capaz de trabajar con actores naturales: un niño y un señor que hacía de padre del niño, que no tenían ninguna experiencia, y con Alejandra Borrero, que es actriz muy profesional y supo combinar esas dos facetas.

Asistente 2: Buenas noches. Yo tengo dos asuntos: primero una aclaración, y es que en Comfama en algún momento logramos tener un equipo de programadores, del cual hice parte, afortunadamente al lado de Oswaldo; en algún momento llegamos a estar conformados por 8 o 9 personas, si no éramos más. Llenábamos todas las sedes en San Ignacio de una programación muy dinámica, pero luego de que Oswaldo salió de programar ahí, logramos un trabajo muy interesante aunando espacios, junto con la Universidad San Buenaventura, la Biblioteca Pública Piloto y la Universidad Nacional, para construir un programa muy bonito que se llamaba “Cátedra de cine Ciudad abierta”, una apuesta maravillosa, que de alguna manera, después de dos años de trabajo, cayó un poco en decadencia.

Factores como la decisión de la Caja de Compensación de liquidar el Departamento de Cultura y todo lo que ocurrió después de eso, dejó también unos espacios universitarios bien interesantes para la ciudad, entre ellos, lo que hacen, por ejemplo, la Universidad San Buenaventura, la Universidad Autónoma Latinoamericana, las cuales en este momento se encontraban haciendo un Simposio Internacional de Cine y Derecho; por tanto, en las universidades también se dan espacios bien interesantes.

La pregunta que quiero formular es: ¿qué tanto afecta el asunto de que la televisión haya abusado tanto de temas como el narcotráfico a las películas en la taquilla, que quieren reflexionar, sobre todo, en estos temas?, es claro que son problemas que, de una u otra manera, la sociedad colombiana aún necesita cuestionar, pero ¿qué tanto el cansancio que tiene el televidente se refleja en la taquilla de las películas que salen a cartelera?, ¿podemos establecer una relación de esos dos fenómenos?

Oswaldo Osorio: Es afectación directa, casi que tu pregunta es la respuesta, ha sido la televisión y la exacerbación de la televisión en estos temas, lo que ha ayudado al hastío del público para con estos tópicos y la gente no hace la distinción, simplemente cree que hay mucho de esto y, realmente, como lo decía ahora, sólo el 30 por ciento de las películas tiene que ver con el vínculo del conflicto y, si acaso, 10 por ciento las que tienen que ver con el narcotráfico. Muchas de ellas no trabajaron la forma reflexiva, como “Sumas y restas”, por ejemplo, sino que las hicieron igual que la televisión. Pero, efectivamente, es esa falta de distinción del grueso del público, que no diferencia entre esa cantidad de telenovelas y series que tratan superficialmente el tema, con esas pocas películas que sí se acercan a él y lo tratan de manera seria y reflexiva.

Juan David Orozco: Pero yo creo que ahí también hay una serie de paradojas, porque el rating de las narconovelas no pareciera reflejar el hastío, realmente las productoras nacionales privadas hacen este tipo de producciones porque se venden bien en el país y porque, además, se vende muy bien por fuera. A nosotros en Colombia, en materia de televisión, nos distinguían antes con unas telenovelas diferentes a las mexicanas y a las venezolanas, porque no estaban tan marcadas por el

melodrama; además, porque los grandes éxitos en donde estuvo el sello de Fernando Gaitán, tenían un elemento especial: “Café”, “Betty la fea” y un poco “Hasta que la plata nos separe”, que no fue tan exitoso, pero tenía la misma fórmula: eran personajes que trabajaban, que tenían problemas de pagar facturas o con el jefe, mientras que uno veía en las novelas mexicanas o venezolanas, que al parecer, vivían del aire; entonces, miremos un poco lo innovador que tenía la novela colombiana, que era el reflejo de la realidad. Sin embargo, actualmente en el mundo nos reconocen más por las novelas donde hay narcotráfico; por eso es una cuestión un poco paradójica que la gente diga: “no me gusta o no quiero ver más”, pero el rating dice otra cosa.

Digamos que por esa extensión, se han visto afectadas las películas. En el momento en que la gente va al cine a ver las películas, es muy poca la gente interesada en buscar la reseña, el trailer, sino que más bien, cuando van al cine no encuentran una gran oferta gráfica de las películas nuestras o éstas no logran ser atractivas o no tienen la promoción suficiente, pero si uno se pregunta entonces por qué se llena “El paseo”, es porque ahí hay un bombardeo de difusión a través del canal Caracol, que es aliado de Dago García y la gente sabe que se está proyectando. En la “Defensa del dragón” ¿cuántas personas sabían que la película estaba en cartelera?

Oswaldo Osorio: Adicionalmente, aquí casi no se hace cine de género y la gente se engancha es con el cine de género, una película que dice “Rápido y furioso” las personas saben que es de acción y de carros, pero una película que dice “La defensa del dragón”, como no tiene género, no le dice nada a la gente. Los géneros cinematográficos son la base de la industria del cine y en Colombia mucho del cine que se está haciendo es cine de autor, cine que normalmente no pertenece a los géneros cinematográficos.

Juan David Orozco: Y la gente cuando lo ve, el público del común, le cuesta un poco entender en qué va la historia, el contexto; realmente cine de género, el único que tenemos aquí es el humor folclórico, que es el que están haciendo hoy los comediantes que están más dedicados al stand up comedy, por ejemplo, la gorda Fabiola, Polilla, que son capítulos aproximadamente de dos horas en “Sábados felices”.

Oswaldo Osorio: Y eventualmente se hacen trailers y a éstos más o menos les va bien, “Perro come perro” es un trailer y le fue bien, una película hace unos meses, “El caso Watson”, que es sobre este agente de la DEA que le hicieron el paseo millonario unos taxistas, fue una película que hizo 80.000 espectadores, “La cara oculta” la han llegado a ver como 300.000 espectadores; por tanto, el trailer también funciona, incluso una película que se llama “Secretos”, que fue un intento de cine de horror, que realizó Fernando Ayllón, es una cinta a la que le fue bien, entonces el cine de género conecta.

Juan David Orozco: Y al género del terror, por ejemplo, a “Páramo” le fue bien y, hace muchos años, “Al final del espectro” también marcó lo que correspondía como a taquilla.

Asistente 3: Yo quisiera saber cuál es la percepción de ustedes en cuanto a ¿qué tan sincronizados están los espacios que proyectan cine en la ciudad, los cineforos, por ejemplo?, ¿qué tan sincronizados están para la gestión de recursos, para la gestión de temas de derecho de autor, de agenda?, ¿qué iniciativas hay para unir todos esos espacios de cine que hay en la ciudad?

Oswaldo Osorio: No hay iniciativa para unirnos, ojalá no nos unan, porque la anterior secretaria de cultura, lo primero que hizo cuando llegó fue decir: “aquí por qué hay tantos Festivales de Cine, qué es toda esa cantidad de cosas, hagamos uno solo bien grande y les doy plata para ese”. Infortunadamente ella no se dio cuenta que uno era de documental, yo hacía uno de experimental, en la Corpo hacíamos otro de cine colombiano, ayer empezó el Festival “Mamut”, que es de memoria audiovisual, o sea, justamente la riqueza de todos estos espacios es la variedad y la diversidad y el estar diseminados por toda la ciudad.

Juan Diego Mejía: Pero la articulación para gestionar.

Oswaldo Osorio: La articulación en realidad yo creo que es muy difícil, porque por lo menos en el caso de los Festivales, Juan David y yo somos competencia, entonces uno sí se asocia, hay unos intercambios de algunos invitados, de ciertos contenidos, pero a la hora de ir a pedir

plata, ojalá mi proyecto sea mejor que el de él, para que mi festival sea el que tenga los recursos, que son bien pocos.

Hace poco vivimos una coyuntura —vos explicas mejor eso, Juan David—. Por ejemplo, la Corporación Antioquia Audiovisual, que hacemos ya un festival de cine en Jardín con Víctor Gaviria, íbamos a hacer una Fiesta del Cine Latinoamericano este año, porque la subsecretaria dijo: “No, no lo hagan en marzo, háganlo en octubre y les doy 100 millones de pesos”; nosotros con 100 millones hacemos un festival más o menos decente. Pero entra esa regulación del decreto 092 a modificar y a establecer que no se pueden hacer apoyos directos. Y, por consiguiente, un montón de festivales nos quedamos sin ese apoyo institucional.

Juan David Orozco: Sí, me voy a devolver un poco y después tomo lo de la contratación. Yo estoy de acuerdo con Oswaldo en que necesitamos que haya tantas ofertas distintas frente a posibilidades de acercarse al cine y al audiovisual, porque eso ha permitido, por ejemplo, establecer nichos. Aquí en Medellín hasta hace muy poco tiempo había un festival de Cine de Aves, eran películas únicamente con temáticas de aves y uno diría ¿cómo hacen?, pero efectivamente tenían el suficiente material haciendo la curaduría para hacer ese festival.

Oswaldo Osorio: Además, había uno de deportes, uno gastronómico, hay de todo.

Juan David Orozco: Porque en últimas, el cine como casi cualquier manifestación de arte, permite tener convergencias, y el cine ocasiona más de éstas porque tiene música, literatura, teatro, artes plásticas; entonces, digamos, que esas convergencias permiten que hayan disculpas para hablar de muy diversos asuntos; eso es muy valioso, lo que no es muy funcional es que haya simultaneidad en las programaciones, porque eso hace que el público se reduzca frente a la oferta que tiene la ciudad, en tanto tiene que decidir entre ir a una proyección o ir a un conversatorio, o ir a tal actividad del festival.

Entonces, cuando se programan festivales en simultánea, que lastimosamente este año va a tocar así, y les advierto de una vez, va a ser difícil escoger, porque uno no quiere perderse nada, vienen dos

meses de actividad muy intensa y lastimosamente muy simultánea. Este asunto de la contratación hizo que muchos festivales, por recomendación de la misma administración municipal, en este caso de la Secretaría de Cultura Ciudadana, —que era la única que estaba entregando algún tipo de apoyo a los nuestros y a los festivales, que ya lo está haciendo a través de la Cinemateca—, no podía entregar por materia de contratación, por una ley nacional, apoyos directos a entidades sin ánimo de lucro, y la mayoría de organizaciones que se dedican a esta promoción son sin ánimo de lucro; creo que el único caso era la empresa que dirigía antes de estar en la Comisión Filmica, que estábamos en el Festival DocsBarcelona de Medellín y también tenemos un festival que se llama Trama Fest, que es para chicos que están empezando con la actividad, pero las demás, todas son sin ánimo de lucro.

Entonces, de manera directa, la Alcaldía o la Secretaría no podían entregar ese dinero a la hora de contratación, le tocaba hacerlo por una convocatoria, y eso hizo que, por ejemplo, el Festival de Cine de Jardín y el Festival de Cine Colombiano de Medellín perdieran la posibilidad de una financiación directa con la administración. Hemos hecho esfuerzos y lo digo desde el punto de vista de los que hacemos festival, tenemos hasta un documento en drive compartido.

Oswaldo Osorio: Somos 43 y hasta el año pasado lo que hacíamos era, en ese drive, yo metía mis partes, mayo del 9 al 12, entonces el que se metiera ahí en esa semanita no programaba nada y buscaba el huequito.

En relación sobre los derechos, los cine clubistas no pagamos derechos, no porque no tengamos que pagar derechos, sino porque no le hacemos caso a eso, pues, no hay manera físicamente de que uno en un cineclub busque al productor, le pague 100.000 o 200.000 pesos para que vayan 10, 15 personas en una entrada libre, eso es imposible. Uno se libra más bien un poco con la idea de que es entrada libre porque es con fines culturales y educativos.

Juan David Orozco: ¿Pero los festivales?

Oswaldo Osorio: Los festivales sí, tiene que estar saneado todo el asunto de los derechos.

Juan Diego Mejía: Bueno, hay una última pregunta y terminamos.

Asistente 4: ¿Cómo se está moviendo la dinámica de ser Medellín una ciudad para tener filmación de películas en las diversas locaciones, qué se puede tener y cuáles son las que están ahora detectadas en ese sentido?

Juan David Orozco: Digamos que la principal tarea que tiene una Comisión Filmica en el mundo es hacer que las producciones audiovisuales que están buscando dónde rodarse, y están buscando además un lugar donde suceda la historia, un lugar que sea amable en términos de economía —recordemos que el cine es arte y es negocio, es algo simultáneo—, entonces los productores en el mundo están yendo a los mercados cuando tienen sus películas, buscando qué ciudades con ánimos de promoción de ciudad, o sea, con una intención de turismo, quiere que las películas se ruedan allí y qué beneficios dan.

Desde hace tres años, más o menos, Colombia tiene una herramienta muy valiosa para que la gente venga a hacer filmaciones originadas en otro lugar, y eso genera aquí una entrada económica: hoteles, tiquetes aéreos, alimentación, desplazamiento, contratar a personas locales para que lo hagan. Por medio de la segunda ley de cine, se entrega a los productores internacionales y también a los nacionales, cuando el presupuesto lo permite, devolverle hasta el 40% del dinero que gastaron en servicios audiovisuales, o sea, contratando equipos de cámara, de sonido y pagándole a la gente que manipula esos equipos, y hasta el 20% en servicios logísticos audiovisuales, o sea, hotelería, alimentación, transporte; entonces ese buen panorama ofrece Colombia como un sitio para que se hagan rodajes.

Medellín para ese momento, 2014-2015, dijo: “metámonos ahí, vamos a aprovechar las ventajas que tiene la ciudad”, ¿cuáles ventajas?: aquí la movilidad aunque no es tan fácil, es mejor que en Bogotá, que es donde más rodajes se hacen, aquí tenemos bosque húmedo tropical a 40 minutos, tenemos algo que puede parecer desierto hacia el occidente en 40 minutos, tenemos paisaje muy rural en el suroeste y tenemos todo lo urbano en el área metropolitana, la gente es más querida a la hora de

un rodaje, uno se aguanta que le pongan unas cámaras ahí tres horas en la acera o en el patio. En Bogotá son un poco más complicados estos procesos, allá la gente ya se ha acostumbrado a que se hagan rodajes y por tanto cobran y bloquean partes de las locaciones, mientras que en Medellín eso aún no se ha dado. Nuestra ciudad decidió ofrecerle a los productores internacionales un 15% adicional al que ofrece Colombia, lo cual hizo que mucha gente quisiera venir a rodar a Medellín.

En ese sentido, la Comisión Fílmica fue a hacer promoción a los festivales y a los mercados y a decir: mire qué bueno es ir a rodar a Medellín, tenemos variedad de locaciones, tenemos personal capacitado, eso no es del todo cierto, y tenemos muy buenas condiciones para hacer películas, eso sí es verdad. Entonces la gente empezó a interesarse y vinieron a hacer producciones, de hecho, en este momento en cartelera hay una película producida y protagonizada por Tom Cruise, que se rodó hace año y medio o dos años, en la que él interpreta un piloto que trabajó para el cartel de Medellín, Barry Seal, basada además en un libro que escribió este señor. Ellos rodaron dos semanas en Medellín, y en ese rodaje se gastaron aproximadamente 6.000 millones de pesos en la ciudad, en hoteles, en transporte, en pagarle a la gente y demás. Ellos hicieron el proceso de devolución de ese 10-15% a la ciudad y la ciudad les retornó 440 millones de pesos.

Preguntaban ¿hacia dónde vamos?, yo estoy muy contento con el trabajo que me asignaron, porque la próxima semana vamos a ofrecer unos estímulos para la industria local y va a haber 650 millones de pesos aproximadamente disponibles, para que en 27 categorías, los productores nuestros puedan hacer sus películas en largometrajes, documental y ficción, en cortometrajes de cualquier tipo, para experimental, que casi nunca hay, también hay recursos para video clip y, en cuanto a las películas internacionales, nadie va a venir a rodar a Medellín, por muy queridos que seamos, por muchas locaciones bonitas que tengamos o porque no cobremos en la gestión de los permisos y otras ciudades sí lo hagan, sino porque damos plata, y eso va a tener que mantenerse por lo menos

durante 10 años, porque donde se ha tenido una Comisión Fílmica en promoción, generalmente tiene una vida útil para ese ejercicio de unos 10 años entregando incentivos.

Hay películas en camino, hay mucha gente interesada en venir, de hecho, cuando venía para acá, estaba hablando con un productor que quiere traer una producción inglesa de una historia de época, basada en un libro de una periodista de Inglaterra que vino a América Latina y trabajó el tema de la explotación laboral en las maquilas de jeans de moda. Entonces, la Comisión Fílmica se encargará, por ejemplo, de buscar los recursos para que esa productora venga, visite la ciudad, conozca las locaciones, conozca la gente que está disponible para trabajar y que se está capacitando también, porque no estábamos realmente del todo listos, pero estamos en ese proceso, y lo que esperamos es que podamos tener mínimo dos producciones extranjeras rodadas al año; esa es la meta que está en el Plan de Desarrollo y uno tiene que cumplir con lo que se propuso en dicho Plan.

Juan Diego Mejía: Bueno, muchas gracias. Creo que lo que nos queda pendiente es la expectativa de encontrarnos como sociedad en la pantalla, es decir, que esas producciones de alguna manera nos reflejen, nos ayuden a entender lo que somos.

Ciudadanía en crisis

Bernardita Pérez
Max Yuri Gil

26 de octubre de 2017

Para analizar a profundidad en qué consiste el ejercicio de ciudadanía, el programa Ciudad al Centro invitó a la abogada constitucionalista Bernardita Pérez y al estudioso en temas de seguridad y convivencia, Max Yuri Gil, para debatir al respecto. Para Bernardita, la ciudadanía empieza a ejercerse cuando el individuo se interesa por lo público y, desde una visión crítica, aporta al conocimiento y a la opinión. En la concepción griega y durante mucho tiempo, este derecho sólo lo podían ejercer ciertos ciudadanos y excluía a cierto sector de la población que adolecía de capacidad para la reflexión política, en el cual estaban catalogados los negros, los pobres y las mujeres. No obstante, con la llegada de la modernidad, la sociedad se ha encargado de luchar por una noción de ciudadano que lo convierta en un sujeto de derechos, como lo explica Max Yuri Gil. Esta es la concepción de ciudadanía que viene hasta nuestros días y sigue reclamando desde lo cotidiano el reconocimiento y la inclusión de las distintas poblaciones en el devenir político y social.

Gisela Posada (Líder programa Cultura Centro): Abordar el tema de **Ciudadanía en crisis** tiene como fin aportar a la comprensión de un concepto aparentemente dominado y conocido. **Ciudad al Centro** invita a una reflexión detenida, fuera del lugar común y acostumbrado. Nombrar una realidad no implica su existencia. Sólo acudir a la

definición de la Real Academia de la Lengua Española da cuenta de lo limitado del concepto, pero a la vez, de sus múltiples acepciones. Tres esferas indivisibles e imposibles de leer por separado: **Ciudad:** (del latín *civitas*) es el conjunto de edificios y calles, regidos por un ayuntamiento, cuya población densa y numerosa, se dedica por lo común a actividades no agrícolas. Lo urbano, en oposición a lo rural. **Ciudadano:** natural o vecino de ciudad; persona considerada como miembro activo de un Estado, titular de derechos políticos y sometido a sus leyes. **Ciudadanía:** cualidad o derecho ciudadano, conjunto de los ciudadanos de un pueblo o nación, comportamiento propio de un buen ciudadano.

Adicional, y en nuestro contexto, la legislación colombiana, confiere el estatus o carta de ciudadanía a aquellos que han llegado a su mayoría de edad, es decir, quienes tengan los 18 años y pueden ejercer su derecho al voto.

Aspectos como qué sectores de la población no sabe o desconoce sus derechos y deberes como ciudadano, dónde radica el equilibrio entre ellos y los vacíos que nos encontramos al hablar de una sociedad activa y partícipe de las decisiones del Estado, en contraparte con el agobio por la supervivencia, la carencia de espacios de pedagogía e ilustración política y ciudadana, así como la exclusión de la esfera pública de los temas esenciales en la agenda del país, que tendrían que ser pan de cada día para una masa crítica e informada y con capacidad de elección, hacen que ese ciudadano, crítico, aportante y corresponsal de la realidad y su devenir, sea una utopía.

Por eso, hay preguntas básicas en el orden de la discusión, que seguramente serán ampliadas, precisadas o respondidas por invitados como la abogada constitucionalista e ilustre profesora Bernardita Pérez o el estudioso en temas de seguridad y convivencia, candidato a doctor en Ciencias Humanas y Sociales, Max Yuri Gil, para que desde la mirada reflexiva y serena del escritor Juan Diego Mejía, entremos en las claves de una realidad que da muestra de vacíos de participación, miedo, individualismo en los ciudadanos, autoritarismos y preguntas como: ¿vive el país una crisis de ciudadanía?

Juan Diego Mejía (moderador): Muy buenas noches, gracias a todos ustedes por venir y a los que nos están viendo a través de *streaming*. Bernardita y Max muchas gracias por estar aquí, creo que vamos a tener una hora de conversación en la que podremos tratar los temas que Gisela Posada nos plantea con la pregunta, ¿Colombia vive una crisis de ciudadanía? En este sentido, considero que para poder entender y contestar cabalmente, debemos comenzar por definir la palabra ciudadanía, para así poder entender qué significa cada uno de los otros conceptos. Entonces Bernardita, dinos qué piensas sobre ¿qué es la ciudadanía?, ¿qué es un ciudadano?, es acaso lo que pensamos intuitivamente como aquel que vive en una ciudad, o ¿eso implica otras cosas?; esto es lo que queremos saber desde tu punto de vista.

Bernardita Pérez: Muy buenas noches a todos y a todas, muchas gracias por estar acá para conversar con nosotros sobre este importante tema. Ciudadanía viene de ciudad, estamos en **Ciudad al Centro**, realmente considero que todos los que venimos al Paraninfo de la Universidad de Antioquia nos sentimos en un remanso, en un sitio además maravilloso, de cultura, de convivencia, de construcción de sociedad. Es sencillamente extraordinario estar acá.

Para este primer concepto tengo que decir primero varias cosas: el vocablo ciudadanía alude a la relación de las personas con lo público y con el Estado, pero quiero rescatar un poco un concepto puramente aristotélico. Aristóteles fue un filósofo de hace aproximadamente 2.500 años, que planteó una metáfora muy hermosa, que me parece sigue estando vigente, y es que los seres humanos cuando vivimos en nuestras casas, en nuestro mundo privado, somos unos y cuando salimos al pórtico de la casa y nos comunicamos con otros, que no son nuestra familia, somos otros. El vocablo familia es una palabra latina, que significa los siervos, los esclavos que se subordinan a alguien, no es la idea de familia que tenemos hoy; en Aristóteles ese mundo privado es dominado, por supuesto por la época, por quien gobierna la familia, que es el varón y todos los suyos (hijos, mujer) se le subordinan; pero cuando el hombre puede salir, también el hombre en la época

aristotélica —hagamos una lectura correcta de lo que quizá Aristóteles hoy querría decir—, cuando salimos de la casa nos encontramos con el otro, hablamos en condiciones de igualdad y Aristóteles usaba dos vocablos: el logos (discurso) y la doxa (la opinión), somos capaces de encontrarnos con el otro para construir opinión y somos iguales.

Ese concepto se fue transformando históricamente y la Revolución francesa, de manera muy especial, dio una visión burguesa de la ciudadanía. Pero dentro de ese imaginario aristotélico, esa noción burguesa es necesario revisarla hoy, porque de alguna manera está vigente en el constructo de ciudadanía colombiana. La Revolución francesa entendió que Ciudadano es aquel sujeto capaz —por cierto, durante esta Revolución fue que se acuñó el vocablo adolescente, ese no es un término de origen de la psicología sino de la política, el que adolece de capacidad de reflexión política, así se usaba en la época—, que tiene una capacidad especial para elegir a otro que se va a dedicar a la cuestión pública, porque yo (burgués), estoy muy ocupado, me dedico a mis asuntos; entonces transfiero o delego en un experto en lo público, la administración y yo me olvido de eso. Ese es el estilo de la democracia representativa y la ciudadanía se siguió conduciendo así, y hoy la Constitución de 1991 nos plantea unos retos, como la participación, la construcción de civilidad, de proyectos políticos a partir de la participación. Entonces voy a dejar acá, para que Max continúe con esta noción, porque ahora nos vamos a referir nuevamente a ella y mirar cómo hoy tenemos que leerla de otro modo; por tanto diría, en principio, que no es que tengamos propiamente una crisis de la ciudadanía, sino que no hemos construido la ciudadanía.

Juan Diego Mejía: Max, creo que Bernardita nos acaba de hacer una génesis de la palabra, es muy interesante ver cómo no es algo nuevo, sino que ha ido evolucionando, pero desde tu punto de vista, ¿qué es un ciudadano hoy?

Max Yuri Gil: Muchas gracias a Gisela, a la universidad por la invitación, a la profesora Bernardita y a Juan Diego por estar acá, y a ustedes por la asistencia. Creo que hay que resaltar un poco tres elementos del concepto de ciudadanía: en primer lugar, si bien es cierto que hay una

construcción histórica como el de política, como el mismo de democracia, creo que la modernidad significa un cambio con respecto a la definición de ciudadanía, ese período que se abre desde finales del siglo xvii y que, sobre todo, encuentra su punto máximo de expresión en la Revolución francesa, en tanto el período posterior construye una noción de ciudadano como aquel sujeto que tiene derecho a tener derechos, es decir, el ciudadano es aquel que tiene unos derechos, pero además es una noción que va cambiando en el tiempo. Ahora podemos mirar que esa evolución histórica, el concepto de ciudadanía y de ciudadano se va ampliando, pasa de una primera versión que está muy centrada en la libertad, en la igualdad, en el derecho de participación y, por ejemplo, en la década del 50 del siglo pasado, se sufre un proceso muy interesante cuando se empieza hablar de la importancia de la ciudadanía social: ese sujeto que tiene derecho a tener derechos, ya no solamente tiene derechos civiles y políticos, sino esos otros derechos económicos y sociales. Entonces creo que ahí hay un aspecto que me parece importante y es ciudadanía con relación a los derechos, un estatus de una persona que tiene derecho a tener derecho; pero un segundo aspecto que creo importante es que la modernidad también construye una noción de sujeto y que es un sujeto —como lo planteaba la profesora Bernardita—, que se interesa por lo público, no es el sujeto retraído, metido en la vida familiar y en la vida personal solamente, sino que es un sujeto que debería estar interesado en lo público, que debería tener conciencia —como lo dice la profesora—, que tiene capacidad crítica, y esto es un elemento muy relevante, porque hay toda una discusión sobre qué tipo de sujeto es el ciudadano, qué tipo de sujeto es el que la modernidad propone construir y, considero que ahí hay una clave muy importante, porque hoy en día —adelantándome a una pregunta que vamos a desarrollar más adelante—, creo que lo que está en debate es el proyecto de sujeto de la modernidad, es un poco lo que está en cuestión.

Y el tercer aspecto es que, hablar del estatus de ciudadanía en relación con derechos, ha implicado luchas muy profundas por la ampliación de esa concepción y porque eso le llegue a otros sectores. Recuerden

ustedes que la primera noción de ciudadano era: varón, ilustrado, blanco, propietario, que era el que tenía derecho a participar en la vida pública. Los adolescentes o el concepto de adolescente, que nos presentaba Bernardita, por ejemplo, se extendía a otros sectores de la sociedad, no solamente por cuestiones de edad, a las mujeres, que eran consideradas adolescentes, así como a los negros y a los pobres, en el sentido de que no tenían capacidades para participar; entonces ahí hay una pugna muy grande alrededor del tema de la ampliación del estatus de ciudadanía a otros grupos poblacionales; y termino con una idea que creo fundamental y es: la reflexión que ha generado en el mundo contemporáneo el derecho a tener derechos, por ejemplo, de las poblaciones inmigrantes en Europa, que es algo fundamental, porque todos sabemos que se ha construido una noción muy problemática y es el de personas ilegales, y eso claramente va en contra de una noción moderna de ciudadanía, pues ¿cómo que personas ilegales?, ¿cómo que un ser humano va a ser ilegal?

Hay dos ideas que me parecen muy interesante replantear, Hannah Arendt al trabajar el tema de la condición de los judíos en la Alemania nazi, acuñó el concepto de “liminalidad”, que era estar en una condición de desposeídos de los derechos y eso implicaba estar en el “limbo”, porque no eran ciudadanos ni tenían derechos y podían ser eliminados. María Teresa Uribe en 1997 o 1998, adoptó el mismo concepto, para hablar de la población desplazada, esa población que por ser víctima del conflicto armado, de las acciones de confrontación, carecía de derechos, y ahí se abre otra línea que se puede trabajar posteriormente, como son los derechos específicos de poblaciones como las víctimas.

Juan Diego Mejía: Los dos han hablado de construir el concepto de ciudadano, Jordi Borja habla de *La ciudad conquistada*. Me gustaría saber ¿cuándo uno es ciudadano, simplemente por nacer en una ciudad o este concepto implica hacer algo para ganar el derecho a ser ciudadano?

Bernardita Pérez: Esta es una pregunta bastante compleja y profunda, pero para que vamos conversando, creo que Max ha dicho algo muy importante, como es el concepto de Ciudadanía Social; pretendemos estar en un momento distinto y no es en el que propiamente estamos. Si les

preguntamos a las normas y al diccionario de la Real Academia, que fue hecho en el siglo XVII y a la Constitución política de 1991, nos va a definir la ciudadanía con derechos a participar en lo público para elegir a otros y para hacer movimientos de participación pública, con la condición de tener una edad, es decir, sigue perteneciendo a una capacidad específica; por fortuna, hoy es una ciudadanía universal, sin distingo de raza, sexo, origen, religión o condición, pero circunscrita a un concepto, y para algo en función de la participación de lo público. Pero hay que hacer una proyección de transformación de las normas constitucionales que tenemos y es atrevernos a decir algo más, y es quizá ese ideal de una Ciudadanía Social, en el sentido de que las personas nos tomemos en serio la agenda pública y el espacio de lo público, como que el mundo es de todos, y entonces rescato nuevamente el vocablo aristotélico: “donde todos y todas nos encontramos en condiciones de plena igualdad, revestidos y cargados con la coraza de los derechos, para el ejercicio y construcción de la vida pública de todas y todos”, porque los derechos, como dice un poeta francés, René Char, —que le gusta mucho a Hannah Arendt—: “nuestros derechos nunca nos los legaron en un testamento, nuestros derechos son conquistas de construcción social, no individual”, y esto para decir algo: la conquista que han obtenido hoy, digamos, las parejas del mismo sexo, de tener la protección de respetársele estos derechos: el derecho a la convivencia, el derecho a casarse bajo las leyes del Estado, —no de la religión católica o de otro credo protestante, porque la pertenencia a una iglesia significa aceptar las normas de un credo—, pero sí en el mundo de lo público, no vayan a creer que la Corte un día fue muy generosa con una pareja homosexual que reclamó allí sus derechos, sino que detrás de eso hay una lucha y una construcción de estos nuevos ideales de ciudadanía, para que esa comunidad tenga una pertenencia en lo público y creo que ese es el estatus de ciudadanía al que nos tenemos que referir.

Juan Diego Mejía: Esa conquista de la ciudadanía, obviamente como lo estás narrando, es una conquista colectiva, no es una conquista de un ciudadano aislado que peleó sus derechos ante un juez, sino una sociedad que va ganando sus derechos.

Bernardita Pérez: Es que los tribunales judiciales siempre definen y otorgan o reconocen derechos muy tardíamente; no están a la vanguardia, están en la retaguardia, están atrás.

Juan Diego Mejía: O sea, cuando los reconocen es porque ya los han conquistado.

Bernardita Pérez: Llevamos unas luchas sociales muy poderosas. Vamos a ejemplificar con el tema norteamericano, que en los libros se nos cuenta mucho que la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos en 1954, con el caso de las dos chicas adolescentes negras, reclamando su derecho a ir a un colegio de blancos y oímos decir: ¡la Corte tan liberal, tan progresista! ¿La Corte liberal y progresista? Esa Corte cuando se pronunció sobre ese caso es porque había miles de muertos en todas partes, producto de las marchas y reclamos de los Movimientos Sociales de las Negritudes en Norteamérica. Para ejemplificar, la Corte no es generosa, ella no otorga derechos en bandeja de plata, es ahí donde tenemos que entender el lugar y la construcción de los derechos, son grandes luchas de ciudadanía, construcciones verdaderamente civiles, ya Gisela nos leyó la etimología de la palabra ciudad: *civitas*, ciudadano: *civis*, que corresponden a la misma palabra latina. Entonces son grandes construcciones y trabajos de movimientos sociales, no son generosas concesiones de los jueces; por eso me gusta mucho esa frase del poeta francés: “nuestros derechos no nos los dan en un testamento, son grandes conquistas sociales”, o sea, no fue un tío rico que nos lo dejó por herencia, esa ciudadanía es la que tenemos que luchar y trabajar para construirla.

Juan Diego Mejía: En tu calidad de humanista Max, me gustaría que pasáramos ahora, a hacer una radiografía de lo que realmente somos, yo creo que una cosa es lo que teóricamente debe ser el ciudadano, pero pasemos a ver qué somos, a ver si podemos darle respuesta a esta pregunta de si estamos en crisis o no. Entonces ¿qué somos en Colombia, qué somos en nuestra ciudad, en nuestra sociedad cercana, cómo es ese ciudadano realmente?

Max Yuri Gil: Yo creo que es evidente que hay una suerte de disociación entre el terreno formal y el terreno real, y eso no es malo, a veces las

conquistas normativas van transformando la sociedad; en ocasiones hay decisiones constitucionales detrás de las cuales hay fuerza y lucha social, pero que son contra mayoritarias, y en el tema de derechos humanos es muy importante reivindicar el carácter contra mayoritario en muchas de estas cosas, porque a veces hay sociedades donde la gente puede decidir que se instaure la pena de muerte y una Corte Constitucional puede ir en contra de eso y darse la pelea de la importancia de preservar ese castigo. Entonces creo que es evidente la disociación entre lo normativo, un poco como el artículo 1.º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “todos nacemos libres e iguales” y la verdad es que, no somos tan libres ni tan iguales desde el momento del nacimiento. Una discusión en la teoría de los derechos humanos ha estado relacionado con esa idea de que los derechos son inherentes, son propios, que prácticamente cada persona nace con un paquete de derechos y, no es cierto, lo que hay que hacer ahí es pelear duramente alrededor de eso.

Por tanto, hay elementos que creo que son interesantes, por ejemplo, uno de los desarrollos en materia de Ciudadanía Social, plantea que la noción de un ciudadano, de un sujeto que tiene derechos, que se preocupa por lo público, no era compatible con una enorme cantidad de población que tenía que levantarse todos los días a dedicar toda su energía a sobrevivir, a trabajar, a salir del hambre, a enfrentar las carencias económicas, o sea, que si usted está preocupado una buena parte de su vida por conseguir las condiciones mínimas de sobrevivencia, poco se va a interesar por lo público, y de ahí surgen nociones como el derecho a la salud, el derecho a la educación, a la vivienda, al empleo. Entonces creo que ahí hay un asunto que es importante y es, este sujeto que nace en esta ciudad, qué cosas requiere para que pueda ser un sujeto pleno, con sus derechos garantizados y pueda participar activamente en lo público.

Hay un asunto que me llama la atención a propósito de esto: si bien es cierto, la matriz liberal de los derechos es una matriz individual, para los liberales hablar de derechos colectivos es una blasfemia, porque se supone que la libertad y la igualdad son los únicos derechos y que ellos son individuales, no colectivos. Pero ustedes habrán oído hablar, sobre

todo, en tiempos recientes, sobre el derecho a la ciudad; para un abogado positivista, dirá que eso es poesía, ¿derecho a la ciudad?, eso en qué consiste, cuál es su contenido de exigibilidad, no existe tutela para el derecho a la ciudad. Pero funciona en cuanto demuestra esas luchas de la población por ser incorporados, por tener reconocimiento.

Y termino con una idea que puede ser para pensar y para desarrollar más adelante, y es que yo creo que la crisis de la ciudadanía que vemos en Colombia o en Medellín realmente, es una crisis planetaria, el problema de la crisis de la ciudadanía se expresa en muchos territorios. Considero que hay signos de eso, por ejemplo, todo este auge de proyectos autoritarios, todo este auge de proyectos populistas, a veces de izquierda, pero sobre todo de derecha, todas estas discusiones sobre la democracia, sobre eso que se ha llamado la post verdad, que está dando cuenta de una gran crisis del modelo occidental liberal democrático, y pienso que lo que nos pone eso como retos, es sobre cómo encarar esa crisis desde una perspectiva de profundización de la democracia y no desde una perspectiva de caer en una tentación autoritaria.

Juan Diego Mejía: Diste un concepto que me parece muy interesante, que me gustaría que Bernardita nos ayudara un poco, porque creo que hay una clave, y es el derecho a la ciudad, creo que es un concepto que es de Lefebvre, eso lo han tomado varios filósofos y varios pensadores de lo social, pero me llama la atención, porque creo que ahí hay una clave para temas como la cultura ciudadana. La cultura ciudadana, si se mira como una necesidad de cumplir unas normas, hay muchos ejemplos que han mostrado cómo la gente cumple unas normas por un tiempo, pero ese cumplimiento de la norma al parecer se apaga cuando se va el gobernante. En Bogotá pasó eso, la capital es una selva hoy y durante un tiempo le hacían caso a las intervenciones de Mockus, con los mimos para que pasaran las cebras. Pero yo creo que la clave para que entendamos lo que debe hacer la ciudad y lo que debe ser un ciudadano, es reconocer ese derecho a la ciudad. Bernardita ¿es algo utópico plantear el derecho a la ciudad como una obligación que tiene el Estado de reconocerle a todas las poblaciones

minoritarias y mayoritarias, a todas las culturas que existen en una sociedad, su derecho igualitario a la ciudad?

Bernardita Pérez: Dame una licencia sólo un minuto para complementar algo que dijo ahora Max, que me parece muy importante. Además de los autoritarismos modernos, que es una crisis global, comparto totalmente la idea, hoy vivimos algo aún más crítico y que pertenece completamente a nuestro siglo —porque todos los que estamos acá somos del siglo xx, somos del siglo pasado— y es que todo es una mercancía, la ley es una mercancía, hemos convertido el mundo en mercancía, y nos comportamos como tales. Eso es algo que es importante para esta conversación que estamos teniendo, por todos los lados y por todos los ámbitos de nuestra vida entran mercancías y un trámite, por ejemplo, de la construcción de una ley para reconocer y aprobar un derecho, se tramita como una mercancía que se vende y se negocia. Miren ustedes el eslogan gubernamental de la educación: “Ser pilo, paga” tiene un valor, es cuantificable, ya sobre ese tema hemos hecho muchas discusiones últimamente, dado que la universidad pública se está quedando sin presupuesto, no propiamente por el “Ser pilo paga”, sino porque fue un recurso inventado muy adecuadamente para las universidades privadas. Pero vamos a ese punto de la cultura ciudadana.

Max mencionó un término que es muy importante, “la contra mayoría”, porque voy a recordar la ley que pretendió tramitar Viviane Morales en el Congreso, sobre los límites a la adopción, por ejemplo, para una persona divorciada, soltera y, obviamente, la discusión un poco más difícil de dar, si las parejas homosexuales podrían o no adoptar, pero ella lo veía y definía como: “Nosotros somos la mayoría, los cristianos en este país somos la mayoría”, es decir, como un entendimiento de que los derechos son reclamos contra mayoritarios. La Constitución política de 1991 colocó dentro del texto normativo, una de las utopías más grandes que los seres humanos podamos aspirar, “el pluralismo político”, donde todos y todas quepamos sin ningún distingo de raza, sexo, opinión, religión, condición; esa es la utopía mayúscula no realizada, pero que se busca realizar, y pienso que la construcción de una cultura ciudadana

tiene que pasar necesariamente por esa utopía, todos y todas tenemos que caber, y por supuesto, eso es un ideal, es una utopía, porque no es la realidad, pero, si el derecho tiene algún sentido en una sociedad es que proyecte esa aspiración a un deber ser.

Quiero citar a un autor francés, con un premio Nobel de Medicina muy importante, porque me parece maravilloso para lo que estamos discutiendo, se llama François Jacob y escribió una obra bellísima titulada *El juego de lo posible*, es una obra de ciudadanía que se las recomiendo. El señor hace un estudio científico, pero para nosotros los profanos de las grandes teorías científicas, uno se lleva una sorpresa cuando lee el libro, porque en el último capítulo él dice: “Hablando de la vida humana creo que hay un invento que a mí me parece el más grande de todos, y el invento lo hizo la política, no la ciencia, fue la política la que inventó sólo dos palabras: la libertad y la igualdad. Si no nos hubiéramos inventado estas palabras, la vida humana no sería posible, porque si todos los seres humanos perteneciéramos, por ejemplo, a la misma raza, con toda seguridad ya hubiéramos desaparecido, es en lo plural que se realiza la existencia humana”, esa es su conclusión, y me parece muy interesante traerla acá, porque yo personalmente estoy convencida de que es la única posibilidad que tenemos de luchar en pro de esa realización, y ahí tiene que centrarse la cultura ciudadana, en la realización de esos valores.

Juan Diego Mejía: Max, ¿cuál es el papel que debe tener el Estado en el reconocimiento de esa libertad e igualdad?

Max Yuri Gil: Es indiscutible que en nuestros ordenamientos políticos, el Estado tiene una condición de garante, que no puede dejarse en manos del mercado. Considero que el invento que nos hicimos en el mundo moderno del Estado, como un intento por construir una instancia de regulación y de tramitación de las conflictividades, buscando la protección del bien común, es un invento que tiene falencias y que en muchos casos ha devenido en autoritarismos o ha permitido un ejercicio arbitrario del poder; ahí hay una discusión larga porque hay teóricos que consideran que la violencia del Estado es una situación excepcional, otros que la consideran consustancial a la construcción del orden,

teniendo en cuenta toda la reflexión de Foucault sobre los mecanismos de disciplinamiento y las instituciones. Considero que realmente es difícil imaginarnos que en la sociedad podamos construir en lo inmediato unas formas de relacionamiento que no requieran una mediación, una suerte de protección que, de alguna manera, está encarnada por el aparato institucional y es esa estructura la que tiene la obligación de cumplir esa función de distribución en la sociedad, me parece que en esa medida el recorte del Estado es grave. Por ejemplo, uno de los cambios más dramáticos y que creo que más ha afectado la condición de ciudadanía es la transformación de los derechos sociales en servicios: el ciudadano ya no es un sujeto que tiene derechos sino que es un consumidor que compra servicios. Entonces, si usted tiene capacidad adquisitiva compra medicina prepagada, pero si no tiene dicha capacidad, pues le toca Sisben o Régimen contributivo, con unas enormes diferencias, y lo mismo pasa en la educación y el acceso a otras cosas.

El Estado se quitó del campo de los derechos, eso se lo dejó al mercado; un poco con esa idea es que el Estado es ineficiente y el mercado se autorregula, que la mano invisible funciona de manera adecuada. Todos sabemos que la mano invisible del mercado —de la que hablaba Smith— lo que genera es concentración, y lo tenemos claro hoy con un trabajo investigativo, por ejemplo, como el de Thomas Piketty sobre la evolución de las rentas en el mundo, el cual demuestra que lo que hemos construido es un mundo profundamente inequitativo. Lo que reflejan los informes de Oxfam cada año, que presentan en las reuniones de Davos, es que el mundo no tiene un problema de recursos, sino de distribución de recursos. Yo opino que el debilitamiento de los Estados ha sido una de las peores cosas que ha pasado en esa medida, porque lo que ha hecho es dejar un conjunto de campos a la regulación del mercado y de los agentes privados y eso ha significado deterioro de las condiciones de vida y de las posibilidades de muchas personas.

Acá en Colombia tenemos un caso evidente, el deterioro del sistema de salud. Yo recuerdo que Alejandro Gaviria ha planteado que es mucho mejor tener Ley 100 de 1993 que lo que teníamos antes, porque había

muy poca afiliación al sistema de seguridad social, que la gente iba al médico privado y puede que eso llegue a ser posible, pero lo que creo es que es indefendible hoy el sistema de EPS. Todos nosotros vivimos lo que eso significa, en materia de lucha por el derecho a la salud, el deterioro de la calidad, la apuesta por destruir el sistema público de salud, y creo que eso pone en evidencia que dejar esas áreas en manos de agentes particulares significa pérdida de la noción de derechos. Para muchas personas, yo me imagino que para una buena parte, por ejemplo para los jóvenes, la salud hace mucho tiempo que ya no está asociada como un derecho, ni la educación, ni el empleo, ni la seguridad social, y creo que esos han sido los aspectos en donde infortunadamente hemos perdido por la vía de la adopción del modelo neoliberal.

Juan Diego Mejía: Bernardita, en un momento dado, cuando empezaste hablar dijiste: “no es que la ciudadanía esté en crisis, sino que no hay una ciudadanía de la que pudiéramos ni siquiera hacer un juicio”.

Bernardita Pérez: Ojalá estuviera en crisis, porque eso significaría que habíamos tenido ciudadanía, pero creo que, como el tema de la corrupción de las Altas Cortes, yo dije recientemente en un evento algo similar y a las personas que estaban conmigo les pareció como un chiste cuando les pregunté: “¿a ustedes les parece que hay crisis en la justicia?, a mí no me parece. Que haya cuatro, cinco, veinte o cien delincuentes en la justicia, muy grave, eso no está bien. Lo grave es que no los condenemos, eso sí es grave, esa si es la crisis de la justicia. La crisis de la justicia es que los ciudadanos no tengamos acceso a la justicia, ¡eso sí es una crisis! Entonces, en este punto, no hemos logrado construir una ciudadanía, porque ni siquiera esa consigna francesa del que puede ir a votar, porque por cierto, en esa metáfora de una ciudadanía capaz, el que podía ir a votar era aquel ciudadano libre, no el ordeñador de la vaca, porque ese tenía que levantarse a las dos de la mañana, cuidar la vaca para ordeñarla a las cinco, soltarla, ir a cortar el pasto y a las tres de la tarde volverla a ordeñar y se va a acostar a las siete de la noche, él no tiene tiempo de nada. Los franceses hablaban del liberal, burgués pudiente, que podía sacar el tiempo para pensar en lo público. Hoy

reclamamos estas nuevas ciudadanía a las que nos hemos referido, pero, por supuesto, se necesita un sujeto activo, no un televidente que está esperando los comerciales para ver qué está de moda.

Necesitamos un sujeto activo, pensante, reflexivo, crítico de la vida en su ciudad; por eso son ciudadanía más reducidas, no es la de los colombianos. Además, quiero llamar la atención sobre otro hecho, que quizá mañana o pasado mañana esté en los titulares. La Corte Constitucional estaba discutiendo antier y ayer, quizá saldría en el curso de hoy, una decisión en la que obliga al Estado colombiano a suministrarle salud a aproximadamente 250.000 venezolanos que hay en el país. Y yo quiero que ustedes se hagan una reflexión que vamos a escuchar: ¿no tenemos salud para los colombianos, para que se las demos a los venezolanos! Esa es una idea de ciudadanía asociada a un territorio, y por tanto debería ser para nosotros los colombianos. Esas son las ciudadanía que nos tenemos que quitar un poco de la cabeza. Eso lo decía un conservador de la revolución francesa, Joseph de Metz: “Yo no he visto un hombre en ninguna parte, yo he visto franceses, ingleses”, porque era su concepto. Entonces no es de los colombianos, y lo vamos a oír muy pronto. Justamente ahí puede haber un ejemplo del día, de esa necesidad de construir esas nuevas ciudadanía, pero tenemos que empezar a hacerlo. Entonces yo no veo la ciudadanía en crisis, veo la crisis en que no hagamos nada al respecto.

Juan Diego Mejía: Me gustaría saber qué piensas Max, de que si estamos en crisis o no.

Max Yuri Gil: Yo creo que sí, pero creo que hay que dar una explicación, digamos, sobre en qué consiste la crisis. Infortunadamente, creo que hay dos elementos que quiero destacar: la idea de democracia y el poder de las emociones; la democracia como modelo de organización del poder político y como forma de toma de decisiones en la sociedad, que ha tenido un profundo deterioro, sobre todo, porque la democracia se redujo a un procedimiento electoral rutinario. Esa idea de que el pueblo crítico, informado, sujeto con uso de la razón, elige a sus gobernantes para que sean los mejores y cumplan unos determinados proyectos, eso se vació de contenido y quedó siendo un ritual. Por ejemplo, trayéndolo

a nuestro caso, estaba pensando en el 2 de octubre del año pasado, cuando fue el Plebiscito. Lo primero que habría que decir es: un 65% de abstención, o sea, el 65% de la gente que podía votar dijo: “a mí eso no me interesa”. A lo mejor, porque no había muchas ofertas de tamales y de favores para los electores, pero la verdad es que era un tema fundamental, era la decisión sobre el proyecto de paz con las FARC, y no logró atraer la atención. Hay más razones, sí, pero no logró atraer la atención del 65%. Además, una buena parte de quienes votaron especialmente por el No, lo hicieron bravos, “emberracados”, diría una fuente confiable. Yo quiero llamar la atención sobre eso, porque yo participé en la discusión y la promoción del Sí y me encontraba con dos situaciones que me llamaban mucho la atención. La primera, el debate difícilmente era un debate de argumentos, el debate era muy apasionado y estamos en medio de ello, por eso lo quiero poner un poco para la discusión. Por ejemplo, recuerdo una señora en Castilla, una señora de un grupo de tercera edad, y yo estaba allá presentando el acuerdo y la señora dijo: “Eso son mentiras, porque les van a pagar 1.800.000 pesos”. No señora, vea el acuerdo aquí. “Es que yo no le creo ni a usted, ni a ese presidente enmermelado, aliado de los terroristas”. ¿Usted cómo discute eso? ¿Cuáles son los argumentos que se pueden intercambiar ahí? Creo que en ese sentido, esto nos pone frente a una pregunta y es ¿cuál es el papel de las emociones hoy en día? Nosotros tenemos más capacidad de hablar y de abordar la discusión alrededor de los argumentos, pero los seres humanos no sólo somos argumentos y razón, cada vez es más evidente el papel de las emociones. Usted lo ve en el Brexit, usted lo ve en la elección de Trump, lo ve en el No en Colombia, lo vamos a ver ahora, lo estamos viendo y lo vamos a ver con más fuerza en la campaña electoral del año entrante (2018). ¿Qué hacemos frente a eso? ¿Cómo abordar las emociones del ciudadano?, ya no es solamente la dimensión racional, sino cómo trabajar para neutralizar emociones negativas, el odio, la rabia, la venganza y ¿cómo promover unas emociones un poco más compatibles con la democracia?

Juan Diego Mejía: A mí me gustaría cerrar con algunas salidas, se me ocurre esta vía. Ustedes dos han hablado de los seres que tienen que

trabajar y pensar solamente en la supervivencia, un poco lo que plantea Marcuse con *El hombre unidimensional*. Creo que a pesar de que él hablaba del primer mundo, eso también aplica para nosotros, nuestra gente, tal vez un 65% o más de lo que se cuenta en esas elecciones, no tiene tiempo para pensar en nada, no tiene aire en sus conversaciones; pero yo tengo un sesgo y es que pienso que si trabajamos porque haya ese derecho a la cultura, podríamos enriquecer las conversaciones de la sociedad y podría romperse ese círculo del ser unidimensional. ¿Habría otra fórmula que no fuera esa que estoy planteando, de propiciar una expresión más libre de todas las culturas, de todas las que hay en nuestra sociedad, ya que no hay una sola, sino que son muchas y todas de igual valor?

Bernardita Pérez: Yo creo que nuestra cultura occidental nos dio una enseñanza un poco perniciosa, y voy a usar una metáfora que usa Estanislao Zuleta en el *Elogio a la dificultad*. Él empieza diciendo algo como: “Qué pereza un mundo perfecto, realmente al sacar a Eva y a Adán del paraíso nos hicieron un favor”. Voy a usar esa metáfora para decir esto: nuestra cultura occidental nos enseñó históricamente un proyecto profundamente paternalista. “Vendrá un mesías que arreglará todos los problemas de la humanidad, espérenlo que él vendrá”. Para los cristianos el mesías llegó, pero los judíos tienen otro argumento, hasta buenísimo: “Miren el desastre del mundo, no ha llegado el mesías”. Entonces tenemos una cultura mesiánica, y la sociedad y la cultura se construyen con elementos muy simples.

Pero miremos otro ejemplo de construir ciudadanía. Vamos a usar la vereda de un municipio cercano a nuestra ciudad, por ejemplo en Copacabana hay una vereda que quiere construir un acueducto para cuidar sus aguas. Entonces los mismos campesinos se reúnen a buscar la forma de construir un acueducto veredal y buscan los medios, acuden a EPM, a la municipalidad correspondiente, y ahí se construye un liderazgo muy parroquial en una vereda, y de pronto en esa vereda aparece una casa comunal y la vuelven una especie de club social, en la que no sólo van los señores campesinos que lideran su acueducto, sino

que también van las mujeres —y las mujeres que no sé si es la naturaleza o nuestra realidad, como también nos criaron con muñecas desde niñas y con los trastos de la cocina, siempre andamos pensando en la casa y en la familia—; entonces ya las mujeres se reúnen y piensan también en el proyecto educativo de la escuela, para que llegue el bachillerato para sus hijos. La sociedad se debe construir así, no con un salvador que viene a redimir al mundo, esto se va multiplicando y entonces por eso llegamos a una gran marcha en la Plaza de Bolívar en Bogotá, reclamando, por ejemplo, derechos para grupos socialmente muy maltratados y discriminados, y entonces esas marchas no las lideran solamente esos grupos discriminados, sino otros movimientos sociales que entienden que puede haber otras discriminaciones y llegan allí. Por tanto, sí hay cosas por hacer y es en nuestro pequeño mundo, este proyecto que ustedes tienen acá, es eso. Por ejemplo, ¿cuántos Paraninfos hay en Latinoamérica?, preguntémosnos eso, hay muy pocos como este. Cuando se construyó ¿qué pretendía reflejar?, miren la estructura. Esto es un proyecto de civilidad y de construcción de cultura y cada vez veremos este Paraninfo más lleno. Yo creo que se trata de eso, es con pequeñas causas, no hay una causa mayúscula que venga alguien a hacérnosla. Bajémonos del paternalismo, no hay un padre que nos dé todo ni nos haga todo.

Juan Diego Mejía: Muy bien, gracias. Max danos tu concepto final.

Max Yuri Gil: Yo creo que en la misma línea que plantea la profesora Bernardita, uno ve algunos signos en el planeta muy preocupantes. Elecciones en Alemania hace dos semanas, es la primera vez que una fuerza neonazi llega al Parlamento alemán con una bancada importante; lo de Trump y algunos otros signos que uno va viendo. Nuestra misma historia en este país, el dolor de ver todos los días los asesinatos de líderes sociales y este fracaso, casi frustración, de la esperanza de que el proceso de paz se implementara de manera adecuada. La única opción que nos queda es persistir, creo que hay que rescatar un poco la posibilidad de creer que el mundo puede ser distinto, y la clave de lo que la profesora nos decía, es importante en el sentido de que no van a ser las grandes

revoluciones y las grandes transformaciones, sino que será la sumatoria de pequeños esfuerzos en formación ciudadana. Yo creo que esa idea de seguir trabajando en formación de sujetos con valores democráticos hay que mantenerla y creo que el movimiento social de mujeres en el mundo nos ha enseñado un poco eso: es la sumatoria de pequeñas conquistas, de pequeños esfuerzos que han ido transformando el mundo.

En ese sentido, me parece que hay que tomar eso como un referente, pero, en segundo lugar, creo que hay dos asuntos que tendremos que prestarle mayor atención. Lo nombré ahora, y es el tema de las emociones, ¿cómo se trabajan las emociones?, ¿cómo formamos emociones democráticas favorables a la convivencia, al respeto, al intercambio en pie de igualdad y reconocimiento? eso ¿cómo se forma? En una sociedad no solamente planetaria, sino la nuestra, en la cual el autoritarismo y el uso de la violencia están tan bien vistos; es una cosa tremenda la “medellinidad” y la condición paisa es muy cercana a unos valores contrarios a la democracia. Lo abordaba Mauricio García hace poco, hablando de la característica del mito antioqueño, llamando la atención sobre esos valores que han sido tan fuertes, del avivato, del uso de la violencia, del enriquecimiento. Después nos preguntamos cómo fue posible que Pablo Escobar naciera en esta sociedad con esa matriz cultural. Entonces creo que ahí hay una pregunta por eso. La otra, que creo que hay que pensar, tiene que ver con el tema de los medios, que considero es un asunto importante para pensar; sabemos toda la dificultad que tiene la promoción de ciertos mensajes en los grandes medios masivos, a eso toca hacerle frente con la promoción de mensajes y poner a circular mensajes a través de otros canales. Hoy en día las redes sociales y medios alternativos son una opción, y creo que el tema de la disputa en el ámbito cultural para la construcción de sujetos es otra de las claves que tenemos que pensar.

Juan Diego Mejía: Bueno, demos la palabra a algunas personas que quieren intervenir. Empezamos con una pregunta de una persona que nos está viendo a través de *streaming*. Ella dice: “desde esa perspectiva de ciudadanía y derechos ¿vale la pena pensar las ciudadanías diferenciadas

como una alternativa a la crisis, fortalecer y resignificar la ciudadanía de las mujeres, de niños y niñas de las poblaciones afro e indígenas, LGBTI, jóvenes, etc.? o ¿esas diferencias podrían ser o han sido el detonante de nuevas crisis ciudadanas?

Bernardita Pérez: Podríamos decir que esas ciudadanías que llamas diferenciadas, tienen que ser incluyentes, pues no podemos hacer ciudadanía separada, porque sería como lo que un día dijeron los gringos: “los negros sí tienen derechos, pero separaditos en un gueto”. Lo interesante del proyecto que tenemos que liderar y abanderar es que sea incluyente. Son todas esas ciudadanías, porque hacen parte del pluralismo político, pero incluyentes. No es que entonces “démosle derechos a los indios”, pero con los indios aparte, por allá en sus comunidades, ¡no!, que sea incluyente. Que nos reconozcamos como diferentes, pero conviviendo juntos en sociedad.

Max Yuri Gil: Retomando lo que plantea Bernardita, incluyente sí. Rescatando que si tratamos de la misma manera poblaciones que parten de lugares distintos, mantenemos la inequidad y ese es el punto clave. Si tratamos de manera igual a todos, sin dar cuenta de las diferencias, eso perpetúa la inequidad. Yo creo que el tema de las mujeres es muy evidente, ahí hay discusiones grandes, por ejemplo de qué hacer, si leyes de cuotas o cómo es que hay que abordar eso. Lo que está claro es que el feminismo liberal se quedó cortico, que hay que hacer mucho más que voto y libertades, pero me parece que el tema de las mujeres ha dado algunas pistas, y una que es muy interesante para nosotros es ¿qué tendríamos que hacer de manera específica con las víctimas de la violencia para reparar y restituir su plena dignidad humana? Hay cosas que no hemos dicho, un poco repitiendo lo que se ha desarrollado en el mundo que es verdad, justicia, reparación integral, garantías de no repetición y creo que lo que queda claro ahí, es que, a las víctimas hay que brindarles un tratamiento diferencial, porque si tratamos a las víctimas igual que a los pobres históricos, por ejemplo, no resolvemos la situación.

Asistente 1: Yo creo que habría que empezar a trabajar un aspecto cuando se tiene miedo, el miedo en nuestros dirigentes. Cuando la

Constitución del 91 plantea la participación y cuando vemos en los momentos actuales que se sigue con esa visión representativa de la Constitución del 86, cuando vemos lo que fue el Presupuesto Participativo aquí en Medellín, cuando viene el nuevo alcalde y lo cambia, porque no quiere que se le meta mucha gente a opinar. Entonces, en ese sentido, uno ve que mantienen como figura la Constitución del 91 en lo participativo, pero sus procedimientos y actuaciones están enmarcados dentro de esos resabios de representación que dio la Constitución del 86; les da miedo darnos participación, porque lo que hacen es pelearse el presupuesto y alimentar ladrones. Entonces creo que habría que empezar también, no desde la ciudadanía hacia los dirigentes, sino mirar cómo nos tratan los dirigentes, con ese miedo de darnos participación porque, digamos, estamos —se supone— quitándoles poder a ellos. Por eso considero que valdría la pena mirar un poco lo que está aconteciendo en Colombia, cuando empiezan a restringir, cuando en el momento dicen que no hay presupuesto para este tipo de personas, que están pidiendo soberanía, pidiendo al estilo de Cajamarca, que se les dé la posibilidad de planear sobre su territorio, cuando el Estado decía que el territorio era de ellos. Ya no hay presupuesto para que ellos definan, entonces creo que valdría la pena mirar el miedo de los dirigentes frente a las comunidades.

Juan Diego Mejía: Muy bien, vamos a recoger varias preguntas y los ponentes después harán los comentarios.

Asistente 2: Hay un asunto que a mí me parece importante discutir y es ¿cómo generar en los sujetos, como tal, esa necesidad o ese interés por la participación y la manifestación de ellos mismos como ciudadanos? Hay un aspecto que siento no se trabajó a profundidad, claramente por cuestión de tiempo, fue el tema de la territorialidad ¿cómo la territorialidad y la construcción de espacios públicos pueden llevar precisamente a la generación de esas ciudadanías? El siglo XXI me entregó la posibilidad de ser un ciudadano del mundo, pero sigo votando en Envigado, porque vivo y pertenezco allí. Es entender que la territorialidad no es un asunto de la pertenencia a un Estado, sino el desarrollo tanto personal como económico, social y político de ese

espacio que se habita y mirar cómo el espacio público entra a reivindicar al ciudadano precisamente como eso, como ciudadano.

Asistente 3: Buenas noches, mi pregunta va dirigida para la profesora Bernardita. Al principio de su exposición hizo alusión y referencia a Aristóteles, pero me gustaría que nos diera su visión o lectura de lo que es la evolución de la palabra democracia, partiendo de cómo la concebían los antiguos griegos. De cómo más adelante a esta época contemporánea, la plantea Alexis de Tocqueville en su libro *La Democracia en América*. Me parece que sería importante, porque hemos hablado sobre las conquistas de las sociedades, de los seres humanos. Entonces algo debe ir de la democracia que plantea Alexis de Tocqueville en América, con relación a la democracia como la concebían los maestros de antigüedad (Aristóteles, Sócrates), pues en nuestra sociedad, en nuestro país, la democracia ha sido “perrateada” —pido disculpas por utilizar este término tan brusco—, porque realmente si analizamos el desarrollo de lo que ha sido la democracia en nuestro país en estos últimos 200 años, lamentablemente hay que decirlo así, porque no podemos estar con eufemismos y disfrazando las cosas.

Asistente 4: Hablando de la educación, planteaba Francisco José de Caldas cómo debería ser la educación: juntar a los ricos con los pobres, que los no sé quién con los no sé cuáles, porque en términos de hoy, en los lazos de solidaridad es que se generan las potencialidades, entonces mi pregunta es, ¿es seguro que con esas solidaridades que dice Caldas, hayamos generado democracia?

Asistente 5: Buenas noches, escuchándolos percibo que la palabra construye. Entonces escuché términos como ciudadanía, paternalismo, y yo me pregunto varias cuestiones: en la cotidianidad material un padre que no le garantiza el lugar en mínimas condiciones, una ciudadanía en la que los que obedecen, que somos la mayoría, no tenemos derecho a absolutamente nada; cuando hay una cultura de dominación que es la que programa masivamente para saber qué se hace, competimos entre nosotros y dejamos los privilegiados quietos; entonces en un concejo, aquí quitan el agua y eso es normal y natural, no garantizan el empleo

y es normal y natural. No hay ningunos derechos y obligaciones, tenemos un papá que no nos da, un papá que nos deja morir de hambre, un papá que no nos brinda educación, yo no entiendo por qué no se toca la relación de poder, de patriarcado y las creencias. Nos matamos entre nosotros, las cosas alternativas que hacen: un operador viene cobra la plata y al emprendedor no le dan nada, acaso no se está reproduciendo la relación de poder que siempre nos han impuesto, ¿cuándo vamos a invertir eso? Porque yo veo que en todas partes se sigue reproduciendo exactamente lo mismo.

Asistente 6: Quisiera aprovechar que conozco más o menos el recorrido de ustedes, frente a los derechos humanos y a esta situación y, obviamente, no me van a dar una respuesta concreta y absoluta, pero veo que nadie tiene una respuesta frente a esa manía de estar pidiendo derechos de la ciudadanía y me parece que deberían tomar en serio cómo modificar eso, ¿en qué sentido?, lo ilustro de manera muy rápida. Tal vez ustedes supieron de la señorita que fue retenida en China por tener consigo drogas, a un amigo que le dije que fuera a Guangzhou, me respondió: “pero es que allá a la gente que roba le cortan las manos” y yo le decía: “es muy normal, es una ley draconiana, llamémoslo así” y ¿qué pasa?, ¿por qué menciono esto?, porque el señor tiene razón, de pronto dirá: “es que el alcalde es timorato a la hora de hacer participación en el presupuesto participativo”, pero ¿es que uno cómo va a permitir que una cantidad de bandidos se apoderen de ese presupuesto, como lo estaban haciendo, hasta donde se tiene entendido! Entonces rápidamente lo que quiero es un bosquejo, una explicación, una idea, porque en verdad es preocupante esa manía de estar diciendo: “yo tengo derecho a esto, derecho, derecho” y aquí nadie habla de que hay que cumplir los deberes, hay que respetar, y pues qué pena mencionarlas específicamente, pero me refiero a zonas como El Poblado, Laureles y algunas de Envigado, donde uno acude a ciertas reuniones y se escucha mucho eso, la indignación de esas capas sociales que están en estrato 4, 5 y 6 indignados sobre la manera que tiene el pueblo de pedir derechos. Es deme, sosténganme, y me parece que deberían —no sé si sea posible—, reeducar a la sociedad

desde cero, pero me parece que el problema también es ese, que si no hay una sociedad educada, es muy difícil entender la situación y, como dijo Jorge Enrique Robledo hace poco: “no, es que yo no me meto en política, pero la política sí se mete conmigo”, una frase que me supo llamar la atención.

Bernardita Pérez: Como me dieron la palabra en primer lugar, entonces le dejaré la tarea más difícil a Max; para algo sirven los movimientos feministas, que de hecho ha sido el único reclamo de derechos, la única conquista histórica de derechos, sin acudir a la violencia y sin muertos.

Voy a engarzar varias preguntas, la suya con la del señor: su propuesta del miedo con la señora específicamente: ¿por qué dejamos que los políticos, por ejemplo, se adueñen de lo público y lo vuelvan su finca, y se vuelvan como propietarios en términos de un finquero, rico, propietario del Estado? Los ciudadanos tenemos miedo a reclamar, pero los políticos también tienen miedo a perder eso que han adquirido históricamente. El nazismo, por ejemplo, se construyó a partir de una política del miedo; miedo y violencia son dos caras de una misma moneda, entonces tenemos miedo los ciudadanos, pero créanme que cuando los ciudadanos perdemos el miedo y nos enfrentamos a la autoridad, más miedo tiene la autoridad y ahí es donde surgen las conquistas ciudadanas.

Voy a decir algo con referencia a su preocupación de que reclamamos, pedimos y pedimos tantos derechos y no cumplimos los deberes, pero el que pide derechos y no cumple los deberes, no sabe lo que es un derecho, porque el derecho también es una moneda que tiene dos caras. Si yo tengo conciencia de mi libertad de expresión y me fascina ese derecho, tengo que respetar la suya; entonces quien tiene conciencia de los derechos y se los toma en serio, tiene conciencia de los deberes.

Por tanto, es más pedagógico enseñar sobre los derechos que sobre los deberes, porque cuando se enseña sobre un derecho hay que transmitir que un derecho comporta deberes; no tenemos un padre misericordioso que nos otorgue derechos, es que lo seres humanos tenemos derechos y tenemos que atrevernos. Voy a utilizar la frase de

Kant, que es maravillosa, qué es de la Ilustración: “Atrévete a conocer, a saber el mundo y asumirlo por ti mismo”, pero eso necesita de un bagaje, eso necesita de una cultura, precisa de un conocimiento. Ese filósofo lo dijo en los tiempos en que se había acabado de construir la Enciclopedia, con el valor que tuvo para Occidente.

Y como el señor me hizo una pregunta específica sobre la noción de la democracia de la antigüedad hasta nuestros días, que es la obra de Alexis Tocqueville —ese señor (Alexis de Tocqueville) es un personaje muy interesante, nació en el tumulto de la Revolución francesa y en los años treinta y tanto del siglo XIX, hizo un viaje a América, porque a él le llamaba mucho la atención ese modelo americano tan maravilloso, esa Constitución tan extraordinaria de los gringos, pero allá se llevó la sorpresa del concepto de democracia americana y es lo que él escribe en esa maravillosa obra, que se las recomiendo; pero voy a hacer una recomendación más modesta, hay una fundación española que se llama Juan March, allí se dictan unas conferencias hermosas sobre política, ahí hay una sobre Alexis de Tocqueville extraordinaria, está en YouTube, se la gozan en una hora y aprenden mucho sobre este personaje—. Entonces Tocqueville se lleva una sorpresa en Norteamérica, porque él llega y empieza a recorrerla y va a muchas partes y lo atienden muy bien, entonces él está maravillado y escribe sobre la democracia en América, del respeto hacia el otro y empieza a hablar con la gente sobre por qué no le han preguntado a qué vino y dice: “yo hablo otra lengua, casi no entiendo la suya, soy distinto a usted y ustedes no me preguntan ni qué hago, ni para dónde voy” y las personas empiezan a contestarle: “es que mientras usted me pague las cuentas, yo no me meto con usted” y afirmaba después: “oiga, pero qué maravilla, usted como es de solidario con el vecino, ¿por qué es tan solidario?”, a lo que la gente respondía: “porque un día voy a necesitar de él y él me va a socorrer a mí”. Un concepto instrumental de la democracia y por tanto Alexis va a criticar fuertemente el modelo americano. Esto para reducirlo a lo que entendemos hoy, como lo debemos entender en el mejor sentido, como un diálogo permanente entre mayorías y minorías. Entonces,

por la posición mayoritaria vamos a adoptar una ley en el país, de si debemos o no, declararnos confesos de un credo religioso, ¡Urra! Somos mayoría los católicos y ya ganamos esa ley, no, es que ese tema tiene que ver con la conciencia, no está en el debate mayoritario. Miren que esas son las reflexiones que tenemos que hacer, a la gente no le podemos preguntar qué opina sobre mi conciencia, sobre eso sólo opino yo, por tanto, ese tema no es opinable. Miren que en el concepto de democracia de hoy, sacamos unos temas de la agenda pública, porque ya no le podemos preguntar hoy a los ciudadanos ¿usted está de acuerdo que los afrodescendientes tengan los mismos derechos?, eso no lo podemos preguntar, porque la población estaría inclinada a decir que no.

En ese sentido, hay unas reconfiguraciones de la democracia muy importantes y, para aprovechar las preguntas de ustedes, les digo con calma, atrevámonos. Frente al paternalismo, desafiamos y retamos a todos los padres, porque eso fue lo que hicimos cuando fuimos adolescentes también, desafiamos a nuestros padres en nuestra casa y un día dijimos: “¿saben qué? Ya no les tengo miedo”. Cuando retamos a nuestros padres y les dijimos eso, esa figura paterna empezó a removerse también, eso es lo que tenemos que hacer en el ámbito de lo público, la verdad es que yo los veo bastantes temerosos; esa señora, Margarita Restrepo (congresista del Centro Democrático que mandó a “callar” a Claudia López) debe tener mucho miedo, esa señora no tiene lenguaje, entonces tiene que usar la violencia y esa señora acudió a una cultura de infundir el miedo, amordazar a aquellos políticos que los retan a una política como la que ella quiere proponer, entonces ella los pone casi en un tono cadavérico y, entiendo que fuera de esa discusión en redes sociales, lo que dijeron fue: “vamos a llenarle la boca de moscos”. Tienen mucho miedo, entonces atrevámonos.

Max Yuri Gil: Voy a pasar por unos puntos que ya abordó la profesora y otros de forma más específica. Sobre el tema de participación que la primera persona preguntó, se supone que la participación ciudadana tiene que ver con mecanismos y procedimientos, para que esos sujetos de derechos puedan participar en los debates públicos y en el espacio público. De las grandes virtudes que le atribuimos a la Constitución del

91 es el cambio de un modelo de democracia representativa a democracia participativa, pero 26 años de la Constitución del 91 dejan en claro que tenemos un problema grave de desarrollo del modelo de participación que planteó dicha Constitución. Les pongo dos ejemplos sobre eso, el primero: el punto dos del acuerdo entre el Gobierno y las FARC justamente dice, que hay que recuperar el espíritu participativo de la Constitución del 91, porque lo planteado allí no se ha logrado desarrollar en buena medida. Por ejemplo, ningún alcalde ha sido revocado, tenemos ley de participación ciudadana desde 1994 y ningún alcalde ha sido revocado. La inmensa mayoría de los municipios no cumplen con los cabildos abiertos, las iniciativas ciudadanas en general no logran tener el eco suficiente para ser incluidas y aprobadas. La democracia local sigue estando cooptada en muchos territorios, ya sea por el clientelismo o por los actores armados. Pero en el punto dos del acuerdo, y ustedes podrán haber oído en las noticias, el intento por ejemplo de reforma política está en graves problemas, la creación de las circunscripciones territoriales de paz, la lucha contra la estigmatización; entonces da una sensación un poco amarga pensar que el discurso de la participación ciudadana ha tenido muy poco desarrollo y el tema del presupuesto participativo —difiero un poco de la apreciación que hace el compañero sobre que eso está tomado por bandidos—, yo creo que hay casos graves de capturas de los recursos públicos por grupos armados, pero me parece que el problema principal es que el presupuesto participativo se desvirtuó: de ser un procedimiento a través del cual se sometía a consideración de la ciudadanía la destinación de unos recursos públicos, se convirtió simplemente en un mecanismo de intercambio entre la alcaldía y unos grupos de líderes que se volvieron contratistas del Estado. Y entonces hoy en día, cuando usted lleva un proyecto de presupuesto participativo de la comunidad, la ejecución y los liderazgos se enfrentan, no por el modelo del proyecto que hay que desarrollar, sino por la contratación de los refrigerios, del sonido, de las sillas, del aula comunal, y creo que no se trataba de eso. Ahora el riesgo es, como dicen, que botemos el agua con el niño adentro, entonces decir que quitemos los presupuestos participativos me

parece un error, dado que es un logro en materia de participación ciudadana y habrá que hacer los ajustes al respecto.

En segundo lugar, considero que el tema de los territorios es bien importante, creo que cada vez entendemos más que el territorio no es solamente un espacio físico, sino que es un constitutivo del sujeto y al pensar la inserción del sujeto en el territorio, las relaciones con el entorno son fundamentales. Hoy en día, por ejemplo, tenemos mucho más claro que la forma como nos relacionamos con la naturaleza es contraria al sostenimiento de la especie en el planeta; es decir, si seguimos viendo la naturaleza como una cosa para someter, para dominar y no pensamos un poco en una perspectiva más integral, pues la verdad creo que está en duda que podamos seguir viviendo en ella. Pero, por otro lado, querría llamar la atención sobre una expresión que usted utilizó, porque es parcial, ¿son ciudadanos del mundo?, sí, culturalmente son ciudadanos del mundo, pero a la hora de la realidad están las visas, están las fronteras, están los controles, entonces también eso es parcial, o sea, los que son del mundo son las mercancías, los capitales, las personas no; eso es difícil, acabamos de ver la política migratoria en Estados Unidos, lo que está pasando en Europa con los migrantes, entonces es parcial la concepción de ciudadanía planetaria.

En tercer lugar, a propósito de un comentario sobre la educación. Yo creo que la educación en la modernidad ha tenido mucha sobrecarga de expectativas, ese era el mecanismo de socialización por excelencia donde nos íbamos a formar todos los ciudadanos, pero con el paso del tiempo, creo que hemos desinflado la expectativa sobre la educación, los ámbitos educativos se han vuelto sitios donde difícilmente se promueven valores democráticos, hay una enajenación de construir ciudadanos desde la institución educativa. En la forma como lo hemos resuelto en Colombia, que es creando cátedras, eso no sirven para nada, o sea, si a usted le ponen una cátedra de democracia, pero si en las prácticas ciudadanas no generan una vivencia democrática, eso no sirve para nada. Bernardita y yo podemos hablar mucho de constitucionalismo, de libertades y derechos, pero si en la vida cotidiana de la institución lo que

hay es autoritarismo de los directivos, de los docentes, de los grupos armados o del *bullying*, eso poco va a transformar. Yo creo que ahí hay una reflexión más de fondo, sobre cuáles son las posibilidades que la educación tiene en la formación ciudadana. Nosotros en la corporación Región hicimos un proyecto, que creo Juan Diego conoció en su momento, que se llamaba “Ciudad Educadora”, que era por fuera de las aulas y era mirar cómo la ciudad educa y construye sujeto con base a la experiencia urbana y no solamente en la experiencia educativa.

Y un comentario sobre el tema del patriarcado y las relaciones de poder. Miren, en la década de los 80, a propósito de un texto de Jean François Lyotard sobre la modernidad, se puso de moda el concepto de posmodernidad, y eso pues, engloba todo: ahí hay desde neoconservadores, marxistas críticos o aquellos que consideran que lo que le ha faltado al proyecto liberal es el desarrollo, pero Boaventura de Sousa Santos, que considero como uno de los sociólogos vivos más importantes que ha pensado aspectos del mundo contemporáneo, dice: “La gran deuda de la modernidad es que desarrolló una de sus dos promesas, que era la construcción de regulación, pero le quedó faltando el desarrollo de la emancipación”. Yo creo que justamente cruzar derechos, ciudadanía y participación, en una perspectiva emancipatoria, es el reto de lo que queremos hacer.

Juan Diego Mejía: Me queda claro algo, y es que el mundo no está perdido, preocupémonos de nuestro metro cuadrado y poco a poco con persistencia, con honestidad, construimos una ciudadanía.

La inseguridad y otros demonios

Pablo Emilio Angarita
Luis Fernando Quijano

30 de noviembre de 2017

Para hablar del tema de inseguridad en la ciudad y toda la problemática que la genera, el programa Ciudad al Centro invitó al docente e investigador Pablo Angarita y al director de análisis urbano de Corpades, Luis Fernando Quijano, quienes plantearon que además del problema socio-cultural que tenemos, donde se confunde la ilegalidad con la legalidad para obtener ingresos, también carecemos de un liderazgo y una institucionalidad fuerte que permitan atacar de frente la corrupción y los poderes subterráneos. Para ellos no es tanto que exista un vacío de Estado, sino que este es el Estado que tenemos, definido por una predominancia de intereses particulares sobre los generales de la población, que cobija a las clases bajas inmersas en el crimen organizado, pero también a las altas esferas que se lucran y se benefician de dichas irregularidades.

Gisela Posada (Líder del Programa Ciudad al Centro): Hoy no tenemos evidencia de que los recursos entregados sean proporcionales a los resultados obtenidos contra el crimen organizado, verdadero centro gravitacional del delito en Medellín, según el exsecretario de gobierno, Jesús Ramírez, en su texto *El cascabel del gato*. A la ciudad de Medellín en los últimos 40 años la ha descrito la violencia, según él, “porque las causas de la tragedia no son objeto del presente, lo cierto es que Medellín hoy es un centro de circulación de bienes y servicios del crimen

organizado local, regional, nacional e internacional del reciclaje y lavado de dinero, producido por múltiples economías ilegales como la minería, la corrupción, el narcotráfico, la extorsión, los juegos de suerte y azar, el contrabando, la trata de personas, la prostitución y el turismo sexual y pedofílico. Ingentes esfuerzos provenientes de la ilegalidad contribuyen de manera sustancial a que esos bienes y servicios circulen en el comercio, la construcción, el transporte y el sistema financiero”. También anota, con base en un estudio que acaba de presentar la Alcaldía de Medellín y el centro de investigaciones y consultoría de la Universidad de Antioquia, que en el periodo 2013-2014, la extorsión pudo haber llegado a más de 56.000 millones de pesos y, para el hurto, las ventas anuales se acercan a los 50.000 millones de pesos anuales —en un escenario optimista—, y a 123.000 millones de pesos anuales —en uno pesimista— y sólo son algunas de las fuentes de las muchas que obtienen las bandas de la ciudad (ver informe de Jorge Giraldo titulado *Economía Criminal en Antioquia: Narcotráfico*, EAFIT, 2011 y otro titulado *Informalidad e Ilegalidad en la explotación del oro y la madera en Antioquia*, EAFIT, 2012).

Estas bandas y combos, afirma el exsecretario de gobierno, así como las organizaciones delincuenciales ligadas al narcotráfico “Odines”, como las empezaron a llamar, hacen parte del paisaje urbano de nuestra ciudad y no pocas gozan de la simpatía de la población, pues los miembros son sus hijos, primos, sobrinos o vecinos; estos delincuentes transan con la fuerza pública: compran funcionarios judiciales, administran las cárceles locales y son los amos del homicidio a un precio alto, para vender una ciudad tranquila; así mismo, deciden ascensos judiciales e impulsan gobernantes, hasta los de más alto prestigio en el país. Para el año 2015, según los datos de la misma Policía, había en Medellín y en el Área Metropolitana 77 “Odines” y 13 bandas criminales independientes y algunas con más de 20 años de tradición.

La inseguridad y otros demonios es el capítulo de cierre del presente año (2017) del programa **Ciudad al Centro**, que busca dar una mirada académica, en contraste con la interpretación de la cifra, el dato y la realidad, por medio de invitados que, estamos seguros, compartirán

con rigor su saber y también nos invitarán a vernos abocados en este tema incómodo, difícil, pero necesario para entender qué situaciones afectan la gobernabilidad y la democracia local y cuáles aspectos constituyen la mayor fuente de desorden, violencia, dominación y miedo en la ciudad. Hemos estado en mora de hacer esta reflexión que contribuya a la movilización ciudadana para que, desde el conocimiento, ayude a contrarrestar y a aislar estos fenómenos. Este diálogo bajo la orientación del escritor Juan Diego Mejía, cuenta con la presencia del profesor Pablo Emilio Angarita, docente, investigador y además líder del Observatorio de Seguridad Humana de Medellín (OSHM), y Luis Fernando Quijano, director de análisis urbano y director de la Corporación para la Paz y el Desarrollo Social (Corpades). Gracias por aceptar esta invitación.

Juan Diego Mejía (moderador): Buenas noches, gracias a todos por estar en este espacio, gracias a Luis Fernando y a Pablo, que son conocidos por su pensamiento para bien, lo cual me parece pertinente para cerrar el año, pues este esfuerzo del programa **Ciudad al Centro** empieza a dar unos frutos muy interesantes, porque ya hay un material importante (que el año entrante vamos a tener como memorias, en un libro que va a dar cuenta de todos los temas que se debatieron este año).

El tema de hoy lo nombraron muy escabroso y uno se queda pensando ¿qué es lo que está pasando? Pero veo algo muy especial en el título, porque parafrasea a García Márquez en esa novela de *El amor y otros demonios*, o sea, hay esperanza, ahí hay algo que nos debe decir que esta conversación debe ir encaminada a que busquemos soluciones, y para ello tenemos unos personajes que saben realmente de lo que están hablando y no van a improvisar. Quiero preguntarle primero a Pablo, en sintonía con lo que dice Gisela, del escenario macabro y muy difícil de explicar, ¿cómo llegamos a este punto?, ¿cómo pudimos evitar llegar a este punto?, ¿qué falló en nuestra sociedad para llegar a decir que estamos donde estamos? Pero, la pregunta que me inquieta como ciudadano es: ¿pudimos haber estado en otra situación?, y ¿cuándo se jodió Medellín?, como lo decía Laura Restrepo en algún escrito.

Pablo Angarita: Buenas noches, gracias por la invitación. Bueno, la pregunta es muy amplia y daría para señalar muchos aspectos, yo creo que Medellín tiene elementos fenomenales en su gente, aspectos muy valiosos, pero tiene también graves problemas. Hay situaciones de orden histórico, cultural, estructural, que se han ido modificando con el paso del tiempo, pues mientras a comienzos y buena parte del siglo xx había una admiración, una mezcla de fascinación y de censura hacia los contrabandistas, que eran aceptados y vistos como aquellos que lograron “goliar”, porque habían conseguido pasar el contrabando, luego fue apareciendo la admiración por personajes como el Mono Trejos o Pablo Escobar por su capacidad para delinquir y hacer dinero. Aquí juegan varios factores, pues hay algunos elementos en la estructura social y cultural de esta sociedad que legitima, por ejemplo, la justicia con mano propia, que considera que hay unas personas que no deben existir, que es válido y legítimo que sean eliminadas; entonces, allí hay unas raíces en el orden cultural, que creo no hemos profundizado suficientemente a nivel autocrítico, para establecer unos correctivos, pero ese es un campo ligado a otros factores. Medellín es una de la ciudades más inequitativas de Colombia y el mundo, y Medellín, incluso en años recientes, aumentó la brecha en la proporción entre riqueza y pobreza —no quiero señalar que hay cierto determinismo económico, pero hay mucha literatura sobre esto, en donde se dice que no es la relación riqueza-pobreza lo que explica fenómenos de violencia e inseguridad, pero sí tiene mucho que ver y no se puede menospreciar—, eso sumado a la realidad histórica de movernos entre la legalidad e ilegalidad que es algo curioso, aquí se señala siempre el ilegalismo de los de abajo, pero a veces se desconoce o se quiere tapar el ilegalismo que se hace desde los que tienen poder económico, quienes desde la institucionalidad o el sector privado se corrompen, se aprovechan y utilizan el Estado con el beneficio del capital privado. Parte de la economía antioqueña ha tenido ilegalismo, inclusive buena parte de toda la producción de capital se da con el microtráfico y, no solamente de drogas, sino con

las múltiples formas ilegales que existen ¿ese capital adónde va a parar? Pasa finalmente por los bancos, por el sector formal de la economía, es decir, la relación entre el sector formal de la economía con el informal es una tela muy débil. Entonces, muchos capitales que se producen desde economías subterráneas ilegales, finalmente se han legalizado, se han lavado y terminan legal en la economía; ahí queda para pensar, ya que es parte de nuestro problema, estamos ante un fenómeno multicausal: que haya ricos y pobres es apenas unos de los componentes de orden cultural, y también un problema grave que tiene que ver con el liderazgo de nuestros gobernantes y que, en algunos casos, se ha dedicado a una labor meramente policial de perseguir delincuentes, abandonando todo lo que es la construcción de una sociedad, una ciudadanía democrática que construye, y el Estado como tal, garantizando libertades, derechos humanos y construyendo democracia; y ahí viene la pregunta ¿qué es construir democracia?, ¿y qué implica para un ciudadano o un gobernante pensar en construir ciudadanos democráticos?, pues eso es lo que no tenemos en nuestro país, en nuestro país tenemos una constitución política formal que tiene normas muy buenas, muy positivas, que ha sido modelo para otras constituciones, pero unos ciudadanos que no están a tono con eso tan hermoso que nos plantea la Constitución. Más adelante podría retomar otros aspectos, para que podamos hacer de esto un conversatorio.

Juan Diego Mejía: Indudablemente hay un componente cultural que mencionas ahí y la literatura permite ver eso: el cuento *Que pase el aserrador*, la narrativa de Carrasquilla da cuenta de esa admiración por el vivo y toda esa ideología que se formó de quien es capaz de burlar la ley. Luis Fernando, me gustaría, antes de que empecemos a hablar de las cifras duras que son tenebrosas, que hiciéramos el ensayo de analizar ¿por qué hay una admiración hacia los pillos? Leía hoy a Gustavo Duncan en *El Tiempo*, en un artículo sobre el entierro de alias “Inglaterra”, y cuenta del aplauso de la gente hacia quien fue capaz de salir de la nada, a pesar de las dificultades de una sociedad inequitativa, y consiguió el poder; y no solamente eso, sino que no se olvidó del pueblo. Entonces la gente

termina aplaudiendo y ensalzando a los pillos. ¿Por qué somos de esa naturaleza? ¿Por qué es tan propia?

Luis Fernando Quijano: Buenas noches a todos y gracias por la invitación. Yo creo que son muchos aspectos a tener en cuenta, pero hay algo que debemos decir, no se puede generalizar, porque hay gente que va a esos espectáculos o acompañamientos obligados, otros por conveniencia, habrán algunos que tienen convicción y creen en lo que está ahí y hay otros que se pegan a la romería: los de los pitos, el carro, los tragos, la curiosidad de lo que va a haber ahí, pero en el caso de “Inglaterra”, creo que es un ejemplo de muchos casos que hemos vivido en Medellín, en Bello, en otras partes del Valle de Aburrá y de Antioquia. Aquí hay entierros de jefes de bandas que han sido apoteósicos o nutridos y la gente los llora, se toman los tragos al lado de estas personas que han sido asesinadas, aunque no es el conjunto de la sociedad, pero sí se van pegando todos: quienes tienen curiosidad, quienes tienen la convicción, quienes están obligados; vuelvo y repito, no solamente ha sido el caso de “Inglaterra”, también se vivió con Pablo Escobar, se ha vivido con innumerables personajes del crimen urbano y rural, que han sido acompañados, porque hay algo que se debe tener en cuenta y es que ellos han construido su propia base social, a la fuerza la han construido y también han cumplido a veces el papel de ser “Robin Hood”, o sea, “yo te pago los servicios”, “yo te pago la comida”, “te ayudo con el tema de tu hijo (a)”, lo cual genera gratitud y aprecio.

Yo les traigo a colación algo: hace unos días presentaron un audio de una conversación de “Carlos Pesebre” a sus hombres en el que les decía: “Hombe, es que ustedes están perdiendo el cariño de la gente, aquí todos los días se quejan conmigo”, y uno presume que un detenido no tiene tanta audiencia, es decir, iban y se quejaban allá habitantes y demás, ¿cómo será lo que se maneja en las cárceles?

Juan Diego Mejía: ¿Él está detenido?

Luis Fernando Quijano: Claro, está en la cárcel de La Picalaña. Y decía: “Todos los días me llegan informes que ustedes no se manejan

bien, que ustedes atropellan a las personas, recuperemos la gente, recuerden que somos una organización” y todo ese tipo de cosas. Usted pregunta, por ejemplo, por “Carlos Pesebre” en las zonas de él y una buena parte lo adora; pregunta por Soto, que está actualmente detenido, y lo quieren, algunos dicen: “nos ha servido, nos ayuda, tiene el barrio ‘limpio’”, esto quiere decir que esta gente ha conquistado con el miedo, con el terror, pero también con las dádivas, con los regalos, el apoyo —en diciembre los vamos a ver: llegan sus marranos, los regalos, el trago; hoy en la alborada vamos a sentir lo que es tener el control en los territorios—. Con esto termino: ¿todo el mundo los quiere? Mucha gente se siente sometida, pero también ha aprendido infortunadamente a convivir con eso.

Juan Diego Mejía: Esto me da pie para preguntarle a Pablo algo que él ahora esbozó y no alcanzamos a terminar, le decía que hay un vacío de Estado en la sociedad que lo llenan espontáneamente estos “Robin Hood” negativos. Pablo, ¿cuál es tu idea frente a este vacío del Estado?

Pablo Angarita: Bueno, en la academia y en los análisis políticos en el país, se fue instalando la idea que repite mucha gente, de que estamos frente a un vacío del Estado, y en esa expresión subyace una idea idílica de lo que sería un Estado: el que dice nuestra Constitución democrática, una institucionalidad fuerte, etc., pero la realidad es que tenemos instituciones que son el reflejo de nuestra sociedad, es decir, elementos de corrupción, de ilegalismo, prácticas autoritarias, despóticas, que están presentes y son parte de nuestro Estado. Pero no se puede afirmar que el Estado sea bueno o malo en sí mismo o que allí estén todos los corruptos y malos y en la sociedad estén los buenos, sino que en la sociedad perviven todos estos elementos de corrupción: autoritarismos, prácticas intolerantes, de discriminación, de menosprecio por el otro. Hemos hecho varios ejercicios frecuentemente para mostrar cómo hay estereotipos del ciudadano común y corriente frente a un indígena, un habitante de la calle, un afrodescendiente, un pobre, una persona que va mal vestida por la calle, etc. Hay culturalmente un rechazo frente a eso, esa es la cultura predominante en nuestra sociedad y las instituciones

no son ajenas a eso, allí están; por eso todos esos destapes que se dan de prácticas de corrupción, de relación entre legalidad e ilegalidad, el caso preocupante por ejemplo, de la captura y detención del Secretario de Seguridad de la Alcaldía de Medellín. Esta semana el Clan Úsuga declaró el “Plan Pistola” para asesinar policías, después de la muerte de “Gavilán” y creo que ayer, en el propio Comando de Policía de acá, dentro de las instalaciones fue capturado un Mayor de la Policía que colaboraba y apoyaba el “Plan Pistola”, es decir, esto es una revelación que con mucho dolor decían los propios oficiales de la Policía. Entonces, fíjense ustedes que no es un problema de vacío del Estado, es que ese es el Estado; el que va a las comunas, a los barrios, que viene al centro, reclama: “necesitamos más seguridad” y seguridad es que nos pongan más policías, o es el Alcalde o el Presidente que dicen: “Ahora sí vamos a mejorar la seguridad de Medellín o de tal ciudad y van a llegar 100 policías más o 1.000 policías más”, y creer que eso es igual a que va a mejorar la seguridad es absolutamente un autoengaño o un engaño para la ciudadanía; pienso que en ese sentido, hay problemas estructurales en la sociedad, es decir, el tipo de Estado que tenemos es estructuralmente corrupto, es decir, el problema de la corrupción no es una anomalía, no es una intercepción del Estado que hay que superar, sino que es un componente del propio Estado. Aquí por lo general históricamente se ha señalado la corrupción en el delincuente menor, las autoridades se dedican a perseguir al microtraficante, al consumidor, los informes de policía están llenos y nos muestran en las imágenes de los noticieros la droga capturada, la marihuana que cogieron, los 4 o 10 pillos, las estructuras criminales, y yo me pregunto ¿cuándo hemos recibido un informe de cuántos capturados hay por lavado de activos?, ¿cuántos banqueros han sido capturados acá?, porque son ellos los que lavan ese dinero que proviene de la delincuencia y que se muestran en la lista de las grandes acciones de represión del crimen organizado; esas personas no están en la lista del crimen organizado ni aparecen en los noticieros como proveedores de delincuencia y criminalidad, entonces así estamos. En parte, el problema grave que vive nuestra sociedad son los fenómenos como, por

ejemplo, volviendo a lo cultural, la fascinación por la delincuencia en una sociedad donde no hay una oferta de empleo digna, donde más del 70% de los empleos en nuestra ciudad son informales; es más, inclusive los que tienen un empleo formal con un salario mínimo tienen muchas carencias —todos sabemos lo que puede adquirir una persona con ese salario— y en esas condiciones surgen fenómenos como el sicariato, los mercenarios de la guerra, etc., reciben u obtienen una renta y unos ingresos mucho mejores que los que podrían tener actuando legalmente; ese es dilema que nuestros jóvenes y niños se plantean en la escuela: “¿qué puedo llegar a hacer yo después que termine mi bachillerato o inclusive después de ser profesional, cuando por el otro camino están todas las ofertas y están los hombres exitosos?”. Y termino con esta idea que hace parte de la tragedia que tenemos en nuestra sociedad: ¿cuáles son esos líderes épicos y culturales que tiene nuestra sociedad para mostrar? Si un liderazgo político como el de un alcalde sobresale es porque cuando interviene es para mostrar a la ciudad las capturas que ha hecho, la persecución de fleteros, etc., pero dónde está ese llamado a hablar en una coyuntura histórica tan importante como vive el país, como el proceso de paz, con todas las imperfecciones que tiene, pero dónde está el llamado a la ciudadanía a aprovechar esa oportunidad histórica para tratar los conflictos de una manera distinta a la violencia, y lo que escuchamos de los dirigentes políticos es inclusive el llamado a la intolerancia o a la irreflexión; por eso no es gratuito que no sólo en Medellín sino en Antioquia y en Colombia, los políticos que más ganan puntos son los que hablan de mano dura, un político que plantee una propuesta democrática, libertaria de tolerancia y convivencia, se vuelve algo simbólico y no tiene opciones de ganar y la competencia es quien da u ofrece más mano dura para tratar, por ejemplo, el tema de la delincuencia que no se toma en sus raíces, sino que se intenta atacar como algo puntual, cuando la delincuencia es el reflejo de la sociedad que tenemos. En ese sentido, la solución no está simplemente en reprimir, porque podemos acabar todas las estructuras criminales que hay hoy, pero mañana aparecerán

otras tantas, porque no estamos afectando los problemas en su raíz y en su base estructural, y menos con este elemento cultural que señalabas.

Juan Diego Mejía: Es claro lo que dice Pablo, no se trata de un vacío de Estado, sino una estructura fallida del Estado y una carencia de líderes culturales que puedan educar con el ejemplo. Eso me parece muy interesante y le pregunto a Luis, ¿qué tan profunda es esa crisis y ese poder que tiene el crimen en nuestra sociedad?, hablando de Medellín, ¿qué tan profundo ha llegado a ser el poder del crimen organizado tal cual lo perciben los ciudadanos?

Luis Fernando Quijano: Yo digo que no hay una lucha frontal contra el crimen, sino contra unos componentes del crimen, pues si se declarara una lucha real contra el crimen, obviamente las consecuencias serían diferentes, y lo digo claramente por esto: yo recuerdo estas palabras, “ni en Bogotá ni en Medellín somos tan pendejos para declararle una guerra al crimen”, y son palabras de un alcalde de alguna época, y uno a medida que va avanzando el tiempo y va conociendo más a fondo esto, se da cuenta que es real, si usted declara la lucha frontal contra el crimen espere consecuencias, consecuencias nefastas para la comunidad. No estoy justificando la forma de actuar y creo que el modelo de seguridad de esta ciudad se basa en captura, decomiso y control, nunca en dismantelar; la prioridad es controlar el crimen, para que la ciudadanía vea que estamos haciendo algo, pero realmente la lucha real contra el crimen no existe, nosotros la hemos manejado así: una cosa son los subjefes que están al frente de los aparatos territoriales, otra son sus jefes, otra es su junta directiva, otra son sus patrones, y allá, en lo último de la cúspide, están los patrones de patrones, de esos a los que hace referencia Pablo, o sea, esos que no vemos, esos que podríamos denominar los intocables, esos que se alimentan de todo lo que produce el crimen y que obviamente no van a ser tocados, aquellos que están en esos lugares tan altos donde se mezcla lo legal y lo ilegal, y esas dos cosas viven tranquilas ahí. Doy un ejemplo, el sistema financiero no les presta a los pobres, el crimen sí les presta, pero la plata que el crimen les presta a los

pobres la lavan en el sistema financiero, en últimas, al sistema financiero le sirve no prestarle al pobre, porque en todo caso esa plata llegará ahí, el tema del pagadario o gota a gota, el cual está masificado.

¿Qué es lo profundo del crimen? Creo que en lo territorial más del 60% de la ciudad tiene presencia militar, social, económica y tiene unas fuertes relaciones con la institucionalidad y la política, y con eso mantienen todo el tema de poder. ¿Cuánto tiene permeado a la institucionalidad? Yo estoy de acuerdo con Pablo en eso, esto no es un asunto de algunas manzanas podridas, ¿cuánto tienen permeado?, el 20, 30, 40% de la institucionalidad, y a la institucionalidad le molesta eso; entonces está diciendo que el 40% de nosotros está ahí, yo digo que es tan alto que les da posibilidad de tener protección oficial, o sea, cuando usted tiene tan permeada la institucionalidad, está tan metido allá, tiene su nómina paralela, y ¿qué recibe a cambio? Yo pago, pero ¿a cambio qué me das? Protección. Por eso los golpes siempre son a niveles intermedios, es escasa la vez que se golpea arriba. ¿Cómo están hoy? Creo que esto duele decirlo, pero para mí existe un gobierno del crimen, para mí el crimen cuenta en las decisiones de esta ciudad, y puede que se rasgue las vestiduras la institucionalidad.

Juan Diego Mejía: Pablo, frente a este panorama que expone Luis, ¿cuál es la percepción y qué espera el ciudadano? ¿Cuál es el clamor de los ciudadanos cuando dicen “quiero sentirme seguro”? Eso apunta a fortalecer esa estructura que plantea Luis, en la que hay unos intereses intocables, y hay un control y unas apariencias de acción del Estado, pero ¿finalmente no la desmantela y no cambia la situación?

Pablo Angarita: Esta situación es paradójica, Medellín se ha caracterizado por ser de las ciudades más violentas del mundo en los años 90, más de 6.000 asesinatos en una ciudad que para ese entonces no llegaba a 2 millones de habitantes, y después hubo un importante descenso en los homicidios, y se quedó la imagen y se logró vender internacionalmente y a nivel nacional, la idea de que Medellín había logrado salir y superar esa situación difícil, cuando los estudios lo que han mostrado es que hay una transformación de la violencia, no una superación;

porque un elemento muy importante de lo que decía aquí Luis, es que los criminales, los delincuentes aprenden también, es decir, además hay gente inteligente allí y aprenden y saben que la ciudad no puede mantener esos niveles tan altos de homicidio, porque atrae la represión de la gente. En Medellín no se habla, por ejemplo, de un fenómeno que es supremamente grave en cualquier parte del mundo y que consternó la humanidad cuando sucedió en el cono sur del continente, como lo es la desaparición forzada, entonces aquí hablamos de si subieron o bajaron los homicidios y en Medellín siguen ocurriendo episodios de desaparición forzada, y la estadística que lleva la misma administración es una estadística relativamente buena, si la comparamos con la de otras ciudades de Colombia y Latinoamérica; allí no se registra como tal que al río Medellín siguen botando gente en cadáveres hasta el día de hoy, y muchos de esos no aparecen en la lista de homicidios, pero resulta que, para volver al centro de tu pregunta, lo que le preocupa al ciudadano es: “si no mataron a uno de mi familia o a uno de mis cercanos, esa estadística no me interesa”, le interesa de pronto un poquito más si le robaron el celular en el metro o si lo atracaron en la esquina, porque eso sí le afecta la sensación de inseguridad, pero que maten a alguien que ni conoce, a un líder de acción comunal, no importa tanto y por eso la frase terrible de: “por algo sería que lo mataron”; éticamente es de lo más repudiable esa expresión, porque expresa una justificación del asesinato y legitima la pérdida de la vida de una persona. Entonces la percepción de seguridad se mueve más en el entorno inmediato y cotidiano, por eso fíjense que pasa esta situación curiosa: le preguntaba a alguien de Bello ¿cómo está la situación de seguridad en su barrio? “No, está muy bien” —era un profesional de clase media y dice que afortunadamente en el barrio las condiciones están muy bien—, y yo preguntaba, bueno, ¿y quién presta la seguridad? Y respondió: “Ah no, los muchachos”, o sea, no importa si es la policía, la guerrilla o los paramilitares, lo concreto es que nos da seguridad, inclusive conseguimos productos mucho más baratos que en un supermercado gracias a ellos, entonces fíjense ustedes cómo son cosas de la vida cotidiana y con todo eso estamos legitimando a este tipo

de personas que hacen lo que el Estado no hace: regulación de precios o dar esa seguridad del entorno inmediato, entonces a la gente en la percepción de seguridad —eso está comprobado por diversos estudios—, le preocupa más lo que le pase en el día a día, en su casa, en el barrio o en el trabajo, que un asesinato que lo ve como algo lejano, a no ser que toque directamente a su entorno familiar, porque ahí sí se consterna y reacciona de alguna forma.

Juan Diego Mejía: Mencionaste algo con lo que quisiera hacer un homenaje a estos chicos de la comuna 13 que tienen la campaña “No copio”; lo que dijo Pablo es la síntesis de esa campaña, cuando matan a alguien la gente dice: “por algo sería, seguro algo debía”, pero nunca dicen: “¿por qué murió un ser humano?”, inclusive creo que hubo un policía que dijo que a las personas de bien nunca les pasaba nada en Medellín, o sea, que todos los muertos ¿qué?... y estos chicos de la comuna 13, de la Casa Morada, Lucas Jaramillo y sus compañeros han hecho una labor extraordinaria y han tenido muchos tropiezos. Entonces quiero preguntarle a Luis, ¿se puede afirmar que la mayoría de los muertos corresponden a personas jóvenes? ¿Quiénes son los muertos en esta ciudad?

Luis Fernando Quijano: Antes de responder, yo diría algo anotando sobre el tema del ciudadano, en una entrevista que me realizó el ABC de Londres, en la que me decían: “Es que usted es apocalíptico”, dando a entender que yo estaba mostrando la situación muy dura, y me comentaban: “Mire, nosotros vamos a los barrios y la gente nos dice que todo está bien”, pero no —decía yo—, es que usted va a los barrios y no hace la pregunta adecuada: “¿cómo están?”, “en paz”, pero “¿quién garantiza su paz?”, y la respuesta fue: “Los muchachos”, o sea, que si los muchachos están enfrentados no hay paz, es decir, la paz no la da el Estado o la institucionalidad, aunque nos gastemos más de 350.000 millones de pesos anuales en seguridad, sino que la seguridad la da “el pacto del fusil”, sí, la Don Bernabilidad existe, ahí se puede hablar de paz porque las fronteras están inactivas; lo que han llamado fronteras invisibles —todo el mundo sabe cuáles son las fronteras—, entonces al estar inactivas, la gente dice que está en paz, y lo otro, lo importante es que los muchachos

no dejan que nos roben, pero les cobran la vacuna, les cobran todo, reclutan a sus hijos forzosamente, pero el muchacho también ayuda a la seguridad del barrio, entonces son todo ese tipo de cosas, y frente a ¿a quiénes asesinan? Sí hay un porcentaje alto en los jóvenes, porque primero, son más vulnerables, obviamente porque están en las calles, por el tema de empleo, el tema de “no tengo nada que hacer”, por muchas razones, pero eso no quita que también estén asesinando otro tipo de personas. Hay algo que decía Pablo y que ha sido siempre nuestra preocupación ¿por qué aquí no nos hablan de la desaparición? O sea, yo quisiera saber ¿cuántas personas desaparecen todos los días en Medellín?, ¿cuántas son llevadas, torturadas, asesinadas o van a una fosa común, van al río Medellín, a un horno crematorio o cualquier cosa? Todavía no nos lo han dicho, pero les voy a decir algo: tengan la plena seguridad que todos los días están desapareciendo personas en la ciudad, 1, 2, 3, 5, 10 y lo más grave es que no hay un registro de quiénes desaparecen en Medellín, ¿sólo a los jóvenes? o ¿a “Los muchachos”? o ¿a quién desaparecen en la ciudad?, creo que eso debe tenerse en cuenta. Voy a decir algo —me voy a reservar el nombre obviamente de alguien importante, legal— a quien le dije: “mire, se sabe que cierta estructura criminal en cierto sector de la ciudad no asesina dejando el muerto en la calle, sino que lo desaparece” y él respondió: “Nosotros sabemos quiénes son”, pero no hacen nada, por lo que yo siento que la institucionalidad sabe eso, quiénes lo hacen, cómo lo ejecutan, dónde lo ejecutan, pero no hacen nada, porque obviamente conocer eso es aumentar la zozobra en la ciudad, es aumentar el miedo y la sensación de inseguridad; cada vez que salimos a decir que hay casas de tortura se arman unas polémicas en las que sólo faltan los insultos, porque una ciudad no puede escuchar eso, y una institucionalidad no puede dejar que eso salga por una sola razón: porque se pierde la imagen de una ciudad que viene de lo más violento a épocas tranquilas o relativamente tranquilas, hoy nos tranquiliza saber, entre comillas, que hay sólo 510 o que vamos a terminar con 600 muertos en diciembre; entonces, para mucha gente eso ya tranquiliza, pero si le sumáramos otras cosas ¿cuántos serían? O si sumáramos la forma

refinada, que a la hora de la verdad se ha transformado en control social, control de territorio, de cómo manejar los barrios, para que el ojo del Estado no se ponga muy seguido. Terminó con esto, plan de intervención para la comuna 16, la parte alta del Barrio Belén con bombos y platillos, son más de 195 o más, de personas expulsadas después de que terminó la guerra en la comuna 16. La institucionalidad reconoce 185 casos, pero son más de 200 personas expulsadas después de que terminó la guerra entre pájaros, chivos, pesebreros y demás, o sea, en la consolidación de los vencedores, expulsan a la gente, pero como ya no se oyen tiros, entonces vamos tranquilos y vamos bien con la seguridad.

Pablo Angarita: Yo quiero, si me lo permite, señalar dos asuntos neurálgicos que están en el núcleo de nuestro problema: desde la institucionalidad hay unas políticas de seguridad que, desde mi óptica, están profundamente equivocadas, porque han sentado todo su eje fundamental en el uso de la fuerza y han descuidado el factor humano de la capacitación y la caridad ética, cultural y política, por ejemplo, de esos policías y, segundo, de la tecnología, el discurso de Medellín “Ciudad Innovadora”, que también se presta para pensar que la ciudad está secuestrada por la tecnología, pues creer que innovación es tener más cámaras, más video vigilancia —hoy el Secretario de Seguridad de la ciudad nos decía que tienen una meta de llegar a tener 2.500.000 de cámaras en esta ciudad—, ustedes saben ¿cuánto le cuesta o nos cuesta a los ciudadanos tener ese tipo de cámaras?, además, yo conozco de cerca ese proceso, y lo de las cámaras o los celulares y toda esta tecnología es como una droga: usted tiene algo, pero luego de un año o dos, lo ve desactualizado y hay que invertir más mantenimiento y siempre va a estar desactualizado; entonces, hasta en las cárceles más vigiladas del mundo con video vigilancia y todo eso, se fugan delincuentes, porque es mirar el problema en las sábanas cuando el problema está en las personas. Por eso, desde ese punto de vista, yo diría que el dinero que se gasta en esa video vigilancia, es mirar quién se está robando celulares, carros, etc., pero si se invirtiera en empleo, la ciudad produciría menos ladrones, porque hay un cierto morbo de contar en las cámaras —y los

noticieros son felices— y uno también como televidente dice: “vea, ese tipo está robando allá y lo lograron coger”, y eso va legitimando ese discurso preliminar que plantea: “vea, muy importantes las cámaras”, pero estamos en la superficie del problema; eso desde el lado de la institucionalidad, pero desde el lado de la ciudadanía, tenemos una situación grave a la que hemos llegado como es la acción de múltiples fenómenos y la legitimación del asesinato, porque hay un fenómeno cotidiano que todos legitimamos y es que el espacio público es administrado por sectores ilegales —se supone que nosotros pagamos impuestos y hay una institución que es la Policía que presta la vigilancia—, entonces si usted llega a un parqueadero ¿por qué tiene que pagarle a un particular?, incluso en la calle; si le pregunto a mi peluquera ¿quién hace la seguridad aquí en la cuadra?, ella dice: “la seguridad está muy bien y la prestan los muchachos”, y le pregunto “¿aquí vacunan?”, y dice: “no, aquí no vacunan, eso es para esos barrios más populares, pero le damos una cuota a los muchachos, porque ellos son queridos y nos dan la seguridad”, y ni siquiera ahí se tiene conciencia de que eso es una forma de vacuna que está conectando lo ilegal. Yo he visto funcionarios públicos que llegan y parquean el carro y pagan, porque es la lógica pragmática, para qué ponerse a discutir con una persona sobre porqué le cobra mil o dos mil por parquear, ya que te pago para que no me dañes el vehículo; lo que Jairo Bedoya llama la protección violenta, decir que se tiene una forma de dar seguridad por parte de estos sectores ilegales, que terminamos culturalmente legitimándolos, y a eso me refiero también cuando hablo de la naturalización por parte de la ciudadanía de esos hechos delictivos e ilegales, de los que inclusive no somos conscientes de que estamos contribuyendo a esa ilegalidad con nuestra práctica, y lo digo autocríticamente; no estoy diciendo que hay muchos que se mueven en la ilegalidad, sino que yo también, y ese es el pan de cada día, porque también se volvió una forma de sobrevivir en la ciudad; por eso digo, hay que meter el dedo en la llaga de nuestros problemas como ciudadanía y en lo que tiene que ver con la cultura ciudadana, porque ahí se conjugan la política, la falta de un liderazgo político y cultural de nuestros dirigentes, de

las instituciones, con una cultura ciudadana que se mueve en esa frontera entre lo legal y lo ilegal, sin ser consciente de ello.

Juan Diego Mejía: Ustedes dos parecen que tuvieran muchas coincidencias en la forma de analizar los hechos que ocurren en nuestra ciudad, en nuestra sociedad; empezamos con Luis a mirar unos intentos de solución. ¿Cuáles son las salidas que puede tener nuestra sociedad? ¿Has vislumbrado posibilidades? ¿Esto es un bloque inamovible o podemos creer todavía en que la dialéctica es posible, que se pueden mover las cosas y se pueden transformar?

Luis Fernando Quijano: Yo creo que para encontrar una solución sociedad-Estado, primero hay que reconocer lo que estamos viviendo. Entonces tenemos una institucionalidad permeada por el crimen y eso hace que el crimen goce de buena salud, buena posición y demás. Hay una pregunta que he hecho en muchos lugares y quiero compartirla con ustedes: ¿si fuera cierto que el crimen está en más del 60% del territorio, directa o indirectamente, cuántos ciudadanos le sirven al crimen? Si lo lográramos saber, tendríamos claro qué tipo de sociedad y ciudad tenemos, la ciudad de la democracia, la ciudad de la oportunidad o la del ciudadano activo o del sometido, ¿cuántos ciudadanos le sirven al crimen?, porque pagarle los 5.000 pesos al criminal, comprarle los huevos o las arepas es avalarlo, por lo que sería muy bueno tener esa respuesta y mirar el alcance que tiene esto en la sociedad. ¿Soluciones? Reconozcamos lo que tenemos, yo diría esto y espero no ser malinterpretado, pero yo me sueño con una ciudad con un crimen menos o muy poco o casi nada violento, porque ninguna sociedad puede decir que está libre de la presencia del crimen, pero ojalá tuviéramos una sociedad donde el crimen no fuera tan violento, como el caso de Medellín, donde se goza con la violencia, donde ejercer la violencia y ver derramar la sangre es tan bueno, por decirlo así. ¡Ojo! que hay criminalidades en otras partes del mundo, llamémoslas entre comillas “tranquilas”, que regulan entre ellos su violencia y el Estado los controla, pero miren también cómo la tenemos acá; entonces miren que el sueño es una criminalidad que primero libere los barrios, que quite la parte violenta y que deje que la

ciudadanía construya su propuesta de ciudad, de cómo va a estar para las próximas generaciones. Yo sí creo que puede existir o podríamos llegar a sacar una ley de sometimiento de justicia que desmantele la parte violenta, que reorganice la parte criminal, y que ponga unas reglas de juego: la desaparición no va, las prácticas de tortura no van, las vacunas no van, el tráfico de drogas de menores de edad no va, ojala tuviéramos una ley real de sometimiento a la justicia que obligara a los criminales a transformarse, para que no sufra el yugo el resto de la comunidad. Creo que hay que buscar un pacto ciudadano institucional para erradicar y desmantelar el mundo de la ilegalidad, sí pueden haber soluciones con el conjunto de ciudadanía-Estado, pero hay que buscar que el Estado Social de Derecho sea el que rijan los destinos de la ciudad de Medellín, el gobierno nacional uniendo esfuerzos con el gobierno legal y podamos en algún momento hacerlo efectivo en la ciudad, con una condición, sabiendo que existe la criminalidad, pero una criminalidad menos violenta.

Juan Diego Mejía: Dijiste cosas muy fuertes en esa intervención, y por un momento pensé en Turbay, cuando dijo “que había que mantener la corrupción en justas proporciones”. Es algo realista eso que acabas de decir y hay que aceptar que existe la criminalidad, pero hay unas más violentas que otras. Has dicho algo que podría entenderse como: con-vendría un pacto con el crimen —Italia lo hizo— y yo creo que eso sí es algo ético del Estado.

Luis Fernando Quijano: Yo le anotaré esto: 1990, 1991, 1992, 1993, masacres, desmembrados, todas las guerras que vivió Italia y llegó un momento donde se apretaron tan duro, que se habla hoy de una mafia más invisible, ciertas cosas ya no están ahí; por eso vuelvo y digo, quitar la parte violenta del crimen, no estoy diciendo alcahuetería con éste, pero tiene que haber un Estado que persiga ese crimen, pero lo que sí hay que empezar a hacer es quitarle esa parte violenta, porque ¿quién sufre finalmente las consecuencias? Las mayorías, la ciudadanía.

Juan Diego Mejía: Bueno, muy interesante eso. Pablo, ¿cuál es tu propuesta?

Pablo Angarita: Yo considero en primer lugar, algo obvio y elemental que todos sabemos, y es que hay que empezar por reconocer cuál es el problema, como decía Ortega y Gasset: “Lo que pasa es que no sabemos lo que nos pasa y eso es lo que nos pasa”, ese es el primer punto, a mí me dio mucha alegría cuando el señor alcalde dijo siendo candidato, y después lo siguió diciendo: “La policía que tenemos en Medellín es corrupta” y lo decía así siendo candidato y lo siguió diciendo los primeros meses de gobierno, y digo yo, ese es partidario de la realidad. El hecho es que no debe seguir diciéndolo como alcalde —eso que lo diga una ONG como denuncia—, pero el mismo alcalde, que es la primea autoridad de la Policía ya no puede quedarse haciendo la denuncia, tiene que tomar las medidas que corresponde, además tiene el poder legal y disciplinario para tomar medidas frente a eso, y eso es parte del problema, entre otros, que ya hemos mencionado acá; y lo segundo, ya entrando en otro campo, tiene que ver con la naturaleza humana, es decir, para hacerle alegoría al título de este conversatorio, yo soy de la teoría de que no hay seres humanos buenos y malos, todos tenemos nuestros ángeles y demonios, la idea es cómo tratar de desarrollar más esa parte generosa y bondadosa del ser humano y como ser lo menos letales posibles, que es el fondo del discurso que le entiendo a Luis Fernando; y en ese sentido, cómo el papel de la cultura y la palabra contribuyen necesariamente a desarrollar esa parte generosa y bondadosa de nuestra condición humana y a reprimir aquello que perjudica a los demás, que es lo que supuestamente se quiere o se logra a través de la civilización, si retomamos a Freud y a otros que han trabajado sobre el tema.

Entonces, la institucionalidad, los gobernantes y los líderes deberían trabajar en eso, a mí me parece que estamos en una situación no sólo en Medellín sino en Colombia, en un momento muy especial y muy dramático, porque vivimos unas paradojas que inclusive en el exterior no se entienden, como el hecho de ¿cómo así que hay un proceso de paz y buena parte de la gente lo rechaza y aun así siguen matando gente...? Eso es una locura que no se sabe y no se comprende, pero yo digo —desde el principio y hasta el último momento—, que se debe transformar esto, y

no solamente por ese principio de esperanza de la posibilidad de transformar, sino que es una necesidad, y además tenemos cómo hacerlo. Desde ese punto de vista, cada uno cumpliendo su labor en su campo, yo soy docente universitario, trabajo en la investigación sobre estos temas, y tratamos de aportar para mejorar la situación, hemos llegado a formular propuestas y algunas medidas en ese campo. Uno de los temas, cuando trabajamos tratando de develar todo lo que pasa en la ciudad, el tema de los ilegalismos, el pacto de las instituciones con la ilegalidad no son una noticia, el Estado colombiano se ha construido históricamente pactando con la criminalidad todo el tiempo, eso no es algo de este año o de hace 5 o 10 años, y por eso no es casual que de vez en cuando se descubra que nuestros gobernantes están involucrados en crímenes y eso genera mayor sensibilidad, pero el tema de los robos, de los asaltos, que es la noticia con la que todos los días estamos atosigados, es apenas la punta del iceberg, porque hay otras cosas que no se saben. Entonces frente a eso, el efecto que produce, indudablemente, es de pánico y miedo, porque sentimos que estamos presos de la criminalidad, que ella es la que presta la seguridad, que los criminales están moviéndose en este mar de corrupción, etc. Parece que estuviéramos haciendo aquí una invitación al suicidio colectivo o que la única alternativa sería cerrar esta sociedad. Pero yo creo que sí hay posibilidades; una de las razones por las cuales todos los que dicen ofrecer seguridad es porque trabajan sobre la base del miedo; por eso en nuestro país y en muchos países del mundo han llegado al gobierno local y al nacional presidentes que, por medio de promesas logran ser elegidos, pero una población presa del miedo vota por cualquier dictador, por cualquier tirano, con tal de que él le resuelva su problema de miedo, esa es la experiencia de Alemania, esa es la experiencia de la Segunda Guerra Mundial, y en Colombia esa es la experiencia que también hemos vivido.

Entonces pienso que al hablar de medidas concretas, tenemos que empezar a desarticular ese miedo, ¿cómo desarticularlo? Ahí entran muchas estrategias, que van desde trabajos profesionales, pero también nosotros desde el Observatorio de Seguridad Humana en algunas

comunidades barriales estamos trabajando, a través de algo elemental, que algunas de las escuelas de psicología a nivel internacional trabajan, y es el valor de la palabra, empecemos por expresar: ¿qué es eso que nos produce miedo en nuestro barrio?, ¿qué factores?, ¿cuáles son los lugares?, ¿qué personas son las que producen miedo?, se trata de compartir eso y empezar a construir redes de apoyo afectivas, sociales y familiares, y tomar algunas medidas prácticas inmediatas; y eso potencia, hablando desde lo más micro, individual y personal, que estén en la sociedad, porque ya desde la propia institucionalidad, el ciudadano se pregunta, si la Policía esta así, como la pinta el propio alcalde, entonces ahí sí, como diría el Chapulín: ¿quién podrá defendernos? Ahí es donde tenemos que buscar estrategias que lleven a construir una sociedad democrática, una autonomía de los ciudadanos, recuperar la libertad y la confianza democrática, eso es construir ciudadanía, eso es construir poder ciudadano, todo dentro de una perspectiva de autonomía, de libertad y ejercicio de la democracia, y no una seguridad que implique menos libertad, menos autonomía y menos construcción democrática.

Juan Diego Mejía: Muy interesante las posiciones, tenemos tiempo para tres preguntas.

Asistente 1: Primero, agradecerles el espacio tan interesante que deja mucho en qué pensar. Escuchaba ahora en la intervención de Luis Fernando sobre la efectividad de los gobernantes de la realidad del crimen organizado, y él decía que hay una especie de control sobre éste, pero no hay un desmantelamiento, no sé a qué se refería con esto del desmantelamiento y a qué se iba orientando la solución final de la intervención. Por otro lado, ustedes tocaron el tema cultural como uno de los factores que disparan este tipo de dinámicas en las sociedades, y también mencionaron algo sobre lo económico, esto me puso a pensar mucho y creo que habría mucho más qué decir; se me ocurre que esto se da en un marco muy del sistema económico en el que estamos, el hecho de que se dé ese tipo de transacciones entre las personas que son cuidadas por otras personas y que la relación sea meramente transaccional, “yo te pago y vos me das un servicio” y lo otro es la manera en

cómo se articulan estas organizaciones. Entonces, las preocupaciones son, “conquistemos al público con una idea”, el mercadeo, o se generó una estructura y no importan los cabecillas o las personas que estén ejecutando las acciones, sino que si se eliminan o capturan unas, pueden ser remplazadas con otras, que es, digamos, una lógica organizacional y, finalmente, las preocupaciones de las personas del común frente a estas situaciones: “a mí no me importa si están matando a una persona, pero me importa si me roban el celular”, que también es muy dicente de las prioridades de una sociedad, es decir, me interesa mi bienestar económico y mi integridad, por decirlo de alguna manera, y me importa poco si una persona muere o no.

Asistente 2: En primer lugar, me siento tranquilo de que si algún día voy al infierno, al menos ya conocí los demonios y los conocí en Medellín y en este país; me siento tranquilo de conocer los demonios con los que convivimos permanentemente, y los demonios no son sólo Pablo Escobar o El Alemán, sino los estados ineficientes, la indiferencia ciudadana, la falta de moral, esos son los verdaderos demonios, la falta de distribución de la riqueza, la falta de capital, eso son los demonios con los que como ciudad convivimos. Históricamente desde el punto de vista antropológico, la violencia en nuestro país proviene de ese estado colonizador español; hace 2.500 años, en esta franja de tierra del Valle de Aburrá, habitaron el territorio los indígenas Aburraes y todos los demás fueron muy territorialistas y ese territorialismo, indirectamente, con la combinación del colonialismo, se sigue viendo genéticamente, en tanto lo social y lo histórico conviven en el colombiano y el antioqueño. Carlos Lemos en su libro *El Estado ladrón* plantea que no es solamente un Estado corrupto, sino ineficiente e incapaz y un Estado que cogobierna con la criminalidad; el Estado ladrón no es sólo el que se roba el dinero de Colpensiones ni nombra congresistas de manera irregular, sino un Estado que por esa falta de *pater*, está a la deriva —porque recordemos que el Estado, ese sofisma normativo legal es el *pater*, que genera control y autoridad—. Ese Estado ladrón, en la sociedad y en nuestra comunidad, evidencia una crisis de identidad cultural, replicando esos modelos

de violencias que no son únicamente propias, sino también globales, como lo decía el señor, los fenómenos de violencia en Colombia ya se han vivido en otros países y sociedades: en Europa, Centroamérica, etc., y es un reciclaje de formas y de modelos de sociedad también; y finalmente, como propuesta, a veces siento que sí sería interesante (extrañando obviamente en este espacio la presencia del alcalde de Medellín, del señor Andrés Tobón, que con 2 millones de cámaras prácticamente cubre a cada ciudadano de Medellín y evidencia la falta de experiencia del Secretario de Seguridad de Medellín, así como reclamarle al alcalde de Medellín que en la propuesta decía: “Voy a perseguir las ventas ilegales de la economía ilegal” y al día de hoy no lo ha hecho o lo ha hecho de manera muy suave, por decirlo así); entonces sería interesante mirar algunas posibles soluciones: el Estado sí requiere de una mano firme, pero no de una mano firme para hacer desapariciones forzosas, sino una mano firme para una justicia más precisa, que no favorezca al delincuente, a la ilegalidad, a la estructura criminal, que sea duro con el problema, pero suave con las personas de manera reformativa, eso le hace falta a una cultura: elementos de formación y educación desde la adolescencia, la niñez, la universidad; el presupuesto de educación en Colombia es 15 o 20 veces más que el presupuesto de defensa, en Medellín obviamente, pero ¿la educación de qué le ha servido a los colombianos en los últimos 30 años? ¿Nos ha servido realmente para modificar ese constructo, ese ADN de valores, de ética?, no ha servido de nada; entonces, la invitación es a fortalecer elementos de educación, formación, mejorar la justicia, que sea más efectiva, que la mano dura sea hacia ese camino y no hacia la para-estatalización y, como lo dice el profesor, “no darle papaya a los medios de comunicación” para que salgan personajes como alias “Popeye”, con ese morbo informativo que los hace ver como prospectos de prohombres de ciudad. Entonces son muchos aspectos que revisar. Muchas gracias.

Asistente 3: Lo planteado es fundamentalmente un problema de economías ilegales, que desgraciadamente en Colombia conllevan a un

problema de violencia y, si uno va a ser realista, un sistema socioeconómico cultural como el colombiano es un mal necesario, porque acá realmente no hay una economía del mercado; si uno mira ese fenómeno con objetividad y haciendo un análisis desde lo socioeconómico, se da cuenta que esas economías ilegales vienen siendo una revolución liberal económica en un país que es feudal. El gran problema de Colombia, en ese sentido, han sido unas costumbres patriarcales y violentas, y por eso acá todo se soluciona a la fuerza, pero las economías ilegales son el fenómeno de un país que industrialmente no se ha desarrollado y un país que desmontó su propia industria en los años 80 y cayó en unos problemas socioeconómicos y culturales que no se han sabido resolver, que los quiso resolver con una constitución neoliberal en medio de la nada; entonces eso es un mal necesario, el problema radica en cómo hacer una revolución cultural, cambiar los valores, cambiar los conceptos de dominación, cambiar todo ese tipo de cosas, para que eso genere una sociedad menos violenta, porque el fenómeno de esas economías ilegales, tarde o temprano, se pueden convertir en economías legales.

Esta semana en el Jardín Botánico estaban en una feria de la marihuana y eso está casi que legalizado, y cuánta gente ha muerto por la marihuana en este país, recuerden la historia de Ballesteros y toda la historia de cómo nació el narcotráfico, esas economías tarde o temprano se legalizan, y esos fenómenos, como decían ahora con lo del contrabando, se han vuelto comunes y corrientes, pues si nos preguntamos de dónde han sacado plata los ricos o las elites de este país, encontramos como respuesta el contrabando, la urbanización pirata, etc.; entonces, eso tarde o temprano se legaliza, el problema es que en Colombia hay unos problemas socioculturales, de unas violencias históricas patriarcales que no se han modificado y hay gente que no quiere que eso se modifique, como el Centro Democrático, el ex procurador Ordóñez, porque eso genera control social y el problema radica es en eso. Estados Unidos está lleno de mafias de economías ilegales y sí hay violencia, pero no tan patriarcal y dominadora, pero eso sucede en todos los países capitalistas, o para

cambiar eso tendríamos que modificar el tema socioeconómico y cultural y generar otro patrón socioeconómico totalmente diferente, pero ¿quiénes estarían dispuestos a hacer eso?

Pablo Angarita: Bueno, pienso que las intervenciones más que preguntas aportan a la reflexión y esto me parece muy importante; por eso quiero señalar que no conozco ningún país desarrollado que no haya hecho ese desarrollo en medio de situaciones de violencia y de sangre, ya sea en su interior o en sus colonias, para evitar esa idea idílica de que la violencia es propia sólo del subdesarrollo, aquí hay elementos de orden cultural que están más allá de si hemos logrado un sistema capitalista pleno, como en otros países, y por lo menos nos corresponde atender nuestros propios males, ya que no podemos resolver los problemas del mundo, al menos preocupémonos por mirar nuestra propia realidad. Yo creo en la posibilidad de que las personas cambien y las sociedades también, e inclusive que el peor de los criminales reflexione, modifique su actuar y cambie, pero hay personajes que uno los oye en declaraciones donde se nota que no hay ningún arrepentimiento; en ese sentido, este personaje “Popeye” cuando se refiere a su patrón, se le nota todavía la emoción y lo recuerda como el criminal más famoso del mundo, y parece que le produce alegría y lo pone como modelo. Entonces uno deduce que es una persona que en su estructura mental no ha logrado una superación o reconocimiento del grave mal que ha hecho, pues realmente no hay un arrepentimiento y un deseo de corregir, y lo peor es que con su capacidad de oratoria y el manejo de su discurso logra seducir a mucha gente, especialmente a los jóvenes, que lo consideran como un héroe. Mi llamado de atención, en ese sentido, se refiere al momento más aciago de Medellín en los años 90, cuando se elevaron los niveles de violencia, se conmovió toda la sociedad y se logró un pacto en el que aparecieron por primera vez dialogando sobre el ¿qué nos pasa? Mal que bien pudimos sortear esa situación con la ayuda de empresarios, líderes sindicales, líderes comunales, miembros de ONG, de las iglesias de distinta denominación, de la academia, de los comerciantes, todo el mundo diciendo ¿en qué está nuestra ciudad

y cómo podemos salir adelante? Fueron los famosos cuatro seminarios de alternativas de futuro para Medellín, que constituyeron un hito importante en la ciudad, no logramos superar la situación, tenemos nuevos problemas y nuevas realidades, pero es un momento que traigo a colación como un referente que vale la pena considerar, porque el alcalde y el gobierno local es algo efímero, puede trabajar bien o mal, pero la sociedad y la ciudad quedan y permanecen, y es deber de todo nosotros, desde la academia, pero también desde el oficio que cada uno desempeña, promover estos pactos ciudadanos para empezar a reflexionar ese ¿qué nos pasa y cómo podemos salir adelante? En ese sentido, para mí el punto central es cómo tratamos de una manera distinta a los métodos violentos nuestros conflictos, para tener sociedades menos letales que produzcan el menor daño posible; esa puede ser una meta de corto plazo que podemos plantearnos.

Luis Fernando Quijano: Yo rápidamente diría que, primero: ya no se puede seguir pensando que este es un sistema de miles, de millones, lo que se está demostrando acá es que cada día que pasa este es un negocio de billones, que no están en manos de las bandas o las estructuras, sino que es un asunto de un engranaje demasiado alto; segundo: que hay que tener de verdad leyes para enfrentar eso, para perseguir las finanzas que, en últimas, es lo que le está doliendo al crimen urbano o rural, porque a ellos lo que los afecta es que les toquen sus finanzas, y eso hay que ubicarlo. Hay un estudio que viene adelantando la Dirección General de la Policía, referente al tema de vacunas y no es un asunto de 50.000 millones, es un asunto de bastante dinero que podría pasar la cifra del billón, entonces ustedes se podrán imaginar cómo estamos con el tema de contrabando, de pagadiario, de tráfico de drogas y del lavado de activos. Yo diría: ¿por qué no buscamos una ciudad donde su ciudadanía sea activa y logremos construir ese pacto con la institucionalidad, para poner en cintura el tema de criminalidad? Yo creo que sí lo podemos hacer, no podemos decir que vamos a dejar que las próximas décadas sigan siendo lo mismo, porque cada día el tema va ser mucho más complejo: vender una virginidad, explotar sexualmente a un niño,

niña, adolescente, servir hoy como ciudad de placer para que lleguen los pedófilos, la gente de la pornografía infantil, llegue el tema del turismo sexual, de la rumba dura, eso es lo que le estamos ofreciendo hoy a nuestra ciudadanía y a los que vienen del exterior. La pregunta es ¿cuándo rompemos eso? Creo que en el momento que reconozcamos lo que estamos viviendo, cuando analicemos cuánto le hemos aportado cada uno a eso y cuando tomemos la decisión de dar el paso adelante y decidamos poner en cintura estos temas, creo que en esa medida podríamos funcionar. Yo sueño que mi hijo no viva la esclavitud en pleno siglo XXI, la esclavitud que están viviendo hoy muchos niños, niñas y adolescentes en sus barrios, en sus corregimientos y territorios.



Imprenta
Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co
Impreso en noviembre de 2018



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**